

No importa cuánto tiempo ha pasado
No importa cuánto has cambiado
El silencio seguirá aturdiéndote

WULF DORN

EL SUPERVIVIENTE

Y la pesadilla te atrapará



Lectulandia

Un conductor choca contra un árbol y resulta gravemente herido. No llegará a tiempo a la cita con el desconocido que ha secuestrado a su hijo Sven mientras jugaba en un parque con su hermano mayor.

Veintitrés años después, Jam Forstner vive con la angustia de la desaparición de su hermano. Psiquiatra especializado en criminología, acaba de incorporarse a la clínica donde trabajaba su padre. Parece que por fin es capaz de retomar las riendas de su vida y dejar atrás su pasado, pero el suicidio de un paciente se lo impide.

Lectulandia

Wulf Dorn

El superviviente

Jan Forstner - 01

ePub r1.0

Titivillus 23.02.17

Título original: *Kalte Stille*
Wulf Dorn, 2010
Traducción: Beatriz Galán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Harrison, Snoopy, Sumi,
Beh-ton y el resto de la vieja cuadrilla.*

Para los que fuimos y los que somos.

*Y para Volker, que volvió a reunir a la panda
en un cine que de hecho ya no existe.*

«¡Feliz aquel que reconoce el origen de las cosas!»

VIRGILIO

«And the vision that was planted in my brain
still remains within the sound of silence».

SIMON AND GARFUNKEL,
«The Sound of Silence»

ANTES DEL SILENCIO

Sábado, 12 de enero de 1985

El limpiaparabrisas se arqueó sobre el cristal hecho añicos, retiró la nieve con un esfuerzo inaudito y regresó, agonizante, a su posición inicial.

Paralizado por el dolor, Bernhard Forstner se quedó mirando la marca que había dejado sobre la luna del coche, así como su empeño en continuar funcionando: arrastrándose de un lado a otro, parecía el saludo macabro de una mano raquítica y moribunda...

El motor falló justo después del choque. Los faros parpadearon por última vez y la noche quedó sumida en la más absoluta y fría oscuridad.

Forstner intentó por todos los medios controlar su Volkswagen, pero iba demasiado rápido y la carretera estaba cubierta de nieve y hielo. Sin poder hacer nada por evitarlo, vio aterrorizado cómo el bosque se le echaba encima y, tras un par de volantazos desesperados e inútiles (el coche ya no le obedecía), chocó contra el enorme tronco de un abeto con una violencia extraordinaria. El capó se arrugó como una hoja de papel, el cristal delantero estalló en mil pedazos... y apareció el dolor.

La escena duró apenas unos segundos, pero Bernhard Forstner fue plenamente consciente de cada detalle, como si lo hubiese vivido todo a cámara lenta. Y el tiempo que llevaba en el coche, unos diez minutos de momento, le parecía ya una eternidad.

Terco cual soldado que se negara a abandonar el frente, el limpiaparabrisas había seguido enfrentándose a los ejércitos de nieve que fueron cayendo de las ramas del abeto, pero al fin fue abatido: un último latigazo, y se rindió.

También Forstner sentía que estaba a punto de desfallecer. Atrapado tras el volante, que lo empotraba sin compasión contra el respaldo de su asiento, era perfectamente consciente de que no le quedaba mucho tiempo.

Apenas podía respirar. Se sentía como si tuviera el pecho lleno de cristales rotos. Debía de tener varias costillas fracturadas, y al menos una de ellas le había perforado un pulmón. Lo sabía por la sangre que se veía obligado a escupir cada vez con mayor frecuencia. Además, no sentía los brazos ni las piernas, señal inequívoca de que su columna vertebral también había sufrido daños al quedar aplastada entre el asiento y el salpicadero.

Iba a morir, no cabía duda. Iba a perder la vida en aquel accidente absurdo. Como

médico tenía claro que había llegado su momento. Estaba paralizado y tenía hemorragias internas. Sintió que el cansancio empezaba a hacer mella en él, dispuesto a llevárselo para siempre. No tardaría en perder la batalla que lidiaba contra sus párpados y acabaría cayendo en el sueño más profundo. El sueño del que nadie despertaba.

Pero algo en él, una voluntad irracional y férrea, se negaba en redondo a aceptarlo. Si moría en aquella carretera perdida en el bosque de Fahlenberg, si fallecía en aquel lugar abandonado de la mano de Dios, no sólo habría perdido él, sino también su hijo Sven. Sobre todo Sven. Su pequeño de seis años, quien para Navidad había pedido una estación nueva para su trenecito eléctrico y estaba convencido de que iba a conseguirla porque sabía que podía confiar en su padre.

Sí, Sven siempre había confiado en él, y ahora... la vida de su hijo corría peligro y seguro que el niño, dondequiera que estuviese, confiaba en que su padre iría a salvarlo.

«No puedo morir ahora».

Forstner se aferró a aquel sentimiento con obstinación, esforzándose por no perder el conocimiento. Intentó concentrarse en el viento helado que se colaba por la ventanilla rota del copiloto y le mordía la piel; pensó en el ruidito que dejaba escapar el motor del coche, cada vez más frío; trató de contar los «clic» que oía y establecer una secuencia de deceleración. Lo que fuera, con tal de no perder el conocimiento.

«No puedo morir ahora. No hasta que me encuentren».

Qué objetivo más presuntuoso, le dijo su yo más racional. El pulmón iba inundándose de sangre minuto a minuto y el resto de los órganos no tardaría en colapsar. Pronto perdería el conocimiento. De hecho, ya empezaba a ver ante sus ojos aquel baile de imágenes del pasado, aquella mezcla cálida y amable de recuerdos de la infancia que se conoce como el «milagro neurológico»; aquel guiño del cerebro que, al sentir cercana la muerte, rescata las emociones más entrañables del ser humano para hacer que su despedida resulte más soportable. El último regalo de la Naturaleza antes de llevársenos para siempre.

A esas horas de la mañana, y sobre todo con ese tiempo, a nadie se le ocurriría tomar el camino del bosque. Como pronto lo encontrarían al mediodía, cuando las máquinas quitanieve hubiesen despejado ya las autovías y las carreteras principales y se dedicasen por fin a las secundarias. Pero entonces ya sería demasiado tarde. Tanto para él como para Sven.

Empezó a ver puntos de luz ante sus ojos. Primero débiles, después cada vez más intensos. Los añicos de color gris azulado de la luna delantera del coche empezaron a iluminarse. Estaba seguro de que no tardaría en ver el túnel y la luz blanca e intensa de la que hablan cuantos se han librado de la muerte en el último minuto. Sólo que él no se libraría de nada.

¡Aunque espera, no! Aquella luz no era una alucinación. No era un truco de su inconsciente para facilitarle el paso al más allá. ¡Las luces eran reales! ¡Eran los faros

de un coche que se acercaba!

Forstner no tardó en oír el zumbido del motor, amortiguado por la nieve, pero real al fin y al cabo.

La esperanza le ayudó a renovar las fuerzas, y movió la cabeza en la medida en que se lo permitieron sus músculos desfallecidos y la encajonada posición en la que se hallaba.

El coche avanzaba lentamente hacia él. Los faros cuadrados resultaban ya inconfundibles... y entonces el conductor detuvo el motor y apagó la luz.

Una nueva oleada de dolor atravesó el pecho de Forstner como una flecha, pero su mente seguía aún lo suficientemente lúcida para entender que algo no iba bien.

«¿Por qué apaga los faros? ¿Por qué no sale del coche?».

Entonces, de pronto, una nueva luz volvió a iluminarlo. En esta ocasión no provenía del coche, sino de una linterna. Su haz era penetrante y se acercaba hacia él bamboleándose. Se oyeron unos pasos avanzando sobre la nieve hasta llegar a la ventanilla del conductor. Juraría que se trataba de un hombre. Forstner ni siquiera intentó mover la cabeza. Precisaba de todas sus fuerzas para hablar.

—Por favor... ayude... a mi hijo.

El desconocido no dijo nada. En lugar de contestarle, Forstner le oyó quitarse un guante y tomarle el pulso.

—Por favor... —jadeó de nuevo.

Quiso levantar la cabeza pero esta volvió a desplomársele sobre el pecho sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Puntos de luz, esta vez sin duda alucinatorios, se acumulaban tras sus párpados cerrados.

El hombre se alejó. Dio la vuelta al coche y forcejeó con una de las puertas traseras. Pero la carrocería estaba tan destrozada que le fue imposible abrirla. Forstner oyó varios golpes amortiguados antes de notar cómo estallaba una de las ventanas. Algo se arrastró por los asientos traseros y durante una milésima de segundo Forstner vio su maleta frente a sí.

Después, de nuevo los pasos. Y de nuevo la mano que le tomaba el pulso.

Bernhard Forstner se sentía incapaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Le costaba respirar y su pecho emitía un ruido que a esas alturas resultaba tan quedo como el resto de su cuerpo. Aun así, tuvo la lucidez suficiente para saber quién era el hombre que lo miraba.

Con un último y supremo esfuerzo, Forstner pronunció el nombre de su hijo.

—¿Qué... le... pasará?

Cada palabra fue acompañada de un reguero de sangre tibia que le llenó la boca de un amargo sabor a cobre.

—¡Shhh! —le dijo el hombre—. Enseguida se habrá acabado.

Lo último que atenazó el corazón de Forstner, el último gran sentimiento de su vida, fue la ira. Una ira tensa y desesperada.

—¡Vete... al infierno!

Sintió la presencia del otro junto a él. Muy cerca de su cara. Y le oyó susurrar:
—Hace tiempo que vivo allí.
Después, la oscuridad reinó para siempre.

1

Veintitrés años después

El silencio de aquel enorme despacho le resultaba insoportable. Sólo se oía el susurro del viento invernal al otro lado del cristal doble de la ventana; atravesando el recinto de la Clínica del Bosque, barría las últimas hojas de los árboles augurando frío y nieve y empotrándose contra los ventanales del regio edificio.

Jan Forstner intentó disimular su inquietud, ese opresivo desasosiego que le asaltaba siempre que el silencio reinaba a su alrededor, mas, por mucho que se afanó en evitarlo, sintió que despertaban en él viejos fantasmas; imágenes que le ponían la piel de gallina.

Noche. Nieve. El parque desangelado...

Si hubiese estado en su casa, o en el coche, habría encendido la radio. Cualquier canal. Lo que fuera con tal de romper el silencio.

Pero aquí, en el despacho del catedrático Raimund Fleischer, no le quedaba más remedio que aferrarse a un truco del inconsciente que ya había utilizado en muchas otras ocasiones: canturrear mentalmente la melodía de una canción pegadiza, la que fuera, la primera que le viniera a la cabeza, y concentrarse tanto en la música que al final le parecía estar oyéndola en realidad. En esta ocasión la escogida fue *Clocks*, de Coldplay, que había estado sonando en la radio mientras él aparcaba el coche en el recinto del edificio de la administración. El ejercicio de distracción fue más efectivo que de costumbre. Los repetitivos acordes de piano y el ritmo intenso de la canción resonaron pronto en su cabeza y disiparon los malos recuerdos.

Fleischer no advirtió nada de todo aquello. Sentado en su sillón de cuero con expresión ensimismada, el director médico del hospital psiquiátrico estudiaba los documentos de Jan como si quisiera aprendérselos de memoria. La imagen le hizo pensar en su padre, encerrado en su despacho después de cenar, hojeando informes y dictando sus ideas en una grabadora.

Si bien es cierto que, cuando nos hacemos mayores, los objetos y personas que protagonizaron nuestra infancia tienden a parecernos menos imponentes de lo que los recordamos, en el caso de Fleischer, Jan tenía que hacer una excepción. El director aún le parecía un gigante. Su chaqueta de cachemir se tensaba ligeramente sobre los hombros y hacía intuir un cuerpo bien trabajado. Al contrario que los demás catedráticos con los que Jan se había cruzado en su vida, Fleischer parecía conceder

mucha importancia al aspecto físico, el deporte y la comida equilibrada. El psiquiatra tenía más de medio siglo de vida, pero su apariencia resultaba aún indiscutiblemente juvenil, en parte, sin duda, por la tupida cabellera grisácea que moldeaba con gomina. Con sus marcados rasgos, sus pómulos prominentes, sus arrugas de persona reflexiva entre las pobladas cejas y sus gafas para leer, Fleischer le recordaba a Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*. En caso de una nueva adaptación cinematográfica, estaba seguro de que el psiquiatra habría tenido muchas posibilidades de obtener el papel principal.

Jan paseó la mirada por el despacho. En la pared que quedaba a su derecha había una estantería llena de arriba abajo de libros de medicina y varios ejemplares de la publicación anual *Práctica Psiquiátrica*. En la cara opuesta de la habitación, una lustrosa mesa de reuniones con un jarrón lleno de flores recién cortadas en el centro. La pared que quedaba justo detrás de él acogía un cuadro abstracto de gran tamaño, en el que dominaban los tonos rojos y amarillos, y varios diplomas y fotos enmarcados.

La mayoría de aquellas fotos retrataban a Fleischer en festejos y congresos, pero había una, obviamente más antigua que el resto, en la que podía verse a un grupo de jóvenes sonriendo a la cámara con esa expresión típica de los recién graduados. Alivio y orgullo por haberlo conseguido, así como curiosidad por lo que estaba por venir. Jan reconoció a Fleischer de inmediato: era al menos un palmo más alto que el resto de sus compañeros, ya llevaba el pelo perfectamente engominado y sólo era ligeramente más delgado que ahora.

Algo más allá había dos fotos unidas en un mismo marco. En una, dos niñas jugaban en la arena mientras sus padres tomaban el sol en sendas tumbonas y saludaban al invisible fotógrafo. En la otra, dos bellas jóvenes flanqueaban a su padre y apoyaban las cabezas en su pecho, sonrientes.

—Mi mayor tesoro —dijo Fleischer, y sólo entonces Jan fue consciente de que el doctor lo estaba observando—. La mayor se llama Livia. Y a la pequeña le pusimos el nombre de su abuela: Annabelle. No me puedo creer que esté a punto de hacernos abuelos a nosotros...

Jan le devolvió la sonrisa.

—Los niños crecen más rápido de lo que uno piensa —dijo.

No se le ocurrió nada mejor que decir. Estaba demasiado nervioso para ponerse a charlar de naderías. Su futuro profesional dependía de aquella entrevista y no podía permitirse el lujo de que saliese mal.

En realidad ya se había resignado a la idea de no poder volver a ejercer como psiquiatra, pero entonces encontró en su buzón la invitación de Fleischer. Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, volvía a tener esperanzas. Era consciente de que aún no había logrado nada, pero tras las numerosas negativas de los últimos meses aquella entrevista era al menos una oportunidad. Y quién sabe si volvería a tener alguna otra después de lo sucedido.

—Cierto, los niños crecen rápido y los padres *envejecen* rápido. ¡En fin!

Fleischer dejó escapar un suspiro justo antes de poner la carpeta con el currículum de Jan sobre la mesa y asentir con interés.

—Y por lo que aquí veo, Jan, tú también has crecido. Una trayectoria escolar extraordinaria, una licenciatura en Medicina por la Universidad de Heidelberg, varios años de residencia con colegas de renombre y una promoción excelente en tu especialidad, llevada a cabo, además, en una de las instituciones forenses más exigentes del país, en la que sin duda debiste demostrar que tenías nervios de acero. Mi más sincera felicitación. Bernhard estaría orgulloso de ti.

—El tema de mi tesis me interesaba desde hacía años —dijo Jan, casi disculpándose.

No estaba acostumbrado a los halagos.

—¿Los delincuentes sexuales? —Fleischer arqueó una ceja y se quitó las gafas que utilizaba para leer—. Un campo de lo más peliagudo, doy fe. Motivo de más para expresarte mi admiración por tu *Summa cum laude*. ¡Ahí me has superado! Si no me han informado mal, el método que desarrollaste para tipificar a los delincuentes pedófilos ha sido adoptado ya en varios centros.

—Bueno, sólo en dos, y en uno de ellos está aún en proceso de pruebas. Todavía no han decidido si lo implementan definitivamente...

Fleischer sonrió.

—Es como si estuviese ante tu padre. Era igual que tú, Jan, igual de ambicioso, pero igual de torpe ante los cumplidos.

—Perdón, no pretendía...

—Está bien, está bien —le interrumpió Fleischer con un gesto de la mano—. Yo lo prefiero así. Por eso admiraba a Bernhard: él era diferente, destacaba del resto. Ya en la universidad no tenía nada que ver con los típicos empollones arrogantes que se autoerigían en futuros dioses del conocimiento. Y me alegra sobremanera descubrir la misma humildad en ti. Me disgustan quienes se crecen con las alabanzas o el autobombo. Como bien dice el dicho: «Quien ya cree ser algo, renuncia a la posibilidad de seguir creciendo». En este sentido, Jan, tienes aún mucho futuro por delante.

«Por ahora mis perspectivas de futuro son nulas, y ambos lo sabemos», pensó Jan.

—Como imaginarás —continuó diciendo Fleischer—, antes de invitarte a venir he estado preguntando por ahí e informándome acerca de tu trabajo, aunque debes saber que nunca había dejado de seguir tus pasos, y menos aún después de vuestra..., bueno, después de la tragedia. Me encantó enterarme de que habías tomado la misma trayectoria profesional que Bernhard, si bien en otra especialidad. —Dio unos golpecitos a la carpeta y dedicó a Jan una mirada de complicidad—. Los motivos que te llevaron a hacer tu elección son bastante obvios y tu currículum no deja lugar a dudas. La pregunta ahora es... ¿has avanzado algo en tu búsqueda de la verdad?

Jan tragó saliva. Se había preparado a fondo para aquella entrevista, había

contemplado todas las preguntas posibles y sabía muy bien que iba a tener que lidiar con dos grandes toros. Por supuesto, Fleischer estaba hablando de Sven. Había llegado el momento de dar la primera estocada.

Sea como fuere, siempre que alguien mencionaba el nombre de su hermano le parecía que todo acababa de suceder el día anterior. Jan había estado preguntándose cuál sería el mejor modo de abordar el tema. Sabía que Fleischer esperaba oír la verdad, pero esa verdad era muy personal. De todos modos, no debía —ni podía— engañar a alguien que lo conocía desde que era un bebé, así que decidió tratar el asunto con la mayor objetividad posible.

—Para serle sincero, no sé si he avanzado algo. Quería conocer los motivos del autor del delito para intentar comprender por qué pasó lo que pasó. Cada año se denuncian en Alemania casi doce mil casos de abusos sexuales a menores. Es una cifra terrible, y seguro que el número real es mucho mayor. Pero lo más terrible de todo es que sólo el ochenta por ciento de estos casos acaba resolviéndose.

Jan notó que le temblaban las manos. Se sentía indispuerto. Hubiera querido levantarse y salir corriendo de allí, pero aquello habría supuesto el fin de su carrera. Estaba ante su gran oportunidad de empezar de cero, y lo único que tenía que hacer para lograrlo era ser sincero con Fleischer.

El director de la clínica pareció leerle los pensamientos. Lo miró comprensivamente y asintió con la cabeza para darle ánimos.

Jan respiró hondo antes de continuar con su explicación:

—En algún lugar de esta estadística se halla también el caso de mi hermano, del que no se hallaron más que sus... —tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le quebrara la voz— calzoncillos en un área de descanso de la autopista. Nunca recuperamos su cuerpo ni encontramos al secuestrador. Y lo que sucedió con el resto de mi familia... Bueno, usted ya lo sabe.

Fleischer miró por la ventana, turbado. El cielo tenía un color azul plomizo.

—Sí, lo sé. Y no sabes cuánto lo siento.

—He buscado respuestas —dijo Jan—. He hablado con delincuentes sexuales. La mayoría, hombres. Tipos de todas las clases sociales. Profesores, obreros, parados, alcohólicos, sacerdotes..., una vez, incluso, un psiquiatra. Y he descubierto que todos ellos tenían dos cosas en común: por una parte sentían atracción hacia sus víctimas (hablaban de amor y cariño), pero por otra no mostraban el menor escrúpulo a la hora de matarlas por miedo a ser descubiertos. —Se encogió de hombros y continuó—: Desde un punto de vista psiquiátrico, manifestaban todos una impulsividad, una falta de remordimientos, una ausencia del sentimiento de culpa, que podría haber tomado como modelo de conducta generalizado y aceptar como respuesta a mis preguntas. Pero no lo he hecho. No tengo suficiente con esto. No en el caso de Sven, que sigue desaparecido.

Ya estaba, lo había dicho. Jan sintió que su tensión remitía levemente. Por fin había logrado hablar sobre el capítulo más oscuro de su vida, aunque para ello

hubiera tenido que adoptar el tono de un conferenciante.

—Mi padre me dijo en una ocasión que la vida podía plantearnos preguntas para las que no teníamos respuestas —añadió—. He tardado mucho en aceptarlo, pero ahora pienso que tenía razón. Quizá sea este, al fin y al cabo, el verdadero resultado de mi búsqueda.

Durante unos segundos volvió a hacerse el silencio, aquel silencio insoportable, y al fin Fleischer apartó la mirada de la ventana y observó a Jan.

—Has dedicado mucho tiempo a encontrar respuestas, Jan, y has sido muy valiente. Lástima que al final te pasaras de la raya...

De acuerdo. Ahí entraba el siguiente toro: su desmoronamiento. El motivo por el que estuvo a punto de perder su licencia médica. Lo primero había sido mostrar a Fleischer el camino que lo había llevado hasta allí. Ahora se trataba de ver si lograba convencerlo de que había aprendido de sus errores. Todo dependía de aquella cuestión.

—Bueno, aunque en aquel momento me negara a reconocerlo, lo cierto es que hace apenas un año vivía bajo mucha presión —dijo Jan—. Mi trabajo como perito forense y jefe médico de la unidad ocupaban todo mi tiempo, y yo me lo tomaba como un desafío laboral y una magnífica posibilidad de medrar en el oficio. De continuar así, habría tenido muchas posibilidades de convertirme en jefe de psiquiatría pues el anterior estaba a punto de jubilarse. Había días que trabajaba las veinticuatro horas. Poco antes de aquello mi mujer me había pedido el divorcio y yo se lo había concedido. Estábamos buscando un comprador para nuestra casa. Fue entonces cuando llegó a mis manos el caso Laszinski, que se convirtió en la gota que colmó el vaso. Por desgracia no he sabido entenderlo hasta ahora, que ya ha pasado todo.

—Laszinski —dijo Fleischer, haciendo una mueca—. Qué historia más fea.

Lo era, desde luego. El caso de Peter Laszinski había causado sensación en el mundo entero. Fue un regalo para la prensa sensacionalista.

Hasta su detención, el sacristán Laszinski, de cuarenta y siete años, había llevado una vida discreta e insignificante en una pequeña comunidad. Tenía fama de ser educado aunque reservado, y todos atribuían su soltería a la sombra de una madre demasiado estricta y dominante. El hombre sacrificó muchos años de su vida para cuidarla, y, cuando al fin murió de cáncer de intestino, no fueron pocos los que hablaron de liberación para el pobre Peter.

En enero del año pasado, cuando desaparecieron dos niñas del pueblo en el que vivía el sacristán, a nadie se le ocurrió pensar ni barajar siquiera la posibilidad de que él pudiera tener algo que ver con el asunto. Sólo más adelante, cuando la policía dio con una red de pornografía infantil en internet, saltaron las alarmas sobre Laszinski. Doce días después de la desaparición de las niñas, la policía confiscó su ordenador, en el que encontraron miles de fotografías y vídeos porno. En una entrevista, un portavoz de prensa de las autoridades confirmó que las grabaciones contenían

prácticas de sadismo de una crueldad terrible.

Después de aquello registraron la granja de Laszinski y encontraron a las dos pequeñas secuestradas. Una estaba muerta. La otra sobrevivió, pero pasó mucho tiempo en cuidados intensivos. Según se descubrió más adelante, Peter Laszinski llevaba tiempo planeando el secuestro: construyó con sus propias manos dos celdas en el interior de la granja y encerró a las niñas por separado.

Tras la primera charla con él, en la que Laszinski le explicó sin inmutarse todo lo que llevó a cabo en aquel lugar, Jan se preguntó si estaba capacitado para ocuparse de aquel caso. Ahora, con la perspectiva del tiempo, comprendía que en aquel momento tenía que haberse plantado y rechazarlo.

Pero algo en aquel crimen le llamaba poderosamente la atención y le obligó a seguir adelante. Laszinski no cuadraba con el perfil del pedófilo al que Jan estaba acostumbrado. Su comportamiento no había sido impulsivo ni espontáneo. Y algo en su interior le decía que el secuestrador y posible asesino de Sven debía de haber tenido el mismo perfil.

Las imágenes de las descripciones de Laszinski se instalaron en las pesadillas de Jan durante mucho tiempo. El sacristán no violó a las niñas. Ni siquiera las tocó después de haberlas secuestrado, pero las obligó a desnudarse y a arrodillarse sobre el arenoso suelo de la granja y rezar el avemaría cada tarde, muertas de frío. Después tenían que tomar lo que él dio en llamar «la comunión»: un vaso de leche en el que previamente había eyaculado. Al principio las niñas se negaron a probarlo, pero, al cabo de unos días, el frío y el hambre las llevaron a obedecerle en todo.

La indiferencia con la que Laszinski le explicó todo aquello dejó a Jan paralizado. Pese a todo, exigió interrogarlo una segunda vez para confirmar su diagnóstico psiquiátrico. Y fue entonces cuando tuvo lugar el funesto episodio.

Ni siquiera recordaba por qué había saltado, pero sí que sólo logró calmarse cuando dos agentes del hospital lo aplacaron y lo sacaron de la habitación. Entonces vio a Laszinski gimiendo sobre un charco de sangre en una esquina de la sala, y se vio a sí mismo también ensangrentado. Un poco después le dijeron que se había levantado de pronto, había arremetido contra el sacristán y le había propinado una paliza soberana.

Ahora...

Ahora sólo esperaba que Fleischer no le preguntara cuál había sido el detonante de aquella pérdida del control, porque no tenía ni la más remota idea.

Fleischer no dijo nada. En lugar de eso volvió a asentir con la cabeza para reconfortarlo.

—Después de aquello me mudé de casa —continuó Jan—. Un amigo de la facultad con el que aún mantengo contacto me ofreció su piso durante un tiempo, así que me fui a Allgäu. La distancia me sentó bien. Poco a poco fui recuperando la estabilidad y ahora creo que ya estoy en condiciones de volver a empezar.

Fleischer sonrió y su voz se tiñó de un tono paternal.

—No sé qué habría hecho yo en tu lugar, Jan. No es que apruebe tu conducta, ni mucho menos, pero no me viene a la mente el nombre de ningún colega que en tu situación hubiese sido capaz de mantener la calma. Teniendo en cuenta la carga que arrastras, considero que las críticas de quienes te han crucificado son ciertamente exageradas. Por eso te he invitado a venir. Creo que un joven tan inteligente y ambicioso como tú bien merece una segunda oportunidad. Y para que nos entendamos: esto no tiene nada que ver con la amistad que me unía a tu padre. Mi oferta sólo se basa en tus capacidades.

—Gracias —dijo Jan—. No se imagina cuánto se lo agradezco.

Fleischer asintió y se inclinó de nuevo sobre la mesa provocando un gemido de su sillón de cuero.

—Retoma aquí las riendas de tu vida, y cuando lleves ya un tiempo trabajando en psiquiatría nadie tendrá el menor interés en recordar tu pasado. De todos modos... —miró a Jan directamente a los ojos— la oferta tiene una condición.

Jan le sostuvo la mirada.

—¿De qué se trata?

Fleischer movió la cabeza como si quisiera zarandear las palabras en su interior, y por fin dijo:

—Mira, Jan, no me parece posible que después de tantos años intentando superar el trauma de tu infancia hayas conseguido pasar página, sin más. Ambos llevamos en este oficio el tiempo suficiente para saber que eso no puede ser cierto.

Jan sintió un ligero escalofrío. Fleischer tenía razón, por supuesto, aunque no podía evitar sentirse en cierto modo ofendido por el comentario.

—Doctor Fleischer, le aseguro que estoy en perfectas condiciones para trabajar. Mi amigo de Füssen, el que me ayudó, es un magnífico psicoterapeuta y trabajó conmigo en este sentido. Se lo demostraré si me da una oportunidad. Le aseguro que no se arrepentirá...

—Te creo, te creo —le interrumpió Fleischer—. Pero como médico y amigo te aconsejo que continúes con una terapia. Tengo un viejo amigo, el doctor Norbert Rauh, que hace poco volvió a trabajar con nosotros. Estoy convencido de que él podría ofrecerte una terapia de lo más exitosa, llevada con absoluta discreción, por supuesto.

Jan comprendió lo que Fleischer pretendía.

—¿De modo que esta es la condición?

—Lo hago por tu bien, Jan —dijo Fleischer, asintiendo—. Evidentemente puedes negarte, pero te aconsejo que, cuando menos, te lo pienses. Me gustaría poder ayudarte realmente, y no sólo ofrecerte un puesto de trabajo. Tienes que estar limpio para poder volver a empezar, y estoy bastante seguro de que tu padre pensaría lo mismo que yo. Escucha la voz de tu conciencia y verás que tengo razón.

Jan miró por la ventana, pensativo. ¿Acaso tenía elección? ¿Podía permitirse rechazar la condición de Fleischer? No, si pretendía rehabilitarse lo antes posible. Si

declinaba aquella oferta, tarde o temprano necesitaría dinero y tendría que aceptar algún trabajo temporal, lo cual significaría el final de su carrera. Porque, ¿qué clínica del mundo aceptaría contratar a un médico que fue temporalmente cesado por agresión y que durante un tiempo trabajó vendiendo comida rápida o entregando paquetes a domicilio?

Y su cuenta empezaba a estar muy cerca de los números rojos. Su divorcio y la falta de un sueldo fijo se habían comido ya casi todas las ganancias que obtuvo con la venta de su casa, y durante un tiempo su única fuente de ingresos fue el alquiler de la casa de sus padres —que no era muy alto, y además le obligaba a reinvertir una parte en su mantenimiento, pues era muy antigua— hasta que los inquilinos se marcharon y aquello también acabó.

Por supuesto, podía intentar venderla y pasar así un tiempo a la espera de recibir otra oferta laboral, pero la crisis había hecho caer en picado los precios de los inmuebles y habría sido muy mal negocio.

Pero, sobre todo, Jan sabía que tenía muy pocas posibilidades de conseguir en algún otro hospital un puesto como el que le estaba ofreciendo Fleischer. Y quizá él tuviese razón. Quizá había llegado el momento de someterse a una terapia, más allá de hablar con un amigo sobre sus problemas. Cuando menos, valía la pena intentarlo.

—Está bien —dijo, y vio que el rostro de Fleischer se iluminaba—. Acepto. ¿Cuándo puedo empezar?

—Este mismo lunes, si te parece bien.

De nuevo en el aparcamiento, Jan alzó la vista hacia la ventana del despacho de Fleischer. Había una pregunta sobre su pasado que le habría encantado formularle, pero durante su entrevista prefirió no hacerlo. Fleischer habría creído que aún no había pasado página, y, además, lo más probable era que tampoco él hubiese podido darle una respuesta.

«A veces la vida nos plantea preguntas para las que no tenemos respuestas —pensó mientras se metía en su coche—. Pero siempre nos ofrece la posibilidad de empezar de nuevo».

2

«El tiempo todo lo cura y todo lo muda». Este antiguo dicho le vino a la mente mientras salía de la autovía con su golf, un desvencijado ejemplar de tercera mano que probablemente no podría pasar la próxima revisión de la ITV, y se dirigía hacia el centro de la ciudad.

Con los escasos restos de su pasado en el asiento de atrás, Jan avanzaba hacia un pasado aún más pretérito. Hacia el lugar en el que empezó una vida despreocupada y feliz que el destino decidió torcer de la peor y más terrible manera. Hacia el lugar que un día fuera su hogar y ahora apenas conocía.

Fahlenberg había cambiado. En los casi veinte años en que Jan le había dado la espalda había crecido considerablemente. Las extensas zonas verdes de la entrada de la ciudad en las que él y sus amigos acostumbraban a jugar al fútbol en verano y a montar guerras de bolas de nieve en invierno se habían convertido en un tren de lavado de coches y varios establecimientos de poca monta. La urbanización con tejados de colores y parterres en todas las casas había dejado paso a dos grandes edificios de materiales para la construcción, y en los campos que quedaban detrás del cementerio se elevaban ahora varios rascacielos y edificios de hormigón.

Detenido en un semáforo en rojo, Jan miró las horrendas construcciones grises y pensó en el primer y único cigarrillo que fumó en su vida, escondido con su amigo Dieter entre los altos maizales que esperaban a ser cosechados bajo el sol otoñal. De aquello debía hacer ya veinticinco años, pero Jan lo recordaba con absoluta claridad: los dos Lucky Strike sin filtro que Dieter robó a su padre, el barato mechero de plástico que al principio se negó a funcionar, la calada que dieron al tabaco y lo rápido que apagaron y tiraron los cigarrillos, mareados por el humo. Jan tuvo un ataque de tos y se dijo que no volvería a fumar en su vida.

Siguió avanzando y vio que en uno de los bloques de hormigón había un salón recreativo, y en el edificio contiguo (Jan no daba crédito a lo que veían sus ojos), un burdel llamado Love Palace. ¡No se les podía haber ocurrido un sitio peor! ¡Las ventanas daban al depósito de cadáveres del cementerio!

Y algo más allá, un cartel anunciaba un polígono industrial que se erigía donde otrora había sólo una peletería y una fábrica de maquinaria.

Toda la ciudad había cambiado. Los nuevos edificios habían alterado la anchura de las aceras. La Tienda de la Tía Emma, en la calle principal, y la antigua panadería

que quedaba a su lado habían sido sustituidas por una tienda de telefonía móvil y un chiringuito de comida rápida. La mayoría de los antiguos comercios familiares estaban abandonados, y sus escaparates, tapiados con cartones o telas, parecían ojos ciegos que miraban a Jan sin verlo mientras se abría paso entre el tráfico matinal.

Sólo de vez en cuando se encontraba con algún detalle conocido. La iglesia continuaba allí, por supuesto, y también la papelería en la que solía comprar sus cuadernos cuando iba a la escuela. En aquel momento recordó que siempre que su madre le daba dinero, él se quedaba con algo del cambio para comprarse tebeos. También estaba la tienda de fotos en la que hicieron las fotos de su primera comunión y los retratos para el colegio. Seguro que el negocio había pasado a manos del hijo del dueño, pensó Jan.

Pese a todo, más allá de aquellos pocos recuerdos, la ciudad le pareció fría e indiferente. No es que esperase ser recibido con los brazos abiertos, para eso había pasado ya demasiado tiempo, pero le habría gustado saber lo que se sentía al ver que alguien le saludaba al menos con un movimiento de cabeza al volver a verlo por ahí.

La sensación de no pertenecer a aquel lugar sólo remitió cuando llegó al cruce del parque que conducía hasta su antigua casa. Cuanto más se acercaba, más familiar se volvía todo. Aquí las cosas apenas habían cambiado. El parque continuaba siendo extenso y amplio, y las ramas de los árboles desnudos continuaban reflejándose en el estanque helado por el frío otoñal.

Jan evitó mirar en aquella dirección e intentó concentrarse sólo en los buenos recuerdos: intentó evocar el carrito de helados en el que sus amigos y él compraban cucuruchos y limonadas bien frías en verano, cuando iban al lago a nadar... Pero no lo logró del todo: aquel lago escondía historias mucho más intensas y dolorosas, y Jan sintió que se le ponía la piel de gallina.

Cuando al fin llegó a su destino y bajó del coche se sintió como el viajero del tiempo de la novela de H. G. Wells. Tenía la sensación irreal de no haberse marchado nunca de allí, sino de haber dado un pequeño salto en el futuro.

Y la idea de hallarse preso en un insólito sueño siguió presente cuando entró en el jardín de Rudolf Marenburg. Su casa quedaba justo enfrente de la de los Forstner, que hasta hacía poco había estado alquilada por un matrimonio de ancianos. El marido había muerto hacía unos meses y la mujer prefirió irse a vivir a una residencia. Sea como fuere, Jan observó que la casa se hallaba en un estado impecable. Más de una vez había soñado que el edificio se desmoronaba por alguna catástrofe, —un fuego, un terremoto, algún tipo de accidente—, y cada vez, al despertarse, sentía un extraño y morbosos alivio...

Aquella casa había sido el escenario de tantas tragedias, de un dolor tan grande, que Jan estaba convencido de que una parte de él tenía que haberse quedado atrapada entre sus paredes. Siempre había tenido claro que no volvería a entrar en aquella casa, pero ahora que estaba de nuevo frente a ella se preguntaba cómo o cuánto habría

cambiado por dentro: si aún olería a tostadas, como en su infancia, y a los productos de limpieza con aroma a limón que su madre utilizaba sin medida, y al abrillantador de madera de la barandilla de las escaleras. Todos aquellos olores tan conocidos que no le permitieron reconocer aquel otro más extraño que le esperaba escondido en casa un día de verano, cuando volvió para pasar el fin de semana y subió las escaleras...

—¿Jan?

La voz lo arrancó de su ensimismamiento. Jan supo que se trataba del viejo Marenburg antes aun de darse la vuelta para mirarlo. Su voz gutural y aguda era inconfundible. Rudolf Marenburg había nacido con un problema en las cuerdas vocales y había sido siempre el hazmerreír de los niños del pueblo, que le llamaban Gustavo en honor a la rana de los Teleñecos, que hablaba igual de raro.

Pero Marenburg nunca se había enfadado con ellos. Al menos nunca los había insultado ni los había enviado a freír espárragos. Y después de las desgracias que conmocionaron la vida de Jan y de su familia, Marenburg se convirtió en un gran apoyo y un buen amigo. Consciente de la necesidad de Jan de poner tierra de por medio y alejarse de su antiguo hogar, Marenburg le quitó un peso de encima al chico al ofrecerse a gestionar el alquiler y las necesarias reparaciones de su casa. En un par de ocasiones estuvo a punto de venderla, pero al final siempre se echaba atrás porque opinaba que los precios del mercado eran una tomadura de pelo y que malvenderla de aquel modo habría sido un error.

En el fondo, Jan sospechaba que Marenburg no se había esforzado demasiado en venderla, porque aquello habría significado la ruptura definitiva de Jan con la ciudad de Fahlenberg... y consigo mismo. Su alegría al hablar con él por teléfono había sido enorme y se empeñó en invitarlo a vivir con él hasta que encontrara un sitio más adecuado.

«Quizá haya cosas que nunca cambien», se dijo Jan al ver acercarse a su amigo. Por supuesto, Marenburg había envejecido, tenía aún más arrugas que antes y su pelo rojizo hacía tiempo que se había vuelto cano, pero en general su aspecto seguía siendo el mismo... y su modo de vestir, también: vetustos pantalones marrones de pana, camisa de franela blanca con las mangas arremangadas y pantuflas de fieltro.

El buen hombre le dedicó un cálido recibimiento, y, al abrazarlo, Jan reconoció la misma loción para después del afeitado que ya le envolvía hacía más de veinte años.

—Me alegro de que hayas vuelto, chico —dijo Marenburg, observando atentamente a Jan. Después señaló la casa de los Forstner con la cabeza y añadió—: He visto cómo la mirabas. Creo que fue el bueno de Cicerón quien dijo hace muchos siglos que sólo el recuerdo despreocupado de un dolor pasado puede traernos la paz.

Jan volvió a mirar hacia la casa y se encogió de hombros:

—Para él era fácil decirlo. No tuvo que vivir allí.

Marenburg sonrió.

—Vamos, ayúdame a entrar tus cosas y luego me cuentas todas las novedades con pelos y señales.

La sensación de haber viajado al futuro desapareció en el preciso instante en que entró en la casa. Allí todo seguía como antes: el mismo estilo, la misma decoración de entonces. En el pasillo lo recibieron un pesado perchero de madera de cerezo y el cuadro enmarcado de un ciervo bramando frente a un lago de montaña, y sobre una pequeña cómoda, en el colmo de lo «retro», una figurita de madera que representaba a un sereno, con farolillo y todo, vigilando una minicabina telefónica colgada en la pared y en la que había un teléfono de disco, con su funda protectora.

Jan siguió a Marenburg por la escalera enmoquetada hasta el primer piso, donde el buen hombre le había preparado una habitación. Cuando Jan se dio cuenta del lugar en el que iba a pasar las siguientes semanas sintió que la angustia le atenazaba la garganta. De su antigua habitante no quedaban más que una estantería llena de libros infantiles y juveniles y un póster colgado en la pared, pero por un momento Jan tuvo la sensación de que el espíritu de Alexandra aún estaba allí.

—Espero que no te moleste.

Marenburg estaba señalando el póster. Era de la primera época de David Bowie y alguien le había dibujado un rayo rojo sobre la cara. En la parte de abajo podían leerse las palabras *Aladdin sane*, y Jan no tardó en comprender el juego de palabras que se formaba: *A lad insane*, es decir, un tipo loco.

Marenburg hizo un gesto de desesperación.

—¿Sabes? Estaba loca por ese hombre. No me he visto capaz de descolgarlo. No he podido. Ya ves, y cada semana cambio las sábanas de su cama, aunque tú vas a ser el primero que duerma aquí en más de veinte años. Seguro que los psiquiatras tenéis un nombre para esto, ¿no?

—No hace falta ser psiquiatra para entenderte, Rudi —le dijo Jan, poniéndole una mano en el hombro—. Es lo que tiene el amor.

Marenburg esquivó la mirada de Jan y fue hacia la puerta.

—Me alegro de tenerte aquí, chico. Ahora descansa un poco, y, cuando quieras, baja a cenar conmigo y a brindar por tu nuevo trabajo. Espero que te guste la comida casera...

—Por supuesto.

Marenburg desapareció en el pasillo, y justo después se oyó el crujido de los escalones que llevaban al piso de abajo, donde estaba la cocina. Jan suspiró y se propuso buscarse un piso lo antes posible. Por mucho que apreciara a Rudi, estaba claro que aquel no era más que un alto en el camino, y no el comienzo de una nueva vida.

Miró una vez más al loco del póster que tanto le había gustado a Alexandra y se asomó a la ventana. Era una sensación extraña mirar desde allí hacia la casa de sus padres.

Más de veintitrés años atrás había pasado largas horas mirando justo en la dirección opuesta, desde su habitación hacia aquella en la que se encontraba ahora. Sobre todo al atardecer, cuando se encendían las luces pero aún no se bajaban las

persianas. Aquel era el mejor momento para espiar a Alexandra Marenburg, seis años mayor que él, y verla sentada frente a su escritorio, leyendo o dibujando. A veces se ponía unos cascos y se quedaba mirando el techo con la vista perdida. Jan siempre se había preguntado qué tipo de música escucharía. Ahora imaginaba que el propio David Bowie la habría introducido en su enloquecido mundo. Un mundo en el que las locas como ella eran de hecho las más normales.

Al padre de Jan no le gustaba la palabra *loco*. Él siempre hablaba de *enfermos mentales*. Jan sabía que Alexandra había estado en la clínica en varias ocasiones, pero para él la chica no estaba loca ni tenía una enfermedad mental. Para él no era más que una bonita joven con una melena negra y larga, unos ojos tristes y un halo de misterio.

Se sentía absolutamente fascinado por ella. Sentía lo que ahora describiría como una adoración preadolescente. No estaba enamorado de ella, ni siquiera *pillado*, como se decía por aquel entonces, pero se sentía irremediabilmente atraído por su misterioso carisma y la elegancia de sus movimientos cuando la espiaba desde la ventana o se cruzaba con ella por la calle.

Hasta que llegó aquella noche fatídica y su fascinación acabó brusca y radicalmente.

Sintió un escalofrío al recordar aquel momento. Aquella noche en la que el mal se instaló en su vida.

3

Viernes, 11 de enero de 1985

Aún era de noche cuando el sonido del teléfono despertó a Jan. Estaba teniendo un sueño muy extraño —de hojas a las que les habían cortado un fragmento y de fotos hechas con una cámara kirlian en las que aparecían esas hojas rodeadas por una corona misteriosa que las hacía parecer de nuevo intactas— sobre el que había leído algo en un libro de fenómenos paranormales que le habían regalado por Navidad. El libro estaba plagado de temas fascinantes para un niño de doce años con una fantasía desbordante: apariciones fantasmales, ovnis, círculos en los campos de cereales y mucho más.

Se trataba de un sueño muy interesante, y por eso le disgustó tanto que el teléfono no dejara de sonar.

Su despertador marcaba las 4.48 de la mañana cuando salió de la cama bostezando y empezó a bajar las escaleras. Como siempre, tuvo que pasar por encima de *Rufus*, que dormía tumbado frente a su puerta, el viejo golden retriever abrió sólo un ojo, como si quisiera evaluar primero si valía la pena o no abrir el otro. Finalmente, al parecer, decidió que sí, porque se levantó y fue tras él.

Justo cuando había llegado a la escalera su padre salió de su habitación. Bernhard Forstner llevaba un pijama azul con rayas oscuras, también regalo de Navidad, tenía la marca de las sábanas en la cara y el pelo revuelto.

—Vuelve a la cama, Jan —le dijo mientras pasaba a su lado a toda velocidad—, seguro que es para mí.

—¿Y no podrías decir en la clínica que los días de fiesta nos gusta dormir? —gruñó Jan mientras lo veía bajar los escalones, pero su padre no dijo nada y fue a descolgar.

Hacía tiempo que Jan había aprendido a convivir con las llamadas a medianoche para su padre, eran parte de su trabajo, pero había algo que le seguía molestando tanto como el primer día: cuando se despertaba, le costaba horrores volverse a dormir. Nada de meterse en la cama y seguir soñando. Eso era imposible.

Jan envidiaba a su madre, que podía hacerlo sin problemas, igual que su hermano pequeño, Sven. ¡Podía incluso dormirse en el sofá mientras miraba una peli superemocionante!

—Eres un saco de nervios —solía decirle su madre, aunque Jan odiaba aquella

expresión.

Le parecía que era como llamarle miedoso, como si al primer susto fuera a hacerse pipí encima, pero lo único que a él le pasaba era que tenía una imaginación desbordante, como dijo en una ocasión uno de sus profesores. Y también dijo que muchos lo envidiarían por ello. «Sí, claro —pensó Jan al oírlo—, pero por ahora me dicen que soy un saco de nervios y que me asusto por todo, y se ríen de mí. Qué gracioso. Ja, ja».

El caso es que el saco de nervios estaba ahora en el piso de arriba, acariciando la cabeza de *Rufus* y mirando la cara de su padre mientras este hablaba por teléfono.

Debía de tratarse de algo serio: su expresión no dejaba lugar a dudas. La mayoría de las veces bastaba con una rápida indicación, y el personal de la clínica podía esperarlo hasta la mañana siguiente. Pero en esta ocasión parecía diferente.

En lugar del típico «Pues administre mejor la dosis» o «Si no hay más remedio déjelo por escrito», Bernhard Forstner exclamó un escueto «ahora mismo voy», colgó el teléfono a toda prisa y corrió de vuelta a su habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz somnolienta a espaldas de Jan.

Sven se asomó a la puerta de su habitación. Llevaba su pijama preferido, el de He-Man, y se frotaba los ojos.

—Papá tiene que ir a trabajar —le dijo Jan—. Vamos, sigue durmiendo.

Sven se limitó a asentir con la cabeza y desapareció tras su puerta.

También Jan volvió a su habitación, se dejó caer sobre la cama y miró malhumorado el póster de Duran-Duran que había en su armario.

—Genial —le dijo a *Rufus*, que lo había seguido hasta allí—. Ahora me he desvelado y no son ni las cinco de la mañana.

Apenas dos minutos después, Bernhard Forstner salió de su casa. Jan lo oyó poner en marcha el coche y salir del garaje.

—¿Y ahora qué hago?

Como si quisiera responder a su pregunta, *Rufus* se plantó delante del chico y lo miró con cara de «¿Salimos a dar un paseo?», a lo que Jan levantó las manos, dándose por vencido. «De acuerdo», pensó. Saldría a dar una vuelta con el perro. A su regreso quizá estuviera lo suficientemente cansado para continuar durmiendo y no despertarse hasta el mediodía. Al fin y al cabo, aquel era su penúltimo día de fiesta y tenía que aprovecharlo. Las vacaciones siempre se le hacían demasiado cortas.

La casa de la familia Forstner quedaba al este de la ciudad, a pocos minutos a pie del parque de Fahlenberg.

Rufus tiraba emocionado de la correa y arrastraba a Jan tras él por la nieve. Los últimos días habían sido soleados y apenas había nevado, pero de noche hacía un frío terrible y todo volvía a helarse. El termómetro que tenían junto a la puerta de entrada marcaba nueve grados bajo cero, pero el viento nocturno provocaba una sensación de frío aún mayor.

El parque tenía un aspecto solitario y abandonado a la luz anaranjada de las

farolas. Las sombras de los árboles y los arbustos se alargaban sobre el suelo helado y un silencio gélido y oscuro lo observaba todo con atención.

Al contrario que Jan, que se había tenido que enfundar en un grueso anorak acolchado, a *Rufus* no parecía molestarle el frío. Moviendo la cola de un lado a otro, olisqueaba las marcas territoriales que habían dejado sus semejantes y dejaba las suyas propias sobre la nieve. De pronto salió corriendo tras una bolsa de plástico mecida por el viento, haciendo que Jan se preocupara seriamente por su integridad física, pues le costaba seguirle el paso y el suelo helado amenazaba con hacerle perder el equilibrio en cualquier momento.

Poco después llegaron hasta la orilla del lago de Fahlenberg y Jan soltó la correa de *Rufus*. Este salió trotando hacia el tronco de un abeto muy alto junto al que hizo sus necesidades, y se alejó de Jan.

Sentía un extraño desasosiego, y no era sólo por el frío y la oscuridad. El silencio del parque le parecía inquietante. Era como si la nieve se tragara los sonidos. Sólo se oían los jadeos del perro, el silbido del viento invernal y el crujido de sus botas al aplastar la nieve.

Estaba pensando en eso, cuando el sonido de una sirena de policía rompió la calma de la noche. El coche debía de ir por la autovía que quedaba más allá del lago, justo en la orilla opuesta a la suya, y a los pocos segundos fue seguido por varias sirenas más. Dos o tres coches de policía y al menos una ambulancia. Seguro que había habido un accidente.

Jan se acercó a *Rufus* y le volvió a poner la correa atándosela a una anilla del collar.

—Vamos, volvamos a casa.

Pero al parecer *Rufus* no tenía la menor intención de obedecerlo. Había descubierto algo interesantísimo entre una papelería y un banco, con toda probabilidad el envoltorio de una hamburguesa, y estaba encantado olisqueándolo.

—¡Venga, hombre, vámonos ya! —insistió Jan—, tengo un frío de...

La voz se le heló en la garganta. Acababa de ver una figura blanca corriendo por el parque.

«¡Un fantasma!».

Fue lo primero que le vino a la cabeza. Sí, sólo podía ser un fantasma. Parecía la mujer blanca de la que hablaba su libro, que deambulaba por el palacio de Berlín, o bien una de aquellas *banshee* que rondan por los pantanos de Irlanda y echan a perder la vida de los caminantes que se extravían. Sí, tenía que ser un fantasma, porque una persona real jamás correría de aquel modo por el parque: ni a aquellas horas ni con aquel frío endemoniado.

Jan quiso gritar y salir corriendo, pero el miedo atenazaba todos y cada uno de los músculos de su cuerpo y no pudo hacer ninguna de las dos cosas. Se quedó ahí plantado, petrificado, observando la fantasmal aparición que corría hacia él abriéndose camino entre los olmos y los arces. Y cuando esta se hallaba a pocos

metros de él, el chico hizo un nuevo y no menos terrible descubrimiento: la conocía. Y no era un fantasma, ni la mujer blanca ni una *banshee*. El espectro vestido de blanco que se le acercaba con el pelo flotando al viento no era otra que Alexandra Marenburg.

De inmediato comprendió por qué habían llamado a su padre desde la clínica y a qué se debían las sirenas: estaban buscando a la paciente huida. Alexandra iba vestida sólo con unos *leggings* y la parte de arriba de un pijama de manga corta, y en los pies llevaba unos calcetines de lana que ya debían de estar empapados por la nieve y el barro. El frío le había teñido de violeta la piel del rostro y los brazos desnudos, y Jan no pudo evitar pensar en los personajes de *Posesión infernal*, una película de terror que, sin que lo supieran sus padres, por supuesto, vio una tarde en casa de un amigo. Después se pasó varias noches sin poder pegar ojo, aunque no dejaba de repetirse que lo que había visto eran actores y llevaban disfraces y maquillaje. La diferencia era que Alexandra no iba caracterizada, y que aquella expresión de frío, dolor y miedo era absolutamente real. Tenía los ojos abiertos como platos y la mandíbula desencajada, y la respiración se le escapaba del cuerpo en sincopadas nubes de vapor.

Cuando se detuvo a pocos metros de él, Jan pudo ver los regueros de saliva que le caían por las comisuras de los labios como minúsculos carámbanos de hielo.

Alexandra se lo quedó mirando como si fuera el mismísimo hombre del saco, y dejó escapar un grito.

Fue un sonido que le llegó hasta la médula. Parecía imposible que hubiese salido de la garganta de un ser humano. Tenía mucho más de animal enloquecido por el miedo. Nada le recordaba a la guapa vecina adolescente a la que espiaba desde su ventana.

Jan pensó en su padre, que cada día tenía que vérselas con locos como ella, y recordó que en una ocasión le dijo que no debía tenerles miedo. «Son personas como tú y como yo, que necesitan una atención y un cuidado especial».

Hizo un esfuerzo por repetirle aquellas palabras. No le resultó fácil, pero no cabía la menor duda de que, en aquel preciso momento, Alexandra necesitaba una atención y un cuidado de lo más especial.

—Eh —le dijo, levantando con cuidado sus enguantadas manos—, soy yo, Jan. Jan Forstner.

Justo en aquel momento *Rufus* empezó a ladrar. Como la mayoría de los ejemplares de su raza, no era precisamente un perro valiente y al menor signo de peligro ponía pies en polvorosa, pero en aquel momento algo lo empujó a cumplir con su obligación de proteger a su joven amo..., aunque fuera a cierta distancia.

Alexandra miró a *Rufus*, después a Jan, y salió corriendo de allí. Cuando vio hacia dónde se dirigía perdió realmente todo el miedo y le gritó:

—¡No, Alexandra, no!

Pero ella no le hizo caso y siguió alejándose, adentrándose cada vez más en la superficie helada del lago.

—¡Mierda! ¡Oh, mierda!

Jan corrió hasta la orilla y se detuvo. El día anterior, cuando había salido a pasear con *Rufus* antes de comer, había oído quebrarse el hielo bajo el sol (lo había oído *cantar*, como decía su padre), y había visto a los guardas del parque poner varias señales en las que se podía leer: «NO CAMINAR SOBRE EL HIELO. PELIGRO DE MUERTE».

Era posible que el hielo soportase el peso de Alexandra durante varios metros, pero no habría apostado nada al respecto.

—¡Quédate quieta! —chilló, y su voz le sonó estridente como un silbato.

Por fin, pareció que Alexandra le había oído: dio un par de pasos más sobre el hielo y se dejó caer de rodillas.

—Tienes que volver a la orilla —le dijo Jan, separando cada palabra para que ella lo entendiera bien—. Quédate a cuatro patas y ven hacia aquí.

Alejada de la iluminación del parque, Alexandra no era más que una sombra curvada sobre el hielo. Jan la oyó llorar, pero no se movió.

«Qué mierda más grande», pensó, al ver que la chica no hacía el menor ademán de regresar. Seguro que acababa de darse cuenta del peligro que corría.

Jan se mordió el labio inferior. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Correr a casa y pedir ayuda o quedarse allí e intentar convencerla de que se moviera?

Rufus, que se había sentado a su lado jadeando, tampoco le servía de ayuda.

Andaba aún debatiendo sobre lo que debía hacer, planteándose si valía la pena meterse en el lago para buscar a Alexandra, cuando ella, al fin, reaccionó. Fue como si su locura hubiese decidido tomarse un descanso. Atendió a las indicaciones de Jan y, sin ponerse de pie, empezó a avanzar hacia él.

Jan oía perfectamente sus sollozos... y, de pronto, también algo más. Un leve chasquido. Un crujido que le hizo estremecerse de terror. Alexandra aún tenía que retroceder unos cien metros, y él rezó para que el hielo aguantara. Pronto no fueron más que ochenta, setenta, sesenta... Cuanto más cerca estaba de la orilla, más rápido se movía la joven.

—¡Espera! —gritó él entonces—. ¡No vayas por ahí! ¡Vuelve hacia...!

Un sonido horrible lo dejó sin habla. El hielo se cubrió de grietas que avanzaban tan rápido que era imposible seguir las con la mirada.

Alexandra sintió pánico. Se levantó y empezó a correr hacia la orilla. Sin embargo, apenas hubo dado cuatro pasos cuando el hielo se quebró bajo su peso.

Jan chilló y *Rufus* ladró.

Y la chica fue devorada por el agua helada. Durante unos segundos desapareció por completo, y luego emergió de nuevo pataleando y dando manotazos a su alrededor.

Jan cogió a *Rufus* e intentó soltarle la correa, pero con las manoplas puestas le resultaba imposible. Oyó los gritos ahogados y la tos de Alexandra, se quitó las manoplas a toda velocidad y soltó por fin la correa del perro.

El agujero en el hielo quedaba apenas a unos metros, pero la correa de *Rufus* era

demasiado corta, así que no se lo pensó dos veces: se adentró en el lago helado avanzando a cuatro patas, desoyendo los crujidos que oía a su alrededor, y se arrastró hacia donde estaba su vecina. Los movimientos de Alexandra eran tensos, torpes y desesperados. Debía de haber pasado un frío espantoso mientras corría por el parque, y ahora el agua helada se encargó de hacer el resto.

Jan le tiró la correa, pero el gesto resultó ridículo, pues estaba aún demasiado lejos.

Y entonces ella se hundió y no volvió a aparecer.

Perplejo y desconcertado, Jan se quedó mirando fijamente el agua que se agitaba bajo aquel agujero del hielo. Durante unos instantes le pareció distinguir una silueta blanca bajo su cuerpo, avanzando hacia la orilla con la fuerza de la corriente, pero enseguida desapareció de nuevo y volvió la oscuridad.

De aquello hacía ya más de veintitrés años. Un tiempo en el que Jan no había dejado de tener pesadillas sobre aquella noche. En sus sueños veía el agujero en el hielo, la figura avanzando bajo él y la oscura superficie del lago.

Algunas veces el sueño cambiaba. A veces estaba muy cerca del agujero y otras mucho más lejos. A veces Alexandra aguantaba mucho rato sobre la superficie y otras ni siquiera aparecía la primera vez. Pero siempre, *siempre*, resultaba que la correa de *Rufus* era demasiado corta para salvar a Alexandra (por lo menos en el mundo de la imaginación).

Y había aún otra clara variante; aquella en la que el sueño adoptaba una última versión: Jan saltaba para salvar a la chica y se hundía junto a ella en el agua helada del pantano, donde se libraba al fin de todo el horror que seguiría a aquella fatídica y helada noche.

4

El lunes, a las siete y media de la mañana, Jan tomó posesión de su cargo en la unidad número nueve de la Clínica del Bosque.

Antes de aquello, Rudolf Marenburg le ofreció un opíparo desayuno, al que no le fue dado negarse, consistente en huevos revueltos, beicon frito, salchichas y un montón de tostadas. Jan agradeció de corazón el gesto de su amigo y comió de todo en su debido orden, aunque por lo general no solía tomar más que una taza de café. Por una parte no quería parecer desagradecido, pero, por otra, desde su separación no había vuelto a desayunar tanta cantidad y tan buena.

En realidad, si lo pensaba bien, en los últimos años de matrimonio Martina no le había preparado el desayuno ni una sola vez. La mayoría de los días se limitaba a sentarse a la mesa de la cocina con un gauloises en una mano y una taza de café en la otra y a mirarlo con expresión preocupada y al mismo tiempo desaprobadora, como diciéndole «Esta noche has vuelto a gritar», «¿Es que esto no va a acabar nunca?» y «No podré aguantar mucho más».

El desayuno de Marenburg le hizo recordar las mañanas felices al comienzo de su relación. Aquellas en las que Martina no llevaba más que unas braguitas y un albornoz y le sonreía con expresión dormida pero feliz.

Con aquel generoso gesto, además, Marenburg provocó en él una sensación que ya creía haber perdido: por primera vez en mucho tiempo volvía a sentirse como en casa..., aunque sólo fuera provisionalmente.

El caso es que Jan disfrutó de todas aquellas delicias y conversó animadamente con Marenburg sobre los titulares del *Fahlenberger Boten* de aquel día, pero poco después, mientras subía las escaleras que lo conducirían a su nuevo despacho, se sintió algo mareado y se propuso firmemente volver en lo sucesivo a la tradicional taza de café.

El edificio de la unidad número nueve era uno de los catorce que se habían construido en el interior del área ajardinada de la Clínica del Bosque. En la planta baja se encontraba la consulta externa de la doctora Andrea Kunert, que hacía muy poco se había instalado allí, y en el piso de encima el espacio que a partir de aquel momento sería responsabilidad de Jan: la unidad de cuidados intensivos.

Según le informaron, su predecesor, el doctor Mark Behrendt, pidió el traslado a una clínica de las cercanías de Hannover alegando motivos personales. Circulaba

también una versión no oficial, en la que se mencionaba una relación tormentosa entre Behrendt y otra antigua colega de la clínica, pero como nunca había sido muy dado a prestar atención a los rumores, Jan no se interesó mucho por el tema.

El profesor Raimund Fleischer insistió en recibirlo personalmente el primer día de trabajo y acompañarlo en su visita a las instalaciones para empezar a familiarizarse con todo. Dieron una buena vuelta por el interior de la clínica y al final se lo presentó a los enfermeros de su unidad, que eran tres.

El primero se llamaba Konrad Fuhrmann, pero se presentó a sí mismo como «Konni».

—Todos me llaman así —dijo, encogiéndose de hombros—. Ah, y prefiero que me tutee. «Señor Fuhrmann» me suena raro. Espero que no le importe.

No, a Jan no le importaba, lo cual contribuyó a dibujar una gran sonrisa en la cara de Konni. La complexión del enfermero le hizo remontarse a la época que pasó en la unidad de custodia forense de un centro psiquiátrico, en el que todos y cada uno de los trabajadores podrían haberse ganado un sobresueldo haciendo de dobles de Schwarzenegger o como porteros de discoteca.

Por el contrario, Lutz Bissinger, el siguiente en serle presentado, podría haber hecho de modelo para un anuncio sobre la desnutrición mundial. Su principal fuente de alimentación parecía ser el chicle. Siempre llevaba uno en la boca, y las pocas palabras que alcanzaba a pronunciar se mecían acompasadas por el ritmo ininterrumpido de sus mandíbulas.

El tercer enfermero, algo más joven que los otros dos, se llamaba Ralf Steffens, y era un joven que parecía muy sensato. Tenía el pelo ondulado y rubio y una perilla con la que, supuso Jan, esperaba dar un toque más masculino a la suavidad de sus rasgos.

Ralf pareció darse cuenta de que Jan estaba nervioso en su primer día de trabajo, y lo ayudó cuanto pudo: le explicó con todo detalle cómo funcionaba la unidad, cuáles eran sus rutinas y qué trucos debía conocer. Conectaron enseguida, aunque, por algún extraño motivo, Jan no pudo evitar pensar que a Ralf le pasaba alguna cosa. Que algo en su vida no iba del todo bien.

Era como si se hubiese gastado en un billete de lotería el último euro que le quedaba, y ahora esperara angustiado el sorteo del sábado. Algo le afligía sobremanera, de eso no cabía la menor duda, y si se hubiesen conocido mejor Jan habría intentado ayudarlo a hablar de ello.

Sea como fuere, Ralf se explicaba con toda amabilidad y profesionalidad, y Jan se quedó impresionado por la sensibilidad que el chico desplegó en su trabajo a lo largo del día. Si era igual con los pacientes, no cabía duda de que estarían todos encantados con la atención recibida.

La manera de comportarse de Ralf y sus dos compañeros contrastaba radicalmente con el modo, rudo y distante, que estaba acostumbrado a ver en los enfermeros que trabajaban con delincuentes afectados de enfermedades mentales.

La Clínica del Bosque era otra cosa: allí, la mayoría de los pacientes pasaban las mañanas disfrutando de las instalaciones del recinto hospitalario: acudían a sesiones de ergoterapia, participaban en programas de psicomotricidad, música o pintura, o se inscribían en talleres para preparar su reinserción laboral.

Jan dedicó aquel paréntesis sin pacientes a familiarizarse con los formalismos y el sistema de documentación de la clínica. Después acudió a la sesión médica de todos los lunes, en la que Fleischer aprovechó para darle de nuevo la bienvenida esta vez ante el resto de sus colegas y con toda formalidad.

Después de comer comenzaban las visitas. Era el momento de hablar con los pacientes y atenderlos personalmente. Una vez más, no pudo evitar pensar en su antiguo puesto de trabajo y en lo distinto que era todo aquí: entre los pacientes de la Clínica del Bosque no había nadie del tipo «Yo pasaba casualmente junto al patio del colegio y aquel chico me obligó» ni tampoco aquellos «Créame, señor, a ella le encanta que la estrangule, aunque admito que esta vez quizá he apretado demasiado».

Aquí en Fahlenberg había otros problemas, mucho menos ásperos; problemas con los que Jan podía manejarse mucho mejor: el profesor de primaria que trabajaba en uno de los centros sociales más marginados de la ciudad y de pronto pierde los estribos en una clase de gimnasia y enloquece porque ya no es capaz de soportar los gritos y la rebeldía de sus alumnos; la madre soltera y depresiva que está convencida de que lleva una eternidad en el paro porque no sirve para nada y es un parásito de la sociedad...

El último paciente de aquella tarde fue un joven que proyectaba sus delirios psicóticos en su vecina de setenta y ocho años.

—Lo hace cada noche, créame —le dijo el hombre, revolviéndose nervioso en la silla donde se sentaban los pacientes de la pequeña consulta de Jan—. Todas las malditas noches, sin importarle que yo me haya echado en la cama, en el suelo o en el sofá. Siempre que estoy a punto de dormirme, acerca su horrible cabeza a la pared y me insulta. Luego, cuando me la encuentro por las escaleras, es jodidamente simpática, pero me apuesto lo que quiera a que de noche puede ver a través de las paredes. ¡Ja! ¡Esa maldita bruja asquerosa!

Por supuesto, el paciente no podía aceptar que lo de la anciana que traspasa paredes no era sino un impulso alterado de sus sinapsis. Jan decidió aumentar la dosis de la medicación. Lo más importante ahora era conseguir que remitieran las alucinaciones para poder mantener una conversación razonable con él. Si el paciente no era capaz de admitir su enfermedad, ya podía olvidarse de lograr algún avance en su terapia.

Cuando el joven se hubo marchado, Jan empezó a escribir su informe. Y cuando alzó la cabeza, al acabarlo, vio a un tipo muy alto apoyado en el marco de su puerta. Tenía las manos metidas en los bolsillos, en un gesto cómodo y relajado, y le sonreía amablemente.

—¿Haciendo horas extras el primer día? No te acostumbres. Al final no podrás

separar el trabajo de lo que no lo es...

El hombre que tenía frente a sí parecía salido de una revista de moda para cincuentones elegantes y modernos, y la sonrisa pícaro con la que lo observaba le hacía parecer varios años más joven de lo que era.

—Soy Norbert Rauh —se presentó—. Creo que Raimund ya te ha hablado de mí.

—Lo ha hecho, sí —respondió Jan.

De modo que aquella era la «condición» de Fleischer: un tipo del que, a primera vista, no podía decir si le resultaba simpático o no.

Sin esperar a que lo invitara a pasar, Rauh entró en la pequeña consulta y se sentó en la silla dispuesta para los pacientes. Jan notó el discreto aroma de su loción para después del afeitado.

—Me alegro de volver a verte —le dijo Rauh—. La última vez que coincidimos debías de tener diez o doce años. Seguro que ni siquiera te acuerdas de mí.

—Pues no, la verdad es que no.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Rauh, lanzando un suspiro—. A veces me parece una eternidad. Yo conocía a tu padre, ¿sabes? Colaboramos juntos en un proyecto de investigación. Hipnoterapia. A Bernhard le fascinaba el tema. Su muerte fue una pérdida terrible. Inconcebible. Tu padre fue un hombre maravilloso.

—¿Trabajasteis mucho tiempo juntos?

—Algo más de dos años. Tras su muerte continué un tiempo solo con el proyecto, hasta que conseguí convencer a dos colegas más que hasta cierto punto me recordaban a tu padre y podían llegar a estar a su altura. Creo que él se habría sentido muy satisfecho con los resultados.

—No estaba al corriente de que en la Clínica del Bosque hubiese un departamento de investigación.

Rauh movió la cabeza en señal de negación.

—Es que no lo hay. Por aquel entonces cooperamos con la Universidad de Ulmer. Después trabajé en Cambridge y Oxford, y hace cuatro años, por fin, volví a mi vieja patria dando un pequeño rodeo por Hamburgo. —Rauh volvió a sonreír, aunque en esta ocasión no parecía tan seguro de sí mismo, sino más bien melancólico—. Creo que sabes perfectamente lo que significa volver a tus raíces en busca del calor y el amparo del primer hogar. Claro que nuestros motivos han sido diferentes: en mi caso, la edad comienza a pasarme factura y no puedo ignorarla... Pero no he venido a verte para hablarte de mí, como ya debes de haber imaginado.

Jan comprendió perfectamente a qué se refería y decidió abordar el tema sin más dilación.

—El doctor Fleischer me sugirió que fuera a tu consulta. Dijo que podrías ayudarme.

—Exacto. —Rauh asintió con la cabeza y miró a Jan de arriba abajo—. Pero ¿a ti qué te parece, Jan? ¿Crees que podré ayudarte?

Por un momento, Jan vio ante sí la imagen de su exmujer. Martina estaba en el

dormitorio, metiendo sus últimas pertenencias en una maleta. En la calle, frente a la puerta, había aparcado un camión de mudanzas en el que el cuñado de Jan (ahora ya excuñado) iba colocando cajas y más cajas. Jan recordaba perfectamente la mirada de Martina y la determinación que escondían sus gestos. Cualquier intento de hacerla cambiar de opinión habría sido inútil..., aunque él hubiese querido. Pero en el fondo sabía que aquello era lo mejor.

Recordó las últimas palabras de Martina, justo antes de subirse al camión con su hermano y desaparecer para siempre de su vida: «Algún día comprenderás que no podrás superar tus traumas sin ayuda. Espero de todo corazón que encuentres a la persona que te ayude a ir en esa dirección. Está claro que esa persona no he sido yo».

—No pareces muy convencido —le dijo Rauh, sacándolo de su ensimismamiento.

Jan dudó antes de responderle; dejó que las palabras de Martina resonaran un poco más en su interior y por fin asintió.

—Bueno, al menos debemos intentarlo.

Con una sonrisa de satisfacción, Rauh se llevó las manos a los muslos y añadió:

—Bien, pues te tomo la palabra. Ven a verme mañana después del trabajo a la unidad número doce.

—De acuerdo —dijo Jan—, pero espero que trates el tema con discreción...

—La versión oficial será que vienes a mi consulta para debatir conmigo sobre asuntos de psiquiatría —le aseguró Rauh, y a continuación le guiñó un ojo y añadió—: Quién sabe, al final quizá también lo hagamos. Cuando comprendas lo efectivo que es mi método... Estaría encantado de volver a colaborar con un doctor Forstner.

Jan continuaba sintiendo cierto desasosiego ante la idea de someterse a la terapia de Rauh. Le daba miedo asomarse a los entresijos de su pasado y abrir la puerta a esos viejos fantasmas que tanto le había costado encerrar. Pero aquella era la condición que le había puesto Fleischer, y también estaban las palabras de despedida de Martina, en las que se escondía mucha más verdad de la que había estado dispuesto a reconocer.

—Bueno, no quiero retrasar aún más tu hora de salida —indicó Rauh mientras se levantaba. Y ya estaba llegando a la puerta cuando se dio la vuelta y le preguntó—: Por cierto, ¿dónde te has instalado? Si no me han informado mal, la casa de tus padres aún está en alquiler, ¿no?

—Me quedaré unos días en casa de un amigo —dijo Jan. Y, siguiendo una corazonada, añadió—: Rudolf Marenburg. ¿Lo conoces?

—Marenburg... —dijo Rauh, pensativo—. Bueno, decir que lo conozco sería excesivo. Ha vivido en Fahlenberg toda su vida, como yo, y esta es una ciudad pequeña. Todos nos cruzamos con todos en algún momento.

—Si trabajaste en la clínica con mi padre, debiste de conocer a su hija, Alexandra.

—Sé que murió mientras la estaban tratando —dijo Rauh, y movió un brazo en un gesto de tristeza—, pero no recuerdo nada más. Hace ya una eternidad de aquel suceso.

—La internaron por depresión en la unidad en la que trabajaba mi padre —dijo Jan, intentando salir al rescate de la memoria de Rauh—. Una noche de enero tuvo un ataque de locura, se escapó de la clínica y se ahogó medio desnuda en el lago helado del parque.

Rauh pareció recordarlo todo de pronto.

—¡Ah, sí, es cierto! Una chica muy guapa... Y qué muerte más trágica. Tú estabas en el parque cuando ella murió, ¿no?

A Jan no le gustó el modo en que Rauh se refirió a Alexandra. Por mucho que su ropa de marca le hiciera parecer el modelo de una revista de moda, como actor no valía un céntimo.

—No imagino qué pudo asustarla tanto —continuó Jan—. Parecía aterrorizada, como si la estuviese persiguiendo el mismísimo diablo.

Rauh levantó las manos en un gesto de aflicción y añadió:

—Como ya he dicho, todo esto pasó hace mucho tiempo. Creo recordar que sus depresiones la habían llevado a padecer fobias muy intensas. Pero, sea cual sea el motivo de su muerte, ya no podemos hacer nada. ¿Por qué te interesa tanto?

—Bueno, aún hoy me pregunto qué es lo que mueve a una joven a correr por el parque en invierno, vestida apenas con un par de prendas de ropa.

Rauh asintió muy serio.

—Sí, lo entiendo. Pero por otra parte debes aprender a librarte de ese tipo de preguntas, Jan. No siempre vas a poder encontrar las respuestas a lo que te plantees. En mi consulta podré ayudarte a vivir en el presente. Al fin y al cabo estamos aquí muy poco tiempo, y es mejor no pasarlo anclados en el pasado, ¿no te parece?

«Librarse del pasado —pensó Jan—. Es más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo cuando el pasado te lleva al futuro con tantas preguntas sin responder».

Ya había oscurecido cuando Jan aparcó su coche frente a la casa de Marenburg. La luz de la cocina estaba encendida y por la ventana pudo ver al anciano sentado a la mesa.

Decidió ir a dar un paseo. No se sentía con ánimos de charlar con nadie. Estaba cansado. Y tenso. Las emociones y los recuerdos que se habían ido acumulando en su interior durante todo el día lo habían dejado muy fatigado. Aspiró hondo y alzó la vista al cielo, donde no se veía ni una estrella. Apenas un rayo de luz permitía identificar a la luna tras las gruesas nubes.

No conseguía quitarse las palabras de Rauh de la cabeza: «Librarse del pasado. Vivir el presente». ¿De verdad era posible separar ambas cosas? ¿Acaso el presente no era el resultado de los sucesos del pasado? ¿Acaso el ahora podía entenderse sin el ayer?

Dejó escapar un suspiro y se encaminó hacia el parque. Sintió que algo en su interior se negaba a tomar aquella dirección, pero la resistencia fue haciéndose menor a cada paso que daba. Aquel día tenía que llegar, se dijo. Cada centímetro de la ciudad estaba marcado con infinidad de recuerdos, buenos y malos, no sólo el parque, y había llegado el momento de afrontarlo.

¡Cuántas veces había recorrido aquel camino en su imaginación! Se había imaginado cada paso y había intentado pensar cómo se sentiría. Y el caso es que ahora sólo notaba el viento frío azotándole en la cara.

Una vez en el parque, se encaminó hacia el lago. Había venido tantas veces con *Rufus*... y siempre acababan yendo hasta el banco que quedaba a la orilla. Le turbó ver que el banco aún seguía allí, aunque lo habían renovado. Jan distinguió un letrero de latón clavado en el respaldo. Y cuando lo leyó sintió un escalofrío.

Cedido por Rudolf Marenburg.

En recuerdo de Alexandra.

Jan se sentó en el banco. Era cierto que cada centímetro cuadrado de Fahlenberg estaba plagado de recuerdos, pero aquel lugar, aquel banco en concreto, era el centro neurálgico de su memoria. Y no sólo por Alexandra.

Jan metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó a su compañero más fiel;

aquel que siempre le acompañaba en el camino. Las teclas de la pequeña grabadora estaban ya desgastadas, sus inscripciones apenas podían leerse y la carcasa estaba cubierta de rasguños, pero aún funcionaba. Con cuidado, Jan apartó una pelusa de lana que se había quedado atrapada en la tapa del radiocasete, y apretó el *play*.

Las bobinas del aparatito se pusieron en funcionamiento dejando escapar un clic. Jan se acercó la grabadora a la oreja. Al principio sólo se oía un murmullo. Parecía que la cinta estaba vacía. Pero si escuchaba con atención, percibía un ligero susurro: el del viento colándose por las ranuras del micrófono.

Tras la desaparición de Sven, los criminólogos analizaron la cinta repetida y exhaustivamente. Filtraron todos los ruidos, estudiaron todos los sonidos y redefinieron todos los rumores, pero no hallaron nada lo suficientemente consistente para fijar un punto de partida para la investigación.

Fuera lo que fuera lo que sucedió, lo hizo en el más absoluto silencio. Un silencio que a Jan le resultaba insoportable, pero que, al mismo tiempo, le atraía irresistiblemente y lo empujaba a escucharlo una y otra vez.

Cuando la cinta acabó dejando escapar un chasquido metálico, Jan abrió la tapa, le dio la vuelta y puso la otra cara. Entonces escuchó la primera parte, aquella en la que él y Sven aún seguían juntos. Se abrió con un impaciente «¡Shhh!» por su parte, y, aunque después ya no se oyera nada más, fue suficiente para evocar en Jan ciertas imágenes. En esta ocasión la diferencia fundamental era que se encontraba ni más ni menos que en el lugar de los hechos. Precisamente aquí, en el banco en el que se hallaba, fue donde sucedió todo. Aquí fue donde encendieron el radiocasete y guardaron el más absoluto silencio, a la espera de que sucediera algo. Un algo imposible en el que sólo podría haber creído un niño de doce años, mientras su hermano pequeño se congelaba de frío junto a él.

Y entonces, justo al final de esa cara, se oía la voz de Sven. No decía más que una frase, pero era suficiente para que a Jan se le llenaran los ojos de lágrimas cada vez que la escuchaba.

—¿Cuándo volveremos a casa?

Inmediatamente después el aparato llegaba a su fin, y en esta ocasión el chasquido le hizo estremecerse. A partir de aquel momento ya no fue capaz de contenerse. Con el casete entre las manos rompió a llorar desconsoladamente, acarició las letras GRUNDIG que tenía grabadas en el lomo, y volvió a meterlo en el bolsillo de su chaqueta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Marenburg debió de verlo al salir y había ido a su encuentro.

—Es un sitio muy malo para los dos —dijo—. Pero siempre volvemos.

—Tendríamos que acabar con esto, Rudi —dijo Jan, secándose las lágrimas con la manga de su chaqueta. Le avergonzaba estar ahí, a sus treinta y seis años, sentado en un banco y llorando como un niño, pero al mismo tiempo notaba el alivio que le provocaban las lágrimas—. Yo no puedo seguir así. Perdí mi trabajo porque las

preguntas me estaban devorando vivo. Mi mujer me dejó porque no me soportaba más tiempo, y no puedo reprochárselo: yo tampoco me soporto.

—¿Sabes? —le dijo Marenburg, sentándose a su lado—, conozco un montón de perogrulladas al estilo de «el tiempo todo lo cura» y demás, pero no son más que mierda embotellada. El dolor nunca desaparece, como tampoco la necesidad de buscar lo que nos tortura. —Marenburg miró a Jan a los ojos y sonrió alentadoramente—. Pero hay que intentar no perder la cordura por el camino. Lo más probable es que nunca llegues a descubrir lo que le sucedió a tu hermano, del mismo modo que yo no sabré por qué mi hija tuvo que morir aquí. Pero podemos aprender a vivir con el dolor. No siempre funciona, pero con un poco de paciencia puede hacerse algo más sencillo.

Jan dejó que las palabras de su vecino actuaran en él y después añadió:

—Voy a ir a terapia. Necesito ayuda.

Marenburg se separó un poco de él y se levantó.

—A terapia —repitió, y su voz chillona de rana Gustavo adoptó un tono burlesco—. Chico, no quisiera aguarde la fiesta porque seguro que te lo has pensado mucho, pero... En fin, que no tengo yo mucha fe en estas cosas. Si de verdad sirvieran para algo, mi Alexandra aún estaría viva. Ella también iba a terapia. —Casi escupió la palabra—. Pero ¿qué digo? Fue a un montón de terapias. Y es obvio que no le sirvió de nada.

—Pero lo suyo fue diferente, Rudi. Alexandra estaba muy enferma. Sufría las consecuencias de un trastorno metabólico cerebral, y eso no es nada fácil de curar con terapias. Los medicamentos, eso sí, pueden aliviar los síntomas.

Marenburg dio una patada a una piedrecita que dio varios saltos sobre el camino.

—No te lo tomes a mal, Jan, pero no me gustan nada estos juegos malabares de la psiquiatría. Vosotros los psiquiatras avanzáis a tientas en la oscuridad, y cuando ya no sabéis hacia dónde ir decís que hay algún trastorno en el cerebro, o lo que sea. Que conste que yo a tu padre lo apreciaba mucho, pero, si quieres saber mi opinión, yo creo que a mi hija la volvieron más loca de lo que estaba. Cada vez que salía de aquella maldita clínica estaba más extraña, menos accesible. Y al final salió de allí corriendo como una chiflada y murió. —Se dio la vuelta para mirar a Jan y esta vez era él quien tenía los ojos anegados en lágrimas—. No pretendo quitarte la terapia de la cabeza, amigo mío, pero créeme: cada uno debe enfrentarse solo a sus fantasmas. Nadie puede ahuyentarlos por ti, y mucho menos aún unas pastillas. Ten paciencia contigo mismo y lo conseguirás. Acabas de empezar un nuevo camino y estoy seguro de que no podrías haber escogido un lugar mejor para hacerlo que aquel en el que empezó todo.

—Puede que tengas razón —dijo Jan, removiendo la tierra del suelo con la punta del pie—, pero si uno quiere encontrar su propio camino, debe intentarlo por todos los medios que se le ofrezcan.

—Amén —le respondió Marenburg, sonriendo—. Y ahora... ¿qué me dices de

una cervecita bien fría? Te aseguro que, si bebes hasta ser incapaz de pronunciar tu propio nombre, dejarás de notar el dolor.

Jan le dio las gracias, pero rechazó la oferta. El alcohol sólo lo hundiría más. Marenburg se encogió de hombros, e hizo ademán de volverse a casa, pero Jan lo retuvo para hacerle una pregunta:

—¿Por qué dices que en la clínica hicieron que Alexandra empeorara?

—Pues porque fue así, sin más. No sé lo que le hicieron ahí dentro, pero algo la empujó a salir corriendo hacia el parque sin ponerse la ropa siquiera. Joder, Jan, tenía que estar muerta de miedo. Pero eso lo sabes mejor tú que yo.

Jan no respondió. Vio el rostro deformado de Alexandra frente a sí, los hilillos de saliva congelada en las comisuras de sus labios y los ojos abiertos como platos.

Marenburg, que interpretó el silencio de Jan como una afirmación, asintió significativamente. Alguien en esa clínica es el culpable de la muerte de mi hija. Apuesto el cuello a que es así, pero no puedo demostrarlo.

6

Los meteorólogos llevaban días diciendo que el cielo gris pizarra de noviembre dejaría al fin caer los primeros copos de nieve de aquel invierno. Todavía no había empezado a cuajar, pero, si el viento helado seguía soplando, Fahlenberg no tardaría en estar cubierta por un grueso manto blanco.

Jan había encendido la radio y disfrutaba de la música, que había puesto muy alta para ahogar el silencio del coche. Justo en aquel momento, mientras Billy Idol cantaba que estaba bailando consigo mismo, Jan vio el embotellamiento en la autovía y frenó. No pudo ver a qué se debía el atasco. Quizá algún conductor inconsciente había salido a la calle sin ponerse las ruedas de invierno y se había quedado cruzado en la carretera. No hacía ni cinco minutos que en la radio habían hablado de eso precisamente: de la sorprendente cantidad de coches que resbalaban sobre el hielo y la nieve porque sus dueños no les habían cambiado las ruedas.

Entonces vio correr a un gordo entre los coches. Llevaba una gabardina abierta que ondeaba con el viento y gritaba como un loco. Jan apagó la radio y bajó la ventanilla del conductor.

—¡Un médico! —oyó gritar al tipo de la gabardina, dando un golpe sobre el techo del coche de delante del suyo—. ¿Hay algún médico por aquí? ¡Por todos los santos, necesitamos un médico!

En aquel momento, Jan vio las manchas de sangre en su ropa y bajó del coche.

—¡Yo soy médico! ¿Qué ha pasado?

El gordo corrió torpemente hacia él. Estaba fuera de sus casillas y lo miraba con unos ojos enormes y aterrorizados. Se precipitó sobre Jan, lo cogió de la manga del abrigo y lo arrastró tras él.

—¡Vamos! ¡Por el amor de Dios, sígame! ¡Rápido!

Jan logró zafarse del tipo mientras corría tras él abriéndose paso entre los coches. Muchos conductores sacaban la cabeza de sus vehículos y preguntaban con curiosidad. Un hombre gritó «¡Eh! ¿Qué está pasando ahí delante?», otro lanzó una maldición y dijo que llegaba tarde. Algo más atrás, alguien dio un bocinazo.

El lugar del accidente se hallaba varios metros más allá del puente peatonal que cruzaba la autovía para unir el centro de la ciudad con uno de los barrios nuevos. Un seat rojo estaba cruzado en el asfalto. En aquel momento, una mujer lanzó un grito horrible, se dio la vuelta y se alejó tambaleándose de allí.

El gordo de la gabardina se detuvo. En su rostro estaba escrito que no se atrevía a acercarse más. Jan también se quedó quieto. Vio el chasis abollado del seat, y el cristal delantero hecho añicos.

«Piedras —pensó—. ¡Seguro que algún idiota se ha dedicado a tirar piedras desde el puente!».

Detrás del coche, Jan vio a un joven vestido con un traje azul. Estaba inclinado hacia delante, con las manos sobre los muslos, e intentaba evitar que una nueva arcada de saliva se sumara al vómito que ya tenía a los pies. No cabía duda de que el pobre hombre era el conductor del seat. No parecía herido, lo cual venía a confirmar su teoría de las piedras.

Jan dejó que el gordo siguiera ahí plantado y se acercó más al lugar del accidente. Entonces vio lo que había en el suelo y se quedó helado. Durante la carrera había visto varios casos durísimos, pero aquello... Casi se le paró el corazón. No era de extrañar que el conductor vomitara hasta las entrañas. Él mismo sintió náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo por contener una arcada.

«Los médicos también somos personas —le dijo en una ocasión un amigo suyo, cirujano de urgencias—. Lo que nos diferencia del resto es que hemos aprendido a apretar un botón en nuestra cabeza que nos convierte en profesionales».

Jan hizo un esfuerzo por controlarse y apretó el botón. Al principio parecía estar atascado, pero al final lo logró.

—¿Ha llamado al médico de urgencias? —preguntó al hombre de la gabardina, que lo miró sin reaccionar, como si estuviera hablándole en japonés.

Jan se dirigió entonces a los curiosos que se habían apelotonado ahí para mirar.

—¡Llamen al servicio de emergencias! ¡Uno, uno, dos!

En cuestión de segundos aparecieron un montón de móviles, aunque no todos fueron hasta las orejas de sus dueños. Sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, Jan comprendió que no todo el mundo tenía intención de llamar a la ambulancia..., al menos hasta haber sacado un par de fotos.

Se dirigió hacia la víctima del accidente, que quedaba unos metros más allá del seat. Era una mujer. Debió de saltar desde el puente peatonal y colisionar con el coche. El puente estaba solo a unos metros de altura, y lo más probable es que el salto en sí sólo le hubiese fracturado algunos huesos, pero el choque con un automóvil en marcha tuvo que ser brutal, por mucho que este se detuviera inmediatamente al empotrarse contra la mediana, tal como evidenciaban las marcas del frenazo sobre el pavimento.

Jan calculó que la mujer tendría unos veintipocos años. Debió de salir disparada varios metros, y su maltrecho anorak revelaba que después patinó alguno que otro más boca arriba sobre la rugosa calzada. Por la forma en que yacía, no cabía la menor duda de que el brazo izquierdo, las dos piernas y la columna vertebral tenían que estar fracturados: la pierna izquierda estaba extrañamente doblada hacia fuera, y la izquierda retorcida a la altura del muslo, de modo que entre la rodilla y el pie parecía

tener aún otra articulación; por lo demás, su tronco se asemejaba a un trozo de plastilina al que un gigante hubiese querido moldear con la forma de una «s».

Se acercó un poco más. El pecho de la joven aún se hinchaba y deshinchaba al respirar, pero en cuanto le vio la cara, Jan comprendió que no le quedaban más que unos minutos de vida, y deseó, por su bien, que fueran los menos posibles. El pómulo izquierdo se había fracturado y había hundido el ojo en su cuenca, empujándolo hacia la parte trasera del cráneo, mientras que el ojo derecho se movía de un lado al otro a toda velocidad, como movido por impulsos eléctricos. Pese a todo, parecía que no había perdido el conocimiento.

Jan se arrodilló junto a la moribunda y la cogió de la mano. Los dedos de ella apretaron instantáneamente los suyos. Vio la cantidad de sangre que le salía de una enorme laceración en la frente, así como de los restos de su nariz y sus orejas. El charco llegaba ya hasta sus zapatos, y la larga melena oscura de la mujer se ondulaba como las algas marinas de un intenso mar rojo.

Pese a todo, seguía viva. Continuaba apretándole la mano y el ojo que le quedaba seguía mirándolo todo de arriba abajo, como si intentara comprender lo que estaba viendo.

—Tranquila —le dijo Jan suavemente—. No te preocupes. La ambulancia está en camino.

Por supuesto, aquello era absurdo. Tanto como si le hubiese dicho «Te vas a poner bien» o «Esto no ha sido nada». Era cierto que la ayuda ya estaba en camino; de hecho se oían a lo lejos las sirenas de la policía y la ambulancia, pero Jan sabía que ahí no había nada que hacer.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la joven lo miró fijamente con su ojo sano. Jan sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

«¡Qué espanto de mirada! ¿Dónde demonios está la maldita ambulancia?».

La mujer, que parecía dispuesta a romper los dedos de la mano de Jan, dejó escapar un sonido espeluznante. Pero justo cuando él creía que aquello era el último respingo previo al final, ella se puso a mover los brazos como si quisiera librarse de algo. Jan no podía dar crédito a sus ojos, pero lo cierto es que la chica... ¡estaba intentando incorporarse! Evidentemente, no logró levantar más que la cabeza.

—No te muevas —le dijo, acariciándole la cabeza para calmarla—. Quédate tumbada. Enseguida habrá pasado todo.

Emitiendo un sonido gutural, la joven apoyó la cabeza en el suelo y volvió a mirar a Jan. Los copos de nieve caían sobre su cara ensangrentada, y el ojo hábil se fijó en él con expresión suplicante.

«¡Intenta decirme algo!».

Era increíble. Aunque debía de estar sintiendo un dolor indescriptible y la mandíbula le colgaba de la cara como un cuerpo extraño, imposibilitándole por completo el habla, la chica quería decirle algo.

Jan acercó la oreja a su cara. Notó el calor de su respiración y oyó el gorgoteo de

su garganta. Ella tuvo que tragar sangre en varias ocasiones antes de poder emitir un sonido:

—¡Doio!

Tuvo un nuevo acceso de sangre, tragó de nuevo y volvió a pronunciar aquel sonido extraño e inquietante, sólo que esta vez con mayor intensidad:

—¡Dooooio!

El sonido, quizá una palabra, o quizá también la última expresión de su dolor, se convirtió en un suspiro.

Jan la miró y se obligó a sonreírle. Quería que se llevara algo bueno al otro mundo.

Su mirada se rompió, su mano dejó de apretarle y por fin acabó todo.

El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Jan no pudo evitar pensar en esta frase mientras entraba en su consulta con casi tres horas de retraso.

Antes de aquello redactó la protocolaria declaración como testigo ocular y habló con el servicio de urgencias que llegó apenas unos minutos después de la muerte de la joven. Entonces llamó a la clínica para informar de su retraso, y volvió a casa para ducharse a conciencia.

Rudolf Marenburg no estaba allí, lo cual le pareció un alivio. No se sentía capaz de hablar con nadie, y tampoco tuvo fuerzas para limpiarse los zapatos manchados de sangre, de modo que los metió en una bolsa de plástico y los tiró a la basura.

El resto del día lo pasó sin poder quitarse de la cabeza la imagen del cráneo aplastado y el ojo aterrado moviéndose de un lado a otro. Pero por la tarde, hablando en su consulta con un paciente que ese mismo día iba a ser dado de alta, se dio cuenta de que el recuerdo de aquella mañana empezaba a convertirse en una idea turbadora: la de que todo lo que había sucedido no era más que una pesadilla o una película de terror para la que su paciente tenía entradas en primera fila.

Kevin Schmidt parecía el mismísimo conde Drácula: traje oscuro, maquillaje blanco, el pelo teñido de negro y engominado hacia arriba. Sólo que un verdadero vampiro seguramente no llevaría un rosario colgado del cuello.

—Mire, doctor, *pa'* mí la vida sigue siendo una mierda —dijo. Hablaba sin mirar a Jan e iba dando golpecitos a una chapa que llevaba en el abrigo y en la que podía leerse la inscripción «Barlow Rules»—. Pero lo que me han *dao* aquí es muy bueno. Ahora al menos la mierda ya no huele tan mal como antes. No sé si pilla lo que le digo.

«Si acabaras de toparte con la muerte, seguro que pensarías de otro modo», pensó Jan. Pero se obligó a esbozar una sonrisa y dijo:

—Me alegro de que hayas mejorado tanto.

—Ya. O quizá se alegra de tener a un *chalo* menos en su lista... —le replicó el vampiro depresivo mientras se levantaba—. ¿Qué? ¿Me las puedo pirar ya?

—Sí, claro, cuando quieras —le dijo—. Y mucha suerte de ahora en adelante.

Kevin Schmidt resopló despectivamente y salió de la consulta, dejando tras de sí un fuerte olor a pachuli que llevó a Jan a abrir la ventana pese al frío de aquellos días. Después escribió el informe en el que se le daba de alta y lo metió en un sobre.

Todavía le quedaba un buen rato hasta su cita con el doctor Rauh, de modo que, en lugar de dejar el sobre en la bandeja del correo interno, decidió dar un paseo y llevarlo personalmente al edificio en el que se hallaba el archivo.

En el pasillo se encontró con Ralf Steffens, y de nuevo tuvo la sensación de que el enfermero estaba muy serio. Lo miró con amabilidad y le preguntó:

—¿Va todo bien? Estás muy pálido...

Ralf se encogió de hombros.

—Voy tirando. Es personal.

«Lo personal es personal», pensó Jan, dando el tema por zanjado. Nadie mejor que él para saber que había cosas de las que uno no quería hablar. Así que cambió de tema y le preguntó cómo llegar al archivo.

Ralf acababa de darle la última indicación cuando Konni Fuhrmann se le acercó y le dijo que tenía una llamada. De una mujer. Urgente. Por el bien del chico, Jan deseó que aquella llamada fuera el billete de lotería ganador que había estado esperando. Quizá no tuviera que acertar todos los números, incluido el complementario; quizá un «Vamos a hablarlo una vez más» fuera suficiente...

Un viento helado soplaba entre los nudosos árboles que bordeaban el camino hacia el ala lateral del edificio de la administración en el que se hallaba el archivo. Había dejado de nevar, pero el frente de nubes que se acercaba lentamente por el este indicaba que volvería a hacerlo inminentemente.

Aunque sólo tuvo que caminar cinco minutos al aire libre, Jan se quedó helado, que de hecho era justo lo que quería: después de lo que había visto por la mañana, se había pasado el día con flojera en las piernas y el estómago revuelto, y ahora, tras caminar sobre la nieve y sentir el viento frío en la cara, empezaba a encontrarse mejor.

Cuando llegó a la entrada lateral del archivo siguió las indicaciones de los letreros, que lo condujeron hacia las escaleras del sótano. Como la mayor parte de los edificios de la clínica, el ala de la administración, en forma de «L», fue fundada hacia 1900, y pese a las modernas lámparas halógenas que iluminaban la escalera y la madera clara de los peldaños, Jan tuvo la sensación de que descendía a una antigua mazmorra. Aquella impresión se intensificó aún más cuando llegó al pasillo del sótano y llegó a la pesada puerta de acero blindado en la que podía leerse el letrero ARCHIVO. No se habría sorprendido nada si en lugar de eso hubiese puesto CALABOZO.

Tras la puerta, sin embargo, no halló un calabozo sino otro pasillo de varios metros que conducía a una nueva puerta blindada. Aquí debió de acabárseles el dinero. O quizá no les pareció necesario masillar y repintar las descascarilladas paredes grises, cubrir las cañerías de agua y calefacción que pasaban por el techo o procurar una mejor iluminación porque en aquel edificio no entraba nadie más que el archivero y el mensajero del correo interno.

Jan llamó a la puerta y esperó. No oyó ningún «Adelante», así que entró.

Ante él se abrió un espacio amplio de techos muy altos, con las paredes llenas de estanterías y las estanterías llenas de cajas. El aire estaba impregnado de un olor a moho y papel antiguo, y también a tabaco, aunque en una de las paredes —justo al lado del extintor—, podía leerse un cartel en el que ponía «Prohibido fumar».

En medio de la sala había una única y enorme mesa de madera sobre la que se acumulaban montañas de expedientes y papeles. Si no fuera por el ordenador de pantalla plana que también podía verse ahí en medio, el archivo bien podría haber sido el escenario de una película en blanco y negro de los años cuarenta.

A su derecha vio una puerta abierta, tras la que oyó a alguien que tosía y que, aparentemente, estaba arrastrando alguna caja por el suelo.

—¿Hola? —dijo Jan, y el ruido de la caja cesó de golpe.

—¿Ya estás aquí? ¿Tan pronto? —le respondió una voz masculina.

Lo oyó toser de nuevo, y después lo vio aparecer por la puerta: un hombre mayor con un traje gris de mezclilla. También él parecía una reliquia del pasado. Con una colilla colgándole del labio inferior, aquel tipo encajaba perfectamente en la atmósfera de la sala.

—¡Ah, uno nuevo! —dijo el anciano.

Anduvo torpemente hasta la mesa y apagó su colilla en un cenicero que estaba lleno hasta los topes.

«Y que viva la prohibición de tabaco», pensó Jan, haciendo un esfuerzo por no decirlo en voz alta. Aquella situación le resultaba algo grotesca, como salida de una caricatura.

—Pensaba que los de Correos se habían propuesto batir el récord de velocidad de entrega. —El hombre se acercó a Jan y le extendió una huesuda mano con los dedos amarillentos por la nicotina—. Hieronymus Liebwark. Archivero de esta clínica desde 19... ay, lo que sea.

Jan se presentó también y estrechó la mano de Liebwark, que le pareció desagradablemente fría y lánguida.

—Estaba claro que no era usted de la administración, y eso que cada vez resulta más difícil distinguir a un médico de un informático o un directivo o un simple trabajador. Antes al menos llevaban batas blancas.

—Yo sólo me la pongo para sacar muestras de sangre —dijo Jan, haciendo un esfuerzo por sonreír—. El resto del día no le veo la necesidad.

—Claro, claro, ahora los señores psiquiatras sólo se centran en hablar. Bueno, en hablar y recetar pastillas, claro.

Liebwark esbozó una sonrisa torcida que dejó entrever unos dientes grandes y amarillentos. Sus ojos, de color gris claro, se iluminaron con un brillo intenso, y Jan comprendió que tras el aspecto caduco se escondía un espíritu ágil y despierto.

—¿Y qué le trae a mi reino? —añadió Liebwark, señalando la carpeta de cartón que Jan llevaba en la mano—. ¿Acaso pretende impresionar al director con la

propuesta de que ahorre en correo interno?

Soltó una carcajada que enseguida se convirtió en un ataque de tos.

—No, es que estaba en el edificio —mintió Jan— y me ha apetecido ver adónde iban a parar todos mis esfuerzos y mi trabajo.

Liebwerk le cogió la carpeta, asintiendo, y le dijo:

—Ya ve, la burocracia es un monstruo insaciable, doctor Forstner. Siempre pide más, siempre, y le importa un comino lo mucho que nos hayamos esforzado en prepararle lo que demanda.

Leyó el nombre de Kevin Schmidt y puso la carpeta sobre un montón que quedaba a la derecha del ordenador. Después paseó la mirada por la sala y abrió los brazos.

—Aquí se esconden casi cien años de la historia de la clínica. Todo perfectamente ordenado. Cuando uno lo ve así, tan expuesto, no puede evitar pensar que el papel esconde un poder de expresión significativamente mayor de lo que parece. Es extraordinario...

Jan no daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cómo? ¿No destruyen los expedientes al cabo de un tiempo? Según me consta, las otras clínicas los guardan durante quince años, como mucho.

—Craso error. —Liebwerk movió el dedo índice, que no era más que huesos y carne, y añadió—: Técnicamente, la ley ordena que los informes, historias clínicas, actas y expedientes de todo tipo sean conservados durante un mínimo de treinta años. Pero en nuestro caso tenemos algunas muchísimo más antiguas. De aquella época en la que se escribían diagnósticos como «locura» o «histeria», y en la que la homosexualidad aún era una enfermedad. Créame cuando le digo que en algunas de las historias que tenemos por aquí parece que el loquero en cuestión haya perdido también uno o dos tornillos por el camino, mientras que el testimonio de ciertos testigos oculares en la caza de brujas era considerado un relato verídico.

Liebwerk se apartó de Jan con un movimiento abrupto y se dirigió hacia la puerta por la que acababa de aparecer.

—Sígame, doctor, quiero enseñarle algo.

Sorprendido, Jan siguió al anciano, que entre tos y tos se encendió otro cigarrillo.

La sala a la que accedieron era tan grande que podría haberse montado el escenario de una ópera en él. Es decir, si no hubiese estado llena de cajas, claro está.

—¿Qué le parece que es esto, doctor Forstner? —dijo Liebwerk, señalando las montañas de papeles.

—Bueno, diría que es el archivo clínico más grande que he visto en mi vida.

—Para mí —dijo el archivero, tosiendo—, para mí es la encarnación de una avaricia enfermiza.

—Va a tener que explicarse mejor...

Liebwerk soltó el aire por la nariz.

—Mire usted, cuando yo llegué aquí, sólo Dios sabe cuántos años hace ya, los

informes hacía tiempo que se amontonaban. Es cierto que había por aquí una trituradora de papeles, pero era de la edad de piedra y se estropeó pocos meses después de mi incorporación. Desde entonces no han dejado de llegar informes a esta sala. Cada día. Actualmente debe de haber más de diez mil historias de pacientes, lo cual es una barbaridad. De modo que me dedico a coger los informes más antiguos y traerlos a esta sala, donde los reubico ordenadamente. Año tras año. —Un nuevo ataque de tos y continuó—: Y con idéntica regularidad, cada año solicito por escrito una trituradora de papeles. Les digo que es mucho más barata que contratar a una empresa para deshacerse de los papeles, y les recuerdo que aquí abajo tengo tiempo. Pero supongo que no les parece prioritario. No, al menos, mientras quede espacio en la sala. ¡Hay que ahorrar!

—Bueno, como mínimo tiene la plaza asegurada —le dijo Jan, sonriendo.

Liebwerk asintió.

—Sí, y ahora que estoy a punto de jubilarme ya nada me importa demasiado. El que las pasará canutas será mi sucesor, sin duda. El pobre se sentirá como el sustituto de Sísifo empujando la roca montaña arriba.

Jan echó un vistazo a su reloj. Era hora de volver. Pero justo en el momento en que estaba a punto de dar las gracias a Liebwerk por la interesante visita guiada y marcharse de allí, le vino una idea a la cabeza. Observó las altas torres de papel intentando decidir si comentársela al anciano o no. El caso es... ¿qué podía perder?

—Oiga... ¿le resultaría muy complicado encontrarme una historia clínica de 1985?

Liebwerk inclinó la cabeza a un lado y lo miró con escepticismo.

—No, claro que no. Aquí todo sigue un orden. Pero ¿para qué lo quiere?

Durante unos segundos Jan pensó en la posibilidad de inventarse una historia, pero al final decidió ceñirse a la verdad. Aquellos ojos grises y despiertos lo habrían descubierto, de eso estaba seguro.

—Digamos que es curiosidad personal.

—Ya veo —dijo el archivero con voz ronca, yendo a dejar la colilla de su cigarro en el cenicero que estaba sobre la mesa de la sala principal.

Jan lo siguió, y cuando Liebwerk se dio la vuelta para mirarlo, observó que sus ojos brillaban con picardía.

—Pero para hacerle este favor tendría que subirme a una escalera alta y polvorienta y yo ya no soy un niño.

Jan entendió perfectamente lo que le estaba diciendo y respondió:

—Por supuesto, le mostraría un gran agradecimiento.

Liebwerk sonrió.

—Veo que nos entendemos, doctor. ¿Le parece bien un par de cartones de tabaco?

—Me parece bien, sí. La paciente que estoy buscando se llama Alexandra Marenburg.

Liebwerk volvió a mirarlo con recelo.

—De modo que un asunto privado, ¿eh? Ya veo. Pero quiero que le quede clara una cosa: me da igual el motivo de su interés. Cuando lo haya satisfecho no quiero saber nada, y el informe jamás saldrá de este archivo. ¿Me ha entendido?

Cuando Jan subió la escalera y salió, por fin, a la calle, le pareció sentir aún la mirada de Liebwerk clavada en su espalda. Sólo esperaba no estar cometiendo un error.

8

Aunque no eran más que las seis de la tarde, parecía ya negra noche. En el recinto hospitalario las farolas hacían todo lo posible por combatir la oscuridad.

Pero más que la oscuridad, lo que a Jan le angustiaba era el silencio. Mientras se dirigía a la unidad número doce, intentó buscar en su memoria una melodía con la que romper el silencio que se hallaba también en su cabeza. Esta vez le resultó muy difícil, porque en lugar de recuerdos acústicos sólo le venían a la mente imágenes del pasado. Imágenes de una joven cuyo rostro deformado por el pánico estaba perlado de grandes copos de nieve.

Y entonces, de pronto, recuperó un sonido: no era música, sino la voz de una persona que intentaba hablar con la garganta anegada en sangre.

«¡Doio!».

Ni el sonido de sus pasos sobre la grava ni el murmullo del viento entre las ramas de los árboles fueron capaces de desbancar el grito que resonaba en su cabeza, y Jan se preguntó si aquello no era peor aún que el silencio.

«¡Dooooio!».

Por fin, la sirena de una ambulancia lo devolvió a la realidad. La vio aparecer a toda prisa, pasar a unos cien metros de donde estaba él y salir de la clínica para ofrecer su ayuda a quien la hubiese llamado.

Y él llegó a su destino antes de que volviera a hacerse el silencio, gracias a Dios. Se quedó de pie frente a la puerta y observó el edificio que llevaba el número doce. Era un feo bloque de hormigón de dos pisos que no tenía nada que ver con la unidad privada que quedaba justo a su lado.

Por un instante sintió el impulso de coger el móvil, marcar el número de Martina y decirle que tenía razón. «Ya ha llegado el momento,» —quería decirle—. «Por fin lo he entendido. Pese a mi escepticismo, voy a dejar que me ayuden. De una vez por todas voy a hacer algo para superar este terrible silencio que me tortura desde hace tanto y que me lleva a gritar todas las noches».

Tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse. Si la llamaba, era posible que Martina se alegrara por él y lo felicitara por haberlo logrado, pero al mismo tiempo sentiría que se le abría una antigua herida. Una herida que merecía cerrarse cuanto antes. Sí, Martina tenía tanto derecho como él a empezar una vida nueva. Después de todo lo que había luchado en vano, lo justo era que la dejara en paz. Aunque tuviera que

repetírselo varias veces a sí mismo.

Tuvo que llamar al timbre porque la llave que le dieron para la unidad número doce no funcionaba. Mientras esperaba a que le abrieran, vio a una mujer de pelo corto y oscuro en una de las ventanas de la clínica privada. Lo saludó con una mano mientras en la otra sostenía algo que parecía un osito de peluche, y Jan le devolvió el saludo.

Entonces vio a una enfermera que se acercaba a la puerta para abrirle.

—Usted debe de ser el nuevo colega del doctor Rauh, ¿me equivoco? —le dijo, mientras lo precedía por el pasillo de la unidad de mujeres internas.

Jan supuso que la versión oficial que había dado Fleischer era que iba a acudir a algunas sesiones de Rauh en calidad de aprendiz y colaborador. Sea como fuere, a la enfermera no parecía interesarle demasiado. Hacia la mitad del pasillo le pidió que esperara un momento, que iba a buscar al doctor. Y desapareció en una habitación.

Jan observó el cuadro que colgaba de la pared, protegido con plástico en lugar de cristal. Era el póster de una revista de naturaleza: las cataratas del Niágara, una idílica selva tropical neozelandesa y Ayers Rock en Australia. Lugares que para la mayoría de los pacientes internos en una unidad psiquiátrica deberían ser al menos tan exóticos e inasequibles como la rutina de un ciudadano medio al otro lado de los muros de la clínica.

—¡Eh! ¿Tú quién eres?

Una voz femenina lo sacó de su ensimismamiento. Jan se dio la vuelta y se estremeció. La voz bien podía haber pertenecido a una chica joven y guapa, pero la mujer que tenía ante sus ojos no era ni una cosa ni la otra. Llevaba la cabeza afeitada y la tenía prácticamente desfigurada por un monstruoso angioma. Jan había leído algo sobre este tipo de neoplasias de los vasos sanguíneos, halladas principalmente en mujeres: hemangiomas enormes, consecuencia de ciertas alteraciones en la coagulación sanguínea, también conocidas como síndrome de Kasabach-Merritt. Había leído sobre ellas y las había visto en las ilustraciones de los libros de medicina, pero hasta ahora no se había encontrado con ninguna real. Y era mucho peor de lo que imaginaba. No pudo evitar pensar en el inglés Joseph Merrick, el hombre que a finales del siglo XIX fue tristemente bautizado como el «Hombre Elefante».

La deformidad de la mujer tenía una superficie esponjosa, cubierta de ampollas que esbozaban terribles figuras y se arrastraban hasta su rostro, devorando a su paso la mitad de este y torciéndole la boca hasta provocarle una eterna y falsa sonrisa.

—No me mires así —gruñó la mujer—. Mejor dime quién eres.

Jan sintió que le ardía la cara. Se avergonzaba de no haber sabido disimular su sorpresa. Carraspeó e intentó mirarla directamente a los ojos mientras le decía:

—Soy el doctor Jan Forstner, de la unidad número nueve.

—De modo que un médico, ¿eh? —dijo la mujer, acercándosele mucho. Era una cabeza más baja que Jan y tenía que levantar la vista para mirarlo. A él le pareció que olía a chocolate—. Pero también eres otras cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Movió su monstruosa cabeza, y, por un instante Jan, creyó haber oído un susurro que salía de las sangrientas deformaciones que la coronaban... Lo cual era, evidentemente, un soberano disparate.

—Tú eres como muchos de los que estamos aquí metidos. Igual que yo: un preso que es al tiempo su propia prisión. —Señaló la cabeza de Jan y continuó—: Estás encerrado ahí arriba. Salta a la vista.

Jan sintió un escalofrío. Tuvo que hacer un esfuerzo por recordarse que estaba hablando con una paciente interna, y que sin duda tenía motivos para estar ahí. Lo más probable era que el hemangioma le hubiese afectado también al cerebro —de ahí que no hubiesen intentado extraerle al menos una parte, seguro—, y, en ese caso, la mujer sufría una perturbación psíquica. De todos modos, sus palabras habían dado en el clavo.

Le pareció que la sonrisa artificial y deformada de la mujer esbozaba un arco aún mayor, y vio en sus ojos un brillo de satisfacción.

«Sabe que tiene razón», pensó Jan.

Pero antes de darle tiempo para reconvertir a Jan Forstner, el hombre aprisionado, en el doctor Forstner, médico psiquiatra, la mujer continuó:

—Te llevo ventaja —le dijo, mientras se tocaba suavemente la piel violácea de la cabeza con el dedo índice—. Yo ya he empezado a romper los muros de mi mazmorra. Estoy expulsando los pensamientos negativos, y cuando consiga sacarlos todos seré libre. —Ahora no cabía la menor duda de que le estaba sonriendo—. Tendrías que rezar a Jesús y pedirle ayuda. Seguro que te la concede y te bendice, igual que a mí.

Y dicho aquello, se dio media vuelta y se marchó.

—¿Le ha importunado Sibylle?

Jan miró a la enfermera que acababa de aparecer por la puerta. ¿Habría escuchado la conversación?

—Al contrario —le respondió—. Ha sido un encuentro de lo más interesante.

—Pues me alegro. Es que, desde el robo de hace un mes la pobre está muy turbada y dice muchas tonterías.

—¿Robaron dentro de la unidad?

—Parece increíble, ¿verdad? —La enfermera asintió con la cabeza y bajó la voz—: Fue un paciente de la unidad masculina que queda justo delante. Robó la llave de uno de los de la limpieza y se coló aquí por la noche. No se lo creerá, pero el caso es que el tipo quería robar ropa interior... ¡del cesto de la ropa sucia! ¡Imagínese! Sibylle fue quien lo encontró, y desde entonces teme que vuelva y le haga daño.

—¿Y? —preguntó Jan—. ¿Su miedo está justificado?

—¡No, no, qué va! —dijo la enfermera, moviendo una mano—. Al tipo lo han llevado a la unidad nueve, la de cuidados intensivos, y no le dejan salir de allí. —

Entonces señaló una puerta de cristal que daba a unas escaleras y añadió—: Pero ya es hora de que vaya a ver al doctor Rauh. Le está esperando.

Antes de bajar al piso inferior, Jan se dio la vuelta y miró hacia la puerta por la que había desaparecido Sibylle, y la vio allí de nuevo, apoyada en el marco, mirándolo atentamente.

«Te llevo ventaja —le había dicho—. Yo ya he empezado a romper los muros de mi mazmorra».

«¿Y qué harás entonces? —pensó Jan—. ¿Qué harás cuando los hayas tirado todos? ¿Qué te esperará ahí fuera?».

La sonrisa de la paciente volvió a hacerse más amplia.

«Tú espera —parecía decirle—. Tú espera y verás. Te vas a quedar de piedra».

Poco después Jan estaba sentado en la sala más extraña que había visto en su vida. El suelo estaba cubierto por una moqueta roja, y las paredes también estaban pintadas de color rojo oscuro. Un tono intenso y mate, tranquilizador pero al mismo tiempo algo agobiante.

Los focos de luz, escondidos tras varios salientes de la pared, aportaban una luminosidad cálida y suave, y daba la sensación de que las paredes y el techo estuvieran cubiertos de terciopelo. No es que la habitación pareciera cálida, sino que lo era realmente: la calefacción debía de estar puesta a veinticuatro grados, y la humedad del aire era también muy elevada.

En el centro, una mesa muy pequeña de madera oscura, rodeada de un diván, un sillón de brazos y una silla ordinaria. Y para completar el austero mobiliario, una pequeña cómoda adosada a la pared. Sobre ella, un cántaro, un termo y varias tazas y vasos colocados en fila. Por el aroma que impregnaba la habitación, ligeramente afrutado, Jan supuso que el termo contendría té.

Aparte de la cómoda y los salientes que hacían de lámparas, en las paredes no había absolutamente nada. Ni ventanas ni cuadros, sólo una gran planta de interior junto a la puerta de entrada.

Jan escogió el sillón de brazos, de modo que Rauh se sentó en la silla, cómodo y relajado como si estuviese en el comedor de su casa. Llevaba un jersey de marca de color beis y unos pantalones a juego, de estilo informal.

—Esta habitación —dijo, tras dejar un tiempo para que Jan la mirara atentamente— es el resultado de muchos años de estudio. La concebimos para que nos ayudara a encontrarnos con las primeras impresiones de nuestro yo terrenal. El color de las paredes y la temperatura replican la esencia del útero materno, del mismo modo que el ligero sonido que se oye de fondo..., aunque quizá aún no te hayas percatado.

Se quedó un momento en silencio y dio a Jan la oportunidad de escuchar el sonido al que acababa de referirse. Efectivamente, ahí estaba. Si no le hubiese hablado de él quizá no habría llegado a percibirlo, pero de pronto oía sin lugar a

dudas un tono quedo y rítmico, como el latido de un corazón.

—Estoy impresionado.

—Me alegro —dijo Rauh, cruzando las piernas—, sobre todo porque la idea fue principalmente de tu padre, como bien debes de saber.

—Sí. Pero no querría que te forjaras una idea falsa de mí —respondió Jan—. Al contrario que mi padre, soy bastante escéptico ante la hipnosis en general y ante este tipo de sugerencias en particular, por decirlo de un modo suave. Me consta que hay suficientes pruebas que justifican su efectividad, pero para mí tienen un trasfondo más bien desagradable.

Jan supuso que el doctor Rauh rebatiría sus palabras con una defensa a ultranza de los métodos que utilizaba en su consulta y lo confrontaría con multitud de cifras y datos, pero se limitó a asentir y sonreírle comprensivamente.

—Te preocupa tu libre albedrío —dijo, relajado—, y es normal. Casi todos los que vienen a mi consulta confiesan sentir el mismo miedo.

—Bueno, al fin y al cabo se trata de dejarse manipular, ¿no?

—En cierto modo, sí pero por desgracia los medios han difundido una imagen completamente falsa de la hipnosis. En determinados programas de televisión, por ejemplo, se ha hecho creer a la gente que puede robarles el autocontrol y convertirlos en las dóciles víctimas de algún tipo de espectáculo. Pero la hipnosis terapéutica no tiene nada que ver con el espectáculo. Aquí no voy a hacer que des vueltas por la habitación cacareando como una gallina ni te meteré en la cabeza órdenes que cuando despiertes te verás obligado a cumplir aunque no puedas recordar por qué. —Se inclinó hacia Jan y se puso serio—. Esto no son más que chorradas. Como chasquear los dedos para sacarte del trance. De hecho, en determinadas circunstancias podría resultar hasta peligroso, porque comporta el riesgo de un colapso circulatorio. No, Jan, lo que haremos aquí es apartar las barreras que bloquean tu subconsciente para que puedas acceder a él sin problemas. Te adentrarás en un viaje de descubrimiento, investigarás en tu pasado como un detective y lo verás ante ti en imágenes claras y diáfanas. Imágenes de lo que realmente *pasó*, no de lo que tú has querido *recordar*, pues los recuerdos suelen hacer trampas. —Rauh se recostó de nuevo en el respaldo de su silla, y continuó—: Por supuesto, no harás nada que no harías estando despierto. Y yo te acompañaré en todo momento, y te sacaré de donde estés cuando tenga la sensación de que empiezas a cansarte.

Jan se frotó las manos, indeciso. Todo en él se oponía a formar parte de aquel experimento. Le angustiaba el cambio de papel; dejar de ser el psiquiatra para convertirse en el paciente. Se sentía indefenso y vulnerable. ¿Y qué sucedería si la terapia de Rauh era realmente efectiva? Llevaba más de veintitrés años intentando mantener a raya a los fantasmas de su pasado. Los había encerrado bajo llave, porque ellos siempre procuraban escaparse. Y alguna vez hasta lo habían conseguido brevemente, como por ejemplo en el episodio de Laszinski.

¿Qué pasaría si Rauh giraba la llave por completo y todos los fantasmas eran

liberados?

«¿Qué pasará, si me pisotean como una manada de búfalos salvajes?».

—No tengo muy claro si de verdad quiero exponerme a este riesgo —dijo al fin—. He intentado ya tantas veces recordar lo que sucedió... Y el resultado es siempre el mismo: jamás encontraré la respuesta a mis preguntas.

—¿Y? —le preguntó Rauh—. ¿Te satisface el resultado?

Jan cerró los ojos. «Esta noche has vuelto a gritar».

—No, pero creo que debo aprender a vivir con ello.

—Es una posibilidad, sí —le dijo Rauh—, aunque quizá hayas escogido el camino equivocado para encontrar las respuestas. Una vuelta al pasado mediante la hipnosis es un trayecto de una calidad que no tiene nada que ver... El trance te permitirá desbloquear todos los mecanismos de protección que tú mismo pones en marcha para evitar enfrentarte a lo que más te pesa. La principal suposición de esta terapia consiste en afirmar que todos los pacientes disponen en su interior de la suficiente información para solucionar sus problemas. La hipnosis libera estas posibilidades de autodeterminación y suele ser, por ello, el mejor camino para el éxito terapéutico. —Rauh miró a Jan directamente a los ojos—. Así pues, ¿qué dices? ¿No quieres intentarlo, aunque sólo sea una vez?

A esas alturas de la vida, Jan sabía que él solo no iba a conseguirlo. Y que si dejaba escapar la ocasión acabaría reprochárselo a sí mismo. En ese sentido se conocía muy bien.

Todo lo que tenía que hacer era atreverse a ignorar su miedo a perder el control. Rauh estaba a su lado y sabía lo que hacía. Tenía que confiar en él. Eso era todo.

—De acuerdo —dijo—. Intentémoslo. ¡Pero cuidadito con hacerme cacarear!

Rauh se rio de buena gana y se levantó.

—Te aseguro que si al final cacareas será sólo porque te apetece hacerlo.

El psiquiatra se dirigió a la cómoda y extrajo de allí cuatro pequeños platillos de bronce. Mientras los ponía en las esquinas de la mesa le dijo que eran tibetanos. Después cogió un palillo y los hizo sonar.

—Cada hipnotizador tiene sus propios métodos —le explicó—. A mí me parece que este sonido es un buen modo de abrir el camino al trance.

Jan siguió las instrucciones de Rauh. Se puso cómodo en el sillón, cerró los ojos y se concentró en las vibraciones de los platillos. Dos tonos agudos planeaban sobre un zumbido más grave y regular.

—Déjate llevar por ellos —oyó decir a Rauh. Estaba a su lado, o quizá detrás de él, pero su voz sonaba ya muy lejana—. Respira lentamente, pausadamente, e imagínate lo siguiente, por favor: imagina que estás sentado en un cine.

Jan hizo lo que le pedía la voz. No le costó nada hacerlo. De pequeño le encantaba ir al cine, así que se imaginó el Palacio del Cine de Fahlenberg tal como era entonces. Vio la anticuada moqueta con motivos anaranjados y chillones de los años setenta, las rayas marrones sobre el revestimiento de madera oscura y las luces

de plástico anaranjadas en la pared.

El cine estaba lleno hasta los topes. Las luces aún estaban encendidas y el público esperaba que se apagaran y empezara ya la película. Olía a palomitas y alguien detrás de Jan hacía ruido con una bolsa.

—Estás solo en el cine —dijo la voz de Rauh.

La gente que lo rodeaba desapareció de inmediato. Ni siquiera percibía ya el olor a palomitas. El psiquiatra volvió a decirle algo, pero aunque Jan podía oírlo en algún lugar cerca de él, no fue capaz de entenderlo. Había entrado en el cine de su memoria y no quería salir de allí. La película estaba a punto de empezar.

Las luces se apagaron y ya sólo se veía el telón rojo. Era de terciopelo. De un terciopelo muy pesado. Tanto como sus párpados. De pronto parecían de acero y le resultaba imposible mantenerlos abiertos. Pero eso no importaba. Ahora lo único que importaba era el telón. Por fin empezó a abrirse, lentamente, y dio paso a una pantalla blanquísima que creció y creció y creció hasta ocupar todo el perímetro visual de Jan.

Entonces parpadeó y le mostró una imagen, al principio borrosa y después cada vez más clara.

Y Jan se vio a sí mismo. Era el protagonista. Jan Forstner, el día en que todo cambió para siempre.

9

Rauh se había sentado en la silla, junto a Jan, que había cerrado los ojos y estaba en trance. Parecía muy relajado y tenía las manos apoyadas cómodamente sobre los brazos del sillón.

—¿Qué día es hoy, Jan?

Como acostumbraba a pasar con los pacientes que eran transportados a la infancia, la voz de Jan sonó algo más aguda de lo que era habitualmente.

—Viernes.

—¿Cuál es la fecha de hoy?

—Es 11 de enero de 1985.

—¿Dónde estás?

Con los ojos aún cerrados, Jan arqueó las cejas, sorprendido.

—Pues aquí, en mi habitación.

—¿Dónde en concreto?

—En mi escritorio, delante de la ventana.

—¿Estás solo?

—No, Sven también está aquí.

—¿Sven es tu hermano?

Jan esbozó una pícara sonrisa.

—No, es un enano del bosque.

—¿Qué está haciendo?

—Está sentado en mi cama, jugando con su muñeco He-Man.

—Y tú ¿qué haces?

—Yo estoy sentado, leyendo.

De pronto, Jan se sobresaltó. Sus dedos asieron los brazos del sillón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Rauh estaba a su lado para devolverlo al presente en cuanto fuera necesario. Por lo visto, en el recuerdo Jan se había topado con algo que le había asustado.

—¿Qué te pasa, Jan?

Jan movía la cabeza hacia los lados.

—Oh, no —gimió—. Este libro... ¡este libro!

—¿Qué tipo de libro es, Jan? ¿Qué le pasa?

Jan empezó a sollozar. El cuerpo le temblaba y era evidente que se resistía a aquel

recuerdo. Estaba intentando rechazarlo, pero el trance era lo suficientemente intenso para evitarlo. Pasó un rato antes de encontrar las palabras.

—¡El maldito libro es el culpable de todo!

Su cara esbozó una mueca en la que se mezclaban el miedo y el desprecio, y después rompió a llorar.

Rauh le habló con dulzura. Le dijo que todo estaba en orden. Que fuera lo que fuera lo que le asustaba, ya había pasado. Que nada podía hacerle daño.

Poco a poco, Jan fue recobrando la compostura. Sus dedos se relajaron.

Rauh le dio tiempo a que su respiración se normalizara y después le preguntó:

—¿Estás listo para continuar?

—Sí.

—Has mencionado un libro. ¿Por qué crees que tiene la culpa de todo?

—Porque fue lo que me hizo volver al parque. —La voz de Jan no era más que un susurro. Un escalofrío le recorrió la espalda y entonces gritó—: ¡Si no hubiese estado leyendo aquella mierda de libro jamás se me habría ocurrido volver al parque!

—¿Y qué sucedió en el parque, Jan?

Jan volvió a deshacerse en lágrimas.

—Yo... yo... no puedo.

—Claro que puedes. No te va a pasar nada, créeme.

Jan volvió a dudar unos momentos, y después se oyó de nuevo la voz más tímida:

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Dime lo que ves.

Jan se mordió el labio inferior y se puso a pensar.

—De acuerdo.

Era el último fin de semana de las vacaciones de Navidad. El lunes empezaría el colegio y todo volvería a la rutina, aunque en aquella tarde de viernes Jan era incapaz de imaginar que su vida volviera a tener jamás algo que ver con la rutina.

Si todo hubiese sido como siempre, se habría sentido mal al pensar en el cole, o, para ser más exactos, habría tenido remordimientos porque no había estudiado nada de Latín y la vuelta iba a ser dura en aquel sentido. Las demás asignaturas las llevaba bien, pero Latín era una tortura. ¿Por qué demonios tenía que aprender una lengua que ya nadie hablaba ni utilizaba, a excepción de los curas? Y a él no le iba la vocación religiosa. Total, que había ido aplazando los deberes de Latín, y ahora ya sólo quedaba un fin de semana y el libro seguía igual de cerrado que el primer día.

Aquel viernes, de todos modos, tanto el colegio como el Latín le eran absolutamente indiferentes. ¿Qué importancia tenían las cosas, si el día anterior habías visto morir a una persona ante tus ojos?

Al volver del parque se había pasado varias horas temblando, y su padre le dijo que era por el *shock*.

Los temblores empezaron a remitir por la tarde, después de hablar con un policía sobre la muerte de Alexandra. Al principio su madre se opuso a que declarara tan pronto, porque pensaba que era mejor dejarlo descansar. Además, su padre seguía en la clínica cuando la policía llamó a la puerta, pero al final aceptó, se sentó a su lado y le cogió la mano mientras él explicaba lo que había sucedido en el parque.

El policía era un tipo simpático de mirada amable. Le dijo que tenía un hijo de su edad y le escuchó atenta y pacientemente, interrumpiéndole de vez en cuando con una breve pregunta y dejándole todo el tiempo del mundo para responder. Y cuando acabaron el interrogatorio le dijo que podía sentirse orgulloso porque, pese a lo precario de la situación, había sabido mantener la calma y había arriesgado su vida para salvar la de Alexandra, lo cual era de valientes.

Jan no sabía lo que significaba «precario», pero le encantó que un policía le felicitara por su valor. Después de aquello, pues, se sintió algo mejor y dejó de temblar, aunque tenía muy claro que su valentía no había servido para nada y que Alexandra continuaba muerta tras ahogarse en el lago de Fahlenberg.

—¿Qué hará ahora? —le preguntó Sven algo más tarde.

Jan miró a su hermano pequeño, que estaba sentado en su cama con las piernas cruzadas y había doblado las extremidades de su He-Man de tal modo que parecía que el musculoso héroe estuviese a punto de dar un salto en el aire.

Sven fue un bebé prematuro y siempre había sido el más bajito de su clase. Si quería hacer que se enfadara, Jan no tenía más que llamarlo «enano»; y lo cierto es que lo hacía muy a menudo. Pero es que en aquel momento, bajo el enorme póster de Nik-Kershaw que estaba colgado en la pared junto a Darth Vader, Madonna y Adams Ant, su hermano parecía *realmente* un enano, con sus rizos rubios despeinados. Estaba pálido y atemorizado, obviamente conmocionado por los acontecimientos.

—¿A quién te refieres?

Sven señaló la ventana con la cabeza.

—A la rana Gustavo, hombre.

Jan miró hacia donde le indicaba su hermano y vio la casa de Marenburg. Estaba a oscuras, a excepción de la ventana que quedaba justo enfrente de la suya. Las cortinas estaban corridas, pero, tras observar con mucha atención, pudo reconocer la silueta de una persona.

—Está sentado en la silla de su hija.

—¿Crees que está llorando?

Jan se encogió de hombros. No estaba seguro de que los hombres como Marenburg lloraran alguna vez, pero creía que en aquel caso era posible.

—Quizá.

—¿Por qué lo habrá hecho? Quiero decir, Alexandra.

Jan había preguntado lo mismo a su padre, de modo que respondió lo que este le había dicho:

—Estaba enferma, perturbada. No sabía lo que hacía.

Esperó resultar convincente, por mucho que él mismo no estuviese en absoluto satisfecho con la respuesta. Pero es que no tenía ganas de responderle. En realidad no tenía ganas de hablar con nadie, aunque tampoco quería enviar a Sven a su habitación porque le reconfortaba tenerlo a su lado.

—¿Y cómo enfermó?

—No lo sé —respondió Jan, suspirando. Quería seguir leyendo—. Es mejor que se lo preguntes a papá. Él es el experto.

—Sí, claro. —Sven movió de nuevo las articulaciones de su muñeco, que, con los brazos en jarras y las piernas rectas, parecía de pronto el más heroico de los héroes—. Papá siempre está en el trabajo y nunca tiene tiempo, o me dice que soy demasiado pequeño para entender las cosas.

Jan se mordió la lengua para no decirle que probablemente tenía razón. Estaba a punto de responderle con una mentira piadosa cuando Angelika Forstner entró en la habitación.

—¿Qué tal estáis, niños? ¿Cómo va todo? Jan, ¿te has tomado el té?

Jan lanzó un suspiro y miró el termo de té que tenía sobre el escritorio. Debía de estar medio lleno, y era el tercero que su madre le preparaba ya. ¡Tres litros de té! El líquido le salía ya por las orejas. Si al menos le dejara ponerse un poco de azúcar... Una o dos cucharadas, no más. Pero no. Era malo para los dientes. «Y no queremos que te pongan empastes o prótesis dentales, cariño. ¡Son horribles!».

Malhumorado, Jan miró el termo y su taza con el dibujo de Alf, ya casi vacía.

—Vamos, cielo, bébetelo, que te prepararé otro.

Sven tosió tapándose la cara con la mano y Jan le sacó la lengua.

—Necesitas líquido después del *shock* —dijo Angelika, cogiendo el termo y vaciando su contenido en la taza de Jan.

Habría desbordado la taza si Jan no se lo hubiese advertido y no hubiese apartado su libro para ponerlo a salvo.

Jan comprendió que su madre se había despistado mirando hacia la ventana de Alexandra. Igual que ellos, debía de haber visto la silueta de Marenburg tras la cortina. Con el termo en la mano, fue hasta la ventana y bajó la persiana.

—Mamá —dijo Sven—, ¿tú sabes cómo se volvió loca Alexandra?

—No, cariño, no lo sé. —Angelika Forstner miró el termo atentamente, como si tuviera un importante mensaje grabado en su superficie, y añadió—: No molestéis mucho a vuestro padre con estas preguntas, ¿de acuerdo? Él también está muy afectado por lo que ha pasado. Tenéis que intentar pensar en otras cosas. Sé que no es fácil, pero hay que seguir viviendo. No podemos cambiar el pasado.

Cuando su madre se dirigía hacia la puerta, Jan pensó que había llegado el momento de hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza desde que habló con su padre por teléfono.

—¿Crees que papá se culpa por la muerte de Alexandra?

Angelika Forstner se detuvo. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al fin se

dio la vuelta para mirarlo, y Jan creyó ver una lágrima en su mejilla. Tuvo que tragar saliva antes de responderle.

—Él piensa que debería haberlo intuido. Dice que a nadie le entra el pánico así, de golpe, y que como médico es responsable. Por eso está tan...

No acabó la frase. En su lugar miró a Jan y sonrió forzosamente. La lágrima era ahora evidente.

—Tenemos que darle tiempo. No es fácil para nadie, y menos para ti, mi vida. Si quieres, puedes quedarte en casa la semana que viene. Lo que sea, para hacer que te sientas mejor.

—¡Eso no es justo! —protestó Sven—. ¡Yo también estoy muy triste por todo y quiero quedarme en casa!

Pero su madre no le hizo caso y lo envió a la cama.

Poco después, ya solo en su habitación, Jan volvió a subir la persiana. La luz de la habitación de Alexandra seguía encendida, y él imaginó a su vecino inclinado sobre el escritorio de su hija, llorando.

¿Cómo sonaría su llanto? Seguro que distinto al de la rana Gustavo. Ahora se arrepentía de haberlo llamado así. Para él era horrible haber visto morir a la chica, pero para su padre... Para Marenburg tenía que ser una tortura haber perdido a su única hija, y más de aquel modo tan espeluznante.

Los equipos de rescate habían tardado varias horas en recuperar el cuerpo de la joven. No es que el lago fuese muy grande, pero sí que era profundo en algunas zonas. Jan se había bañado muchas veces en él y podía aguantar muy bien la respiración, pero jamás había llegado al fondo.

Vio la cara de Alexandra ante él. En el agua helada estaba casi blanca. Lo miraba con los ojos abiertos como platos y su boca parecía esconder un grito interminable. Su pelo largo y negro se movía como si estuviera formado por serpientes, y de vez en cuando emergía a la superficie una burbuja de aire de brillo plateado...

Jan movió la cabeza hacia los lados. No volvería a nadar en el lago, y menos aún a bucear en él. Estaba convencido de que en el interior de aquellas aguas había quedado apresado para siempre el grito helado de la muerta.

Cogió su libro y empezó a hojearlo para distraerse, cosa que, sorprendentemente, no tardó en conseguir.

Lo había pedido para Navidad. Tuvo que ser muy pesado e insistente, porque su madre se había opuesto con vehemencia, pero en algún momento de las vacaciones su padre debió de convencerla de que un léxico de fenómenos paranormales no tenía por qué ser perjudicial para su desarrollo intelectual y espiritual. Sea como fuere, y pese a haber accedido a regalárselo, su madre aprovechaba cualquier oportunidad para recordarle que aquel libro era una soberana tontería.

Pero él no estaba de acuerdo. Claro que en sus páginas había alguna cosa absurda, como el tema de la levitación (personas capaces de quedar suspendidas en el aire sin ayuda o de desplazarse volando de un lado a otro), pero había otros temas muy

interesantes y perfectamente creíbles.

Así, por ejemplo, le parecía muy posible que hubiese vida en otros planetas y que algún alienígena se hubiese desplazado a la Tierra para visitarnos, o que un ser de tiempos remotos pudiera vivir aún en las profundidades del lago Ness.

Pero lo que más le fascinó fue el capítulo en el que se explicaba el vertiginoso descubrimiento de un sueco llamado Friedrich Jürgenson. Tras leerlo, Jan tuvo una idea propia de un chaval de doce años con una fantasía desbordante. Y cuando, varias horas después, el padre de Jan volvió a casa, la idea había cobrado cuerpo y esperaba el momento de ser llevada a la práctica.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Rauh.

Jan se había quedado callado. Seguía sentado en el sillón, pero había doblado las piernas y las rodeaba con los brazos, apretándolas contra su pecho como si tuviera frío.

—Espero.

—¿A qué?

—A que mi padre salga de su despacho. Tengo que entrar, ¿sabes?

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que ir a su despacho?

Jan movió la cara hacia Rauh. Había abierto los ojos aunque parecía mirar más allá del psiquiatra. Sonrió maliciosamente y bajó la voz.

—Porque necesito algo que hay ahí dentro. Si no, mi plan no funcionará.

—¿Tienes un plan, Jan? ¿Me lo cuentas?

—Pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

—Claro.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra de honor.

Cuando su padre salió del despacho eran poco después de las doce de la noche. Jan estaba sentado en su cama, escuchando atentamente el silencio de la casa, y Sven y su madre dormían desde hacía rato.

El ambiente estaba tenso. Cuando Bernhard Forstner llegó a casa, su mujer le dijo que no debía permitir que aquel caso le afectara tanto, y que si continuaba así acabaría con una úlcera de estómago. Después le aconsejó que comiera algo, pero Forstner dijo que no tenía apetito y se retiró a su despacho de mal humor. En algún momento, mucho después, Angelika llamó a su puerta para decirle que se iba a dormir.

Desde entonces, Jan esperaba a oscuras. No se había atrevido a dejar la luz encendida para que no se viera por debajo de la puerta. Por nada del mundo quería que su padre o su madre entraran a ver cómo se encontraba, porque entonces habrían

descubierto que no se había puesto el pijama.

En ese momento oyó a su padre cerrando la puerta del despacho. Contuvo la respiración para ver si oía también girar la llave de la cerradura, en cuyo caso ya podía olvidarse de su plan, pero no: en lugar de la llave oyó los pasos de su padre avanzando por el piso de abajo, y poco después el ruido de las botellas al abrirse la puerta de la nevera.

Jan suspiró. Si a su padre le había entrado hambre y se ponía a cenar, tendría que armarse de paciencia... Distinguió el sonido de un líquido al llenar un vaso, y luego otro, y por fin el del agua del fregadero corriendo para limpiarlo. Poco después oyó crujir las escaleras. Jan se cubrió con la manta, por si acaso, y esperó a ver si su padre abría la puerta de su cuarto para echarle un último vistazo, pero entonces reconoció el chasquido de la puerta de la habitación de matrimonio cerrándose cuidadosamente.

«Bien —se dijo entonces—, ha llegado el momento».

Bajó de la cama, contó en voz baja hasta cincuenta y salió de la habitación. A través de la rendija de la puerta de sus padres no se veía luz.

Con todo el cuidado y evitando hacer cualquier ruido, Jan se deslizó por las escaleras hasta el piso de abajo. Ya casi había llegado cuando oyó un breve crujido en el piso de arriba. Se dio la vuelta, asustado, pero no vio nada. La casa estaba a oscuras.

Entonces percibió unos pasos, y *Rufus* apareció en lo alto de la escalera. Jan suspiró aliviado e hizo un gesto al perro para que se diera la vuelta y volviera por donde había venido. *Rufus* lo miró sin entenderlo, bostezó y se dejó caer sobre los cuartos traseros.

Jan siguió su camino, atento a que *Rufus* no lo siguiera, porque el perro tenía completamente vetada la entrada al despacho, del mismo modo que Sven y él mismo, y la prohibición les resultaba a los tres irresistiblemente tentadora. Sobre todo a *Rufus*, que se colaba en la habitación en cuanto podía.

Sin embargo, en esta ocasión el animal se quedó donde estaba y Jan entró en el despacho solo y sin hacer ruido. Sobre la mesa del escritorio reinaba un extraordinario desorden de papeles, carpetas y libros de psiquiatría, y lo mismo sucedía con las dos sillas que quedaban junto a ella.

«Y a mí me dicen que ordene la habitación», pensó Jan, al ver aquel caos. El cajón del escritorio estaba atascado, pero Jan sabía que no tenía que abrirlo del todo. Lo que buscaba quedaba justo delante. Lo había visto otras veces. Estaba seguro.

La pálida luz de la luna se colaba por la ventana, a su espalda, e iluminó el objeto en cuestión: una grabadora de la marca grundig —una stenorette 2000, según revelaba la impresión de la parte inferior del aparato—. Jan la sacó del cajón y abrió la tapa para ver el microcasete. Estaba vacío.

«¡Mierda!».

Rebuscó en el cajón, impaciente. No podía desordenar nada, porque al contrario de lo que sucedía en la parte superior de la mesa, aquí dentro reinaba un orden

enfermizo. Por fin dio con una cajita llena de cintas vírgenes que, como no podía ser de otro modo, estaba al fondo de todo del cajón.

Metió una de las cintas en la grabadora y luego se puso esta en el bolsillo de su pantalón. La cajita regresó al fondo del cajón, que cerró con todo el cuidado y se deslizó fuera de la habitación. Ahora sólo quedaba rezar para que su padre no necesitara la grabadora mañana a primera hora.

De vuelta al pasillo miró hacia lo alto de la escalera. *Rufus* se había marchado. Probablemente había vuelto a la habitación de Sven después de comprobar que Jan no estaba haciendo nada espectacular.

«¡Bien!».

Cogió el anorak y los guantes del armario de la entrada, se puso las botas de lluvia acolchadas, que en realidad no podía soportar porque eran muy rígidas, pero también eran calientes, y salió en silencio de la casa.

El frío le golpeó en la cara. Se subió la cremallera del anorak hasta taparse con él la boca y la nariz, y se puso en marcha. En algún lugar ladró un perro y Jan oyó el sonido de un vehículo de motor diésel que se acercaba, pero antes de que el coche llegara a la curva y lo iluminase con sus faros, Jan alcanzó el camino que conducía al parque.

Se sentía algo extraño, algo incómodo, por salir a pasear sin *Rufus* con tanta oscuridad. No es que el animal fuera precisamente un buen perro guardián, pero su presencia le hacía sentirse al menos acompañado. Y más ahora que se dirigía al lugar en el que apenas veinticuatro horas antes había muerto una persona.

Para ser sincero, estaba muerto de miedo. Pero *Rufus* sólo le habría incordiado. Si quería que su plan funcionara, necesitaba un silencio absoluto: las «emisiones sonoras» de *Rufus*, por llamarlas como ponía en su libro, lo habrían estropeado todo, sin duda.

En cualquier caso, sentía bastante desasosiego. Por una parte sabía que estaba solo, pero por otra... En cierto modo... Sí, en cierto modo tenía la sensación de que lo estaban siguiendo.

Jan se detuvo de golpe y miró a su alrededor. El camino hacia el parque estaba desierto y abandonado a la luz de las farolas.

Ahí no había nadie. Por supuesto que no había nadie. ¿Quién si no él iba a tener la ridícula idea de salir a dar una vuelta por el parque a esas horas y con ese frío? Y menos aún teniendo en cuenta que el hombre del tiempo había anunciado nevadas intensas para aquella noche. Sí, el parque estaba ahí solo para él. Para él y...

¡Ahora! ¡Un ruido! Pasos sobre la nieve. Estaba completamente seguro. Alguien se acercaba. No había margen de error.

Estaba a punto de llegar al parque, así que aceleró el paso, pero al cabo de unos metros volvió a caminar con normalidad.

«¿Pero qué estoy haciendo? ¿De quién estoy huyendo?».

Buena pregunta. Nadie sabía que estaba allí. ¿Quién iba a querer seguirlo? ¿No

era mucho más probable que se tratara de alguien que había tenido la misma idea descerebrada que él de salir a dar una vuelta por el parque? Quizá se tratara de alguien haciendo *footing*. Alguien que tuviera un horario extraño y no le quedara más remedio que correr a aquellas horas...

Si escapaba corriendo del desconocido, sólo conseguiría llamar la atención. Y como en aquel barrio todo el mundo se conocía, seguro que a la mañana siguiente sus padres ya estarían al corriente de la escapada nocturna, y prohibida, de su primogénito. Y le caería una bronca. Lo mejor sería esconderse y esperar a que el otro pasara de largo.

Se escondió tras el tronco de un roble. Intentó respirar con la máxima normalidad posible para que las nubes de vapor no lo delataran, pero con los nervios y el cansancio de haber acelerado el paso le resultaba especialmente difícil. Aun así, no pudo sino acuclillarse detrás del tronco y esperar a ver quién se acercaba.

A la débil luz de las farolas resultaba difícil distinguir la silueta. La persona que se acercaba estaba aún a cierta distancia y había ralentizado el paso. Jan podía oír el crujido de la nieve bajo sus pies.

Se estremeció. Rauh lo miró atentamente.

—¿Qué ves, Jan?

—Él se removió en su asiento, como si estuviera teniendo una pesadilla.

—Una sombra —dijo al fin—. Cada vez más alargada.

—¿Puedes ver a quién pertenece?

Jan dejó escapar un gemido y torció el gesto. Tenía los puños cerrados.

—No quería —jadeó—. ¡Te juro que no quería!

—¿Quién está contigo en el parque, Jan?

Este movió la cabeza de un lado a otro. Parecía estar luchando contra algo.

—No debes tener miedo. Todo lo que estás viendo ya ha pasado. Dime quién está contigo. ¿Conoces a esa persona?

Jan asintió.

—Sí, la conozco.

Carla estaba preocupada. Ya habían pasado más de siete horas desde que él colgó el teléfono. Había intentado devolverle la llamada en varias ocasiones, pero fue en vano.

También estuvo en su piso. Llamó al timbre y golpeó la puerta, y esperó a ver encenderse una luz tras las ventanas, cosa que no sucedió. Entonces volvió a su casa. Salir a buscarlo no tenía demasiado sentido: estaba claro que después de la noticia quería estar solo, y quizá ella también debiera estarlo.

Se inclinó sobre la pila del lavabo y se mojó la cara con agua fría. Estaba agotada por el *jet-lag* y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Por Dios, tenía un aspecto terrible.

Aquella mañana había vuelto a pisar suelo alemán después de casi treinta horas de vuelo. Estaba hecha polvo, aunque evidentemente no era nada en comparación a como se sentía ahora. Todo había cambiado. Su vida se había convertido en una pesadilla.

Inmediatamente después de su regreso de Nueva Zelanda se había dirigido a la redacción del periódico y, como siempre, había entregado en persona las fotos y el artículo que escribió durante su viaje de vuelta. En ese sentido desconfiaba bastante del correo electrónico, porque en más de una ocasión sus mensajes no habían llegado al destinatario deseado.

Ahora se arrepentía tanto de haber pasado por ahí... De haber ido directamente a casa, habría tenido tiempo de dormir un rato y ahora estaría mucho más en forma para afrontar la tragedia. Pero mientras se mojaba la cara una y otra vez, comprendió que aquello no tenía sentido. Daba igual cuándo se había enterado: en cualquier caso se trataba de un puñetazo brutal en plena cara. Uno para el que no podía estar preparada.

Nathalie estaba muerta. Había saltado desde el puente que cruzaba la autovía, justo cuando el avión en el que ella iba aterrizaba en el aeropuerto de Stuttgart. Y cuando por fin llegó a la estación de Fahlenberg, el embotellamiento ya había sido disuelto y la nieve había borrado todo rastro del accidente.

Agotada, Carla salió del baño y fue a su habitación. Estaba algo mareada, y le parecía que en su cabeza alguien aporreaba un órgano cuyas notas eran sus sentimientos. Tenía que calmarse. Tenía que descansar. Pero al meterse en la cama comprendió que aquello iba a ser imposible. No podía relajarse en aquella cama en la

que Nathalie había pasado tantas noches, después de salir a dar una vuelta con ella. No podía estar tranquila en aquella cama en la que su amiga se sentó una tarde y le confió su gran secreto.

«Por eso soy como soy», oyó decir a su querida Nathalie, que ahora no era más que un fantasma del pasado. Cerró los ojos. Las lágrimas le caían por las mejillas.

Se quedó quieta unos segundos y después fue a la cocina, se sirvió una copa de vino tinto y se la bebió de un trago. Se sentía descolocada, como si estuviera borracha, así que... ¿por qué no emborracharse de verdad? Estaba en su casa y tenía todo el derecho a hacerlo. Había perdido a su mejor amiga. No, más aún, Nathalie era como su hermana.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó en voz alta, con la copa en la mano.

Fue al comedor, se dejó caer en el sofá, cogió el teléfono y apretó la tecla de rellamada por milésima vez, pero, una vez más, no oyó a nadie al otro lado.

¿Por qué no cogía al menos el maldito teléfono? Necesitaba hablar con alguien, y él era el único que sabía cuánto iba a echar de menos a Nathalie. ¡Si al menos tuviese un contestador!

Cogió la maleta en la que llevaba el portátil, le arrancó la etiqueta de la compañía neozelandesa y sacó el aparato de su interior. Esperó impaciente a que este se cargara y abrió el correo electrónico.

Sólo escribió una línea: LLÁMAME, POR FAVOR, y apretó la tecla de «enviar/recibir». Su mensaje acababa de salir hacia el ciberespacio, cuando le aparecieron en la bandeja de entrada treinta y dos mensajes nuevos. Hacía dos días que no miraba su correo y la mayoría de ellos no era más que *spam* o cadenas de amistad. Estaba a punto de cerrar el programa y apagar el ordenador cuando un nombre en la casilla de los remitentes se le clavó en la retina.

Sintió que no le llegaba la sangre al cuello y creyó que iba a desmayarse. Se quedó mirando la pantalla con los ojos muy abiertos. Y cuando al fin logró hacer acopio de todas sus fuerzas y abrir el mensaje, notó que le temblaban las manos. Estaba helada de frío.

Jan se sentía como si estuviera dividido en dos. Maldita sea, aquello era pura esquizofrenia: por una parte era el niño de doce años que se había escapado de casa con la grabadora de su padre; el chaval que había pedido a Papá Noel un libro sobre fenómenos paranormales; el chico que en Noche buena había cantado «Noche de Paz» con su familia; el preadolescente que había visto morir a su guapa vecina, mentalmente perturbada y seis años mayor que él. Era todo eso, y al mismo tiempo no lo era.

O, al menos, ya no. Pues por otra parte era el hombre de treinta y cinco años, adulto, separado, psiquiatra, que ahora mismo se hallaba en trance.

Todo lo que estaba viendo había sucedido hacía muchos años. Eso era lo que acababa de decirle el doctor Rauh, de pie a su lado en el parque, como un fantasma en plena noche. Pero Rauh no formaba parte del parque. No tenía que estar allí. Él pertenecía a un mundo muy distinto, muy alejado en el tiempo, y así podía verse en su imagen: la oscuridad no podía con él, las farolas no lo iluminaban y ni siquiera proyectaba una sombra sobre la nieve. Veía a Rauh de un modo claro e inconfundible, como si estuviese en una habitación bien iluminada. Que era donde estaba en realidad, sólo que ahí, en el parque de Fahlenberg del año 1985, parecía un espejismo. Como un holograma.

Para Jan era difícilísimo diferenciar el recuerdo convertido en imágenes, tan reales como desconcertantes, de la realidad. Por supuesto, su conciencia de adulto tenía claro que el espejismo no era sólo Rauh, sino todo el parque. «Todo lo que crees estar viviendo no es más que un recuerdo», oyó decir a Rauh, y aunque el médico pareciera un holograma, su voz era más real que cualquier otro sonido del parque.

Las palabras de Rauh lograron que Jan dejara de tener miedo a la sombra. En realidad hacía ya muchos años que sabía a quién pertenecía aquella sombra que cada vez se alargaba más bajo la mirada de las farolas del parque y que se arrastraba hacia él como un monstruo negro y silencioso.

Pero en el recuerdo, Jan reconoció que en aquel momento pasó un miedo horrible. La respiración salía de su boca como el vapor de una vieja locomotora obligada a subir una montaña muy empinada. Cuando la sombra llegó hasta él, casi se había hecho pipí encima. Pero ahora veía de quién se trataba. ¡Era Sven! Su hermano, el enano, con su chaqueta acolchada y el gorro de esquiar.

Y las feroces garras del monstruo no eran más que las sombras alargadas de las manoplas de punto de su hermano.

—¡Joder, Sven! ¿Te has vuelto loco? —le gritó, en parte aliviado pero sobre todo sorprendido e indignado—. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver adónde ibas —le respondió el pequeño.

—¿Y a ti qué te importa?

Jan miró a su hermano, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho, terco como una mula. ¿Qué iba a hacer ahora con aquel pesado? ¡Iba a fastidiarle el plan!

No podía enviarlo de vuelta a casa, igual podía a llamar la atención o despertar a sus padres al llegar, y desde luego no pensaba regresar con él y renunciar a su plan, de modo que sólo le quedaba una opción: tenía que dejar que Sven le acompañara.

La verdad era que, en el fondo, se alegraba de tener compañía...

—Vale, está bien —dijo al fin—. Te diré lo que voy a hacer: quiero ir al lago, al sitio en el que Alexandra se ahogó.

Sven abrió mucho los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Quiero probar una cosa —dijo, haciéndole una seña para que le siguiera—. Venga, tenemos que irnos.

Sven fue tras él, obediente.

—¿Probar una cosa? ¿Qué quieres probar? ¡Venga, va, dímelo!

Mientras avanzaban por el oscuro parque y los troncos desnudos de los árboles les devolvían el eco de sus pisadas sobre la nieve, Jan explicó a Sven uno de los capítulos de su libro. El de Friedrich Jürgenson. Aquel en el que no había podido dejar de pensar desde el momento en que lo acabó.

En 1959, Jürgenson, pintor y cantante de ópera, acudió a un bosque cercano a su vivienda con la intención de grabar sonidos de pájaros para incluirlos en una ópera que estaba preparando. Tras varios minutos de grabación, dio por terminado el trabajo y regresó a su casa. Poco después, al escuchar la cinta, le pareció oír unas voces de fondo, entre los gorjeos de los pájaros.

Al principio no le concedió mayor importancia y pensó que podría tratarse de alguna interferencia radiofónica captada por su aparato, que estrenaba esa misma tarde, pero después de oír varias veces lo grabado distinguió entre las voces una que se dirigía directamente a él y se le puso la piel de gallina. En efecto, Jürgenson reconoció en aquella cinta la voz de un amigo suyo que le llamaba por su nombre. Estaba tan seguro que lo habría jurado ante la Biblia. Pero lo más extraño de todo aquello era... que su amigo había muerto hacía ya varios años.

Jürgenson decidió llegar hasta el fondo del asunto. Compró una cinta nueva y la metió en su grabadora. Después la dejó sobre la mesa de su despacho, apretó la tecla de inicio, salió de la habitación y la dejó grabar hasta el final. Lo que sucedió después sigue ocupando a los científicos a día de hoy.

En la cinta, que en principio sólo podía haber grabado el silencio del despacho de

Jürgenson, se distinguían de nuevo varias voces. Algunas pertenecían a amigos suyos, otras eran de gente desconocida y alguna que otra coincidía sin duda con la voz de algún personaje famoso. En cualquier caso, todas estas voces tenían algo en común. Las personas a las que correspondían llevaban ya un tiempo muertas.

En los libros que escribió a partir de entonces, Jürgenson consideró la hipótesis de haber abierto con sus grabaciones una puerta al más allá; un modo de que los muertos se comuniquen con los vivos. Y, por si esto no fuera suficiente, añadió que él no era un escogido, sino que cualquier persona que tuviera una grabadora, un radiocasete o un aparato por el estilo, *cualquier persona*, podía hacer este tipo de grabaciones y contactar con el mundo de los muertos.

Jan y Sven llegaron al banco del parque que quedaba junto lago, y se detuvieron. Sven había escuchado a su hermano con la boca abierta, y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Así que quieres hacer una grabación?

—Jürgenson dijo que sólo teníamos que hacer una pregunta y encender la grabadora —respondió Jan, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Sacó el aparato del bolsillo de su pantalón. Sven lo miró, incrédulo. Entonces reconoció la grabadora en la enguantada mano de su hermano y movió la cabeza hacia los lados, como a cámara lenta.

—Como se entere, te castigaré como mínimo dos semanas sin salir.

—No me importa —respondió Jan, obstinado—. Tengo que intentarlo. Tengo que saber por qué Alexandra corría de aquel modo. De quién huía. O de qué.

Sven tragó saliva. Estaba claro que ahora se arrepentía de haber seguido a su hermano.

—¿Qué pasa? —le dijo Jan—. ¿Quieres marcharte?

Sven negó con la cabeza, como era de esperar. Evidentemente, ahora sería incapaz de cruzar el parque y volver a casa solo.

—Pues empecemos —dijo Jan.

Se sentaron en el banco. Sven se acercó mucho a su hermano.

—¿Y por qué no hacemos esto en casa, en tu habitación? —preguntó, con un hilo de voz—. El tipo del que me has hablado grababa en su despacho, ¿no? No salía de noche a pasear por los bosques.

—Cierto —le dijo Jan—, pero es que yo creo que el espíritu de Alexandra aún sigue aquí. ¡Si ni siquiera la han enterrado! Vale, ahora atento. Quédate aquí quieto y no te muevas. Ni una palabra, ¿me oyes?

Con los ojos abiertos como platos, Sven apretó los labios y asintió.

—Vale, pues empecemos.

Jan carraspeó. En cierto modo se sentía ridículo y temía que su hermano pensara que era un idiota, pero entonces pensó en Jürgenson, en lo que había conseguido y lo mucho que a él le había impactado leer sobre sus experimentos. Aquello le dio la confianza que necesitaba.

Jan se levantó, cerró los ojos y se concentró. Entonces formuló en secreto las preguntas que no le dejaban vivir.

Quiso saber de qué tenía tanto miedo y por qué había huido de él. ¿Acaso no lo había reconocido?

Apretó la tecla de grabar y en el aparato se encendió una lucecita roja. Jan se llevó el dedo índice a los labios e indicó a Sven que no hiciera ningún ruido. Entonces, esperaron.

La cinta podía grabar hasta quince minutos. No era mucho tiempo, pero como no podían hablar, estaban cansados y tenían frío y sueño, aquel cuarto de hora les pareció una eternidad.

Jan se inclinó varias veces sobre el aparato para ver cuánto había avanzado, pero aunque el banco estaba justo bajo una farola, la cinta quedaba a la sombra y no pudo ver nada.

Además había empezado a nevar. Gruesos copos caían del cielo, al principio de manera aislada, y después con mayor intensidad. El parque no tardaría en estar cubierto de un pesado y blanco manto de nieve.

Y, para colmo, Jan tenía ganas de hacer pipí. Muchas. Era por el maldito té con el que su madre lo había estado incordiando todo el día porque se le había metido en la cabeza que las personas que sufrían una experiencia traumática necesitaban mucho líquido en el cuerpo. Seguro que el verdadero motivo era otro: que como tenían que ir al lavabo tantas veces, no les quedaba tiempo para pensar en nada.

—¿Cuándo volveremos a casa?

Sven había sido incapaz de permanecer callado más tiempo. Y justo en aquel momento la cinta se detuvo. Habían pasado los quince minutos.

—Ahora la otra cara —dijo Jan.

—¡Anda ya! —dijo Sven—. Seguro que Alexandra no tardaría tanto en responderte. Además, esto es una chorrada. Los fantasmas no existen.

—Nadie te ha pedido que vengas —le respondió Jan mientras daba la vuelta a la cinta—. Te has presentado aquí solito. Así que deja de quejarte. Grabaremos la segunda parte y luego volveremos a casa, ¿de acuerdo?

Sven puso morros y se miró las botas de mal humor.

—Vale, pero prométeme que al acabar volveremos, o nos quedaremos enterrados en la nieve.

—Te lo prometo —le dijo Jan—. Ahora voy a ir hasta ese árbol. Tú deja que la cinta vaya grabando.

Sven lo miró asustado.

—¡Eh, voy contigo!

—¡Sí, hombre! ¿Qué quieres, verme mear?

La expresión de Sven dejaba bien claro que prefería mil veces acompañarlo a lo que fuera que quedarse ahí solo en el banco junto a una grabadora que quizá estuviese registrando los lamentos de un fantasma. Sin embargo, hizo un esfuerzo por poner

voz de adulto y le dijo:

—¡Anda ya, tío, no soy marica!

—Me alegro —le dijo Jan, que no podía aguantar ni un minuto más—. Aprieta la tecla y no te equivoques, o te hago venir mañana solito a grabarlo todo de nuevo.

—Vale, vale —dijo Sven, y esta vez sí que pareció mayor de lo que era—. Pero date prisa, ¿eh?

—Tardaré medio minuto.

Jan se dio la vuelta a toda prisa, buscó un tronco bien grande y se bajó la cremallera. ¡Caray, casi se le escapa! Pensaba que le iba a estallar la vejiga. El chorro no paraba de salir e hizo un agujero enorme en la nieve.

Cuando al fin acabó se subió la cremallera, se puso otra vez los guantes y regresó al banco del parque, muy despacio, paso a paso, para no hacer ruido y fastidiar la grabación.

Por entonces ya nevaba una barbaridad. Su padre se enfadaría un montón al ver que tenía que apartar la nieve del garaje para sacar el coche.

Estaba a punto de llegar al banco cuando se detuvo de golpe. ¿Dónde estaba Sven? Había pensado que no lo veía por culpa de la nieve, pero ahora que estaba tan cerca era imposible equivocarse: allí no había nadie.

Sólo estaba la grabadora, cubierta por una fina capa de nieve, igual que el resto del banco. De modo que ya hacía un rato que se había levantado. ¿Habría ido también a mear? No, seguro que entonces lo habría seguido.

Jan se dio la vuelta. No veía ninguna huella en la nieve.

«A lo mejor se ha sentido ridículo y ha decidido volver a casa».

Pero no. Por mucho que lo quisiera, Jan no imaginaba a Sven con un ataque de valentía tan repentino.

«Sven ha desaparecido. No se ha ido. Ha desaparecido. ¡Tiene que haberle pasado algo!».

Le entró el pánico. Por desatinada que pareciera (¿qué podía haber sucedido en los dos o tres minutos que había estado tras el árbol?), aquella era la única explicación posible.

—¡Sven! —su voz resonó en el parque—. ¡Por el amor de Dios, Sven! ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta.

—¡Vamos, enano, no me jodas! ¡Dime algo!

Silencio.

—¡Coño, Sven, sal ya!

Un silencio helado.

Jan empezó a chillar como un loco. Estaba fuera de sí. Pero por mucho que gritara no consiguió hacer que apareciera. Ahí no había más que silencio. Un silencio frío e indiferente. Arrogante, duro, inmisericorde. Un silencio que le mordió el alma como un animal salvaje. Que le clavó sus colmillos de acero en el cerebro.

Y él gritó y gritó y gritó...

Entonces el parque desapareció.

La nieve desapareció.

Sven desapareció.

Jan estaba tumbado sobre una moqueta de color rojo.

—Tranquilo, tranquilo... —le dijo Rauh, mientras le ayudaba a incorporarse.

Jan estaba desconcertado y se sentía fatal. Rauh lo acompañó hasta el sillón y Jan se dejó caer en él, agotado.

—Toma —dijo Rauh, ofreciéndole un vaso—. Bebe un poco de agua.

Jan vació el vaso de un trago. Se sentía deshidratado, y el agua le pareció una bendición.

—Creo que lo mejor será dejarlo por hoy —dijo Rauh, sentándose en su silla—. Lo has hecho estupendamente, Jan. Has sido muy pero que muy valiente. Para ser tu primera sesión, has avanzado una barbaridad.

—Pero no he descubierto nada nuevo —le respondió Jan, dejando el vaso junto a uno de los platillos ya mudos. Le temblaban las manos.

Rauh asintió.

—Es cierto, pero ahora no se trata de descubrir nada. Primero debes aceptar tu pasado como es, y no como querías que fuese. Sólo entonces podrás obtener respuestas.

Jan asintió, extenuado y se levantó torpemente del sillón.

—No te lo tomes a mal, pero quiero irme ya. Necesito que me dé el aire.

—Por supuesto —dijo Rauh, levantándose también—. Deja que lo que has visto vaya calando en tu interior. Y no tardes mucho en volver a verme. Tenemos que seguir con el proceso para poder avanzar.

Jan se puso la chaqueta y fue hacia la puerta.

—Sí, claro. Te llamaré.

Rauh se despidió de él con una amable sonrisa, pero Jan creyó notar que le había calado: sabía que no estaba preparado para hablar de lo que sucedió después de aquella fatídica noche.

12

La radio había anunciado una oleada de aire helado para los próximos días, y la verdad es que ya empezaba a hacer un frío polar. Jan estaba ahí quieto, frotándose las manos enguantadas y observando impaciente el surtidor de gasolina, que emitía un zumbido indiferente ante él.

Hubo un tiempo en el que le encantaba ir a poner gasolina. Un tiempo en el que habría deseado que el surtidor tardara mucho más rato en acabar su trabajo. Un tiempo en el que iba a la gasolinera con su padre... y con Sven.

Para Jan, la estación de servicio que quedaba a la entrada de Fahlenberg era algo así como la representación física de lo que había dado en llamarse el paso del tiempo.

Hasta finales de los cincuenta, el edificio de tres plantas había dado cabida al hospital de la ciudad. Tanto Bernhard Forstner como su mujer Angelika vinieron al mundo en aquel lugar. Después, cuando las autoridades construyeron un edificio unas veinte veces mayor que aquel en las cercanías de la Clínica del Bosque, el hospital fue a parar a inversores privados que lo convirtieron en un bloque de pisos. Unos diez años más tarde, parte de la planta inferior se convirtió en una gasolinera, y poco después abrieron también una juguetería.

Estaba claro, pues, por qué a Sven y a él les gustaba tanto acompañar a su padre a poner gasolina, ¿no? Sobre todo los sábados, en los que Bernhard Forstner solía pasar también por el túnel de lavado y los chicos tenían más tiempo para admirar las maravillas del aparador. Jan aún podía ver ante sí la cara de los amables dueños...

Cada año, en noviembre, montaban en el escaparate un pueblo a escala, con sus montañas, sus túneles, puentes, lagos y todo, por el que pasaba un magnífico tren eléctrico, y entonces hasta el propio Bernhard se acercaba al aparador para mirar con ellos.

Si tuviera que escoger el mejor recuerdo de infancia junto a su padre, Jan mencionaría cualquier día de Adviento de cualquier año, pues en aquella época Bernhard Forstner siempre pasaba con él y con Sven todos los ratos libres que le dejaba el trabajo; todas las noches y los fines de semana, los tres se ponían a trabajar y replicaban el paisaje para el trenecito mecánico que habían visto en el escaparate de la juguetería.

Jan aún recordaba el último juguete que compró: un vagón de mercancías por el que pagó seis marcos. Tres días antes de la desaparición de Sven. Tres días antes de

que su padre cogiera el coche a medianoche y saliera disparado sin decir adónde iba..., justo antes de empotrar su volkswagen passat contra un árbol y morir apresado en él.

Ahora, tantos años después, le parecía que aquellos recuerdos eran de otra persona. De un desconocido que no tenía nada que ver con él.

Miró hacia el escaparate vacío y sintió una punzada de melancolía. Durante las investigaciones por el caso de su hermano se sospechó de varias personas, y entre ellas también del dueño de la gasolinera. Enseguida desestimaron los cargos, pero al poco tiempo el hombre cerró su negocio, y lo mismo sucedió con la juguetería.

¿Cuánto tiempo llevaría así, vacía? Por los restos aún visibles del cartel de la entrada, el último negocio que ocupó el local fue una agencia de viajes. Un viento helado del este se colaba entre los jirones de papel y traía los ruidos del edificio colindante. Allí donde otrora estuviera el taller vecino había ahora un bar con el significativo nombre de El Surtidor de Gasolina.

El *clic* de la manguera indicándole que el depósito ya estaba lleno lo sacó de su ensimismamiento. En la soledad de aquella noche de invierno le pareció confundirlo con el de una grabadora llegando al final de la cinta. Jan movió la cabeza hacia los lados como si quisiera apartar aquel pensamiento, y guardó la manguera en su sitio con más fuerza de la necesaria.

Mientras cerraba la tapa del depósito, Jan vio a un hombre mayor con una bicicleta junto a la entrada de la gasolinera. Su pelo canoso e hirsuto le envolvía la cabeza como una tela de araña. La raída parca del ejército y los manchados pantalones de pana parecían sacados de un mercadillo de segunda mano, y la bici seguro que se la había encontrado junto a un contenedor.

Con ademán algo inseguro, el hombre apoyó la bicicleta en una montaña de latas de aceite y le puso un candado en la rueda. Entonces se tambaleó hasta la entrada de la tienda, y, una vez en la puerta, se volvió a mirar su bici una vez más, como si no quisiera perderla de vista ni un segundo. Después, entró.

Cuando Jan estuvo también en el interior de la iluminada gasolinera, notó un olor muy fuerte, mezcla de moho, humo y matarratas barato. El hombre, al que Jan identificó como el origen del olor, había acabado de hacer su pedido justo en ese momento, y el joven pecoso de la caja estaba diciéndole, en un tono algo más alto de lo necesario:

—Necesitas más material, ¿no?

El hombre cogió dos botellas de aguardiente de trigo y las metió en una bolsa de plástico. La petaca la dejó en la barra. Entonces sacó un grasiento monedero del bolsillo de su chaqueta. Las manos le temblaban como si tuviera escalofríos.

—¡Venga, Hubbi, acelera! —le dijo el pecoso—. Paso de tener que airearlo todo durante horas para que se vaya tu perfume. ¡Con el frío que hace aquí dentro, coño!

Aún no había acabado de hablar, cuando al anciano se le cayó el monedero y las monedas se esparcieron por el suelo.

—¡Oh, no!

El cajero movió la cabeza hacia los lados, nervioso, pero no hizo el menor ademán de salir de su trinchera para ayudar al hombre.

—Espere, así iremos más rápido.

Jan se acercó al hombre y le ayudó a recoger las monedas. El hombre revisó meticulosamente cada centímetro del suelo, y no fue hasta que ambos fueron a coger la misma moneda, que se había quedado escondida tras un aparador de revistas, cuando Jan pudo verle bien la cara.

Su rostro estaba marcado por décadas de entrega a la bebida, sus ojos amarillentos revelaban graves problemas en el hígado, y su piel flácida y marcada por miles de venitas rojas pendía sobre su anguloso cráneo como una sábana gris y arrugada. Jan lo conocía de algo, pero no supo decir de qué.

El anciano dejó escapar un «gracias» apenas inteligible, contó las monedas que necesitaba y las dejó frente al pecoso de la caja. Después cogió la petaca y la vació de golpe mientras se dirigía hacia la salida.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Jan mientras pagaba su gasolina.

—Ni idea —dijo el joven, encogiéndose de hombros—. Todo el mundo lo llama Hubbi. Viene siempre de noche y apenas abre la boca. Un borracho más, lo que yo te diga. ¿Esto es todo?

Jan miró la estantería llena de cigarrillos y reflexionó unos segundos. Después dijo:

—No, dame dos cartones de west, por favor.

El pecoso se dio la vuelta y cogió los cartones a cámara lenta, como si se hubiese propuesto batir algún récord mundial de lentitud. Al fin le dio los cigarrillos, y justo en ese momento lanzó un grito.

—¡Me cago en la puta!

Jan miró al chico sorprendido, pero de inmediato entendió que había visto algo detrás de él.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó—. ¡Otra vez no!

A una velocidad que parecía imposible venir del mismo tipo que le había dado el tabaco, el cajero dejó su puesto y salió corriendo hacia la puerta.

Jan lo siguió con la mirada y vio la figura inclinada hacia delante, vomitando justo en el sitio en el que minutos antes había estado la bicicleta de Hubbi.

Como imaginó que tardaría un rato en volver, Jan dejó el dinero exacto en el mostrador de la caja y salió de la tienda. Allí estaba el pecoso, junto a un joven que debía de tener más o menos su edad y estaba vaciando todo el contenido de su estómago en el suelo.

—¡Cerdo! —le gritaba el cajero—. ¿Por qué no echas la pota en la puerta del bar, eh?

Jan vio un grupito de hombres que fumaba y se reía frente a El Surtidor de Gasolina mientras aplaudía la escena.

—¡Jodido borracho! —chilló el pecoso, y luego, dirigiéndose a Jan, añadió—: No te imaginas la de veces que tengo que limpiar esta mierda. ¿Por qué beben, si no lo aguantan?

Jan no respondió, simplemente se quedó mirando al joven, que en aquel momento levantó la cabeza y se limpió la saliva de la perilla con la manga de la chaqueta. ¡Era Ralf Steffens, su ayudante!

El enfermero dijo algo así como «Hola, doctor Forstner», y luego volvió a vomitar. De hecho estuvo a punto de caer sobre su propio vómito, y seguramente lo habría hecho de no haberlo sujetado Jan en el último momento.

El cajero arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Lo conoces?

Jan ignoró la pregunta y se concentró en sostener a Ralf, que amenazaba con volver a caerse.

—¿Qué? ¿Ya está? —volvió a preguntar el pecoso.

Ralf intentó enfocar la mirada, pero no parecía capaz de ver nada.

Suspirando, Jan logró que el enfermero le pasara un brazo por los hombros y lo arrastró hasta su coche. Tuvo que hacer un esfuerzo para abrir la puerta del copiloto y sentar al borracho en su interior, pero al fin lo consiguió y le abrió la ventana.

—Si vuelves a tener ganas de vomitar, hazlo, por favor, fuera del coche, ¿vale?

Pero Ralf ya no le escuchaba. Se quedó dormido en cuanto se sentó en el coche.

«Genial —pensó Jan—, y ni siquiera sé dónde vive».

—¡Eh! ¡Te olvidas de algo!

El cajero llegó hasta el coche y le dio los cigarrillos. Entonces hizo un gesto asqueado al mirar a Ralf y en tono burlón le dijo:

—¿Quién eres tú? ¿El buen samaritano?

—No, chaval, soy médico.

Entonces el chico señaló los cigarrillos con la cabeza y añadió:

—Y yo que pensaba que al menos los médicos vivían sanos y alejados del tabaco... En fin, a mí qué más me da.

Jan tiró los cigarrillos al asiento de atrás e intentó despertar a Ralf, pero fue en vano. Entonces rebuscó en sus bolsillos y encontró unas llaves y un monedero.

Por lo visto, el chico había gastado todo lo que llevaba en El Surtidor de Gasolina.

En un apartado del monedero había una foto de carnet en la que aparecían Ralf y su novia. Era la típica instantánea de una pareja de enamorados que se cuela espontáneamente en un fotomatón del metro, o del supermercado, y se retrata para immortalizar su felicidad. En la foto estaban besándose, de modo que a la chica no se le veía mucho más que la larga melena oscura. Y Ralf tenía los ojos muy abiertos y un aspecto infinitamente más interesante y alegre que en el asiento del copiloto.

Jan cogió el carnet de identidad que estaba colocado tras la foto y leyó la dirección de Ralf. Bachstrasse. Conocía la zona. Un compañero del colegio, con el

que una vez fue a coger cangrejos y los llevaron a casa en botes de mermelada, había vivido allí. Por el camino, Jan puso al máximo la calefacción del coche, que de todos modos no pudo hacer nada contra el viento helado que entraba por la ventana abierta del copiloto. Ralf no se enteró de nada. Roncaba con la boca abierta, y sólo de vez en cuando se sobresaltaba, como si tuviera pesadillas.

El ascensor estaba estropeado, pero de un modo u otro lograron subir los cuatro rellanos hasta el piso de Ralf. Cuando Jan regresó a su coche y se puso en camino hacia casa de Marenburg, ya no tenía nada de frío.

Escogió el camino más rápido, por la autovía. A medida que se acercaba al puente peatonal fue sintiéndose más angustiado, y notó una punzada en el pecho al ver a alguien de pie en el puente, cogido a la barandilla, mirando hacia abajo.

A punto estuvo de pisar el freno, pero justo cuando iba a hacerlo la figura se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad.

Jan no pudo evitar pensar en el rostro deformado de la chica y en aquel sonido inhumano que gorjeó su garganta rota.

«¡Doio!».

—Me apuesto lo que quieras a que hoy no has comido nada decente.

Marenburg estaba apoyado en el marco de la puerta del comedor y observaba a Jan con mirada reprobadora.

Jan colgó su chaqueta en el perchero y miró a su anfitrión.

—Pareces mi exmujer.

Marenburg sonrió.

—Tienes un aspecto horrible. Se diría que trabajas en una mina y no en una clínica.

Ciertamente, Jan se sentía como si hubiese pasado horas carreando piedras de un lado a otro. Y el episodio de Ralf Steffens acabó de ponerle la guinda al día. Estaba agotado.

Marenburg señaló hacia la cocina.

—¿Qué me dices de una ensalada de arenques con remolacha? Vieja receta de mi abuelo. He preparado mucha cantidad; será suficiente para los dos.

Jan hizo un esfuerzo por reprimir una mueca. No era el momento adecuado para informarle de que no le entusiasmaba el pescado. Era evidente que Marenburg se sentía feliz de estar acompañado y tener a alguien a quien cuidar, y Jan tenía un apetito voraz. Aquel mediodía no había comido nada, efectivamente, y, como si quisiera recordárselo, su estómago dejó escapar un gruñido de lo más contundente. Los dos hombres rompieron a reír.

—De acuerdo, interpretaré esto como un sí —dijo Marenburg.

Desapareció en la cocina y Jan fue a cambiarse. Poco después, al bajar las escaleras, distinguió el sabroso olor a patatas asadas. La mesa estaba puesta y Marenburg incluso había puesto a enfriar unas cervezas sin alcohol.

Ambos se dispusieron a dar cuenta de aquella comilona casera, y Jan tuvo que redefinir su opinión sobre el pescado: la ensalada estaba deliciosa, aunque al principio la extraña salsa rosada le llevó a hacer una inconsciente y desagradable asociación, y mañana tendría que comprarse una caja de caramelos de menta para hablar con sus pacientes, porque Marenburg había puesto muchísima cebolla.

Con hambre de lobo, Jan iba comiendo patatas asadas mientras Marenburg le explicaba anécdotas de su abuelo, que se escapó de casa a los dieciséis años para irse al mar y que, nadie sabe cómo, acabó yendo a parar a Fahlenberg. Desde entonces los

Marenburg habían vivido en aquella ciudad y, lejos de lo que había pretendido su abuelo, llevaban una vida de lo más arraigada. El padre de Rudolf, Siegfried Marenburg, trabajó durante muchos años en la fábrica electromecánica de Fahlenberg, y él mismo había trabajado, hasta su jubilación, en la oficina del censo del ayuntamiento.

El hombre era un gran narrador de historias, y Jan comprobó una vez más que Marenburg lo sabía todo de la ciudad, lo cual le dio una idea. Apartó un poco su plato, se recostó en el respaldo de su silla y miró a Marenburg.

—Oye, tú conoces a todo el mundo en Fahlenberg, ¿no?

—Hombre, alguien habrá que no conozca —dijo él, limpiándose la boca con una servilleta—, pero de los que llevan tiempo viviendo aquí no se me escapa ni uno. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Te dice algo el nombre de Hubbi?

Marenburg dejó la servilleta a un lado y rebañó los restos de salsa de su plato con un trozo de pan.

—¿Hubbi?

—Así es como lo llaman, al menos. Es un alcohólico de aspecto lamentable. No sabría decirte la edad que tiene: seguro que parece mayor de lo que es.

—¡Ah! —dijo Marenburg, asintiendo, y apartando algo su plato, como había hecho Jan—. Debe de ser Hubert Amstner. ¿A qué se debe este interés?

—He coincidido con él en la gasolinera —dijo Jan, y mientras pronunciaba aquella frase se le encendió una lucecita—: ¿Amstner? ¿El antiguo dueño de la gasolinera?

De pronto vio al hombre ante sí, atendiendo a su padre. Jamás se le habría ocurrido relacionarlo con el espectro que acababa de ver.

—El mismo que viste y calza —dijo Marenburg, dando un sorbo a su cerveza—. ¿Y dices que lo has visto en la gasolinera?

—Sí.

—¿En *su* gasolinera?

Jan asintió y Marenburg lanzó un suspiro.

—No puede dejarlo. Es una historia tan triste... Primero lo que pasó con tu hermano, después lo de su mujer...

—¿Su mujer?

—La dueña de la juguetería.

Jan no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Aquella era su mujer?

—Rosalia Amstner. —Marenburg asintió—. Seguro que la conocías sólo por el nombre de Rosa, como todo el mundo. Creo que a la buena de Rosa no le gustaba nada que la llamaran «señora Amstner».

—¿Los conocías bien?

—Se casaron el mismo año que Flora y yo —hizo un gesto señalando la foto de la

boda que estaba sobre la estantería de la cocina—, y les pasó lo mismo que a nosotros: ella tampoco podía tener hijos, como mi Flora, y cuando al final lo conseguimos..., bueno, fue un milagro. Quién iba a decirnos entonces que no sobreviviría al parto... —Movi6 la cabeza hacia los lados, como para apartar aquellos recuerdos tan tristes, y continu6—: Sea como fuere, Rosa parecía llevar bien el tema de la maternidad, o de la no maternidad, para ser m6s exactos, pero para el pobre Hubert fue un golpe muy duro. Le encantaban los ni6os, ¿sabes? La juguetería fue idea suya. Y al final su amor por los ni6os se convirti6 en una fatalidad.

—¿Por qu6? ¿Qu6 paso?

Marenburg acab6 su cerveza, se levant6 y cogi6 otras dos botellas de la nevera.

—Creo que fue en el verano de 1983, cuando Gabriele Jost vino a vivir a Fahlenberg con su hijo Christian. No recuerdo de d6nde venían, pero sus nombres no se me han olvidado. —Se dio unos toquecitos en la frente y sonri6 d6bilmente—. Aunque llevo a6os jubilado, a veces tengo la sensaci6n de que el archivo del censo se me qued6 grabado aqu6 dentro.

—Ya sabes, Rudi. ¡La memoria a largo plazo mejora con los a6os!

—Genial, no hacía falta que me lo explicaras así —gruñ6 Marenburg, ofreciéndole una cerveza.

—¿Qu6 fue de ellos?

—Christian tenía diez a6os, pero era muy maduro para su edad. Un buen chico. Algo tímido y reservado, pero siempre amable. Sus padres se habían separado hacía unos a6os, y yo diría que Christian vio en Hubert una especie de figura paterna. Y el hombre estaba encantado. Los Amstner tenían un peque6o corral con conejos en la parte trasera de su casa, lo cual era magnífico para un ni6o de diez a6os. De modo que se hicieron amigos. —Marenburg abri6 su botella con un gesto inconsciente y le dio un trago bien largo—. Debi6 de ser ese mismo verano. ¿Recuerdas a Karl Lehmann, el cartero? Un viejo chismoso que siempre tenía a punto un cotilleo. Si él era el encargado de llevarte el correo, podías ahorrarte tranquilamente la prensa rosa local.

La verdad era que sí recordaba a Karl Lehmann, pero su recuerdo no era precisamente positivo. El cartero no soportaba a *Rufus* y siempre decía que el perro quería atacarlo, cuando lo único que buscaba el pobre animal era un compa6ero de juegos.

—Una ma6ana —continu6 diciendo Marenburg—, Karl vio a Hubert y a Christian junto al estanque. Las vacaciones aún no habían empezado y eso lo desconcert6. De modo que se qued6 ah6 plantado, observándolos, y entonces... —El hombre cogi6 aire; parecía que le costaba hablar del tema—. En fin, Karl dijo que el chico estaba casi desnudo y que Hubert había empezado a tocarlo, y que gracias a él la cosa no acab6 en tragedia. Por lo visto se plant6 entre ambos y propin6 a Amstner una soberana paliza. No es que el cartero fuera un hombre muy corpulento, pero cuando acab6 parecía que al otro le hubiera pasado por encima un tren de mercancías.

»Después de aquello se armó un gran revuelo, como imaginarás. Hubert aseguró que era inocente, pero nadie le creyó. De pronto todos empezaron a ver su amor por los niños desde un prisma completamente distinto. Christian se puso de su parte, pero la mayoría creyó que era porque Hubert lo tenía confundido.

«No sería la primera vez», pensó Jan, apurando su cerveza. Por lo general, los pedófilos inician sus relaciones tras una larga fase de amistad que provoca cierta dependencia mutua que acaba desembocando en la relación sexual. Y, en casi todos los casos, si el adulto es declarado culpable los menores salen en su defensa porque no quieren perder a su amigo, que a menudo consideran *su único* amigo. Para Jan, los peores momentos de su carrera profesional habían sido aquellos en los que los niños se culpaban por haber seducido a los adultos.

—¿Qué fue del pequeño?

—Él y su madre se marcharon de Fahlenberg. A Augsburgo, si mal no recuerdo. Y para Hubert aquello fue el principio del fin. Los rumores no cesaron, y en pocas semanas su gasolinera pareció acusar la peor crisis petrolífera de la historia. Tuvo que vender su casa y sus dos negocios, y se mudó con la buena de Rosa a una caseta que quedaba junto a la vía del tren y que había pertenecido a su padre. Una especie de cabaña, yendo hacia el bosque. Seguro que la has visto alguna vez.

—¿Se mudaron ahí? ¡Pero si hace más de veinte años ya era una ruina!

Marenburg se encogió de hombros.

—¿Qué más podía hacer, pobre gente? Ya nadie quería darles trabajo.

—¿Y por qué se quedaron en Fahlenberg? Podían haberse marchado y empezar una nueva vida donde nadie los conociera.

—Creo que Hubert quiso quedarse precisamente para demostrar que era inocente —dijo Marenburg, toqueteando el cuello de su botella de cerveza—. Le habían colgado la etiqueta de culpable, pero supongo que pensaba que con el tiempo podía quitársela.

—Por tus palabras, pareces convencido de que Lehmann se equivocó, ¿no es cierto? ¿Por qué lo crees?

Marenburg dejó escapar una risa nada alegre.

—En primer lugar, porque Karl, a quien Dios tenga en su gloria, era un maldito chismoso. Siempre andaba con cuentos de un lado a otro, y la mitad eran exageraciones suyas. Y en segundo lugar... —Marenburg volvió a mirar la foto de su boda. Dudó unos segundos, pero después continuó—: En fin, en segundo lugar, Hubert fue un ligón durante toda su juventud. Andaba siempre entre faldas y no había chica que se le resistiera. En aquella época aún era rematadamente atractivo... Pero un día apareció Rosa, y el pícaro galán se convirtió en marido ejemplar. ¡Así es la vida! —Miró a Jan a los ojos, y añadió—: Hubert amaba a su mujer. También en eso coincidimos. Y estoy convencido de que si no hubiesen pasado tantas desgracias, ellos seguirían juntos.

—¿Cómo? ¿Rosa lo abandonó?

Marenburg negó con la cabeza.

—No sólo lo abandonó. —Bebió un trago de cerveza y se secó la boca con el dorso de una mano. Era evidente que aquella historia le afectaba mucho—. Lo de tu hermano fue la gota que colmó el vaso. Rosa siempre confió en su marido y estuvo de su parte, incluso cuando tuvieron que venderlo todo y mudarse a aquella chabola, pero los rumores no cesaban nunca. Entonces desapareció Sven y la policía sospechó inmediatamente de Hubert. Es cierto que la creyeron cuando les aseguró que su marido había pasado la noche en casa, con ella, pero la gente del pueblo prefería inventarse sus historias, y ella no pudo soportarlo más.

—¿Se suicidó?

Marenburg asintió con la cabeza.

—Se fue al bosque y se ahorcó en un árbol. Hubert enloqueció de dolor, y rompió todo contacto con la gente de Fahlenberg. Ahora ya casi nadie recuerda aquel asunto. La mayoría de los que lo vivieron han muerto, y para los jóvenes Hubert no es más que Hubbi, el borracho que vive mal que bien en la cabaña de la vía del tren.

El aire de la cocina se volvió pesado como el acero y Jan notó un peso enorme sobre sus hombros. La desaparición de Sven había provocado tanto dolor... Y no sólo a su familia. Se preguntó si el secuestrador se habría enterado en su día de la muerte de Rosa y si habría sentido algo.

—¿Tú sigues en contacto con Amstner?

Marenburg negó con la cabeza.

—No. Ya casi no habla con nadie. Quizá sólo con el dependiente de la licorería. Y no se lo reprocho.

Aunque estaba agotado, aquella noche Jan tardó una eternidad en conciliar el sueño. Las imágenes de la mujer que saltó del puente, la sesión de hipnosis con Rauh y la historia de Hubert Amstner le taladraron la cabeza y no lo dejaron en paz. Y cuando al fin se durmió, su subconsciente le presentó un recuerdo que creía haber enterrado hacía mucho tiempo. Un demonio que había olvidado hacía tiempo...

Era sábado, 12 de enero de 1985. Jan estaba acucillado en el rellano de la escalera del segundo piso. Tenía las piernas dobladas junto al pecho, envueltas en los brazos, y los ojos le ardían de tanto llorar. En las últimas horas había llorado mucho. Tanto, que ya no le quedaban lágrimas. Estaba agotado, trastornado y amedrentado.

Desde la habitación, en el piso de abajo, le llegaba el agudo tono de voz de su madre. Angelika Forstner estaba histérica. Aunque habían pasado ya varias horas desde que le diera la bofetada y lo zarandeara como una loca, Jan tenía la sensación de que aún sentía la marca de sus dedos en la piel.

Mientras la policía estuvo en casa, su madre se las arregló para mantener hasta cierto punto la compostura, pero en cuanto los agentes se marcharon, perdió los estribos. Empezó a gritar y a moverse por la casa, de un lado a otro, como un tigre enfurecido en el interior de una jaula, y por mucho que Bernhard Forstner intentó calmarla y consolarla, sus esfuerzos fueron en vano.

—Pero ¿cómo puede nadie tener una idea tan descabellada? ¡Arrastrar a un niño de seis años al parque, en plena noche, y dejarlo ahí solo! ¡Mi pequeño! ¡Mi vida!

Aquellas palabras le hicieron mucho más daño que si le hubiese seguido pegando. Cuando explicó los hechos al policía, este lo escuchó con expresión estoica mientras tomaba notas en una libretita. No hizo el menor comentario sobre su idea del radiocasete, y tampoco le lanzó ninguna mirada de sorpresa ni hizo el menor gesto de burla, cosa que Jan agradeció sobremanera. Y al final, incluso, el policía le dedicó unas palabras alentadoras y cargadas de ánimo.

—Buscaremos a tu hermano —le dijo, justo antes de desaparecer junto a su compañero para cumplir su promesa.

Fue entonces cuando la ira y el desespero de sus padres cayeron sobre él. Bernhard Forstner no le dijo nada directamente, pero su mirada no dejaba lugar a dudas: lo mejor que podía hacer era ir a su habitación y quedarse allí.

Y justo en el momento en que se disponía a hacerlo, su madre fue hacia él.

El padre de Jan se interpuso enseguida, cogió a su mujer, que no dejaba de llorar y gritar, y la arrastró hasta el sofá. Él se levantó del suelo como pudo y notó que tenía sangre en la boca. Miró a su padre a los ojos, manteniéndole la mirada, y en aquel momento descubrió algo que jamás había visto: Bernhard Forstner estaba llorando. Aquello casi le asustó más que el hecho de que Sven hubiese desaparecido y su

madre pareciese haber perdido el juicio.

Hasta aquel día había creído que su padre era capaz de enfrentarse a cualquier situación, por difícil que fuera. Al fin y al cabo, siempre tenía una explicación para todo y sabía encontrar soluciones a todos los problemas. Pero en aquel momento, su idea del padre omnipotente acababa de derrumbarse como un castillo de naipes.

—Por favor, Jan, sube a tu habitación. Tu madre está en estado de *shock*. Dentro de un rato iré a verte, ¿vale?

Así que Jan subió a su habitación, pero no pudo aguantar mucho ahí dentro. Él también temía que a Sven le hubiese pasado algo malo. Algo que por lo general sólo solía aparecer en los diarios o en los capítulos de *Expediente X*.

Y, para sus padres, él tenía la culpa. Claro que fue una tontería intentar grabar la voz de un fantasma en un radiocasete, pero él no pretendía hacer nada malo. Además, fue Sven quien quiso seguirle hasta el parque. ¡Él no tenía ni idea! Pero nadie quiso escuchar aquella parte de la historia. Jan era el mayor, y por tanto el responsable de todo lo sucedido... e incluso de lo que podría suceder.

«Buscaremos a tu hermano» le había prometido el policía, y Jan se aferró a aquellas palabras como a un clavo ardiendo. *Tenían* que encontrarlo. Al fin y al cabo, todo un ejército de personas había salido en su búsqueda. A esas alturas todo Fahlenberg se había puesto manos a la obra y estaba peinando la zona. Y eso era lo que su padre acababa de decir a su madre.

De todos modos, Jan no se sentía capaz de expresar con palabras su deseo de encontrar a Sven, y prefería guardarlo en su interior. Porque exponer el deseo de un modo explícito significaba también considerar lo que sucedería si al final no se cumplía. Y él no estaba preparado para eso. No lo estaba en absoluto.

Si era cierto que había un Dios misericordioso capaz de leer los corazones de la gente, seguro que escucharía su deseo... y lo cumpliría. Y en ese punto fue cuando Jan se dio cuenta de que no bastaba con que los equipos de rescate encontraran a su hermano. *Tenían* que encontrarlo *vivo*. La mera idea de que Sven pudiese haber muerto por su culpa hacía que le faltara el aire y se sintiera a punto de enloquecer.

Poco a poco sus padres fueron quedándose en silencio. Lo más probable era que las pastillas que Bernhard Forstner dio a su mujer hubiesen empezado a hacer efecto.

Rufus tampoco se atrevía a bajar. Salió silenciosamente de la habitación de Sven, trotó hasta Jan con la cola entre las patas y se dejó caer a su lado lanzando un leve suspiro. Él acarició su suave lomo y se sintió un poquito mejor. La compañía del perro era reconfortante, aunque no consiguió quitarle el miedo.

Sven estaba en algún lugar ahí fuera, y había un motivo para que no hubiese vuelto a casa. De lo contrario ya estaría allí. Si hubiese podido, ya haría rato que habría llamado a la puerta. Sven tenía frío y sueño, y la caza de brujas de Jan no le había parecido nada divertida, así que habría regresado a casa, de no ser por que alguien o algo le hubiese retenido...

«Peinarán los alrededores —se dijo—. Seguro que también mirarán en las orillas

del lago...».

Pensó en Alexandra y volvieron a arderle los ojos. ¿Y si Sven se había acercado al lago helado y...

En aquel momento sonó el teléfono del pasillo. Bernhard Forstner cogió el aparato al segundo timbrado. Se lo llevó a la oreja. Estaba blanco como la nieve...

«Por favor, Dios, haz que hayan encontrado a Sven —suplicó Jan—. Que lo hayan encontrado... ¡Por favor, por favor, por favor!».

—Ahora no —oyó decir a su padre—. Mi hijo pequeño ha desaparecido y la policía lo está buscando.

Entonces, a través de la barandilla de la escalera Jan vio que su padre se estremecía.

—¿Qué?

La mano con la que su padre sostenía el auricular empezó a temblar, mientras que con la otra se rascaba el pelo como si lo tuviese lleno de piojos.

—¿Dónde? —gritó Bernhard al teléfono, e inmediatamente añadió—: ¡Espera!

Colgó el auricular, corrió hasta el colgador y arrancó un abrigo de una percha.

Sin dirigirse siquiera una vez más a su mujer, que seguía en el comedor, Forstner se precipitó hacia la puerta y salió de casa a toda velocidad.

Cuando la puerta se cerró para siempre tras de su padre, Jan fue consciente de una idea que resonó en su cabeza como un grito: aquello no era un sueño; era un recuerdo, y parecía de lo más real.

De pronto comprendió que ya no era un niño de doce años. Era un adulto, y sabía perfectamente todo lo que iba a pasar a continuación: su padre abriría la puerta de metal del garaje y pondría en marcha su volkswagen passat amarillo, después saldría marcha atrás, tan rápido que golpearía el seto del vecino sin darse cuenta, y al fin se alejaría de allí a demasiada velocidad y desaparecería para siempre bajo una cortina de nieve.

Jan no volvería a verlo con vida. Lo único que le quedaría sería el retrato de Bernhard sobre su féretro el día del entierro, y la consternación ante la duda: ¿qué le habría movido a salir disparado de casa a aquellas horas de la madrugada, sin decir a nadie adónde se dirigía, justo antes de empotrar su coche contra el tronco de un árbol?

Sabía todo eso porque lo que acababa de soñar era, sin lugar a dudas, mucho más que un sueño. Aunque quizá aún tuviera la oportunidad de hacer que todo aquello no hubiese sucedido... Así lo esperaba su yo onírico, del mismo modo que esperaba descubrir si su precipitada salida del hogar había tenido algo que ver con la desaparición de Sven, que es lo que Jan había supuesto durante todos aquellos años.

De modo que salió de su escondite en el rellano de la escalera y bajó a toda prisa los escalones hasta el piso de abajo.

El salón estaba vacío. Se suponía que su madre tenía que estar ahí, sentada o tumbada, durmiendo o, cuando menos, adormecida por los fuertes medicamentos que

le habían recetado. Pero allí no había nadie, y de pronto parecía que la habitación llevara varios años abandonada. Los muebles estaban cubiertos de polvo, uno de los cristales de la gran vitrina tenía una raja fina y larga y la mesita que quedaba frente al sofá estaba llena de excrementos de rata. Hacía muchos años que allí no vivía nadie.

Jan se detuvo, perplejo. Aquello era imposible. ¡Hacía unos minutos había oído la voz de su madre!

Fuera oyó el motor de un coche. ¡El passat! Se plantó en la puerta de un salto, la abrió y salió corriendo a la calle.

—¡No! ¡Espera!

Pero sus gritos fueron en vano. Vio cómo la oscuridad engullía las luces traseras del coche y se quedó plantado ahí fuera, rodeado por el más absoluto silencio. Por muy realista que fuera aquel sueño, no podía alterar el hecho de que Bernhard Forstner se dirigiera hacia su muerte.

Jan se tapó el rostro con las manos y lloró. Lloró amargamente, desconsoladamente, dando rienda suelta a su desesperación.

Entonces notó una mano sobre su hombro y se dio la vuelta. Sorprendido, se topó con el rostro de un hombre de unos veintitantos años. Tenía los ojos tristes. Unos ojos que Jan reconoció inmediatamente, pese a que la última vez que los vio pertenecían a un niño.

—¿Sven?

El hombre asintió.

—Hola, hermano mayor.

Si aún le hubiese quedado algún resquicio de duda, la más mínima sensación de que aquello no era un sueño, en ese preciso momento se habría desvanecido por completo.

—Mi pobre hermano mayor —susurró Sven, acariciándole la cara con dulzura y secándole las lágrimas—. El pasado es irrevocable. Recuérdalo. Lo es, incluso en sueños.

—¡Pero... pero tú estás muerto!

—Si quieres seguir buscándome —le susurró Sven—, no olvides este consejo: no hagas caso de los rumores.

En la vida real se llamaba Dunja Koslowski, pero cuando trabajaba en el Love Palace se hacía llamar Mandy. Era una actriz en ciernes y necesitaba un buen nombre artístico que no la relacionara con la campesina ucraniana que fue, así que optó por escoger el nombre de Mandy en honor a la joven a la que Barry Manilow dedicó una canción hacía ya muchos años.

Por lo que hacía al nombre aún no estaba segura, pero cuando llegara el momento pediría consejo a algún profesional. A alguien que le dijera cómo convertirse en una verdadera estrella. Hasta entonces sería Mandy. Sólo Mandy.

Todos sus clientes la llamaban así. Bueno, todos menos uno, que la llamaba Carmen: el alto desconocido que no había querido desvelarle su nombre. Uno de sus pocos clientes habituales.

Carmen era el segundo gran papel de su vida. El primero fue en un espectáculo porno para el que la contrataron ocho trabajadores de la construcción. La escena tuvo lugar en una paupérrima habitación de un hotel de Düsseldorf, y, aunque en su opinión no tuvo que hacer demasiado alarde de sus dotes de actriz, consideró que al final había hecho una buena actuación.

El papel de Carmen era mucho más exigente. Su alto desconocido no había buscado sólo una prostituta a la que tirarse, como sucedió en aquella otra ocasión, sino que la había elegido a ella después de someterla a un *casting*, como suele hacerse con las actrices. Si bien es cierto que nunca le confesó los criterios que le llevaron a escogerla a ella y no a otra (no era muy hablador, que digamos), Dunja estaba convencida de que su elección no sólo tenía que ver con su cuerpo, sino también con su talento, y, en última instancia, con su larga melena castaña.

Sí, ella cuidaba mucho su aspecto, seguía a rajatabla una dieta de las estrellas, en la que confiaban Madonna, Penélope Cruz y Cameron Diaz, y sabía que su cuerpo era perfecto: ni un gramo de grasa, piernas largas y delgadas, un trasero bien torneado y unos pechos firmes, no muy grandes pero lo suficientemente llamativos para atraer las miradas de todos los hombres; pero habría apostado lo que fuera a que lo más atractivo en ella era su melena. Si se le permitía la expresión, su melena era su marca de la casa, del mismo modo que la permanente rubia lo fue de Marilyn Monroe o la cascada pelirroja y ondulada, de Julia Roberts.

Dunja se cuidaba el pelo con champús muy caros y mascarillas diversas, y

esperaba que la pequeña fortuna que se gastaba en la peluquería le ofreciese una recompensa tarde o temprano. El alto desconocido fue el primero en valorar realmente su pelo.

Y por eso se había convertido en su Carmen.

Su papel consistía en tumbarse en la gran cama de su estudio, colocar las piernas de una forma algo amanerada —rodillas juntas, tobillos separados—, alargar el brazo izquierdo y, con la mano derecha, sostener una máscara sobre su rostro. Una que él llevaba consigo cada vez.

Estaba hecha a mano, saltaba a la vista, y también que él le había puesto mucho esmero en que quedara perfecta. La máscara estaba cubierta con la foto a tamaño real del rostro de una hermosa joven, y Dunja no tenía la menor duda de que se trataba de la verdadera Carmen. La mujer cuyo papel tenía que desempeñar.

La primera vez que se vieron ella le preguntó cómo era Carmen, cómo hablaba y cómo se movía. El *Manual de arte dramático*, que había memorizado de caba a rabo, decía que para representar a un personaje real era extraordinariamente importante conocer todos aquellos detalles. Pero él no quiso contestarle.

—Ya está bien lo que haces —le había dicho, por lo que ella decidió apelar a su sensibilidad artística e improvisar en la medida de lo posible.

Para cada una de sus visitas, el tipo no sólo llevaba una máscara, sino también una notita en la que se hallaba el texto de Dunja. Estaba escrito a mano en letras mayúsculas, grandes y ordenadas.

Su misión consistía en aprenderse el texto de memoria mientras se desvestían, y después devolverle el papel y tumbarse en la cama. Entonces él se acercaba, desplegaba su melena sobre la sábana bajera de satén azul y le cubría la barriga con una de las puntas de la sábana encimera.

Aquella era la parte en la que él tenía que improvisar. No le gustaba el pirsin que Dunja llevaba en el ombligo, y ella lo sabía perfectamente, pero la primera noche, cuando él le preguntó si podía quitárselo, ella le respondió que no.

Cuando al fin se sentía satisfecho con la posición y montaba sobre ella, había llegado el momento de defender su papel. No es que actuara de Carmen; es que se *convertía* en Carmen y dejaba fluir todo su potencial artístico. Cubriéndose el rostro con la máscara cual *moretta* en el carnaval de Venecia, Dunja repetía su frase con la entonación y el sentimiento adecuados, para que no resultara demasiado artificial o afectado.

—Estoy contigo —le tocó decir en esta ocasión—, y lo estaré para siempre. Ya nada nos separará. Todo lo que sucedió ha quedado olvidado. Te perdono.

Notó cómo la penetraba y se inclinaba sobre ella. Al principio suavemente, con vacilación, pero después cada vez más rápido y con más fuerza.

—Te amo —jadeaba—. Te amo, te amo, te amo, te amo.

—Sí, mi vida —susurró ella—. Ama a tu reina. Ya ha pasado todo.

Aquello fue pura improvisación, y a Dunja le pareció que sonaba fenomenal.

—Yo... no quería... —gimió él.

Entonces se corrió, y, como tantas otras veces, rompió a llorar. Pero en esta ocasión le pareció más desesperado que nunca. Notó que se escurría fuera de ella, y se apartó la máscara de la cara.

Estaba de pie frente a la cama, cubriéndose la cara con las manos, y sollozaba.

Ver llorar a un hombre le parecía algo especialmente desgarrador. Por lo general, los hombres eran violentos y bramaban o la forzaban o daban golpes a los muebles. Pero cuando lloraban... eso significaba que sufrían extraordinariamente. Y más si lo hacían ante ella.

Verlo de aquel modo le partía el corazón. Le gustaba. Era distinto a los demás. No la insultaba ni la llamaba perra ni guarra ni cachonda como casi todos los demás. Al contrario: él la hacía sentirse especial. Lo hacía por sí mismo, por supuesto, pero en cierto modo también por ella, seguro.

—¿Quieres hablarme de Carmen?

El desconocido negó con la cabeza y se dio la vuelta.

Lo observó mientras se vestía. Era una imagen tan triste... Dejó su dinero sobre el tocador, y junto a él una bolsita llena de fruslerías: la propina con la que cada día comprobaba su silencio. Para ser sincera, por mucho que lo pensara no habría sabido a quién hablarle de él...

—Conmigo también puedes hablar, además de follar —continuó, intentando animarlo—. Sé escuchar y tengo tiempo.

—¡Cierra la boca!

El alto desconocido cogió uno de los perfumes del tocador, se dio la vuelta hacia ella y estampó la botellita contra la pared que quedaba detrás de ella. Un olor a flores intenso y dulzón inundó la habitación.

Y él salió dando un portazo.

Dunja lo miró, sorprendida. Nunca lo había visto así.

—Vale, pues no hablamos.

Miró los añicos de cristal y suspiró. Había intentado acercarse demasiado y eso no era lo que él quería. Bueno, pues vale también. Al menos tenía que intentarlo. Y el perfume podía reponerse: sólo lo que había en la bolsita de propina era mucho más valioso.

«Y quién sabe —pensó—. Quizá la próxima vez sí quiera hablar conmigo».

Algún día le contaría todos sus secretos, estaba segura. Algún día.

El miércoles, Jan se despertó justo antes de que sonara el despertador. Se sentía como si hubiese pasado la noche en una centrifugadora. En su cabeza aún bailaban los recuerdos y los pensamientos mezclados con el sueño, y sólo ahora, al abrir los ojos, empezaban a calmarse...

«Si quieres seguir buscándome...
no olvides este consejo...
no hagas caso de los rumores...».

Una angustia indescriptible le oprimía la garganta. El encuentro con Sven, con un Sven adulto del que sólo quedaban los ojos del niño de seis años, lo había sobrecogido.

«No es más que un sueño», se dijo a sí mismo. El Sven adulto no era más que el resultado de su actividad psíquica durante el sueño. Y los sueños no son más que acontecimientos vividos en el mundo del pensamiento. Son una mezcla de sucesos experimentados, especulaciones y deseos. Así los estudió en la carrera, así se los definieron, del mismo modo que le explicaron que en la mayoría de los casos los sueños no representan acontecimientos reales y tienen un valor altamente simbólico. Cabe decir, en definitiva, que en la naturaleza del sueño está la posibilidad de abolir toda medida cognitiva legítima o regular. De ahí que Sven pudiera aparecersele como un adulto y conversar con él sin más.

Pese a ello, una parte de él quería desoír las razones y saltarse la parte teórica y racional de la psicología.

«¿Qué pasaría si el Sven adulto fuera algo más que el resultado de recuerdos y deseos? —le dijo su yo más irracional—. ¿Y si no me hubiese encontrado con el espíritu imaginario de Sven, sino con su verdadero yo? ¿Y, si hubiésemos logrado comunicarnos por telepatía, tal como ponía en aquel libro que en su día me impulsó a ir al parque con el radiocasete?».

Jan sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Por lo general lograba reprimir las preguntas que más lo atormentaban, pero en esta ocasión, tras aquel sueño tan insólito, se había quedado absolutamente desarmado. Y de pronto aquella pregunta parecía tan obvia como la del paradero de Jan, o la de si sufrió al morir o la de qué fue lo último que vio su hermano pequeño antes de marcharse tan prematuramente de esta vida.

¿Qué pasaría si Sven no hubiera muerto? Quizá su secuestrador lo había dejado vivir y lo había abandonado en algún lugar muy lejano del que el niño no había sabido volver, y con el paso del tiempo había olvidado quién era y de dónde venía, y había llevado una vida distinta a la que le había tocado al nacer. Quizá ahora estaba tan tranquilo en algún lugar del mundo, llevando una vida feliz e independiente, sin saber que en el lugar del que lo arrancaron hacía veintitrés años no había quedado piedra sin remover.

¿O qué pasaría si Sven sí se acordaba de su familia y de Fahlenberg, pero había decidido no volver deliberadamente? Por amargura, porque se había sentido abandonado...

Por muy disparatadas que pudieran sonar esas teorías, eran tan lícitas de contemplar como la de la muerte. Una pieza de ropa interior abandonada no era prueba suficiente para justificar su asesinato. Es cierto que los calzoncillos, sumado al hecho de que jamás se hallara ni una sola huella de Sven, convertía aquella opción en la más probable, pero no en la única...

No, la idea de que Sven pudiera estar vivo en alguna parte le resultaba maravillosa y le habría encantado creerla a pies juntillas y dejarse llevar por ella, pero en el fondo, y por mucho que se empeñara en matizarlo, el descubrimiento de los calzoncillos del pequeño era lo suficientemente significativo. Los encontraron varios días después de la desaparición de Sven, y Jan era consciente de que lo mejor que podía hacer era pensar que su hermano se marchó de este mundo de un modo rápido e indoloro.

Porque los calzoncillos estaban rotos. No es que Sven se lo hubiese quitado para ponerse otra ropa, no. Es que todo parecía indicar que se lo habían arrancado. De modo que... ¿qué podía uno pensar si descubría la ropa interior de un pequeño de seis años rasgada en el bosque en lo peor del invierno?

Hacía unos años, investigando para un trabajo de la carrera, Jan dio con una historia que desde aquel momento no había podido quitarse de la cabeza. En Inglaterra un niño fue secuestrado por un pedófilo, que resultó ser un reconocido cirujano de una importante clínica londinense. El tipo lobotomizó a su víctima. Le introdujo una aguja finísima por el lagrimal y se la clavó en el frontal del cráneo, perforándose ligeramente y destrozándole la actividad cerebral, de modo que el niño pasó a ser una sombra de lo que había sido. El hombre, por llamarlo de algún modo, tuvo encerrado al chico en aquel estado durante varios años, en los que pudo abusar de él a su antojo. Y no lo descubrieron hasta que el chico murió de una embolia cerebral a los dieciséis años y el cirujano tuvo que deshacerse del cadáver, cosa que no pudo hacer sin llamar, al fin, la atención. El autor de aquel horrible artículo expresaba claramente su convicción de que no se trataba de un caso aislado. Era relativamente frecuente toparse con algún pedófilo que había logrado fracturar de un modo u otro la voluntad de su víctima para convertirla en un simple juguete humano y poder disfrutar de ella a su antojo.

No tenía mucho sentido, pues, imaginarse que Sven podía estar tan tranquilo en alguna parte, por mucho que su yo más irracional quisiera creerlo, porque hacía mucho que aquel yo era consciente de estar luchando en vano contra una obviedad que su razón hacía tiempo que había aceptado con resignación: el bien prevalece en los cuentos, las novelas y las películas de Hollywood, pero en el mundo real el escenario pertenece al mal.

Jan se arrastró hasta el lavabo, se dio una ducha con agua muy caliente e intentó ordenar el caos que reinaba en su interior.

«... no olvides este consejo...

... no hagas caso de los rumores...».

No, aquellas palabras no las había pronunciado Sven, sino él mismo, y lo único que escondía aquel mensaje era la más pura y dura realidad: «Deja de esperar un milagro».

Cuando entró en la cocina, poco después de haberse duchado, oyó el reparador sonido de la cafetera. Marenburg estaba sentado a la mesa y tenía la mirada perdida en la ventana. Se veía extraño a la luz de la lámpara de la cocina. Como si fuese una figura de cera. Por un instante, Jan pensó que él también había pasado una mala noche.

«Espero no haber gritado en sueños y haberlo despertado...».

—Buenos días, ¿estás bien?

Marenburg no reaccionó. Parecía estar perdido en algún lugar de ahí fuera, más allá de la ventana.

Algo no iba bien. La cafetera emitió un gorjeo extraño, y cuando Jan la miró vio que lo que salía era agua clara y transparente. ¡Marenburg había olvidado poner el café en el filtro!

—Eh, Rudi, ¿qué te pasa?

Marenburg se llevó una mano a los ojos y Jan comprendió que había estado llorando.

—Rudi, por el amor de Dios, ¿qué sucede?

Marenburg señaló el periódico del día y lo empujó por encima de la mesa para acercárselo. Jan le dio la vuelta para poder leerlo bien.

Marenburg era una de aquellas personas que empiezan a leer el periódico por atrás. Como casi toda la gente de su edad, empezaba por las esquelas, pasaba a los deportes y, por fin, se interesaba por el resto de noticias de la región. La política mundial quedaba relegada siempre al último puesto, entre otras cosas porque uno solía estar al corriente por las noticias del día anterior.

Jan recorrió los titulares de las noticias locales que aparecían en la página que Marenburg tenía abierta. «Un investigador de Fahlenberg descubre un calamar gigante en la costa neozelandesa», rezaba el artículo, en el que una tal Carla Weller entrevistaba al nuevo hijo predilecto de la ciudad.

Jan no podía creer que el descubrimiento de un calamar gigante hubiera dejado a Marenburg en aquel estado, ni tampoco la previsión de agrandar la zona peatonal del centro ni el sorteo extraordinario de la tómbola de aquel año...

Pero entonces vio la noticia. Bajo el título «Suicidio trágico», el artículo hablaba sobre la joven que el día anterior había saltado del puente peatonal. Por un segundo le pareció volver a oír a la moribunda intentando hablar.

«Dooooio».

Marenburg se pasó la manga de la camisa por la cara y miró a Jan. Su rostro, mojado por las lágrimas, era pura perplejidad.

—Mira las necrológicas.

Su voz sonó extraña y temblorosa.

Jan pasó las hojas hacia atrás, en busca de la penúltima. Enseguida entendió a qué se refería Marenburg. En el centro de todos aquellos textos adornados con cruces, palomas blancas y manos unidas en oración aparecía uno que le llamó especialmente la atención:

Nos dejó cuando aún estaba en la flor de la vida. Lloramos por nuestra querida compañera NATHALIE KÖPPLER, a la que guardaremos por siempre en nuestro corazón. Los trabajadores del ayuntamiento de Fahlenberg

Jan no lo dudó ni un momento: aquella Nathalie Köppler no podía ser otra que la joven que se tiró del puente. Además, en el artículo que acababa de leer ponía que la joven trabajaba en el ayuntamiento.

Pero entonces, de pronto, vio lo que sin duda había provocado aquella zozobra en su anfitrión. La foto que aparecía junto al texto lo dejó sin respiración. Aquella cara, aquella incipiente sonrisa que miraba a la cámara... Jan no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

—El parecido es asombroso, ¿no te parece? —susurró Marenburg, con un hilo de voz.

Jan sólo fue capaz de mover la cabeza en señal de asentimiento. El parecido era mucho más que asombroso. De no haber sido porque era materialmente imposible, habría jurado que aquella chica era Alexandra Marenburg. El mismo rostro ovalado, la misma curva sobre los pómulos, la misma melena negra y la misma sonrisa tímida aparecían en una foto de Alexandra que su padre tenía en el comedor.

Sí, sobre todo aquella sonrisa, que en el fondo no era más que un intento de disimular ante la cámara el miedo y la sobriedad, le resultó escalofriante: hasta entonces había creído que Alexandra era la única persona en el mundo que sonreía así.

Marenburg echó su silla hacia atrás y se levantó con un gemido. El roce de las patas de la silla con el suelo de PVC provocó un chirrido que a Jan le recordó un graznido afónico («dooooio») y le erizó la piel.

—Necesito tomar aire —murmuró Marenburg, mientras se dirigía a la puerta. Pero antes de salir se detuvo un momento y preguntó—: ¿Crees en las casualidades, Jan?

Jan estaba demasiado aturdido para contestarle. La idea de que esa tal Nathalie Köppler no sólo se parecía extraordinariamente a Alexandra, sino que además las dos habían muerto ante sus ojos, le atenazaba el corazón. Si aquello no era más que una casualidad, sin duda era la más macabra que hubiese podido imaginar.

—Porque yo *no creo* en ellas —dijo Marenburg, y desapareció.

Minutos después, tras oír la puerta de casa y ver desaparecer la silueta encorvada de Rudolf Marenburg por la ventana de la cocina, Jan se preguntó si era posible que su amigo tuviera razón.

«Quizá creamos en las casualidades porque no podemos soportar la idea de otra alternativa».

—¡Ah, el nuevo!

Hieronymus Liebwerk estaba sentado frente a su escritorio, comiendo un bocadillo de pan integral con cereales. Cuando le sonrió, sus dientes, amarillentos por la nicotina, estaban untados de mostaza, paté y migas de pan.

—Le he traído algo —dijo Jan, al tiempo que dejaba una bolsa de plástico sobre la mesa—. Dos cartones, como convenimos.

Al verlos, la sonrisa de Liebwerk se hizo aún mayor. Miró el interior de la bolsa y asintió, encantado.

—El trato decía que yo debía *buscar* el informe, ¿verdad? Que quede claro, porque yo también he cumplido con mi parte.

—¿Cómo dice?

Liebwerk hizo desaparecer las historias en uno de los cajones.

—La paciente se llamaba Alexandra Marenburg, ¿no es cierto? Y el informe, de 1985, ¿verdad?

—Sí, ¿por?

—Porque he revisado una a una todas las historias clínicas de ese año, pero no he encontrado ninguna con ese nombre.

Jan movió la cabeza, sorprendido.

—No puede ser. Estoy absolutamente convencido de que la chica fue paciente de esta clínica en 1985.

—Ya. Pues no hay informe —dijo Liebwerk, cogiendo con sus dedos raquíticos la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa—. O bien no le abrieron historia o no encontró el camino al archivo. Es decir, con el tiempo que ha pasado, es posible que algún informe se haya perdido.

Jan dejó escapar un suspiro de decepción. Evidentemente, podía ser que un médico olvidara enviar su informe al archivo, pero era de lo más sospechoso que hubiese desaparecido justo el que él andaba buscando.

—¿Y no podría ser que..., en fin, que la hubiese usted archivado, o ahora buscado, donde no tocaba?

Jan intentó evitar que aquello sonara a reproche.

Liebwerk ladeó la cabeza.

—Óigame usted, joven. Quizá no lo parezca, pero le aseguro que tengo el archivo

controlado, y aquí nada se coloca donde no toca.

—¡Claro, claro, no pretendía molestarlo! —se apresuró a decir Jan—. Pero bueno, cualquiera puede cometer un error.

Liebwerk aspiró el humo de su cigarro. Parecía que quisiera llegar hasta el filtro en la primera calada.

—Es posible que esté algo atrofiado, dada la cantidad de tiempo que paso aquí abajo encerrado, pero de una cosa puede estar seguro: cuando Hieronymus Liebwark se encarga de algo, lo hace a conciencia.

—Le pido disculpas si le he ofendido —dijo Jan, con sinceridad—. Es sólo que..., bueno, también es casualidad que haya desaparecido precisamente el informe que le he pedido, ¿no le parece? ¿Hay algún modo de saber lo que pasó con él?

—Me temo que no —respondió Liebwark—. Hoy puedo consultar al sabiondo de mi ordenador y preguntarle la fecha de entrega y el recorrido seguido por cada historia clínica, pero en el caso de las antiguas, como esta que nos ocupa... Ya se lo dije el primer día: si tuviésemos una trituradora de papeles, más de la mitad de esta montaña de informes habría desaparecido. —Le sobrevino un ataque de tos, y luego continuó—: Me quedaré con el tabaco, de todos modos. Me ha supuesto casi tres horas de búsqueda infructuosa entre estanterías polvorientas. Menos mal que usted también ha cumplido con su parte del trato.

Dicho aquello, volvió a toser.

—Tendría que dejar de fumar —le dijo Jan, sin poder evitarlo—. Puedo oír el quejido de sus pulmones sin ayuda del estetoscopio.

—¡Venga ya! —dijo Liebwark, sonriendo—. La carne ahumada se conserva más tiempo, ¿no lo sabía?

De camino a su consulta, Jan no pudo evitar pensar en una copla de su juventud:

¿Ves los cadáveres que hay en el valle?
Son los fumadores de la ciudad de Halle.
¿Ves los cadáveres que hay en el mar?
Son los fumadores de la ciudad de Hamm.
¿Ves los cadáveres que hay en el lago?

El cadáver del lago.

Alexandra.

¿Por qué faltaba justo su informe? ¿Era sólo casualidad, como el desconcertante parecido entre la hija de Marenburg y la chica del puente? En su opinión ahí había, sin duda, un par de casualidades de más.

De: Nathalie Köppler
A: Carla Weller
Asunto:!!!

¡Carla! ¿Dónde estás? No encuentro tu maldito número de teléfono. ¡Llámame! ¡No sé qué hacer. Es real! ¡No me lo había inventado! ¡El demonio de mi cabeza es real! ¡Está dentro de mí! No aguanto más, y con él no puedo hablar porque me hará volver allí. ¿Qué puedo hacer? Carla, por favor, ¡llámame!

El jefe de policía Kröger leyó el *mail* con expresión seria. Se tomó su tiempo, como si quisiera memorizar cada palabra del mensaje de Nathalie.

Carla no paraba de moverse en la incómoda silla que le habían ofrecido. Estaba helada. Parecía que la calefacción de la comisaría de Fahlenberg estaba puesta en modo ahorro y Carla aún no se había acostumbrado al frío alemán tras la estival temperatura de Nueva Zelanda. El *jet-lag* hizo el resto. Junto a una bandeja para documentos que había sobre el escritorio, Carla vio un paquete de cigarrillos que el policía intentaba esconder de las miradas de los visitantes. Carla había dejado de fumar hacía seis años, pero en aquel momento tuvo que hacer un esfuerzo ingente para no pedirle un cigarrillo.

Justo cuando el estrés estaba a punto de doblegarla ante la vieja adicción, Kröger alzó la vista y dejó el papel en la mesa.

—Insólito —dijo, para empezar—. ¿Y dice usted que ha recibido el *mail* esta mañana?

—Ayer por la tarde. He estado fuera por trabajo y durante dos días no he abierto el correo.

Kröger asintió con la cabeza.

—¿Cuál era su relación con la fallecida?

Por supuesto, para ese tal Kröger Nathalie no era más que un caso entre muchos otros, pero a Carla le dolió en el alma oír que se refería a ella, simple y fríamente, como a «la fallecida».

—Nathalie era mi mejor amiga —dijo—. Nos conocemos desde hace muchos años —añadió, y enseguida se apresuró a enmendar el error—. Es decir, *nos conocíamos*. —Miró al suelo—. Me siento tan culpable...

El policía la miró compasivamente.

—La entiendo. ¿Hay alguien, aparte de usted, a quien la señorita Köppler pudiera haberse dirigido?

Carla movió la cabeza en señal de negación.

—No, que yo sepa, no.

—¿Nadie de la familia? ¿Ningún amigo?

—Nadie a quien contarle sus problemas. De eso estoy segura.

Kröger cogió una libretita y escribió algo en ella mientras dejaba escapar un suspiro. Bueno, quizá el hombre no fuera tan frío. Quizá aquel caso le afectara.

Desde que se enteró de la muerte de Nathalie, Carla no podía dejar de hacerse una pregunta, y por fin se atrevió a formularla:

—¿Por qué están tan seguros —empezó a decir, titubeando— de que Nathalie se suicidó?

Kröger levantó la vista de su libreta de notas.

—Porque lo hizo, señorita Weller. Por las características del puente peatonal, el accidente queda completamente descartado, y en el momento de su muerte su amiga estaba sola en el puente. Saltó sin ayuda de nadie. Nos lo han confirmado dos testigos distintos. Además había nevado, y en el puente sólo encontramos las huellas de la señorita Köppler. No debemos olvidar, tampoco, que, según nuestros informes, la joven sufrió problemas psicológicos durante muchos años. Seguro que usted estaba al corriente, puesto que eran amigas.

—¡Pero los había superado hacía tiempo! —soltó Carla, echándose hacia atrás en el duro respaldo de la silla.

—Ya. Pues por lo que pone en el *mail* parece que tuvo una especie de recaída. ¿Se drogaba?

—¿Que si se drogaba? —Carla dejó escapar una risa amarga—. Si hubiese conocido a Nathalie, sabría lo inapropiada que es esta pregunta.

Kröger hizo un gesto a la defensiva.

—Bueno, convendrá conmigo en que la parte del demonio que vive en su interior es como mínimo un poco extraña, ¿no?

Carla se quedó callada. Nathalie le había hablado del demonio en muchas ocasiones y sabía a qué se refería. No era una persona, sino un acontecimiento de su pasado que no la dejaba vivir en paz. Pero... ¿qué sentido tenía decir que el demonio estaba *dentro de ella*?

—¿A qué se refería su amiga al decir «con él no puedo hablar»? ¿Quién es este «él»? —dijo Kröger, sacándola de sus pensamientos.

—Su novio. No llevaban demasiado tiempo juntos y supongo que pensaba que no la comprendería.

Kröger volvió a coger su libreta y un bolígrafo.

—¿Le importaría escribirme aquí el nombre y la dirección del novio en cuestión?

—No, claro, ningún problema —dijo, y apuntó los datos.

—¿Y qué cree usted... —Kröger inclinó la cabeza hacia un lado que el novio no

habría entendido? ¿Tiene alguna idea de lo que pudo moverla a cometer semejante acto de desesperación?

—No, no soy capaz de imaginarlo. De acuerdo, Nathalie tenía problemas psicológicos, pero no eran como para querer quitarse la vida.

Algo en la mirada de Kröger la hizo pensar que no la creía.

—Entonces... ¿a qué viene ese «me hará volver allí»? A mí me parece evidente: ¡de vuelta a la Clínica del Bosque!

Carla dejó escapar un largo suspiro.

—Eso parece, sí. Pero, como ya le he dicho, estaba mucho mejor. Y en su caso jamás se habló de tendencias suicidas. Ni siquiera antes de su paso por la clínica psiquiátrica.

Kröger se recostó en su butaca y entrelazó las manos sobre su prominente barriga.

—Mire, señorita Weller. Comprendo que el suicidio de un amigo es algo terrible de aceptar, pero no sé cómo ayudarla. Yo lo veo así: por algún motivo en concreto, o por una acumulación de motivos, la señorita Köppler había dejado de estar en plena posesión de sus facultades mentales. El texto de este mensaje y el hecho de que su amiga hubiese estado en tratamiento psiquiátrico poco antes confirman mi teoría. Me temo que no puedo ayudarla más. Lo que sí puedo asegurarle, es que su amiga no sufrió mucho tiempo. Murió antes de que llegara la ambulancia. Nos lo ha confirmado el doctor Forstner, que casualmente se hallaba en el lugar de los hechos.

Carla abrió mucho los ojos.

—¿Forstner? ¿Sabe si su nombre es Jan?

Kröger echó un vistazo al informe y asintió.

—Sí, así se llama. Yo también me quedé impresionado al leerlo. Fue horrible lo que le sucedió a su familia... Por entonces yo acababa de entrar en el cuerpo de policía, y la historia me sobrecogió. —Hizo un gesto con el brazo, como si quisiera apartar una mosca, y añadió—: Parece que el chico también estudió psiquiatría y ahora ha vuelto a Fahlenberg. ¿Lo conoce?

Carla se levantó sin responder a la pregunta jefe de policía. Se despidió y salió de la comisaría. Una vez fuera se quedó unos minutos quieta, con el cuello del abrigo levantado para protegerse del frío, pensando.

Ya había oscurecido cuando Jan llegó a casa de Hubert Amstner. Aparcó junto al paso a nivel y apagó el motor de su coche. Una ráfaga de viento helado le alborotó el pelo mientras avanzaba, no sin dificultad, por el pedregoso camino que conducía a la cabaña.

No había vuelto a aquel barrio desde que era niño, y por entonces allí no vivía nadie. Se sentía como si hubiese viajado al pasado. Como si estuviese en un tiempo en el que aún existían los guardavías, hombres que vivían con sus familias en humildes casuchas junto a las bifurcaciones, las agujas de cambio de vías y los puestos de bloqueo para llevar a cabo un trabajo del que hoy en día se encargan los ordenadores.

El cuerpo central de la casa tenía apenas el tamaño de una habitación, y a ambos lados podían verse dos ampliaciones más, no mucho más grandes. En la de la derecha, lo recordaba perfectamente, se hallaba el equipo de agujas para el cambio de vías. Ahora la ventana estaba tapiada con maderas, y el viejo revoque de la pared parecía sostenerse en pie sólo gracias a la hiedra que cubría toda la casa.

Algo más allá se encontraba un maltrecho cobertizo de madera que ya en su época de estudiante parecía a punto de derrumbarse y que daba la impresión de estar agotando sus últimas fuerzas al sostener el peso de la nieve sobre el tejado.

El aire estaba impregnado de un intenso olor a quemado. Por lo que parecía, el viejo Hubert Amstner quemaba cuanto cabía en su horno, fuera o no fuera legal. La cabaña estaba a oscuras, pero en el patio de atrás, el que daba al cobertizo, se veía una luz. Jan abrió la puerta del jardín, que crujió bajo sus manos, y recorrió el camino hasta el patio en pocas zancadas.

Antes de llegar al cobertizo oyó un grito agudo que le heló la sangre. Se detuvo a escuchar, preguntándose si se habría equivocado, pero no: enseguida volvió a oír otro grito, al que siguió un largo gemido. Parecía la voz de un niño aterrorizado de miedo. Jan notó que el vello de los brazos se le ponía de punta. ¿Qué demonios estaba pasando ahí?

Estaba intentando decidir lo que debía hacer cuando oyó un golpe contra una madera, y la angustiada voz de niño enmudeció de golpe. Jan se hizo con el primer objeto que encontró a su paso, una oxidada pala quitanieves que estaba apoyada junto al cubo de la basura, y avanzó los pocos pasos que le quedaban hasta el cobertizo.

Tardó un rato en comprender lo que había pasado. Hubert Amstner estaba junto a un tajo, uno de esos gruesos troncos de madera que se utilizan para picar carne, y tenía las dos manos ocupadas: en una sostenía una pesada maza de madera, en la otra, un cuerpo inerte.

¡El de un conejo!

Jan recordó que en una ocasión su padre le habló de los conejos, y le dijo que cuando sentían dolor o miedo ante la muerte gritaban de tal modo que parecían niños. Por aquel entonces pensó que aquello era un cuento de viejas y no le hizo demasiado caso, pero ahora acababa de comprobar que era la pura verdad.

Amstner tiró su maza y miró a Jan de arriba abajo.

—¿Vienes a quitar nieve?

Jan se dio cuenta de que llevaba la pala en la mano. La apoyó en el marco de la puerta y dijo:

—Me gustaría hablar con usted.

—Eres el joven Forstner, ¿no?

Jan asintió con la cabeza.

—Ya suponía que te dejarías caer por aquí —dijo Amstner, cogiendo un martillo.

A la luz del cobertizo, delgado como estaba y con aquel pelo hirsuto y enmarañado, parecía un fantasma. Y su sombra distorsionada se alargaba hasta la entrada del cobertizo como si quisiera acentuar esa impresión. Jan miró el martillo en la mano de Amstner y por unos segundos se preguntó si no sería mejor volver a coger la pala, pero entonces el hombre se dio la vuelta, dejó el conejo sobre la nieve y metió la mano en el bolsillo del pantalón, buscando algo. Sacó unos clavos, volvió a coger al conejo y lo clavó por las patas traseras a la puerta del cobertizo.

Después se dio la vuelta y miró a Jan.

—No puedo dejarlo así mucho tiempo. La piel sale mejor cuando el cuerpo está caliente, así que ¿qué quieres?

—Ha dicho que imaginaba que yo vendría. ¿Por qué?

Amstner sacó una navaja de su chaqueta, la abrió e hizo un corte en forma de Y en la espalda del animal. El cuerpo inerte humeaba bajo el frío invernal.

—Querrás hablar sobre tu hermano, ¿no?

Jan se quedó de piedra. No sólo le sorprendía encontrarse con un Amstner más o menos sobrio, sino que era él mismo quien abordaba el tema.

—Bueno, me gustaría conocer su versión de la historia. Hasta ahora sólo he oído rumores.

Amstner dejó escapar una sonrisa amarga mientras empezaba a ocuparse del conejo, cortó las patas de los cuartos traseros, le dio la vuelta y arrancó el pelo de la barriga hasta el cuello. Aunque las manos del alcohólico temblaban ligeramente, sus movimientos eran firmes y rutinarios.

—¿Rumores? Querrás decir lo que ciertas víboras inventaron sobre mí.

—Pero retiraron los cargos y refutaron las sospechas.

Amstner miró a Jan y le dedicó una sonrisa vacía. Con aquel gesto, sus mejillas hundidas se cubrieron de arrugas y Jan no pudo evitar pensar en una persona microcefálica con la piel de alguien normal.

—Los policías, sí. Pero los honrados ciudadanos de Fahlenberg siguieron inventándose todo tipo de historias sobre mí. Te diré algo, joven, no importa lo que hayas oído sobre mí y sobre mi relación con tu hermano: te juro por Dios que no es más que basura. Una basura que no dudaron en tirarme encima porque ya llevaban tiempo atribuyéndome barbaridades falsas. Esos provincianos mojigatos necesitaban una cabeza de turco para seguir con la mediocridad de sus vidas. Necesitaban a alguien que pagara los platos rotos para que ellos pudieran seguir en su mundo perfecto e inmaculado. No podían, ni pueden, admitir que a veces suceden cosas para las que no hay explicación. De modo que, si se da con un culpable, todo vuelve a estar en orden, cada cosa ocupa su sitio y la gente puede seguir haciendo lo que hacía antes.

Amstner volvió a concentrarse en el conejo y utilizó un cuchillo en forma de gancho para quitar la piel de las patas. Un reguero de sangre mojaba el suelo del cobertizo.

—Escuche —dijo Jan—, no he venido aquí para recordarle viejos reproches...

—¿Por qué estás aquí, entonces? —le interrumpió Amstner, y le miró. Entonces sus ojos brillaron y añadió—: Ah, ya veo. Quieres conocer la verdad, ¿no?

Jan hizo un gesto de desconcierto. El verdadero motivo de su visita era muy difícil de explicar con palabras. De hecho, desde que se le ocurrió la idea de pasar por la cabaña de Amstner al salir de la clínica, había intentado dar con una respuesta para aquella inevitable pregunta, pero fue en vano: nada de lo que argumentaba le resultaba convincente.

—No sé decirle por qué estoy aquí. No es que no quiera hacerlo, es que ni yo mismo estoy seguro. Podría decirse que estoy intentando encontrar la paz en Fahlenberg, ya sea descubriendo la verdad, ya aceptando que nunca lo haré.

Amstner asintió y Jan leyó en su mirada que lo entendía perfectamente.

—Si quieres oír la verdad, aquí la tienes. Esta es la jodida verdad, la que nadie quiere oír. No sé quién secuestró a tu hermano y no tengo ni idea de lo que pudo hacer con él. Dijeron que fui yo. Me trataron como a un cerdo sin escrúpulos obsesionado con los niños pequeños. ¡A mí! ¿Puedes tratar de imaginarte, aunque sólo sea por un segundo, el daño que hace oír algo así? —Escupió a la nieve ensangrentada—. Te pasas la vida comportándote con honestidad y decencia, siendo un buen cristiano, y de pronto sale alguien de la nada y te señala con el dedo. Y todos se apuntan a creer que eres un perverso al que habría que castrar para hacerle pagar por sus pecados. Y el buen Dios, ese jodido desagradecido, lo mira todo en silencio y sin mover un dedo por ti. ¡Pues por mí ya puede irse a tomar por culo!

Amstner cogió la piel del animal y tiró de ella hacia abajo con un movimiento brusco. Con un sonido que a Jan le recordó al de una cinta adhesiva al despegarse, el

pellejo de los flancos cedió y la piel del conejo resbaló de su cuerpo como un abrigo.

—¿Qué sucedió en realidad? —quiso saber Jan—. Me refiero a la historia con Christian. ¿Por qué dijeron que había hecho aquella barbaridad?

—Ajá, así que también te han contado eso —dijo Amstner.

Sacó una tenaza de su chaqueta, alzó sus manos ensangrentadas para descolgar al animal del clavo del que aún pendía, y lo dejó sobre el tajo. Después se secó el moquillo con la manga de la chaqueta, sacó una petaca de uno de los bolsillos y le dio un trago largo e intenso.

—Supongo que ya lo habrás olvidado, pero yo os quería mucho —dijo Amstner—. A ti y al pequeño Sven. ¿Te acuerdas de la locomotora que había en el escaparate de la juguetería?

Jan no tuvo que pensárselo mucho. Por supuesto que la recordaba: era diésel y amarilla, como el coche de su padre. Él y Sven se pasaron meses enteros suplicándole que se la comprara.

—Sí, claro. Era una märklin. La queríamos a toda costa.

—¿Sabías que antes de Navidad estuvo en promoción por un precio muy especial?

Jan asintió con la cabeza.

—Sí, recuerdo perfectamente que... —empezó a decir, pero se interrumpió al comprender adónde quería ir a parar Amstner.

—Pensé que si esa locomotora tenía que empezar a dar vueltas en algún salón el día de Navidad, lo mejor sería que fuese en el vuestro. Tendríais que haberos visto las caras. —Amstner esbozó una sonrisa fugaz, antes de continuar, esta vez en tono serio—: Lo que pretendo decirte con esto es, precisamente, que os quería mucho. Como también quise mucho a Christian. Él también era un buen chico. Un poco demasiado frágil para esta mierda de mundo, pero un chico excelente. Y un día me encontré con él en el estanque.

»Aquel día hacía un calor infernal, y en mi taller hasta el propio diablo habría muerto achicharrado, de modo que decidí tomarme una horita libre y salir a nadar un rato. Al llegar al estanque vi a Christian, nadando. Le pregunté por qué no estaba a esa hora en la escuela y entonces me di cuenta de que había estado llorando. Christian era un niño muy sensible, y su vida no era precisamente lo que se dice un remanso de paz y armonía, no sé si me entiendes.

Claro que lo entendía.

—¿Tenía problemas?

—Y muchos. Los peores que podía tener un niño de su edad, al menos antes de enfrentarse a los asuntos del corazón: se sentía marginado en el colegio. Su madre no tenía tiempo para él porque se pasaba el día trabajando. Tuvo a Christian siendo muy joven. ¡Era casi una niña cuando él nació! Y el cabrón de su padre desapareció del mapa en cuanto se enteró de que la pobre estaba embarazada. Además, en el colegio nadie lo tomaba en serio y no tenía amigos.

—Pero le encontró a usted.

Amstner arrugó la nariz.

—Yo no cuento. Lo que él necesitaba era amigos de su edad. Era un niño muy delgado, por no decir que estaba en los huesos. No le gustaba el fútbol, evitaba las peleas y prefería refugiarse en los libros de aventuras, o ayudarme a preparar conejos. Con las chicas sí se llevaba bien..., platónicamente hablando, se entiende, pero eso sólo hacía que los demás niños se rieran aún más de él. Lo ridiculizaban, le robaban la bici y le tiraban el bocadillo al retrete del colegio. No me hablaba mucho de todo aquello, pero no me sorprendería que en alguna ocasión le hubiesen tirado algo más que el bocadillo.

Amstner volvió a coger la petaca, la miró y la apartó sin haberle dado un trago.

—En fin, resumiendo: que el colegio le parecía un infierno y no quería volver, aunque sólo quedasen unos días para las vacaciones. Estaba claro que hablaba en serio, así que le propuse un trato: le dije que si se vestía, volvía al colegio y pasaba allí el resto del día, aquella tarde iría a su casa y hablaría con su madre para convencerla de que le dejara ausentarse la última semana. La pobre mujer iba de cráneo con sus diversos trabajos de limpieza y quizá le iría bien una ayuda del chico, pensé. También habría ido a hablar con los profesores de Christian, si hubiese sido necesario. Así, de hombre a hombre. Al fin y al cabo, estábamos en 1984 y Fahlenberg no era lo que se dice un modelo ejemplar del desarrollo social...

—¿Aceptó su trato?

—¿Christian? Oh, sí, lo hizo. Se alegró tanto como tu hermano y tú con la locomotora. Pero todo salió mal.

—¿Qué pasó?

Amstner volvió a escupir sobre la nieve, a sus pies.

—Fue una tontería, una casualidad tan ridícula y absurda que podría haber sido hasta divertida si no fuera porque al final se convirtió en algo horrible. Ya nadie puede reírse de lo que pasó, a excepción del propio diablo en el infierno, claro está. —Volvió a coger la petaca, y esta vez sí que la abrió con manos temblorosas—. El caso es que Christian empezó a vestirse, y entonces se le encalló la maldita cremallera. —Amstner dio un trago y se quedó mirando sus desgastados zapatos—. La cremallera se encalló —dijo, con voz queda—. Aquella jodida cosa no se movía ni para arriba ni para abajo, y, evidentemente, Christian no quería ir al colegio con la bragueta abierta. De modo que intenté ayudarlo a cerrarla. —Se quedó en silencio unos segundos y después añadió—: El peor error de mi vida.

—Karl Lehmann estaba mirando.

Amstner esbozó una amarga sonrisa.

—Ni más ni menos que ese cotilla. Me odiaba desde el instituto porque una vez le robé la novia, y debió pensar que aquella era su oportunidad de vengarse... —Amstner se detuvo, frunció el ceño y movió la cabeza hacia los lados—. No, no es cierto. No creo que quisiera hundirme sin más. Supongo que en aquel preciso instante

debió de parecer realmente que yo... —Hizo un gesto con la mano, como si quisiera apartar de sí aquella idea—. Bah, el caso es que la bola empezó a hacerse grande. Los rumores son implacables. Montan sus nidos en las cabezas de la gente y se instalan allí hasta hacerles creer que son ciertos. Nadie me creyó. Nadie. Con el paso del tiempo, hasta mi Rosa empezó a dudar, y yo la odié por ello.

Amstner cogió el hacha que estaba apoyada en el tajo, la levantó y la dejó caer con fuerza para cortarle el cuello al conejo. Después cogió el cuerpo, lo metió en un descolorido barreño de plástico y lo cubrió con su propia piel.

—¿Por qué no se marchó de la ciudad? Podría haberlo vendido todo y empezar una nueva vida...

Con gesto abatido, Amstner se volvió hacia Jan.

—De haber sido todo tan sencillo me habría largado sin dudarlo un segundo, te lo aseguro. Pero supongo que comprenderás que, en ese caso, habría contribuido a alimentar los rumores. La mala fama es muy persistente y en cuanto te pone el ojo encima ya no te suelta... Es imposible librarte de ella.

Se acercó a Jan y este volvió a notar el olor a moho que emanaba del viejo. En aquel momento no pudo evitar pensar en las historias de terror que había leído en su juventud. Así debían de oler los seres que no pertenecían a ningún mundo: los vivos los repudiaban y para los muertos estaban demasiado vivos, de modo que se veían condenados a vagar sin descanso por tierra de nadie, ajenos a todo y a todos.

Con su dedo raquítrico y cubierto de sangre, Amstner dio unos golpecitos en el pecho de Jan, quien tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse atrás.

—El mundo es pequeño, amigo mío. Jodidamente pequeño. Siempre encuentras a alguien que conoce a alguien que ha oído hablar de ti. Y si lo que le ha llegado es la versión mala..., ya la has cagado. La vida es así, créeme.

Y tras decir aquello, Hubert Amstner cogió el barreño en el que estaba el conejo y entró en la casa sin darse la vuelta.

Jan lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras la desvencijada puerta, y entonces se dirigió hacia su coche. Estaba a punto de cruzar la puerta del jardín cuando le oyó gritar:

—¡Eh, Forstner! —El hombre se había asomado por la ventana de la parte delantera de la cabaña—. Aquella noche, quiero decir la noche en la que desapareció tu hermano, vi algo.

Jan sintió que un escalofrío le recorría la espalda y estaba seguro de que no era por el frío.

—¿Qué vio? —gritó a su vez, volviendo sobre sus pasos.

—Un coche. —Amstner señaló hacia atrás con su mano derecha—. Por ahí, por la ventana de la cocina. Rosa también lo vio. Iba a toda pastilla por la carretera del bosque. Se lo dije a la policía, pero no encontraron las marcas del vehículo porque aquella noche nevó una barbaridad.

—¿Recuerda qué coche era?

Amstner movió la cabeza hacia los lados.

—No. Fue todo demasiado rápido, la noche era demasiado oscura y el manto de nieve demasiado denso. Y, bueno, supongo que yo estaba demasiado borracho. Pero estaba claro que aquel coche iba a una velocidad extraordinaria, y más con aquel tiempo de perros.

Acompañado por las campanadas de la iglesia de San Cristóbal, Jan salió del coche y entró en casa de Marenburg. No eran más que las ocho y media, pero tenía la sensación de que era ya medianoche. Un viento helado barría las calles de Fahlenberg y arrastraba consigo pequeños cristales de hielo. Había nevado todo el día y en las calles se habían formado pequeñas montañas de nieve. En el caso de Marenburg, junto al camino de entrada y a un lado de la puerta. Había trabajado con diligencia.

Estaba a punto de meter la llave en la cerradura con sus entumecidos dedos cuando la puerta se abrió por dentro.

—¡Ah, aquí estás! —dijo Marenburg, haciéndolo pasar y cerrando de nuevo a sus espaldas—. Estaba preocupado.

La casa tenía una temperatura magnífica, calentita y agradable. Además de la calefacción, Marenburg había encendido la estufa de la cocina, y Jan notó que la cara le empezaba a arder. En el cobertizo de Amstner, que estaba helado y en que había mucha corriente, había pasado muchísimo frío. ¡Y eso que llevaba su chaqueta más abrigada!

Se sentó en el banco que había junto a la estufa y preguntó a su anfitrión:

—¿Me esperabas?

Marenburg se sentó en una butaca y asintió.

—En el hospital me dijeron que te habías ido hacia las seis.

—¿Has llamado al hospital?

Su tono de voz no pudo disimular una nota de disgusto. El bueno de Rudi estaba exagerando un poco, ¿no?

Marenburg hizo un gesto de rechazo con las manos.

—No te lo tomes a mal. Es que hay alguien que lleva más de una hora intentando localizarte por teléfono, y por el tono de voz parece importante.

—¿Cómo? ¿Alguien ha llamado aquí preguntando por mí?

—Tres veces.

Jan frunció el ceño. ¿Quién iba a querer localizarlo? El único nombre que le vino a la cabeza fue el de Martina, pero sabía que eso era imposible: para empezar no sabía que él estaba allí, pero es que no lo habría llamado aunque lo hubiese sabido.

—¿Quién?

—Ni idea. Un hombre. Le he preguntado quién era y si quería dejarte un mensaje,

pero se ha limitado a decir que volvería a llamar más tarde. Y como no dabas señales de vida, he llamado al hospital. Y cuando uno de los enfermeros me ha dicho que habías salido hacía rato he pensado que, como las calles están heladas, habías decidido volcar tu viejo trasto de cuatro ruedas en alguna cuneta.

—Gracias por preocuparte, Rudi, y perdona si...

—Venga, aquí no hay nada que perdonar —dijo Marenburg, sonriendo comprensivamente.

—He ido a casa de Hubert Amstner —dijo Jan, como para justificarse.

—¿A casa de Hubbi?

Marenburg estaba manifiestamente sorprendido.

—Sí. Quería hablar de Sven con él.

—¿Y? ¿Te ha hablado?

Jan asintió con la cabeza.

—Amstner vio algo aquella noche. Un coche que se dirigía hacia el bosque a toda velocidad. Supongo que era mi padre antes del accidente. La hora y el lugar coinciden. Y eso me mata, Rudi. Es uno de aquellos fantasmas de los que me hablaste el otro día. Creo que daría todo lo que tengo por saber adónde iba mi padre aquella maldita noche.

Rudolf Marenburg dejó escapar un suspiro y se rascó la cabeza.

—Sí, yo también me lo he preguntado infinidad de veces. ¿Por qué se dirigía hacia el bosque en plena noche y con esa tormenta de nieve?

—Sólo podía ser por algo relacionado con Sven —dijo Jan—. De lo contrario jamás habría salido de casa. Se habría quedado con mamá y habría esperado a que le llamaran los de los servicios de rescate.

—Estoy de acuerdo —convino Marenburg—. De ahí que empezara a hablarse de secuestro, ¿no? Primero la llamada y después la precipitada salida de Bernhard...

—¿Sabes, Rudi? Nunca he creído demasiado en la teoría del secuestro. ¿A quién se le iba a ocurrir secuestrar a Sven, y, sobre todo, por qué? No éramos ricos. No nos iba mal, pero papá era el único que trabajaba en la familia, teníamos una hipoteca, y el abuelo no le dejó precisamente una fortuna. Cualquier secuestrador con dos dedos de frente habría investigado antes la solvencia económica de su víctima potencial, y en nuestro caso se habría dado cuenta de que la extorsión no conducía a nada. Además, aunque realmente se hubiese tratado de un secuestro y papá hubiese salido a liberar a Sven, tendría que haber llevado consigo el dinero del rescate, ¿no? Pero era de noche y los bancos estaban cerrados, así que habría tenido que esperar al día siguiente. Y, para acabar, está lo de... la prenda que encontraron y que pertenecía a Sven...

Jan no consiguió pronunciar la palabra. En lugar de eso se quedó mirando los dibujos de la alfombra que tenía bajo sus pies.

Marenburg se mordisqueó los labios, pensativo.

—No tengo ni la más remota idea de lo que fue a hacer tu padre, Jan. La carretera

del bosque llega hasta Kössingen, pero no creo que tu padre tuviera pensado ir a aquel pueblucho de mala muerte. ¿Para qué iba a querer hacerlo? En Kössingen hasta el papa podría aprender lo que significa ser un católico devoto y practicante. Allí nadie secuestraría a un niño. —Movi6 la cabeza hacia los lados, como para reafirmarse—. Por lo dem6s, a medio camino est6 el aparcamiento del bosque, y all6 no encontraron nada. La polic6a pein6 concienzudamente la zona. Algo m6s all6, m6s en el interior del bosque, hay alguna que otra cabaña que usan los cazadores y los guardas forestales, pero tampoco hallaron nada en ellas. En invierno apenas las utiliza nadie. Piensa que yo estuve all6 cuando recorrieron la zona...

»Algunos de nosotros pensamos que el secuestrador hab6a citado a tu padre en el aparcamiento y que este falleci6 tr6gicamente mientras se dirig6a all6. Parec6a lo m6s probable. Pero con la nieve que cay6 fue imposible encontrar huellas significativas.

»Claro que, en realidad, aunque no hubiese nevado tampoco habr6amos podido deshacer el entuerto: el aparcamiento del bosque es uno de los lugares preferidos por las parejas j6venes. Las malas lenguas dicen que la mitad de los habitantes de Fahlenberg han sido concebidos all6. Si durante el d6a paseas por la zona del bosque m6s cercana al aparcamiento, encuentras m6s condones que setas, te lo aseguro. Y ni el invierno m6s fr6o logra contener ciertas pasiones.

»Por otra parte, debo admitir que tus argumentos resultan de lo m6s l6gico: yo tampoco creo en el secuestro. Y por lo que a tu padre respecta..., bueno, no sabemos ad6nde iba ni lo que pretend6a hacer, pero fuera lo que fuera se llev6 el secreto consigo a la tumba.

—Supongo que tienes raz6n —admiti6 Jan.

Una vez m6s, se sent6a como si deambulara por un laberinto sin salida.

Justo en aquel momento son6 el tel6fono y Marenburg se seal6 el aparato con la cabeza.

—Seguro que es para ti.

Jan se levant6, fue hasta el pasillo y descolg6. Al otro lado de la l6nea oy6 una tos conocida, seguida de un «¡Hombre, por fin!».

A trav6s del tel6fono la voz de Hieronymus Liebwerk sonaba como un molinillo de caf6 que llevara mucho tiempo sin funcionar.

—¡Ya pensaba que no te encontrar6a!

—¿Señor Liebwerk? —pregunt6 Jan—. Vaya, qu6 sorpresa. ¿Qu6 es tan urgente?

—Tengo que hablar con usted. Pero no por tel6fono. ¿Podemos quedar hoy mismo?

—¿En la cl6nica?

—¡Por el amor de Dios, no! —reson6 en el aparato, junto con una tos que parec6a un ladrido—. ¿Conoce el Spinnrad? Es un bar que hay en el centro.

Jan hizo una mueca de disgusto. Estaba cansado y le apetec6a darse un baño caliente.

—Señor Liebwerk, ¿a qu6 viene tanto secretismo? ¿Por qu6 no me dice lo que

sucede, sin más?

De nuevo la tos, y entonces:

—Se trata de aquello que me pidió. Creo que he encontrado algo, de modo que... ¿qué me dice? ¿Se apunta?

¿Habría encontrado al fin el informe sobre Alexandra Marenburg? Pero entonces, ¿por qué no se lo decía, sin más?

—¿Doctor? —graznó la voz de molinillo del archivero—. Oiga, doctor, ¿sigue ahí?

—Está bien, ahora mismo voy.

Y Liebwerk colgó, sin más.

Jan miró el teléfono, consternado. ¿Qué habría pasado?

—¿Todo en orden? —Marenburg lo miraba desde el pasillo con expresión preocupada—. ¿Va todo bien?

—No sé qué decirte, Rudi. ¿Te apetece una cerveza? Creo que van a decirme algo que puede interesarte.

Era una sensación inquietante. Al cerrar la puerta tras de sí sentía un desasosiego y una pena infinitos. Era como si estuviese haciendo algo prohibido. Y cuando el cierre chasqueó en el interior de la puerta, Carla sintió un escalofrío.

Con el corazón latiéndole en el pecho, se recostó contra la puerta y respiró hondo. No había el menor motivo para sentirse así. No era una ladrona. Aquella era la casa de su mejor amiga y Nathalie le dio una copia de la llave el primer día. Le cogió las manos y se la puso en ellas. «Por si un día necesito que alguien me venga a regar las plantas o algo así», le había dicho. Estaban sentadas sobre sendas cajas de mudanza y después habían brindado por el cambio de domicilio con una botella de vino espumoso de la gasolinera.

De modo que... ¿por qué se comportaba como si fuera una extraña? Podía entrar y salir de allí cuando quisiera, la propia Nathalie se lo había dicho.

«Porque es el piso de una muerta», le dijo su voz interior, aquella a la que le gustaba llamar a las cosas por su nombre, y sonó con tanta contundencia que Carla sintió un escalofrío y se le puso la piel de gallina.

Sí, aquel era el piso de una muerta. Su amiga ya no volvería a darle a nadie una llave de las que guardaba en el cuenco de arcilla sobre la mesita de noche; no volvería a leer ninguna de las notitas que había colgadas en un corcho junto al espejo del pasillo, y desde luego tampoco volvería a escribir o enganchar alguna nueva en él.

Cuando interiorizó aquello, Carla se dio cuenta de por qué se sentía como una ladrona: Nathalie había tocado todas y cada una de las cosas que había en aquel piso, y al irse para siempre las había dejado en su lugar definitivo. Todo aquel que tocara, recolocara o desordenara algo estaría aniquilando una pequeña evidencia de la existencia de su amiga.

Carla hizo de tripas corazón y continuó avanzando. «Nathalie estaría de acuerdo —se dijo—. Me quería como a una hermana y habría querido que buscara».

—Necesito entender lo que pasó —susurró a una de las fotos que estaban colgadas en el corcho.

Era de Nathalie y ella misma en una fiesta de Halloween. Las dos se habían disfrazado de Morticia Addams: se habían pintado la cara de blanco y perfilado la raya de los ojos con un lápiz muy grueso, y llevaban los correspondientes trajes largos de color negro con mangas muy anchas. Carla se había comprado una peluca

negra, mientras que Nathalie sólo tuvo que peinar su larga melena con la raya en medio y ponerse un poco de gomina para que brillara.

Carla sonrió con tristeza. Aquella fue una noche magnífica que estuvieron preparando durante semanas y en la que acabaron pasándolo fenomenal. Recordó el día que encontraron la peluca negra en un mercadillo: en cuanto la vieron, las dos tuvieron la idea de disfrazarse de Morticia Addams, y cuando se dieron cuenta de la coincidencia les entró un ataque de risa.

Cogió la foto del corcho y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Entonces fue al salón. Era pequeño y agradable: una perfecta muestra de lo ordenada que había sido siempre su inquilina. Carla siempre se había sentido bien en aquel piso, aunque no compartía con Nathalie el gusto por lo *kitsch*. Era lo que más las diferenciaba. Lo único, quizá.

Porque el piso de Nathalie era como la habitación de una niña de doce años. En el respaldo del sofá había varios muñecos de peluche, en la vitrina, infinidad de bailarinas de plástico y porcelana inmovilizadas para siempre en gráciles piruetas, y en la estantería se agolpaban novelas de amor y DVD de Walt Disney. La película favorita de Nathalie era, con diferencia, *La cenicienta*.

Carla recorrió la sala con la mirada. Todo estaba limpio y ordenado, como siempre. Nada llevaba a pensar que su amiga pudiera estar desesperada. Tanto como para lanzarse a los brazos de la muerte desde un puente peatonal.

En realidad, parecía que en cualquier momento fuera a oírse el ruido de la llave en la cerradura y verse abrir la puerta dando paso a una Nathalie cargada con bolsas del supermercado o con algo de comida rápida del puesto de la esquina. Se sentaría en el sofá, dejaría la comida sobre la mesita auxiliar de cristal y vería *La cenicienta* por enésima vez, o bien *Tod y Toby* o el último capítulo de algún culebrón.

O dejaría las bolsas en la cocina y saldría de nuevo para tomarse un cortado con su mejor amiga en la heladería de Pedro. Entonces la acribillaría a preguntas sobre su estancia y su entrevista en Nueva Zelanda, y ella le hablaría del biólogo marino de ojos azules e hipnóticos que se marchó de Fahlenberg para investigar las criaturas del fondo del mar justo al otro lado del planeta.

Y todo sería como siempre.

«No. Ya nada será como siempre». Carla se mordió el labio inferior para contener las lágrimas. No podía creerlo. ¡No quería creerlo! No pudo evitar pensar en lo que decía el *mail*: «¡No me lo había inventado! ¡El demonio de mi cabeza es real!».

Fue a la cocina. Era muy pequeña, pero siempre se las habían arreglado para cocinar las dos juntas. Por lo general, platos de verdura o pasta con pesto casero y ensaladas.

Junto a la cafetera, Carla descubrió algo que la dejó perpleja: vio la taza preferida de Nathalie —una en la que ponía «CAFÉ. ¿QUÉ, SI NO?»—, y a su lado una cajita con sobres de tila. Uno de ellos había sido utilizado y reposaba en el interior de la taza, ya reseco.

¿Nathalie tomándose una tila? ¡Pero si no soportaba las infusiones, y menos aún la manzanilla o la tila!

Siguió avanzando hacia el dormitorio. La cama estaba deshecha, como si su amiga acabara de levantarse: la sábana estaba revuelta y el edredón y el enorme elefante de peluche que siempre dormía junto a la almohada estaban en el suelo.

Nathalie jamás habría salido así de casa. No, al menos, la Nathalie que ella conocía. Como mínimo habría estirado la sábana y habría puesto el edredón doblado encima, y no habría permitido que Dumbo, su amante de trapo, como solía llamarlo, la clara muestra de que los peluches son siempre mejores compañeros que los hombres —algo en lo que ambas coincidían sin discusión— pasara el resto del día boca abajo, tirado junto a la cama. Nathalie era demasiado ordenada para dejar las cosas así...

Estaba intentando encontrar una explicación para aquel desaguisado cuando notó un olor muy intenso. Venía del baño. Abrió la puerta y encendió la luz. El olor venía del retrete, y cuando Carla abrió la tapa le golpeó en la cara con fuerza. En las paredes blancas del inodoro se había secado una cantidad ingente de productos de limpieza y detergentes. El olor era tan penetrante que Carla tiró de la cadena automáticamente, sin poder evitarlo.

Volvió al pasillo y respiró hondo. Entonces le llamó la atención la libretita que había junto al teléfono. Estaba abierta por una página llena de garabatos y símbolos extraños. Por una parte era típico de Nathalie, se dijo, y al hacerlo recordó a su amiga dibujando en ella inconscientemente mientras hablaba por teléfono, pero, por otra parte, aquellos garabatos no eran nada propios de ella. Nathalie solía dibujar cuadrículas, flores o estrellas, y no aquellas líneas zigzagueantes y enérgicas, más propias de una persona angustiada o iracunda que de alguien distraído y perdido en sus pensamientos.

Siguiendo una corazonada, Carla cogió el teléfono y apretó la tecla de rellamada. Se oyó el pitido de los números al marcarse, y por fin el sonido de la línea sin comunicar. Tres timbrazos después, saltó un contestador.

—Hola —dijo una voz de hombre—, ha llamado a la consulta del doctor Wolfgang Hesse, de medicina general.

La voz le pidió que dejara su mensaje al oír la señal y que, en caso de tener una urgencia, llamara al número de emergencias médicas que dictaba a continuación.

Carla colgó el teléfono, desconcertada. La tila, el desorden en la habitación, la cantidad de productos de limpieza en el baño y la llamada a un médico de cabecera.

«El demonio de mi cabeza...».

De pronto no pudo soportarlo más. Se sintió como si una mano invisible le apretara el cuello y no le dejara respirar. Tenía que salir de allí.

Apagó todas las luces y salió a la calle. El aire frío de la noche la acogió en sus brazos y Carla respiró hondo, llenándose los pulmones. Después de aquello se sintió algo mejor. El ataque de pánico remitió.

Alzó la mirada hacia la habitación de Nathalie. ¿Qué le habría pasado? ¿Se habría puesto enferma?

Pero la llamada al médico no explicaba en absoluto aquella frase del mensaje que no lograba quitarse de la cabeza: «¡El demonio de mi cabeza es real!».

Había algo que no encajaba.

Cuando la vio salir del piso se echó hacia atrás, con la espalda muy pegada al respaldo del asiento, como si quisiera fundirse en la oscuridad que reinaba tanto fuera como dentro del coche.

Continuaba aferrado al volante y el corazón le latía a toda velocidad. El impacto de ver la luz encendida en el piso de Nathalie Köppler había sido terrible... Al principio pensó que quizá ella se había olvidado de apagar la luz al salir de casa la mañana de su muerte, pero después vio una sombra tras las cortinas y casi le dio un ataque al corazón.

Ahora, al ver salir a la joven que se asomó por la ventana, comprendió que era ella quien había encendido las luces y había estado en el piso de Nathalie.

¡Joder con la chica, le había dado un susto de muerte! Y eso que él sólo había ido hasta allí para llorar la muerte de Köppler. Al menos hasta que la enterraran, aquel era el único lugar en el que podía sentirse cerca de ella.

Vio a la desconocida meterse en su mini y alejarse de allí. No lo había visto, por suerte.

Aun así se apuntó el número de su matrícula. Se informaría sobre ella, por si acaso. Quizá fuera inofensiva, pero también era posible que fuera de la policía o que tuviera algún motivo oculto para registrar el piso de Nathalie y acceder a sus secretos. En cualquier caso, no podía permitirse el lujo de correr ningún riesgo.

¡Oh, Dios! ¿Qué había hecho? Aquello no tendría que haber pasado. ¡Es que no pudo controlarse! El encuentro con Nathalie le había parecido una señal. Había deseado tanto encontrar a su lado la paz que necesitaba..., librarse de su obsesión... Pero, en cambio, todo había ido a peor.

Desde dondequiera que estuviese, Carmen se había vengado de él. Se le había presentado con la apariencia de Nathalie, lo había confundido brutalmente y lo había vuelto a destrozar, llevándolo de nuevo a la perdición. Por mucho que le costara admitirlo, era la pura verdad.

«La culpa es como una enfermedad —pensó—. Pudre todas las fibras del cuerpo, como una úlcera mortal. Y contra ella no hay terapia que valga».

Hay hechos imperdonables que no tienen vuelta a atrás. Eso lo había entendido, al fin. No iba a ser perdonado por lo que había hecho, de igual modo que ni él mismo pudo perdonarse por lo que hizo en aquella otra ocasión.

Las heridas que Carmen dejó en su interior nunca se curarían. Al contrario: volverían a irritarse una y otra vez, provocándole una desazón insufrible, y cada vez que se tocara las abriría de nuevo y sufriría aún más dolor.

Carmen. No podía dejar de pensar en ella. Su imagen se había quedado grabada a fuego en su memoria. Jamás la olvidaría plantada ante él aquella noche, mirándolo con sus insondables ojos azules. Le parecía que aún podía olerla, oír su voz... y sentir la punzada de dolor que le provocaron sus palabras. Como si le hubiese clavado en el alma una lanza de acero incandescente.

Tragó saliva y apretó el volante con los dedos. Nunca se libraría de ella. Carmen no lo dejaría en paz. La única opción que tenía era proteger su secreto a toda costa, guardar las apariencias y no perder el control en ninguna circunstancia.

«¡No podía tener otro desliz!».

Miró hacia la ventana del piso de Nathalie y sintió un arrepentimiento y una compasión infinitos.

—Yo no quería... —susurró, y vio que su aliento se convertía en una mancha blanquecina sobre el cristal.

Entonces miró hacia el lugar en el que minutos antes había estado aparcado el mini de la joven desconocida.

Ahora todo dependía de él. Tenía que recuperar el control. A toda costa.

El Spinnrad se encontraba en una callecita lateral que daba a la plaza del mercado de Fahlenberg. Era el típico bar de la esquina; ese al que Jan jamás habría entrado por propia iniciativa. Para empezar, el rótulo de la entrada le habría hecho retroceder: ÉSTE ES UN LOCAL DE FUMADORES, decía.

Y dentro estaba lleno hasta los topes, había mucho ruido y olía fatal. En el aire flotaban densas nubes de humo y el olor era una mezcla de cerveza barata, abrillantador de madera y sudor. En los altavoces sonaba música alemana de los sesenta, las paredes estaban llenas de máquinas tragaperras y una enorme televisión de pantalla plana retransmitía a todo volumen un partido de fútbol.

Hieronymus Liebwerk los esperaba sentado a una mesa redonda. Al ver entrar a Jan le hizo una señal con la mano y le indicó que se acercara, que había guardado sitio a su lado.

El archivero parecía sentirse a gusto en aquel ambiente. Estaba sentado en una silla de madera y tenía ante sí medio litro de cerveza negra y un cenicero ya bastante lleno.

—Siempre vengo a este sitio —les dijo, a modo de saludo—. Aquí estaremos bien.

Jan presentó a ambos hombres, y Liebwerk sonrió:

—Marenburg —dijo—, de modo que su interés por este asunto es personal.

—¿Interés personal? —preguntó Marenburg, ajeno aún a toda la historia.

—Antes que nada, el señor Liebwerk debería decirnos qué es tan extraordinario como para no poder comentarlo por teléfono —opinó Jan, haciendo caso omiso de la pregunta de Rudi.

Justo en el momento en que Liebwerk iba a hablar, un tipo fornido se acercó a ellos y les preguntó qué iban a tomar. Marenburg se decidió por una cerveza negra y Jan pidió una Coca-Cola, lo cual le hizo merecedor de una mirada entre compasiva y reprobadora por parte del camarero.

Antes de ir a por su pedido, el hombre les dejó en la mesa una sobada libreta negruzca.

—Tienen que apuntar sus nombres —dijo Liebwerk, encendiéndose un cigarrillo—. Aquí sólo pueden entrar socios.

Jan abrió la libreta y, tras leer con desconcierto los nombres de los supuestos

socios del Club de Fumadores Spinnrad, añadió dos entradas más a la lista. Ahora, al elenco de personalidades alemanas de la talla del futbolista Oliver Kahn, el cantante Dieter Bohlen, el actor Harald Schmidt, o el presentador de televisión Günther Jauch se sumaron también la ministra de sanidad Ulla Schmidt y el presidente de Baviera Horst Seehofer.

—Es lo que hay —dijo el camarero, tras dejarles sus bebidas en la mesa y recoger la libreta—. Yo no he puesto las normas.

Los tres hombres alzaron sus jarras y tomaron un trago, tras lo cual Jan se dirigió de nuevo a Hieronymus Liebwert, quien estaba arrancando el celofán de una nueva cajetilla de tabaco.

—Venga, vamos al grano. ¿Qué ha encontrado que le resulte tan interesante?

Liebwert acercó su silla a la mesa y se inclinó hacia los dos hombres.

—Hay algo extraño en mi archivo, doctor. Algo que no es de fiar. Sin su ayuda no lo habría descubierto.

—¿Mi ayuda?

Liebwert se humedeció los labios y echó un vistazo por toda la sala antes de continuar. En sus encuentros anteriores, Jan había tenido la sensación de que el archivero era un hombre algo cínico y muy seguro de sí mismo, pero ahora le parecía inquieto y nervioso.

—Justo después de que usted se marchara esta mañana, trajeron un documento nuevo al archivo. Un protocolo policial que debía adjuntarse al historial médico de un paciente, ubicado en la pila de ingresos recientes que yo aún no había ordenado.

—¿Y?

Liebwert dio una calada a su cigarrillo, inspiró hondo, y, al retomar su discurso, cada una de sus palabras fue acompañada por una pequeña nube de humo.

—Descubrí algo muy extraño. Mire usted, si quiere gestionar con éxito un archivo, debe poseer básicamente dos habilidades: una buena memoria para los nombres y unos procedimientos estrictos y muy metódicos. Si no desarrolla un sistema fiable a la hora de archivar documentos, su trabajo se ve inevitablemente abocado a la ruina. Yo siempre ordeno los documentos nuevos por orden alfabético antes de meterlos en las cajas, y por lo general no los subo a las estanterías hasta que he reunido unos cuantos. Así no tengo que andar trasteando con la escalera cada dos minutos y ahorro tiempo y esfuerzo. Al fin y al cabo, ya no soy un niño...

—Muy interesante, sin duda —le interrumpió Jan, que a aquellas horas del día estaba agotado—, pero le agradeceríamos mucho que fuera al grano.

—¡Calma, calma, cada cosa a su momento! —dijo Liebwert, apagando su colilla en el cenicero—. Es importante que sepan lo de las cajas y los archivos para comprender por qué me ha parecido que hoy sucedía algo *extraño*. Cuando esta tarde me han pasado el informe de la policía he querido añadirlo a su historia clínica, pero entonces me he dado cuenta de que la caja con los últimos documentos estaba revuelta. ¡No seguía el orden alfabético! El informe que yo buscaba estaba debajo de

todo, cuando en realidad debería haberse hallado hacia la mitad. Estoy absolutamente seguro de haber clasificado el contenido de la caja, así que... ¿quién podría querer desordenarlo? Deben saber que ahí abajo nunca entra nadie que no sea el mensajero, porque todos los médicos del hospital, a excepción de usted, se entiende, envían los informes por correo interno. Y a partir de las cinco el archivo queda cerrado.

Un nuevo ataque de tos le obligó a interrumpirse, rojo como un pimiento. Jan y Marenburg intercambiaron miradas de preocupación, pero al cabo de unos segundos el anciano continuó:

—Total, que el tema me mosqueó y decidí revisar todo el archivo en busca de otras posibles incursiones... La empresa pintaba difícil porque las dos salas son muy grandes, pero resulta que descubrí algo más: ¡la puerta que daba al archivo del sótano estaba cerrada *con una* vuelta de llave, y yo siempre le doy dos!

—¿Y cree que eso significa algo? —preguntó Marenburg, que seguía sin entender muy bien por qué estaban allí.

—¡Por supuesto! —asintió Liebwerk—. Desde un punto de vista puramente jurídico, el seguro sólo cubre un robo si el propietario del inmueble asaltado pone cuanto está en sus manos para protegerse de cualquier incursión. Dicho de otro modo: si se puede dar dos vueltas a la llave, que no sea una. Por otra parte, la cerradura en cuestión es de la edad de piedra y cuesta mucho cerrarla. Un trasto oxidado y viejo. Medidas de ahorro, ya sabe. Pero es que aún hay más. —Liebwerk miró a Jan—. Usted ha visto las montañas de papeles, ¿no? La mayoría tendría que ir a la trituradora, pero eso no me impide guardarlos en un orden minucioso, desde el primero al último. Pues bien, hoy, al mirar más atentamente, he visto que faltaba una de las cajas. Una de la que estoy absolutamente seguro que estaba porque el día anterior también la busqué, y no sólo la busqué, sino que la encontré. A ver si adivina de qué caja se trata, doctor Forstner.

—Supongo que una de 1985, ¿no? ¿La de los apellidos que empiezan por M? —se aventuró a decir Jan—. ¿Aquella en la que faltaba la historia clínica de Alexandra Marenburg?

Liebwerk asintió con la cabeza.

—Exactamente.

—Un momento —dijo Marenburg—. ¿Habéis estado buscando la historia de Alexandra? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Jan miró a Marenburg. Se sentía culpable.

—Bueno..., es que... Cuando vi que en el archivo los informes se quedaban ahí apilados, hasta los más antiguos... Pensé que podría echar un vistazo al de tu hija. Esperaba encontrar algún indicio de que Alexandra estaba..., bueno, de que se había sentido muy confusa aquella noche, sin más. Y le pedí al señor Liebwerk que me buscara el informe. Pero resulta que no estaba. Precisamente ese, no estaba.

Jan volvió a dirigirse a Liebwerk.

—¿Y ahora dice que ha desaparecido toda la caja? La verdad, es extrañísimo. No

tiene sentido. ¿Y dice usted que está seguro?

—Como que me llamo Hieronymus Pankraz Lieberwerk.

—¿Quién más, aparte de usted, tiene acceso al archivo?

Lieberwerk apuró el contenido de su jarra y se encendió otro cigarrillo.

—Pues bastante gente: el sereno, los bomberos, la secretaria del jefe..., ah, y también hay una llave de repuesto en la oficina de Correos, y, por supuesto, *mi* copia de la llave. La dejo siempre en una rendija que queda sobre el marco de la puerta, por si algún día olvido la original. Nunca me ha pasado, pero más vale prevenir...

—¿Está diciendo que alguien podría haberse enterado de dónde estaba la copia y haber entrado sin más en el archivo?

Lieberwerk asintió.

—Exactamente, doctor.

Jan hizo girar su Coca-Cola sobre el posavasos y pasó los pulgares por el cristal, borrando el agua que se había condensado en la parte de fuera.

—Me temo que no acabo de entenderlo. ¿Por qué querría nadie robar una caja con historias clínicas de hace más de veinte años? Y en cualquier caso, aunque así fuera, ¿por qué rebuscar entre las historias nuevas si lo que te interesa es una antigua?

—Doctor —le respondió Lieberwerk, enérgico—, jamás le habría llamado de no haber estado completamente seguro de lo que le digo. Apostaría un brazo a que lo dejé todo ordenado, y como comprenderá me gusta bastante tener dos brazos.

—No pretendía ofenderle —le aseguró Jan—. Es sólo que, aunque creo a pies juntillas todo lo que nos ha dicho, no logro ver la relación entre ambas cajas.

—¿Y si el informe de Alexandra llevara mucho tiempo desaparecido? —dijo Marenburg, con el ceño fruncido—. ¿Y si alguien se ha enterado de que lo estáis buscando y ha decidido hacer desaparecer toda la caja para que nadie pueda demostrar que ese es el único informe que falta?

—Tendría sentido —opinó Lieberwerk.

—Pero ¿por qué tocar también los nuevos? —insistió Jan—. Si la persona que entró en el archivo conociera de verdad su funcionamiento, no se habría detenido a buscar en esa caja..., a no ser que tuviera algún motivo para ello. Señor Lieberwerk, ¿sabe usted por casualidad a quién pertenece el informe que estaba cambiado de sitio?

—Claro que lo sé —dijo el anciano. Y, mirando a Marenburg de soslayo, añadió—: Pero respeto mucho el tema de la protección de datos, no sé si me entiende...

—Por supuesto, por supuesto —asintió Jan—. Pero como yo trabajo en la clínica y mi amigo el señor Marenburg nunca ha estado aquí... ¿No es cierto, Rudi?

—Completamente cierto. No soporto el humo y he preferido quedarme esperando fuera —dijo Marenburg, que empezó a abanicarse con un posavasos.

—De acuerdo —dijo Lieberwerk, dejando escapar el humo por la nariz—. Era la historia clínica de Nathalie Köppler. La que se tiró del puente, ya saben. En el protocolo que se adjuntaba al informe decía que se suicidó.

Jan se sintió como si acabaran de tirarle un montón de cubitos de hielo por la espalda.

—¿Nathalie Köppler era paciente de la clínica?

—Sí. Hasta hace poco. Le dieron el alta hace unas semanas. —Con expresión apesadumbrada, el archivero miró la colilla entre sus dedos—. Una tragedia, tan joven... Ojalá se hubiese quedado un poco más de tiempo ingresada.

Jan se dio la vuelta hacia Marenburg y sus miradas se encontraron. Parecía que ambos estaban pensando lo mismo. Por lo que parecía, Alexandra y esa tal Nathalie no sólo se parecían extraordinariamente, sino que tenían más cosas en común.

—¿Qué me dices, Jan? ¿Aún crees en la casualidad?

Jan estaba peleándose con la cafetera de su despacho cuando llamaron a la puerta y Ralf Steffens asomó la cabeza.

—Doctor Forstner, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto, pasa —dijo Jan, intentando entender algo de lo que decía en las pegatinas laterales de la máquina, que sólo venían escritas en italiano.

La cafetera fue un regalo de despedida de su predecesor, según le dijeron, y seguro que debió de costarle un dineral, pero, por desgracia, ese tal doctor Behrendt no pensó en dejar también las instrucciones junto al aparato.

¡Con lo bien que le habría sentado un café bien cargado esa mañana! Tras su encuentro con el señor Liebwert no había logrado pegar ojo. Se había pasado la noche entera dando vueltas en la cama y enfrentándose a los rostros de Alexandra Marenburg y Nathalie Köppler, que lo miraban fijamente: la primera a través de una capa de hielo, y la segunda con una apariencia tan brutalmente deformada que apenas podía considerarse persona.

La noche iba agotándose y su cabeza no dejaba de formularse la misma pregunta: ¿qué relación había entre la muerte de ambas chicas?

Y ni siquiera ahora, que se suponía que debía estar concentrado en el trabajo, lograba apartar de sí aquella cuestión.

—Perdone que le moleste —dijo Ralf, cerrando la puerta tras de sí—. Es sólo que...

Jan renunció a la idea de poner en marcha la cafetera. Miró a Ralf y sólo entonces se dio cuenta de la mala cara que tenía. Estaba hinchado y tenía ojeras muy marcadas.

—Es por lo de ayer, ya sabe. Muchas gracias.

—Ah, de nada —dijo Jan, sonriendo—. Mientras no te acostumbres..., ¿era tu día libre?

El joven asintió con la cabeza.

—Pero parece que no te encuentras muy bien. ¿Sucede algo?

—No es lo que imagina. Yo no suelo beber —dijo Ralf, a modo de respuesta, mirándose las puntas de los zapatos.

—Es tu vida. No tienes que justificarte. Pero dime, ¿por qué querías verme?

Ralf levantó la vista.

—Quería preguntarle si tendría un rato para charlar conmigo al acabar el trabajo.

Me gustaría contarle algo. Y vendría acompañado de una amiga...

Jan lo miró, sorprendido.

—¿De qué se trata?

—Es..., bueno..., se trata de algo personal.

—¿Necesitas consejo profesional? Puedo dártelo ahora mismo, si quieres.

—No, no. —Ralf hundió las manos en los bolsillos de su bata y apoyó el peso de su cuerpo primero en una pierna y luego en otra—. Se trata de..., es por Nathalie Köppler. Me han dicho que estaba usted con ella cuando murió.

Jan lo miró sin dar crédito.

—¿La conocías?

Ralf apretó los labios y asintió. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Era mi novia.

Jan pensó en la foto del monedero de Ralf, aquella en la que besaba a una joven de la que sólo podía verse una melena morena.

«Y la larga melena oscura de la mujer se ondulaba como las algas marinas de un intenso mar rojo».

Jan intentó disimular el escalofrío que le recorrió la espalda. Era evidente que Ralf llevaba en el oficio el tiempo suficiente para hacerse una idea del aspecto que debía tener su novia tras saltar del puente y chocar con un coche en marcha, pero no quería que su reacción contribuyera a que el pobre chico imaginara aquel horror.

—Me temo que no puedo decirte demasiado, Ralf. Pero quizá te consuele saber que no sufrí mucho rato.

Reprimiendo un sollozo, Ralf levantó la vista y respiró hondo. Después se pasó la manga por la cara para secarse las lágrimas y lo miró con expresión suplicante.

—No se trata de eso. Por favor, no puedo contárselo aquí. ¿Nos vemos esta tarde?

Jan dudó unos segundos, pero al final asintió.

—Vale. ¿Por qué no pasas por mi casa, digamos, a las ocho?

El enfermero aceptó y Jan le anotó la dirección.

Antes de salir de la consulta Ralf Steffens se volvió y dijo:

—Por favor, no hable de esto con nadie de la clínica.

Jan le prometió que no lo haría. Y cuando se quedó solo de nuevo, se dejó caer en su silla giratoria y miró por la ventana.

«¿Dónde me he metido?».

No tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre el tema, porque al cabo de unos minutos llamó a la puerta su primer paciente. La rutina lo distrajo. Los pacientes iban sucediéndose sin descanso, y no tuvo tiempo para pensar de nuevo en Nathalie hasta que uno de los enfermos ambulantes llamó para anular su visita. Entonces decidió volver el archivo.

—¿Qué hace aquí otra vez? No me parece buena idea...

Liebwerk no se alegró lo más mínimo al verlo aparecer. Visiblemente nervioso, quiso dar una calada a su cigarrillo antes de darse cuenta de que no estaba encendido. Jan cogió el cenicero que estaba sobre la mesa y se lo ofreció.

—Me gustaría echar un vistazo al informe de Nathalie Köppler —dijo.

El anciano movió la cabeza hacia los lados y añadió:

—Todo este asunto me da mala espina, doctor. Y mi olfato me dice que no es bueno que nos vean juntos.

—Por sus palabras, parece usted seguro de que el ladrón es alguien de la clínica...

—Pues no debería parecerlo; debería *ser evidente* que estoy seguro. —Liebwerk dejó salir el humo por la nariz, asemejándose así al toro más raquítico de todos los tiempos—. La persona que entró en el archivo sabía cómo funcionaba, de eso no me cabe la menor duda. Sabía dónde escondo mi segunda llave cuando salgo del archivo y dónde ir a buscar.

—Sigo sin entenderlo —dijo Jan, señalando con la cabeza la montaña de papeles que se acumulaba sobre la mesa—. ¿Por qué devolvió el informe de Nathalie Köppler y en cambio se llevó el de Alexandra, que es muy anterior? Es decir, ¿por qué no hacer que desaparezcan ambos?

—Pues porque este es demasiado reciente: en el peor de los casos, me habría dado cuenta de que faltaba al añadirle el informe policial.

Jan inclinó la cabeza.

—Puede ser, pero la Clínica del Bosque no es precisamente pequeña. Podría ser que un informe se traspapelase sin más, ¿no?

—Hace unos años quizá sí —dijo Liebwerk, sentándose sobre su mesa y señalando la pantalla del ordenador—, pero hoy en día todo está informatizado, y de hecho antes de que lleguen a mis manos. De modo que no tendría ningún sentido robar un informe nuevo: bastaría con volver a imprimirlo.

Jan asintió. Pero entonces... ¿para qué iba nadie a rebuscar entre las cajas? Sólo se le ocurría una explicación.

Y Liebwerk la dijo en voz alta.

—Estrictamente hablando, bastaba con conocer la contraseña de los médicos para acceder al banco de datos de los pacientes, entrar en el sistema y cambiar o eliminar las historias deseadas. El problema surge cuando el ladrón se da cuenta de que la versión impresa y no modificada ya ha sido enviada al archivo y no coincide con lo que está escrito en el ordenador. En ese caso tiene que imprimir su versión, ir a buscar la historia original y darle el cambiazco. Y yo supongo que eso ha sido lo que ha pasado aquí.

El archivero susurró las últimas palabras, como si temiese que alguien pudiera estar escuchándolos.

—Déjeme ver el informe, por favor —le pidió Jan.

Liebwerk hizo una mueca. Parecía asustado.

—Preferiría que se fuera, doctor.

—Lo haré en cuanto haya visto el informe —insistió Jan. Y al ver que Liebwerk no hacía el menor ademán de ir a buscarlo, añadió con tono firme—: Como médico tengo todo el derecho a consultarlo, no lo olvide.

El hombre se levantó dando un suspiro.

—Usted sabrá lo que hace —dijo, malhumorado.

Revolvió entre los papeles, cogió una carpeta y se la entregó a Jan. Este se sentó entonces a la mesa, buscó el banco de datos de los pacientes en el ordenador de Liebwerk y empezó a comparar el informe que tenía en las manos con el que aparecía en la pantalla. Liebwerk se encendió otro cigarrillo y se quedó de pie junto a Jan.

Según el informe, Nathalie Köppler había sido ingresada por sus «miedos patológicos, derivados de un acontecimiento traumático de la infancia». Acudió voluntariamente a la clínica y fue tratada en la unidad número doce por el doctor Norbert Rauh, quien la sometió a un total de quince sesiones de hipnosis.

El informe concluía con la observación de Rauh de que Nathalie había hecho grandes progresos y la terapia había resultado muy positiva. Según el psiquiatra, Nathalie precisó de muy pocas sesiones para controlar sus fobias, acotar su sintomatología y estabilizarse.

Al darle el alta, Rauh consideraba que la paciente tenía controlados los síntomas de su enfermedad y, aunque le recomendaba alguna que otra sesión de psicoterapia ambulatoria para asegurar el éxito absoluto del tratamiento, afirmaba estar convencido de que la joven estaba fuera de peligro.

Jan frunció el ceño. Aquello no parecía en absoluto el informe de una paciente que tres semanas después saltaría de un puente para quitarse la vida. Según las palabras de Rauh, la terapia había sido todo un éxito y la joven había superado los miedos que se derivaban de aquel suceso traumático de su infancia, del que en el informe no se decía ni una sola palabra. Pero eso era normal. La mayor parte de los médicos eran extraordinariamente lacónicos en sus escritos. La falta de tiempo y la presión a la que estaban todos sometidos era, simplemente, excesiva.

Jan comparó ambas versiones, la informática y la impresa, palabra por palabra, y, como se imaginaba, no pudo ver ni la más mínima diferencia.

—Pues no me sirve para nada —dijo entonces, levantándose.

—Genial, doctor —dijo Liebwerk, acercándose mucho a Jan y haciéndole oler su avinagrado aliento de fumador—. Y ahora, le ruego que se vaya.

El archivero parecía más nervioso que nunca.

—¿De qué tiene tanto miedo?

Liebwerk esbozó una sonrisa torcida y dejó entrever sus dientes oscurecidos por la nicotina.

—No tengo miedo —gruñó—. Sólo lamento haberle confiado tantas cosas. Dentro de diecisiete meses y medio me darán mi merecida jubilación y tengo la intención de disfrutarla al máximo, pero algo me dice que me voy a meter en un buen

lío si no me desentiendo de este asunto lo antes posible. De modo que eso es lo que haré. ¿Entiende lo que le digo, doctor? No he pegado ojo en toda la noche y espero no tener que pasar ninguna otra noche en vela, jamás.

Jan se dispuso a marcharse y le dijo:

—De acuerdo, señor Liebwerk, no le molestaré más. En cualquier caso, le estoy muy agradecido por su ayuda.

—¡No salga por la puerta principal! —le dijo el hombre—. Vaya por aquí, por la que da a las oficinas.

Jan movió la cabeza hacia los lados.

—¿No le parece que está exagerando?

—Me da igual lo que piense —gruñó el anciano—. No quiero que lo vean aquí, y punto.

Por unos instantes, Jan se preguntó si el miedo de Liebwerk no estaría provocado por una amenaza real. ¿Y si era cierto que habían removido arenas movedizas? ¿Y si habían caído en una trampa cuyas consecuencias aún no podían imaginar?

«¿Y si todo aquello no era más que una contagiosa paranoia?».

Mientras salía del archivo por la puerta lateral y se quedaba unos segundos en la escalera, oyó el sonido de la puerta al cerrarse. Dos vueltas de llave.

El viejo edificio de oficinas le hizo pensar en el hotel de una novela de aventuras que leyó en su juventud. Ambos tenían infinidad de pasillos, escaleras y alas laterales en los que era prácticamente imposible no perderse. Pero, al contrario de lo que sucedía en su libro, aquí no había nada interesante que descubrir. Nada que no fueran oficinas, una copistería, salas de juntas y lavabos para el personal.

La salida lateral le condujo al vestíbulo principal de la clínica, donde se topó con un grupo de médicos. Una mirada furtiva al reloj que quedaba sobre la puerta automática le confirmó que la sesión diaria de los jefes médicos de cada unidad acababa de terminar hacía unos minutos.

«Mala hora para aparecer».

Norbert Rauh se separó del grupo y se le acercó.

—Hola Jan. ¿Hoy no trabajas?

—Sí, sí —dijo él, intentando inventarse una mentira para justificar su presencia allí—. Pero tenía que ir a la oficina del personal para firmar un documento de mi contrato, y me temo que iba pensando en mis cosas y me he desorientado. Con tanto pasillo...

—Desde luego, este edificio es un laberinto —dijo Rauh, sonriendo.

Le indicó el camino correcto y, justo cuando Jan se disponía a darle las gracias y despedirse, Rauh le preguntó:

—Sigue en pie nuestra cita de mañana a las cinco de la tarde, ¿no? En la primera sesión hicimos grandes progresos, pero cuanto más tarde en hipnotizarte más te

costará regresar al momento en que lo dejamos.

Jan se dio cuenta de que Fleischer también estaba en el grupo. El director lo miró sonriendo y le hizo un gesto con la cabeza.

«No puedes decirle que no —pensó Jan—. La hipnosis era la condición de Fleischer para darte el trabajo. Y quizá el pasado te ayude a eliminar fantasmas, aunque te cueste admitirlo».

—Sí, por supuesto —dijo Jan—. Mañana a las cinco.

Rauh estaba a punto de añadir algo más cuando el busca de Jan los interrumpió, recordándole que tenía que volver a su consulta.

Cuando tenía cinco años e iba a la guardería de Fahlenberg, había en su clase un niño al que todos llamaban «el Chiflado». Alfred Wagner, que así se llamaba, era un niño muy alto que sacaba un palmo al resto de sus compañeros. Tenía la piel muy blanca y la cara cubierta de unas pecas que parecían más bien una perniciosa erupción cutánea, y no parecía haber cepillo en el mundo capaz de dominar su denso pelo rojizo como el cobre.

Pero lo más sorprendente de Alfred eran sus ojos, de un azul tan pálido que parecían más bien dos gotas de agua caídas por error en unas cuencas oculares algo más juntas de lo normal. Aquellos ojos eran lúgubres e inquietantes, y a veces se endurecían de tal modo que Jan habría creído a quien le dijera que podían traspasar el papel como sendos rayos láser.

Cuando Alfred ponía aquella mirada, todo su rostro se transformaba y se convertía en alguien muy distinto: utilizaba palabrotas y decía cosas sin sentido; cosas que nadie entendía. De ahí el mote.

Otro motivo para llamarle «el Chiflado» era que su padre tampoco estaba demasiado cuerdo, o al menos eso era lo que decía la gente de Fahlenberg. Era un secreto a voces que Hartmut Wagner —quien, por edad, habría podido ser el abuelo de Alfred— había pasado largas temporadas en la Clínica del Bosque, y los niños se habían inventado unos versos para burlarse de su compañero:

La locura abre su puerta
y Hartmut la cruza a tientas.
Su hijo le sigue de cerca
tras él la puerta se cierra.

Jan también lo cantaba, claro. Todos lo hacían. Y eso que su padre le había explicado en varias ocasiones que los Wagner sufrían una enfermedad relativamente corriente que se llamaba esquizofrenia, y que no tenía por qué ser demasiado dura, siempre que los enfermos tomaran sus medicinas y acudiesen al psiquiatra con regularidad.

El problema era que Hartmut Wagner no parecía estar muy a favor de los psiquiatras y sus medicamentos, de modo que cada dos por tres tenían que ingresarlo unos días.

En una ocasión, incluso, la policía tuvo que arrestarlo porque sufrió un ataque de

ira en pleno supermercado al oír que el jamón envasado al vacío se había acabado y tardarían tres días en reponerlo.

En otra ocasión se pasó un día entero sollozando mientras recorría la plaza del mercado de un lado a otro, recomendando a los transeúntes que se pusieran a cubierto porque los rusos estaban a punto de atacar la ciudad.

En algún momento de su infancia, Jan empezó a sentir pena por el pobre Alfred, aunque sus ojos seguían pareciéndole inquietantes y jamás se atrevió a admitirlo ante sus amigos, porque de ningún modo quería que le pusieran el mote de «el amigo del chiflado».

Alfred no tenía amigos. Su madre los abandonó a él y a su padre cuando sólo tenía tres años, y el enfermo se convirtió en su único referente y apoyo. Y aunque Jan sentía mucha pena por él, evitaba acercársele como el resto de los niños porque, como decían las maestras de la guardería, el pequeño acusaba un «indiscutible desequilibrio emocional que afectaba a su comportamiento».

En una ocasión en que su amigo Marko estaba jugando con los cochecitos de madera en el suelo, Alfred se le acercó por detrás, se bajó la cremallera y se meó sobre su cabeza. Marko se puso hecho una fiera, evidentemente, y la pelea fue de órdago. Antes de que las maestras lograran separarlo, Alfred le había roto la nariz a Marko y le había partido también dos dientes de leche.

Después de aquello, ningún niño quería sentarse al lado del Chiflado, y menos aún jugar con él.

Y poco después su padre alimentó un poco más las habladurías. Se dijo que Hartmut había tenido otro ataque de locura y había comprado una cantidad ingente de latas de conserva con las que se había endeudado hasta el cuello. De ahí que la policía tuviera que arrestarlo de nuevo y llevarlo a la Clínica del Bosque, donde tres días después puso fin a su vida con el cable de la luz del armario de su habitación. Entonces sacaron a Alfred de la guardería y lo llevaron a un hogar para niños huérfanos. Fue lo último que supo de él.

Hasta hoy.

Lo reconoció de inmediato. Aunque la última vez que lo vio no era más que un niño, la cara pecosa, el pelo rojizo y revuelto y sobre todo esos ojos juntos y azules como el cielo resultaban inconfundibles. Y esa mirada que parecía capaz de atravesar objetos.

Estaba en el vestíbulo de la entrada de la unidad número nueve, en la que se hallaba la consulta de la doctora Andrea Kunert, a quien en aquel momento sujetaba contra sí con el brazo izquierdo. En la otra mano tenía una jeringa y parecía dispuesto a clavársela en el cuello a la doctora en cualquier momento.

—Ha preguntado por usted —jadeó Konni, casi sin aliento, tras llegar hasta él a toda velocidad en compañía de los otros dos enfermeros de la unidad de cuidados intensivos.

Los pacientes se habían agolpado en los pasillos de la unidad, separados del vestíbulo por el voladizo de cristal que les permitía observarlo todo sin correr riesgos. Los enfermeros hacían lo posible por dispersarlos y devolverlos a sus habitaciones, pero la curiosidad era demasiado fuerte y en cuanto se despistaban volvían a asomar la nariz.

—Ayudad a los enfermeros. Que los pacientes se queden en sus habitaciones —pidió Jan a su equipo—. Y llamad a seguridad. Que esperen en la entrada por si los necesitamos. Que sólo entren si os digo que lo hagan, ¿de acuerdo?

Konni asintió y sacó su móvil del bolsillo de la bata. Jan fue hasta la puerta de cristal cerrada, cogió su llave, la levantó para que Alfred pudiera verla bien, y entró en el vestíbulo.

Jan y la doctora Kunert nunca habían intercambiado más que un par de frases hechas. Aunque solían verse por los pasillos varias veces al día, no se habían dedicado más que los típicos saludos y fórmulas de cortesía. Estaba claro que entre ellos no había «buenas vibraciones», como solía decir su madre. A Jan no le gustaba la mirada arrogante que, en su opinión, tenía la doctora, y fuera lo que fuera lo que a ella no le gustaba de él, llevaba el rechazo escrito en el rostro. Pero ahora su expresión sólo decía una cosa: que estaba muerta de miedo.

Lo miraba con los ojos como platos. Alfred se elevaba detrás de ella como un gigante. La punta de la jeringa ya había pinchado levemente la arteria carótida, y un finísimo reguero de sangre le recorría la piel hasta ser absorbido por el cuello de su bata.

La jeringa estaba llena de un líquido azul intenso. Jan no conocía ningún medicamento con aquel color, pero no tuvo que pensárselo demasiado para imaginar de qué se trataba, porque el olor a desinfectante se había adueñado de todo el vestíbulo. Si Alfred se decidía a inyectar el ácido hipocloroso de la jeringa en la carótida de su rehén, el anhídrido no tardaría ni un segundo en llegar al cerebro.

—Hola, Alfred.

Jan hizo un esfuerzo por hablar en un tono tranquilo y natural. Su experiencia con pacientes perturbados y mentalmente desequilibrados le decía que era básico no mostrar ningún tipo de emoción. No podía permitirse el lujo de que Alfred pensara que tenía controlada la situación.

—Me han dicho que querías verme —continuó.

—Cierto. —Alfred sudaba al menos tanto como su rehén y lo miraba desde sus ojos penetrantes—. Lo sé todo de ti, Jan. Lo sé todo de todos. Y ahora resulta que te has hecho loquero, como tu padre.

—Así es.

Jan señaló a su colega, que lo miraba con expresión suplicante y los labios temblorosos, pero que no se atrevía a decir nada porque sabía que en aquel momento Alfred Wagner no era más que una bomba de relojería.

—¿Qué pretendes con todo esto, Alfred? Si querías hablar conmigo sólo tenías

que decirlo.

—¿Ah, sí? —dijo Alfred, sonriendo burlescamente—. Eso díselo a la zorra esta. A ver, doctora, repítele a tu colega lo que me has dicho a mí.

Andrea Kunert apretó los labios y los ojos. Las lágrimas le caían por el rostro enrojecido.

—¡Te he dicho que se lo repitas, joder! —le gritó Alfred al oído.

—Yo... dije que el doctor Forstner no era el responsable de esta unidad.

—Su voz no era más que un susurro.

Alfred hizo una mueca de desprecio y volvió a mirar a Jan.

—Ya lo has oído, amiga. «Sólo decirlo» no sirve de una mierda.

—Está bien, Alfred. El caso es que ahora estoy aquí. ¿Por qué no la sueltas y hablamos tú y yo?

—Porque si la suelto se me tirarán encima los enfermeros y los guardias de seguridad, y yo ya no confío en nadie aquí dentro. En nadie. Ni siquiera en ti. Así que todos nos quedaremos donde estamos, y tú me escucharás con mucha atención, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

Jan hizo un esfuerzo por fingir indiferencia y se encogió de hombros.

—Que qué quiero... —repitió Alfred, bajando la vista; y cuando la levantó, Jan se dio cuenta de que su expresión había cambiado. Fue como cuando estaban en la guardería, y el Chiflado se convertía de nuevo en Alfred—. Quiero salir de la clínica, Jan. Odio lo que hacen conmigo. Me obligan a tomarme esas jodidas pastillas que me convierten en un zombi, y si me niego me clavan una inyección y asunto arreglado. Y entonces no reconozco ni mi imagen en el espejo.

—No creo que nadie quiera convertirte en un zombi, Alfred —dijo Jan—. ¿Verdad que no, doctora Kunert?

Tenía que lograr que Andrea Kunert participara en la conversación. Mientras Alfred fuera consciente de que su rehén era un individuo racional y no sólo una presa asustada, la barrera psicológica sería lo suficientemente amplia para evitar que utilizara la jeringa.

—No —dijo ella, con la mirada perdida—. Claro que no.

—¿Ah, no? —Alfred entornó los ojos—. ¿Creéis que voy a caer en la trampa? ¿Acaso sabes cómo nos sentimos los pacientes al tomarnos esas pastillas, Jan?

Jan le sostuvo la mirada y le contestó:

—Sé que los efectos secundarios pueden ser desagradables, pero la medicación os ayuda a estabilizaros, Alfred. Todo lo que hacemos es por tu bien. Pero si los efectos secundarios te molestan, podríamos revisar las dosis.

Alfred pareció reflexionar unos segundos sobre la propuesta de Jan, pero enseguida movió la cabeza hacia los lados.

—¿Sabes qué es lo peor de todo, Jan?

—Dímelo tú.

—Que ya no se me levanta. —Bajó la cabeza, amargado—. Estoy seguro de que me han hecho algo ahí abajo, pero todos lo niegan.

Bajó su mano derecha hasta el pecho de la doctora y se lo tocó. Andrea Kunert dejó escapar un gemido.

—Tócame la polla —le susurró al oído.

—Vamos, Alfred, déjalo. ¿A qué viene esto?

Pero Alfred no le prestó atención. En lugar de eso gritó a la doctora:

—¡Te he dicho que me toques la polla!

Andrea Kunert tragó saliva. Con la cara desfigurada por el pánico, movió una mano hacia atrás y palpó la entrepierna de Alfred. Jan vio que estaba temblando.

—¿Y bien? —preguntó Alfred—. ¿Está dura?

Jan dio un paso hacia ellos.

—Está bien, Alfred, déjalo ya.

En aquel momento Alfred reaccionó, cogió a su rehén con más fuerza, dio un paso atrás y levantó el codo como si estuviera a punto de clavarle la aguja y vaciar en su cuello el contenido de la jeringa.

—¡Quédate donde estás! —jadeó—. No te muevas ni un milímetro, o la dejo frita.

Jan levantó las manos para calmarlo.

—¡Vale, vale!

—¡Y tú, cabrona, haz el favor de decirme si tengo la polla dura o no! —gritó.

Ella movió la cabeza hacia los lados.

—¡Dilo!

—No —dijo entre sollozos.

—¿No, qué?

—¡No la tienes dura!

—Pero a ti te gustan las pollas duras, ¿no?

Andrea Kunert se mordió el labio inferior. Tenía las mejillas empapadas por las lágrimas y el moquillo le caía por la nariz.

—¡Venga, dínoslo!

—Me gustan... las pollas duras —dijo, y rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Por fin! —dijo Alfred, con un gesto de satisfacción. Seguía sobando el pecho de la enfermera cuando volvió a dirigirse a Jan—: ¡Es culpa vuestra! Antes se me habría puesto como un mástil con sólo ver unas tetazas así. Podría haberme corrido varias veces pensando en ellas, pero ahora ya ni siquiera se me levanta. ¡Y todo por culpa de vuestros jodidos medicamentos!

—Vale —dijo Jan, con las manos aún en alto—. Acabas de hacernos una magnífica demostración. Pero si quieres...

—¡Ni siquiera puedo pensar con claridad!

—¡Escúchame, Alfred! —gritó Jan—. ¡Préstame atención! ¿Puedes hacer el favor de escucharme?

Alfred asintió.

—Bien —dijo Jan, recuperando su tono normal—. Me has dicho que querías salir de la clínica, y lo entiendo. A nadie le gusta estar aquí. Pero sólo podremos darte el alta si nos demuestras que tu comportamiento es razonable, ¿lo entiendes?

—Claro —gimió Alfred, y por un momento Jan creyó reconocer la cara del niño en el rostro del adulto.

—Bien. Y respecto a tus pastillas —continuó—, me encargaré personalmente de que revisen las dosis, ¿de acuerdo? A veces basta un pequeño cambio para eliminar los efectos secundarios. Incluso la impotencia. Seguro que te lo explicaron cuando ingresaste por primera vez.

Alfred parecía estar reflexionando a toda velocidad. Había bajado la vista y movía los ojos de un lado a otro, como si estuviera leyendo sus pensamientos en los hombros de su rehén. Seguía con la mano puesta en su pecho, de igual modo que ella continuaba tocándole la entrepierna.

—Vamos, Alfred —dijo Jan en tono suave—. Deja que se vaya y tú y yo arreglaremos el tema de las dosis.

Dio otro paso adelante. Debían de estar a unos tres metros de él.

—Arreglar —murmuró Alfred.

Entonces alzó la cara y Jan reconoció de nuevo la mirada del loco en el fondo de sus ojos.

Antes de que nadie pudiera hacer nada, Alfred empujó a su rehén y se llevó la aguja a su propio cuello.

Sucedió todo tan rápido que Andrea Kunert no fue capaz de reaccionar. Tropezó, perdió el equilibrio y cayó a cuatro patas frente a Jan.

—¡Lárgate de una vez! —chilló Alfred—. ¡No has entendido nada! ¡Nadie entiende nada!

La doctora se levantó de un salto, pasó corriendo junto a Jan casi sin mirarlo, chocó contra la puerta de cristal como un pájaro atrapado tras una ventana, la abrió y salió del vestíbulo tropezando con sus propios pies.

—¡Coño de mierda! —chilló Alfred a sus espaldas—. ¡Nunca he hecho daño a nadie! ¡Sólo cogí las bragas para olerlas!

Jan comprendió entonces quién había sido el ladrón del que le habló la enfermera el otro día, en la unidad número doce.

—De modo que fuiste tú.

Alfred asintió, sujetando la aguja con fuerza junto a su cuello.

—No quería molestar a nadie, te lo juro. Sólo quería saber cómo serían las cosas con una mujer de verdad. Un loco como yo tampoco podría follarse a nadie. Seguro que tú sí te has follado a muchas, ¿verdad, Jan?

Él negó con la cabeza.

—Vamos, dímelo.

—Pues no. A muchas no.

—Pero a una al menos sí, ¿no?

—Sí.

Alfred volvió a bajar la cabeza.

—No me dejaréis salir de aquí, ¿verdad?

—Por ahora no, Alfred. Antes tendrás que calmarte. Pero haré cuanto esté en mis manos para ayudarte.

—¿Para ayudarme? ¿Quieres *ayudarme*? ¡Todos decís lo mismo, pero yo no necesito ayuda!

—Pues yo creo que sí.

—¡Chorradas! Pensáis que estoy loco, pero no lo estoy. Soy un elegido, y vosotros sois demasiado vulgares para entenderlo. No tienes ni idea de cuál es mi don.

—Pues dímelo tú.

En las mejillas de Alfred apareció una expresión casi reverente. La punta de la aguja temblaba a pocos milímetros de su cuello. Jan sabía que tenía que seguir hablándole hasta lograr que bajara el brazo.

—¿Sabes? —dijo el loco, mirando ensimismado al vacío—. Nadie me cree. Nadie me presta atención cuando les hablo de mi don. De ellos. Están en todas partes, hablan conmigo y me piden que os transmita sus mensajes.

—¿Y quiénes son?

—Los muertos, Jan. Los muertos. Viven entre nosotros. El cielo no existe, ¿sabes? Por eso hablan conmigo. Porque se sienten solos.

—Entiendo —dijo Jan, asintiendo con expresión seria—. ¿Y qué te cuentan?

Alfred sonrió.

—Ya sé, esperas que te diga que están en mi cabeza, y entonces aprovecharás para informarme de que efectivamente estoy loco y que los muertos no hablan con los vivos, como dijo esa puta. Pero no, Jan. Los muertos no están en mi cabeza.

—¿Dónde están entonces?

Alfred recorrió el vestíbulo con la mirada.

—Pues en todas partes. En el armario, la lavadora o el grifo. Están hasta en la radio. Sólo hay que prestar atención. Si supieras todos los muertos que me han hablado —dijo, dejando escapar una risita—. Hitler, por ejemplo. Ese viejo cabrón se esconde siempre en la cisterna del retrete. Y el padre Pío, el santo. ¿Lo conoces?

—No, creo que no.

—Es un buen hombre —dijo Alfred, asintiendo—. Me lo he encontrado alguna vez en el confesionario de la iglesia de San Cristóbal. Cuando él está allí, huele a rosas. ¿Y te acuerdas del viejo Hans? ¿El del colmado que quedaba junto a la guardería?

—Sí, lo recuerdo. ¿También lo oyes?

Alfred asintió con la cabeza y sonrió.

—Su alma se esconde en la máquina de tabaco que queda junto a la entrada.

—No me extraña —dijo Jan—. El tío fumaba como un carretero.

Jan notó un asomo de confianza entre ellos y vio que el rostro de Alfred se relajaba. Sólo un poco más e intentaría convencerlo de que soltara la jeringa.

—Ya ves, los oigo a todos. Hasta he oído a tu hermano.

—La frase le pilló tan desprevenido que no fue capaz de disimular su sorpresa. Sintió un escalofrío, como si Alfred acabara de cambiar de opinión y le hubiese puesto la aguja *a él* en el cuello.

—¿A mi hermano?

—Sí, a tu hermano pequeño. A Sven. Hace mucho tiempo. Se halla entre los que viven bajo tierra.

Jan volvió a tener la sensación de que la mirada de Alfred podía chamuscarle la piel.

«¡Olvídalo! —se dijo—. Alfred está en pleno delirio, y si no lo detienes ahora mismo, su locura irá aumentando exponencialmente».

—Lástima que no me creas —dijo Alfred—. Lo veo en tu mirada.

—Sí —dijo Jan—, claro que te creo. ¿Qué sabes de Sven? ¿Por qué dices que vive bajo tierra?

Alfred le dedicó una mueca.

—¿Crees que no reconozco las mentiras? Hace un segundo eras amable, pero ahora me estás mintiendo. Vuelves a ser como todos los médicos.

—Que no, Alfred, que yo te creo. Dime, ¿qué te dijo mi hermano?

—Sólo quieres entretenerme hasta que lleguen los refuerzos, o quizá ya estén ahí fuera y esperen a tu señal para entrar y reducirme —dijo, y de pronto sonrió como si hubiera perdido hasta el último ápice de cordura—. Pero ¿sabes qué? ¡Voy a daros a todos por culo!

Y dicho aquello, se clavó la jeringa en el cuello. Y antes de que Jan tuviera tiempo de reaccionar, apretó con el pulgar la parte de atrás y vació el contenido en su interior.

Jan lanzó un grito y corrió hacia él. Le apartó el brazo del cuello con tanta fuerza que los dos cayeron al suelo. La jeringa rodó a su izquierda. Estaba vacía.

Alfred empezó a convulsionar. Sus ojos giraron hacia arriba y se quedaron en blanco. Jan cogió la aguja y se la clavó entre los dientes. Alfred temblaba y se agitaba como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Jan se quedó junto a él e intentó que su cabeza dejara de golpear el suelo, mientras el enorme cuerpo del loco lo levantaba y lo empujaba de un lado a otro como un toro en el rodeo.

No podía controlarlo. Empezó a salirle una espuma roja por la boca que empapó la jeringa y los dedos de Jan, y su garganta dejó escapar un grito gutural que recogía en su interior todo el dolor del mundo.

Los enfermeros entraron a toda velocidad y lo cogieron por los brazos y las piernas. Konni dijo que el servicio de urgencias estaba en camino. Jan siguió ahí al lado, intentando evitar que Alfred se abriera el cráneo a base de golpes. Una sombra blanca pasó por encima de él y alguien puso una almohada bajo la cabeza del

enfermo. Jan vio que se trataba de Andrea Kunert.

Justo en aquel momento el cuerpo de Alfred volvió a arquearse, esta vez con más fuerza de lo normal, y se quedó unos segundos en esa posición. Jan supo lo que iba a pasar y se preparó. Alfred lanzó un grito gutural y cayó como un peso muerto junto a él.

—¡Parada cardíaca!

No sabría decir quién anunció la parada. Le parecía que había sido la doctora Kunert, pero no estaba seguro.

Recordaba el proceso de reanimación y sabía que ella le había ayudado. Recordaba el olor agrio de su aliento y recordaba haber pensado que, muy probablemente, la doctora había vomitado tras salir corriendo de allí.

Recordaba que dos eternos minutos después, cuando el médico de urgencias entró al fin en el vestíbulo, habían conseguido devolver a Alfred al mundo de los vivos. Cuando menos, a su cuerpo. El corazón le latía de nuevo y también volvía a respirar.

Cuando se lo llevaron a cuidados intensivos, Jan se dejó caer en una silla. El corazón estaba a punto de salirse del pecho y el jersey se le pegaba al cuerpo, empapado como estaba en sudor. Konni y Ralf le preguntaron si podían hacer algo por él, y cuando él les respondió que no con un gesto de la mano, se alejaron de allí discretamente y lo dejaron a solas con la doctora Kunert.

Estaban sentados uno frente al otro, en silencio.

Entonces ella se levantó y se recompuso la bata con un gesto inseguro.

—Gracias —dijo—. Lo has hecho genial.

Jan asintió, agotado, y ella salió de la habitación sin decir una palabra más.

Cuando llegó a casa aquella tarde tenía tanta hambre que tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse sobre la nevera sin quitarse siquiera la chaqueta. Marenburg no estaba y, en contra de su costumbre, no había dejado ninguna notita sobre la mesa, pero Jan no le dio ninguna importancia, vació el contenido de la nevera sobre la mesa, se cortó unas rebanadas de pan integral y empezó a comer.

Mientras se llenaba el buche de embutidos, queso y pepinillos, su cabeza parecía haberse quedado en blanco. La sensación era maravillosa. Por primera vez en muchísimo tiempo parecía dispuesta a darle un respiro. Había apretado la tecla de pausa y permitía al resto del cuerpo disfrutar de sus funciones, sin más.

Saciado ya el apetito y devueltos a la nevera los diezmados restos de su banquete, Jan fue al baño que estaba en el primer piso. Puso el tapón de la bañera, abrió el grifo de agua caliente, se desvistió, y se sumergió en ella dejando la vista perdida en las baldosas de color crema.

«Seguro que en los sesenta estas baldosas eran lo más moderno que había», fue lo único que alcanzó a pensar en la media hora siguiente.

Después del baño se sintió mucho mejor. Cogió una cerveza de la nevera y se sentó a la mesa de la cocina. Su chaqueta seguía colgada en el respaldo de la silla, y Jan sacó el radiocasete de su bolsillo interior. A la débil luz de la cocina, el viejo trasto parecía más opaco de lo normal. En las ranuras de las teclas, allí donde hacía años habían estado los símbolos blancos para *play*, *rec*, *forward* y *backward*, se había acumulado la mugre, y las teclas de *play* y *backward* estaban especialmente desgastadas.

Jan apretó *play*, pero lo paró inmediatamente.

«Hasta he oído a tu hermano».

Era la voz de Alfred Wagner. La oyó tan clara e inteligible como un eco en su cabeza.

«Está con los que viven bajo tierra».

—Un delirio mental, nada más —susurró al aparato.

Alfred debió de unir cabos sueltos: estaba claro que había oído hablar de la desaparición de Sven. Todos los habitantes de Fahlenberg conocían la historia. Y seguro que la había recordado al verlo. O quizá no la hubiese olvidado.

Aunque, por otra parte...

«¿Bajo tierra?».

¿Qué demonios podría significar aquello? ¿Que su asesino lo había enterrado? ¿Era posible que el joven chiflado hubiese presenciado la escena? ¿O que hubiese sido él el secuestrador, en definitiva?

Alfred tenía la misma edad que él, así que por aquel entonces tendría doce, y un comportamiento realmente extraño. Un niño que orinaba sobre sus compañeros, les rompía la nariz y les partía los dientes bien podría también haber secuestrado a un niño de seis años, por el motivo que fuera. Era terrible, pero no descartable.

Quizá le hubiese entrado miedo, o quizá se hubiesen peleado. Seguro que Sven habría ofrecido resistencia, y entonces...

Alfred siempre había tenido mucha fuerza. ¿Y si después había enterrado a Sven a tanta profundidad que ni los perros habían podido olerlo? Los alrededores de Fahlenberg eran lo suficientemente agrestes y extensos para que hasta el rastreador más atento acabara pasando por alto un montículo de tierra recién removida junto a un campo o en mitad del bosque. Y aunque al final utilizaron incluso sondas de metano, cuando ya estaban todos seguros de que Sven tenía que estar muerto, no encontraron más que alguna mascota ilegalmente enterrada en el huerto familiar.

Pero ¿de qué le servía pensar todo eso?

Alfred ya no disiparía sus dudas. Justo antes de irse de la clínica había llamado a la unidad de cuidados intensivos y había preguntado por él.

La enfermera que cogió el teléfono le preguntó si era el médico que había reanimado al señor Wagner, y cuando respondió afirmativamente le dijo:

—Pues no le hizo usted un favor, me temo.

Alfred estaba en coma, tenía daños cerebrales irreversibles y, por su constitución fuerte y saludable, parecía que seguiría en aquel estado una buena temporada.

—Rece para que no vuelva en sí —dijo la mujer al teléfono—. Con el poco cerebro que hemos podido rescatarle, lo mejor será que se quede como está.

Y dicho aquello, colgó.

Volvió a apretar la tecla de *play*. La cinta estaba puesta en la cara b, la que funcionaba cuando Sven desapareció.

En la cocina reinaba el más absoluto silencio. Sólo se oía el lacónico tictac del reloj, y ahora el murmullo de fondo del radiocasete. Nada más. Como siempre.

Cuando sucedió todo, los expertos se hicieron cargo de la cinta y la analizaron a conciencia: filtraron cada uno de los sonidos, por insignificante que fuera, y lo aislaron del resto, pero no encontraron nada que les fuera de utilidad: pasos en la nieve, probablemente suyos o de Sven, el lamento del viento nocturno y un tono breve y agudo justo antes del final.

Los técnicos se interesaron especialmente por ese ruido, que sonaba como «¡FIP!». Lo escucharon en repetidas ocasiones, aumentaron el volumen, redujeron la velocidad de reproducción y lo analizaron con todas las técnicas disponibles, pero el

resultado fue, en todo caso, insuficiente.

Algunos consideraron la posibilidad de que aquella fuera la voz de Sven. La vocecilla aguda de un niño de seis años que acabara de ser sorprendido por su secuestrador. Por alguien, quizá, que se hubiese puesto detrás de él y le hubiese tapado la boca con la mano. Otros, en cambio, creyeron que lo más probable era que aquel sonido proviniera de algún animal. Una ardilla molestanda en su descanso invernal, quizá, o una marta. Sea como fuere, al final nadie pudo afirmar nada.

Jan miró atentamente el contador de la grabadora, y la apagó justo antes de que se oyera el sonido.

925. Hasta aquí y punto.

Una vez más, recordó las palabras de su padre: «A veces la vida nos plantea preguntas para las que no tenemos respuestas». Y entonces pensó que, otras veces, la vida nos confronta inesperadamente con el pasado: hacía un rato, cuando abrió el armario para coger unos calzoncillos limpios, logró a duras penas apartar de sí un recuerdo, pero ahora le había vuelto a la memoria y ya no pudo hacer nada por evitarlo.

Pensó en Alfred robando las bragas de una paciente, e inmediatamente pasó a pensar en Peter Laszinski, el corruptor de menores que desató su crisis nerviosa. Fue inevitable.

Se vio de nuevo con él en la sala de visitas. Estaban solos. Los guardias esperaban tras la puerta.

—Deme unas bragas usadas de su mujer para que me consuele por las noches — le oyó decir de nuevo—, y le mostraré todos mis registros. Así podrá saber si su hermano cayó o no en manos de un tío como yo. ¿Qué le parece? ¿Trato hecho?

Jan dudó unos segundos en contestarle. No fue más que un instante, pero bastó para desatar una sonrisa diabólica en el rostro de Laszinski. En aquel momento, el bastardo tuvo todo el poder. Había encontrado la herida abierta en el alma de Jan y le había echado sal a destajo con su sonrisa.

Por eso le pegó. No porque odiara a un pervertido hijo de puta, responsable de la muerte de una niña y de la ruina psicológica de su hermana, sino porque el criminal le había hecho daño en su propia herida. Y porque odiaba su eterna búsqueda de la verdad, convertida por entonces ya en obsesión, y su incapacidad para dejar atrás el pasado.

En la sonrisa de Laszinski había visto reflejada su propia obsesión, su vana esperanza, su desespero por que alguien pudiera explicarle lo que había sucedido con Sven. Un anhelo que era más bien una maldita adicción.

Durante un breve instante casi creyó a Laszinski —le habría entregado unas bragas de Martina sin dudarle si con ello hubiese podido descubrir lo que pasó con Sven—, de igual modo que quiso creer a Alfred cuando le dijo que su hermano se hallaba entre los que viven bajo tierra.

«Eres un estúpido ingenuo. Siempre picas».

El timbre de la entrada lo sacó de su ensoñación. Jan dio un trago más a su cerveza y fue hasta el pasillo. Metió la grabadora en el bolsillo de su chaqueta y abrió la puerta.

Ahí estaba Ralf Steffens, pálido como siempre, acompañado por una mujer cuyo rostro quedaba oculto por la capucha de su chaqueta.

—Buenas tardes, doctor Forstner. Ya sé que ha tenido un día muy duro, pero... ¿podemos hablar, de todos modos?

Jan recordó de pronto su cita con el enfermero. Se le había olvidado por completo y era lo que menos le apetecía en aquel momento, pero lo prometido es deuda, así que se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—Adelante —dijo.

La mujer se quitó la capucha al pasar junto a Jan y lo miró con turbadora familiaridad.

—Hola, Jan.

Jan cerró la puerta y la miró con atención. Su rostro le resultaba familiar, pero no sabía decir de qué.

—¿Nos conocemos?

Ella se echó hacia atrás la melena ondulada, que se le había despeinado bajo la capucha, y le dijo:

—Soy Carla Weller.

Jan frunció el ceño.

—Carla Weller... Mmm... Perdona, pero no caigo.

Sonriendo, ella observó la figurita de madera del sereno sobre la cómoda de la entrada y pasó el dedo por la cabeza ligeramente empolvada de la figurita.

—No me sorprende, la verdad, aunque quizá te diga algo «Arandela». ¿O tampoco?

—¿Arandela?

—Sí, han pasado muchos años. Vamos, te doy la última pista: patio del instituto.

De pronto, Jan se puso rojo como un tomate. ¡Por Dios, claro! En aquel instante recordó a la niña que solía sentarse sobre la valla del patio de la escuela a observar a Jan y a sus amigos. No tendría más de diez años, y él ya debía de haber cumplido los doce.

Fue en el verano que precedió a la desaparición de Sven. Cada mediodía la niña se sentaba en la valla y se quedaba mirando a Jan. Era cualquier cosa menos mona. Su pelo negro y ondulado estaba siempre recogido en una coleta mal hecha que a Jan le hacía pensar en el estropajo con el que su madre quitaba los restos de comida quemada de las cazuelas.

Además, era demasiado delgada y llevaba un aparato de ortodoncia con un estribo de metal que le salía de la boca y se sostenía con unas arandelas de gomas sujetas a la nuca. A ese aparato se refirió Jan cuando un día, molesto porque ella no dejaba de mirarlo y sus amigos se burlaban de él diciendo que iban a ser novios, se acercó a la

niña y le dijo «¿Quieres algo, arandela?», a lo que la niña siseó «¡Cabrón!» antes de alejarse corriendo de allí.

—Qué, ¿caes ya?

Carla lo miraba atentamente.

—Mmm, sí —dijo Jan, carraspeando—, creo que sí. Debió de afectarte mucho, dado que aún lo recuerdas, ¿no?

—Ni te lo imaginas. Pero me reconforta saber que tú también lo recuerdas.

—¿Sirve de algo que me disculpe ahora?

—Pues claro. —Carla asintió, divertida—. Borrón y cuenta nueva. ¿Dónde podemos hablar?

Todavía perplejo, Jan señaló la puerta de la cocina.

Los dos visitantes se sentaron a la mesa de la cocina y Jan les ofreció algo para beber. Carla le pidió un vaso de agua y Ralf hizo lo mismo. Mirando de soslayo la cerveza de Jan dijo:

—Demasiado pronto para repetir.

—Está bien —dijo Jan, sentándose con ellos—. ¿De qué queréis hablar?

—Se trata de Nathalie Köppler —dijo Carla.

—Sí, Ralf ya me adelantó que tenía que ver con ella.

Carla sacó un papel doblado del bolsillo trasero de su pantalón, lo desdobló y lo puso sobre la mesa.

—Intentamos entender por qué se suicidó. Ni Ralf ni yo somos capaces de explicárnoslo. No tiene ningún sentido que Nathalie quisiera saltar de un puente, así, sin más. Y esto de aquí también es muy extraño.

Empujó el papel hacia Jan. Era un mensaje de correo electrónico. Jan miró la fecha. Carla lo recibió poco antes de la muerte de Nathalie. Pocas horas antes de que él se inclinara sobre ella y le sostuviera la mano.

Jan se apoyó en el respaldo de su silla y leyó el contenido del *mail*. Era el mensaje de alguien completamente desequilibrado; de una persona que escribía presa de pánico, aterrorizada, incapaz de detenerse a reflexionar en el mejor modo de expresar sus pensamientos.

En aquel momento, Nathalie escribió ni más ni menos que lo que sentía, sin filtros de ninguna clase. De ahí que Jan leyera varias veces cada palabra: porque todas eran importantes.

Y entonces llegó a aquella en la que decía «¡El demonio de mi cabeza es real!», y no fue capaz de avanzar más.

Volvió a ver el rostro desfigurado de la joven ante sí. Los copos de nieve sobre su piel ensangrentada. Su único ojo, moviéndose de un lado a otro como si quisiera entender lo que pasaba. Su voz ronca; el estertor de la agonía.

«¡Doio!».

Jan sintió que se le removía el estómago.

«¡El demonio de mi cabeza es real!».

¿Cómo sonaría la palabra «demonio» si intentara pronunciarla alguien con la mandíbula destrozada?

Carla pareció notar su reacción.

—¿Qué sucede?

—Nada —mintió Jan, y levantó la vista hacia Ralf, que, aferrado a su vaso de agua, era la viva imagen del abatimiento—. Sólo pensaba que la persona que escribió este *mail* sufría una intensa paranoia. El demonio del que habla... Parece una alucinación.

—¡Nathalie no estaba loca! —exclamó Ralf, enfadado. Luego cerró los ojos—. Disculpe. Es sólo que... No logro entenderlo. Antes de ingresar en la clínica, Nathalie no estaba bien, eso es cierto. Tenía... Bueno, había ciertas cosas que le daban miedo. Pero no sufría alucinaciones. Y cuando volvió a casa estaba mucho mejor. Si la hubiese visto sabría a qué me refiero.

—Está bien —dijo Jan—. Te creo. Pero no acabo de entender qué esperáis que os diga.

—Tú eres psiquiatra, ¿no? —le dijo Carla—, y eres...

—Nos gustaría que nos diera su opinión —la interrumpió Ralf, lanzando una mirada rápida a la chica, y acto seguido tomó un trago de agua.

Jan los miró unos segundos. Estaba claro que había alguna cosa más. Quizá no quisieran decírselo hasta estar seguros de que podían confiar en él.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no habláis con el médico que la trató?

—Porque nos gustaría conocer primero tu opinión neutral —respondió Carla.

—Y porque creemos que no intentará librarse de nosotros con mera retórica y alguna que otra fórmula de cortesía —añadió Ralf—. Usted sabe lo que es perder a alguien y no saber por qué.

Jan lo miró sorprendido. Ralf era demasiado joven para haberse enterado de lo de Sven.

—¿Cómo sabes lo de mi hermano?

Ralf hizo un gesto avergonzado.

—Esto..., bueno, fue lo primero que me contaron de usted.

—¿Quién?

—¡Venga ya, Jan! —Carla lo miraba como si acabara de preguntar una tontería—. Las ciudades pequeñas como Fahlenberg tienen mucha memoria...

—Más de lo que a mí me gustaría, según veo —contestó Jan—. De acuerdo, pero entonces pongamos todas las cartas sobre la mesa. Vosotros habéis venido porque ya habéis buscado respuestas por vuestra cuenta pero ninguna os ha satisfecho lo suficiente. ¿Me equivoco?

—La policía dice que se suicidó —dijo Carla—. No se ha encontrado la prueba de ningún delito, de modo que el caso ha quedado cerrado.

—¿Y qué os ha dicho el médico que la trató?

—¿El doctor Rauh? —dijo Carla, haciendo una mueca de desprecio—. Nada.

—¿Nada?

—Se ha acogido al juramento hipocrático y me ha colgado el teléfono.

—Y yo no se lo he preguntado —añadió Ralf—. Nadie en la clínica sabe que estoy saliendo con Nathalie. Quiero decir, estaba. —Se tocó la perilla, nervioso—. Mierda, es que no puedo creerlo.

—¿Y por qué no se lo cuentas? —quiso saber Jan.

Ralf movió la cabeza hacia los lados.

—Si le hubiese dicho a Rauh, o a quien fuera, que Nathalie era mi novia, los chismorreos habrían sido insoportables. Y al final seguro que alguien habría soltado que me tiro a todas las pacientes o algo así. ¿Lo entiende?

Jan asintió con la cabeza.

—Perfectamente. Los cotilleos de hospital son los peores.

—Pero he estado informándome —continuó—. Según Rauh se trató de un «suicidio provocado por un ataque de pánico». Ni más ni menos. Y eso es todo.

—Pero ¿a vosotros no os convence?

—En cierto modo sí —dijo Ralf—, pero nos gustaría saber por qué tuvo el ataque. Qué fue lo que le provocó semejante reacción. Llevo ya unos cuantos años en psiquiatría y jamás he visto un paciente con una recaída semejante.

—Está bien —dijo Jan, frotándose las sienes—. De modo que queréis conocer mi opinión. Pues necesito que me habléis un poco más de Nathalie. ¿Qué tipo de miedos tenía? ¿Por qué ingresó en la clínica?

Una vez más, Ralf y Carla se miraron a los ojos. Ralf asintió y Carla pareció entender aquel gesto como una invitación a que hablara.

—Nathalie era una chica adorable, además de muy guapa —dijo al fin—. Cuando salíamos juntas siempre llamaba la atención, y raro era el día en que no se le acercaba algún chico para intentar ligar con ella. Tenía un imán que los atraía.

—¿Era buena flirteando?

—No, no, al contrario —dijo Carla—. No sé cómo explicártelo... Era como..., despertaba en los chicos una especie de instinto protector. Pero ella no quería salir con nadie. Los esquivaba a todos y evitaba cualquier tipo de relación con ellos. No tuvo ningún novio hasta que conoció a Ralf.

—¿Por qué?

Ralf carraspeó.

—Ella..., o sea..., tenía miedo del contacto físico. Temía el contacto con los hombres.

—¿Quieres decir que tenía miedo del sexo?

Ralf asintió con la cabeza.

—No sólo del sexo. Tardé mucho tiempo en poder cogerla del brazo sin que se pusiera tiesa como un palo.

—Pero eso no te impidió seguir saliendo con ella.

—¡Doctor Forstner, yo *la amaba*! —exclamó Ralf, dejando su vaso sobre la mesa

con tal fuerza que vertió parte del agua—. Ya sé que puede parecer una cursilada, pero es lo que hay. Nathalie era muy especial y me enamoré locamente de ella. El sexo no era lo más importante. Y cuando ella me pidió tiempo le dije que se lo daría.

—Lo siento —dijo Jan—. No pretendía ofenderte. Sólo intento entender lo que pasó. Y respecto a lo de «doctor Forstner»... Creo que ya puedes tutearme. Aquí soy Jan, ¿de acuerdo?

Ralf asintió.

—De acuerdo, Jan.

—¿Habló con alguno de vosotros sobre el tema? Quiero decir, ¿os explicó por qué tenía tanto miedo al contacto físico?

—Sí, conmigo —dijo Carla—, y luego también con Ralf. Pero a mí me lo dijo primero. Fue por algo que le sucedió en la infancia.

—¿La violaron? ¿Abusaron de ella?

—No —dijo Carla, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Pero fue igual de duro para ella.

Carla empezó a hablar de su amiga, y a Jan le pareció que la historia era lo suficientemente intensa para traumatizar realmente a una niña pequeña.

Nathalie no conoció a su padre. Su madre cambiaba de novio como quien cambia de ropa interior, o tenía varias aventuras a la vez, y ni haciendo un esfuerzo fue capaz de decidir cuál de sus muchos amantes podía ser el padre de su hija. Al menos eso fue lo que le contó a la niña, quien entendió que no tenía sentido preguntar más al respecto y, simplemente, creció sin una figura paterna. Aquello era lo que había, y punto.

Una vez, cuando Nathalie tenía ocho años, hubo una epidemia de gripe en su escuela. Ni los profesores pudieron escapar de ella, y llegó un día en que no pudieron impartir todas las clases y tuvieron que enviar a los niños de vuelta a sus casas antes de tiempo.

Al contrario que sus compañeros, Nathalie no se alegró demasiado con la noticia. Su madre estaba de muy mal humor últimamente, sobre todo cuando ella tenía vacaciones o era fin de semana, y lo más probable era que al llegar a casa la enviara al parque, o a donde fuera, para no tenerla demasiado cerca y poder descansar.

Ella sabía que su madre la quería. Cuando la abrazaba la llamaba «mi princesita» y Nathalie estaba segura de que lo habría dado todo por su hija, pero había días en los que la princesita se convertía en un simple estorbo y su madre no tenía ganas de estar con ella. Y últimamente esos días se habían vuelto más frecuentes.

Una vez le preguntó a su madre qué le pasaba y ella le contestó «no lo entenderías», de modo que decidió no insistir. Había cosas que los niños no debían saber, y Nathalie prefería no volver a la cama con la mejilla marcada.

El caso es que aquel día, cuando llegó a casa, abrió la puerta en silencio e intentó no hacer ruido al colgar la chaqueta y subir las escaleras, porque la mayoría de los

días su madre se echaba a dormir la siesta, y más si la noche anterior había sido larga.

Justo en el momento en que iba a entrar en su habitación, Nathalie oyó un grito, y luego otro. ¡Venían del dormitorio de su madre! Asustada la pequeña corrió hasta allí y abrió la puerta.

Carla se pasó la mano por la frente y suspiró.

—Bueno, y lo que vio en aquella habitación fue excesivo para una niña de ocho años. Cuando me lo explicó, yo misma, a mi edad tardé en comprenderlo...

—¿Qué vio? —preguntó Jan.

Carla tomó un poco de agua y continuó con su relato.

Vio a su madre. Estaba arrodillada ante el radiador que quedaba debajo de la ventana y tenía las manos esposadas. No llevaba más que unas medias rotas. El resto de su cuerpo estaba desnudo, y Nathalie vio que estaba lleno de arañazos y moratones.

Aquella imagen ya fue lo suficientemente horrible, pero lo que más la asustó fue ver a los dos hombres que rodeaban a su madre. Sin contar con las máscaras de cuero que les cubrían los rostros, también ellos estaban desnudos.

Durante unos segundos, la niña se quedó petrificada. Vio a uno de los hombres golpeando a su madre en la cabeza y tirándole de un pecho mientras el otro, arrodillado detrás de ella, jadeaba. Entonces, el que estaba de pie la vio.

El silencio se adueñó de la casa durante un brevísimo instante, y por fin la niña susurró:

—¿Mamá?

El hombre que había pegado a su madre le gritó que saliera de la habitación, mientras que el otro se limitó a mirarla en silencio.

Paralizada aún por el miedo, Nathalie miró a su madre. Se había vuelto hacia ella y por la comisura de los labios le caía un hilillo de sangre.

Nathalie quiso hacer algo. Gritar. Correr hacia su madre. Protegerla de aquellos monstruos. Pero no pudo. No fue capaz de mover un solo músculo de su cuerpo y se quedó mirando lo incomprensible.

Y entonces su madre sonrió. Debía de dolerle todo el cuerpo, pero aun así le sonrió. Fue una sonrisa impropia, inconcebible. Una sonrisa que parecía salirle del alma y querer decirle «No pasa nada, todo está bien».

—No te asustes, princesa. Ve al parque a jugar un rato —le dijo.

Y su voz sonó más dulce y cariñosa que en los últimos años.

—Increíble.

Jan se echó hacia atrás y miró el techo de la cocina.

—Aquella noche su madre le habló del tema —dijo Carla—. Intentó explicarle que le gustaba que la pegaran y la violaran. Pero... ¿cómo va a entender eso una niña de ocho años?

—De ahí su miedo al contacto físico —dijo Jan—. Debió de pensar que aquello era el modo normal de tener relaciones sexuales y ya no logró sacárselo de la cabeza.

—Evidentemente, con el tiempo comprendió que hay muchos modos de relacionarse sexualmente, pero el recuerdo de aquella escena estaba siempre demasiado presente en su memoria y nunca se vio capaz de mantener una relación. Te juro que yo hice cuanto pude por ayudarla, Jan, pero en cuanto conocía a un chico, el miedo la atenazaba. Era incapaz de hablar de sexo. Ni siquiera soportaba los chistes sobre el tema.

—Y se refería a ese miedo como a su demonio —añadió Ralf. Tenía los ojos llorosos—. Llegó el día en que también me lo explicó a mí. Me dijo que no quería perderme, pero que no estaba preparada para mantener relaciones sexuales.

—¿Y cómo reaccionaste?

—Yo... le dije que no pensaba moverme de su lado y que esperaría cuanto hiciera falta. Habría esperado toda la vida si me lo hubiera pedido. La amaba con toda el alma —dijo, y rompió a llorar.

—¿Le recomendaste tú que fuera a la clínica?

Ralf sacó un arrugado pañuelo del bolsillo de su pantalón y se sonó escandalosamente.

—Sí, la convencí para que se dejara ayudar por un especialista —dijo, aún entre sollozos.

—¿Y mejoró algo?

Ralf se encogió de hombros mientras devolvía el pañuelo al bolsillo de su pantalón.

—No nos acostamos, si te refieres a esto. Pero llegué a abrazarla sin que se pusiera tensa. Y últimamente había empezado incluso a buscar mi compañía...

—Dile lo que pasó aquella tarde —le dijo Carla.

Jan la miró con curiosidad.

—¿Qué tarde?

—La tarde antes de que lo hiciera —dijo Ralf, que poco a poco empezaba a recomponerse— pasó algo extraño, pero fui tan idiota que no reaccioné.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Había quedado con Nathalie para ir al cine. Pasé por su piso para recogerla, pero no me abrió, de modo que la llamé al móvil. Estaba en el rellano de la escalera y oí su teléfono sonando al otro lado de la puerta. Como no lo cogió supuse que habría salido a comprar algo y me quedé esperando un rato. —Ralf se quedó mirando el mantel, meditabundo, y sonrió al añadir—: A veces le entraban ganas de tomarse una de esas porciones de *pizza* para llevar que se venden en el restaurante italiano que queda justo debajo de su casa y salía disparada a comprársela.

—¿Y? ¿Había salido a por una *pizza*?

Su sonrisa desapareció tan rápido que Jan se preguntó si de verdad había existido.

—No. Marco, el dueño, dijo que llevaba días sin verla. Su polo estaba aparcado en la calle, de modo que debía de estar en casa, al fin y al cabo.

Ralf tocó con el dedo índice una gota del charquito de agua que se había formado sobre el mantel y luego se quedó mirando el dedo mojado como si nunca hubiese visto nada semejante.

—No me preocupé. No se me ocurrió que pudiera pasarle algo —dijo, en voz baja—. Sólo pensé que había tenido otro de sus ataques de sueño.

—¿Ataques de sueño?

—Sí. —Jan se secó el dedo con la palma de la otra mano—. Desde que salió de la clínica tenía ataques de sueño. Debía de ser por la medicación que tomaba.

—¿Qué le recetaron?

—Trimipramina.

—Sí, la trimipramina produce somnolencia —confirmó Jan—. ¿Qué hiciste entonces?

—Nada —dijo Ralf, alzando las manos desconcertado—. No hice nada. Volví a mi casa. Al cabo de un rato la llamé otra vez pero tampoco cogió el teléfono, y decidí dejarla tranquila porque pensé que dormía y no quería despertarla. No empecé a preocuparme hasta el día siguiente, cuando la llamé desde el trabajo y tampoco contestó. Estaba a punto de ir a su piso a buscarla cuando Carla me llamó y me contó lo que había pasado.

Jan comprendió entonces por qué el pobre le había parecido tan serio la primera vez que lo vio. Sintió una pena enorme por él.

—¡Joder! —Ralf dejó caer ambos puños sobre la mesa, y el charquito de agua se extendió en todas direcciones—. ¡Soy tan imbécil! ¡Tenía que haberme dado cuenta de que algo iba mal!

—Vamos, Ralf —le dijo Carla, poniendo su mano sobre la de él—, los reproches no sirven de nada...

—Es muy fácil decirlo. —La miró. Le temblaban los labios. Y volvió a llorar—. ¿Cómo pudo pensar que volvería a enviarla a la clínica, sin más? ¿Por qué no intentó al menos hablar conmigo? Yo siempre estuve a su lado. ¡Quizá aquella noche no se atrevió a abrirme la puerta porque tenía miedo de mí!

Antes de que Carla o Jan pudiesen decirle algo, Ralf se levantó y salió corriendo de la cocina. Lo oyeron sollozar en el pasillo.

—Dejémoslo solo un rato —dijo Jan, al ver que Carla quería ir tras él.

—Sí, quizá sea lo mejor.

Carla volvió a sentarse y empezó a jugar con uno de sus rizos.

—¿Tú qué crees? ¿Por qué lo hizo?

—No puedo saberlo —dijo Jan, apenado—. Por lo que deduzco de este *mail*, debió de pasarle algo que avivó su trauma. Algo que no se esperaba y que la llevó a

saltar del puente en un ataque de pánico. Pero esto no es más que una hipótesis, claro está. ¿A qué crees que se refería al decir que el demonio de su cabeza era real?

—No tengo ni la menor idea —suspiró Carla. Y luego, mirándolo fijamente a los ojos, añadió—: Cuando estuve en la comisaría me dijeron que tú fuiste el último en verla con vida.

—Así es.

—¿Dijo algo antes de morir?

—No, fue todo muy rápido.

Jan se vio incapaz de comentarle cómo fueron los últimos minutos de vida de su amiga. Y ya ni siquiera estaba seguro de que aquel sonido inarticulado que dejó escapar la moribunda tuviera algún significado.

—Lo siento, Carla, pero me temo que no os puedo ayudar.

—Está bien, no pasa nada. Pero me gustaría pedirte un último favor.

—Soy todo oídos.

—En el piso de Nathalie encontré el número de teléfono de un médico. Llamé, evidentemente, pero el doctor en cuestión no pudo decirme nada por lo del juramento hipocrático.

—Ya veo. Esperas que yo hable con él en mi calidad de médico, ¿no?

—Me debes una por lo de arandela, ¿no te parece?

Esta vez le había llevado un vestido. Dunja lo sacó de la caja y lo miró atentamente. Era un vestido de noche, de color azul marino, de una tela ligera que brillaba como la seda.

«Crepé —pensó—. Nada caro, pero elegante».

Aquel era uno de esos vestidos que tanto podían llevarse en una cena romántica como en una fiesta familiar. El escote era discreto y el corte en la espalda no era excesivo. Seguro que Dunja estaría preciosa al ponérselo, porque su sencillez concedía todo el protagonismo a quien lo llevaba, y no a sí mismo.

A ella le gustó. Sobre todo el color. Aquel azul era intenso, magnífico. No le importaba que pareciera antiguo ni que probablemente fuera de segunda mano.

Era la primera vez que le hacía un regalo como ese. Antes se había limitado a las fruslerías que le dejaba junto al dinero en la mesita de noche. Pero un vestido..., eso era algo mucho más personal.

—Es precioso. ¿Es para mí?

—No —le dijo, mirando hacia la ventana—. Quiero que te lo pongas para mí.

—Como quieras. —Dunja intentó disimular su decepción—. ¿Quieres mirarme mientras me lo pongo?

—Tú póntelo y punto.

No se dio la vuelta. En lugar de eso descorrió la cortina de terciopelo rojo como si fuera hubiera algo interesante que ver. Algo que no fuera sólo el cementerio.

A Dunja no le gustaba mirar por la ventana. Las tumbas le daban miedo, pero no la dejaron escoger la orientación de su habitación.

—¿Tengo que decir algo mientras me lo pongo?

Él negó con la cabeza, aún sin mirarla.

—Póntelo de una vez. Por favor.

Una vez más, Dunja sintió esa fría tristeza que siempre acompañaba al desconocido. Estaba segura de que en el pasado debieron de arrebatarle algo que le dejó un vacío enorme; un abismo en el que desde entonces habían ido cayendo todas las emociones que se le mostraban, y allí desaparecían, absorbidas por la oscuridad, sin que él se hubiese percatado siquiera. Ahora mismo, por ejemplo, parecía estar metido en su propio mundo, ajeno a todo, sin darse cuenta de que ella estaba allí.

El desconocido era tan distinto al resto de los hombres con los que trataba... Él

no buscaba un polvo rápido ni pagaba por que ella satisficiera deseos que su mujer no podía o no quería darle. De hecho, Dunja estaba bastante convencida de que no estaba casado ni tenía novia.

Lo que buscaba parecía estar oculto en su recuerdo, y de ella dependía lograr que cobrara vida. Aunque sólo fuera por una hora.

Algo después, cuando el desconocido volvió a guardar el vestido en su caja y lo dobló con tanto esmero como si estuviera hecho de cristal, tenía la parte delantera de la falda empapada. El hombre se había pasado casi una hora arrodillado ante ella, abrazándole las piernas y llorando como un niño.

Con un nudo en la garganta, Dunja le había acariciado la cabeza y había intentado susurrarle frases de consuelo mientras él le suplicaba entre sollozos que lo perdonara.

Y cuando el desconocido se marchó sin despedirse, ella se tumbó en la cama y se observó en el gran espejo del techo. Se tocó el pelo y lo extendió sobre la sábana de satén, como él solía hacer.

—¿Quién eres, Carmen? —preguntó a su reflejo desnudo—, ¿y qué es lo que debes perdonarle?

Jan estaba sentado en la butaca de Marenburg y veía la tele. Era la una de la noche y ni siquiera el debate sobre la pérdida de valores de la sociedad actual había logrado que le entrara sueño. Seguía pensando en lo que Carla y Ralf le habían contado sobre Nathalie Köppler.

Se hacía perfectamente a la idea de la necesidad que ambos tenían de comprender qué había llevado a su amiga a quitarse la vida de un modo tan trágico. Algo así era muy difícil de aceptar... si es que alguna vez podía llegar a aceptarse.

Ralf y Carla buscaban respuestas, como él. Creían que de aquel modo podrían gestionar mejor su dolor. Pero lo más probable era que la vida los dejara, también a ellos, sin la explicación que requerían.

Un haz de luz cayó de pronto sobre la ventana, y enseguida se oyó el motor de un coche acercándose a la casa.

«Rudi, el trasnochador», pensó Jan. ¿De dónde vendría a estas horas? Apenas unos minutos después sonó el timbre de la puerta. Por lo visto, Marenburg se había dejado la llave. Jan se despegó de la butaca y dio por finalizada la discusión sobre la pérdida de los valores apretando una tecla del mando.

Cuando llegó al pasillo volvió a sonar el timbre, esta vez con mayor apremio.

—¡Ya va, Rudi, ya va! ¡Estoy despierto!

Jan abrió la puerta y se encontró con una figura esquelética.

—¿Señor Liebwerk?

El archivero le señaló su coche con expresión iracunda y le dijo:

—¡Vamos, ayúdeme a sacar a su amigo de ahí!

Jan miró asustado hacia el destartado mercedes al que se refería Liebwerk. Marenburg estaba inclinado hacia delante en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada en el salpicadero.

—¿Qué le pasa?

—¿Que qué le pasa? —Liebwerk resopló, indignado—. Que está borracho como una cuba. Eso es lo que le pasa. Se ha presentado en el Spinnrad y me ha dicho que quería invitarme a algo. De haber sabido que tenía pensado emborracharse hasta olvidar el nombre de su madre, tenga por seguro que lo habría enviado al carajo.

El anciano anduvo por la nieve hasta su coche y abrió la puerta del copiloto.

—Bueno, qué, ¿viene a ayudarme o lo dejo caer y que se congele?

Jan se puso los zapatos y corrió hacia Liebwerk. Entre los dos sacaron a Marenburg, que estaba tan borracho que apenas podía sostenerse en pie, y se dejó caer sobre Jan con tanto ímpetu que este tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio y acabar tirado en la nieve.

Liebwerk dio la vuelta al coche y se sentó al volante.

—Cuando su amigo recupere el conocimiento dígame de mi parte que no cambiaré de opinión. No pienso hablarle del informe, y esta es mi última palabra. ¿Entendido?

Y antes de que Jan pudiera contestarle, cerró la puerta y puso en marcha el motor. Con Marenburg colgado de su hombro, el psiquiatra vio alejarse el mercedes al ritmo de los rugidos de su tubo de escape.

—Por Dios, Rudi —dijo Jan—. Lo has dejado hecho un basilisco.

Remolcó a su amigo hasta el interior de la casa y, justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, se fijó en las luces de un coche que se alejaba de allí en la misma dirección que Liebwerk. Qué extraño, a aquellas horas y en aquel barrio...

Pero antes de que pudiera pensar más sobre el tema, Marenburg le dijo al oído:

—Jan, amigo mío, creo que voy a vomitar.

Por su tono de voz al otro lado de la línea, el doctor Wolfgang Hesse debía de ser de avanzada edad. Consiguió hablar con él después de que el auxiliar de médico de turno que respondió a teléfono hubo comprobado que trabajaba, efectivamente, en la Clínica del Bosque. Y cuando le pasaron la llamada, el médico de cabecera le contestó con áspera voz de barítono.

—Me temo que no dispongo de mucho tiempo —dijo, en cuanto Jan le explicó el motivo de su consulta—. Tengo la sala de espera abarrotada. Cada año pasa lo mismo: vuelve la gripe, y por supuesto nadie se ha vacunado a tiempo. En fin, es lo que hay. ¿Qué desea saber sobre la señorita Köppler?

—Me he enterado de que fue a visitarlo poco antes de su muerte. Me gustaría saber cuáles eran sus síntomas, de qué se quejaba.

—¿Y por qué quiere saberlo? Es decir, la chica ha muerto, ¿no? Una historia terrible, por cierto. Me quedé consternado cuando me lo contaron.

—Me han transferido su historial clínico y tengo que añadirle un informe psiquiátrico. Por eso me importa —dijo Jan, preguntándose si el doctor Hesse notaría el temblor de su voz al mentir.

—¿Un informe psiquiátrico *post mortem*? Vaya, esto sí que es nuevo.

—Ya sabe cómo es la burocracia.

Jan suspiró teatralmente.

—Ni que lo diga —dijo el doctor Hesse, suspirando también—. Cada año se complica más. Si eliminaran sólo la mitad de los formularios que nos hacen rellenar, seguro que acabaríamos con la absurda deforestación mundial. Pero bueno, volvamos a su pregunta: la señorita Köppler vino a mi consulta en dos ocasiones. Tenía dolor de barriga.

—¿Dolor de barriga?

—Sí. Se sentía mareada y le dolía el abdomen. La primera vez le recomendé homeopatía y manzanillas, porque al principio no siempre intento evitar el botiquín —Jan no pudo evitar imaginarse a un tipo canoso y con coleta que llevaba un jersey de lana estampado—, y le dije que me llamara si no mejoraba. Cosa que hizo al cabo de unos días. Entonces le hice un reconocimiento a fondo. Como decía que tenía ganas de orinar con frecuencia, problemas de circulación en las piernas y dolor en ambos pechos, todo apuntaba en una dirección.

—¿Ah, sí? ¿En qué dirección?

—Un momento —dijo el doctor Hesse, y a lo lejos pudo oír la voz de una mujer, seguramente una enfermera, diciéndole algo—. Perdona, doctor Forstner, voy a tener que dejarlo. Para ser exactos Nathalie Köppler estaba de cinco semanas.

—¿Estaba embarazada? —Jan no daba crédito a lo que acababa de oír—. Pero... ¡pero es imposible!

—Eso mismo dijo ella —respondió Hesse—, pero el resultado del test fue inequívoco. Y ahora, si me disculpa...

—Respóndame a una última pregunta, por favor.

—Sea breve.

—¿Cómo reaccionó la señorita Köppler al enterarse?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué no?

Hesse carraspeó.

—Mire, cuando la señorita Köppler vino a mi consulta por segunda vez le hice todo tipo de pruebas: análisis de sangre, de orina, toma de presión... Lo normal, vaya. Quería asegurarme de que sus dolores no estaban provocados por un virus o algo por el estilo. Pero el resultado se lo dije por teléfono. Ella me llamó. Dijo que no podía venir. Y cuando le comenté que estaba embarazada y que no había ninguna duda al respecto, simplemente colgó. ¿He respondido a su pregunta? Mis pacientes me esperan...

Jan quiso darle las gracias, pero el doctor Hesse colgó, sin más.

Con el ceño fruncido se recostó en la butaca de su consulta y se quedó mirando el teléfono. Parecía que acababa de encontrar lo que provocó el ataque de pánico de Nathalie Köppler.

Se suicidó porque estaba embarazada.

Pero la pregunta que subyacía era inevitable: si Ralf no le había mentado y no se había acostado con ella..., ¿quién era el padre?

Durante muchos años la Clínica del Bosque se había autoabastecido de lechugas y verduras varias que se cultivaban en los invernaderos del recinto, pero con las últimas medidas económicas y los recortes del Estado la mayor parte de la horticultura tuvo que abandonarse a favor de una ocupación más rentable. En la actualidad, seis de los antiguos nueve huertos estaban vacíos y en ruinas. Los tres restantes se utilizaban con fines terapéuticos durante la primavera y el verano, y ahora, en noviembre, eran el lugar perfecto para hacer una discreta pausa en la jornada laboral.

Cuando Jan llegó al punto de encuentro indicado, en el invernadero, Carla estaba sentada en una silla plegable y mordisqueaba con desgana una barrita de cereales con la mirada perdida en los bancales vacíos. Ralf estaba sentado junto a ella en una de aquellas mesas que no tardarían en llenarse con los centros de flores que los pacientes empezarían a enviar a la clínica como regalo de Navidad. En cuanto lo vieron entrar, los dos se levantaron de un salto.

—¿Y bien? ¿Has podido hablar con ese tal Hesse? —le preguntó Carla, lanzando el resto de su barrita a una oxidada papelera.

—Sí, lo he hecho.

Jan miró a Ralf inquisitivamente. Parecía algo más descansado, aunque continuaba con la pena marcada en el rostro.

—Bueno —le apremió Carla—. ¿Qué te ha dicho?

—Estaba enferma, ¿no? —dijo Ralf, inexpresivo—. Cáncer, o algo así. Por eso se suicidó.

Jan movió la cabeza hacia los lados.

—No, Ralf. Nathalie no estaba enferma. —Lanzó una mirada rápida a Carla, que lo observaba con verdadera curiosidad—. Me temo que la verdad puede ser muy dolorosa, Ralf...

—Vamos, suéltalo ya. No puede ser peor de lo que ya es.

—Me temo que sí —dijo Jan, suspirando—. Estaba embarazada.

Ralf lo miró sin reaccionar.

—¿Embarazada? —preguntó Carla.

—Sí.

—Es broma, ¿no?

—Me temo que no.

Ralf se puso blanco como el papel.

—Pero... —Carla miraba alternativamente a ambos hombres—. Pero tú nos dijiste que no os...

—¡Es que no nos acostamos! —chilló Ralf. Con los puños cerrados miró a Jan y añadió—: No podía estar embarazada. Es imposible.

—Me temo que sí —dijo Jan, con voz suave—. Todas las pruebas dieron positivo.

Ralf dio una patada a uno de los sacos de tierra que tenía a su izquierda. El plástico se rompió y la tierra se esparció por el suelo.

—Cálmate, cálmate —le dijo Jan, cogiéndole por los hombros y dándole la vuelta para mirarlo a los ojos—. Tienes que controlarte, ¿me oyes?

—Es que no puedo creerlo —gimió Ralf, librándose de las manos de Jan—. No es posible, ¿no lo entendéis? Nathalie y yo nunca tuvimos relaciones sexuales. Aún no estaba preparada...

Carla miró a Jan como si esperara que este fuera a ofrecerles una solución para el enigma.

Durante unos segundos reinó entre ellos un silencio denso y oprimente. Sólo se oía el viento helado chocando contra los cristales del techo. Y cuando el silencio se le hizo insoportable, Jan lo rompió para preguntar lo que sin duda les rondaba a todos por la cabeza:

—Ralf, si el niño no era tuyo... ¿de quién podía ser?

Ralf se dio la vuelta, se acercó a la mesa y le dio un puñetazo. En aquel espacio de techos altos y paredes de cristal, sonó como un disparo.

—¿Y yo qué sé? ¡Si ni siquiera puedo creerlo!

—Embarazada —dijo Carla, cerrando los ojos—. ¿Y por qué no me lo dijo?

—Porque hasta el último momento pensó que se trataba sólo de un dolor de barriga, y cuando se enteró ella también se quedó consternada.

Jan se acercó a Ralf, que seguía inmóvil ante la mesa de cristal con expresión colérica, como si esta fuera la culpable de todos sus males.

—Sé que debe dolerte, Ralf.

—Sí, claro. Seguro que lo sabes.

Jan hizo caso omiso del comentario.

—¿Hay alguien más, aparte de vosotros dos, en quien Nathalie confiara? ¿Alguien que pudiera haberse aprovechado de su confianza?

Ralf negó con la cabeza y soltó el aire.

—No que yo sepa.

—No —confirmó Carla—. Oye, yo era su mejor amiga. Si Nathalie hubiese tenido algo con otro hombre yo lo habría sabido. Además, no estamos hablando de una chica cualquiera. Imagina lo que habría supuesto para ella tener dos novios a la vez.

Jan se encogió de hombros, desconcertado.

—Pues perdonadme pero... Es que no acabo de creerme lo de la inmaculada

concepción.

—¿Y si ese tal Hesse se equivocó de historia? —dijo Ralf, dándose la vuelta de nuevo hacia ellos. En su mirada brillaba la esperanza de que así fuera.

—No, Ralf —contestó Jan—. Ningún médico le diría a su paciente que está embarazada sin haber comprobado minuciosamente los resultados. Nathalie estaba de cinco semanas, y a estas alturas las pruebas no se equivocan. Además, no sólo le hicieron análisis de sangre y de orina, sino que también otras muchas pruebas, y si el doctor Hesse hubiese visto alguna discrepancia entre ellas, seguro que las habría repetido.

Carla lo miró, pensativa.

—¿Y dices que estaba de cinco semanas?

—Sí, ¿por qué?

—Porque hace cinco semanas aún estaba ingresada en la clínica.

Ralf le lanzó una mirada cargada de reproches.

—¿Estás sugiriendo que se acostó con otro paciente?

—Bueno, parece posible, ¿no?

—En su unidad sólo había mujeres.

La voz le temblaba por el coraje.

Carla hizo un gesto de desconcierto.

—¿Y si fue alguien del personal? ¿Un enfermero? ¿Un médico?

—¡Mierda, joder! —escupió Ralf—. Sólo con pensar que pudiera tener algo con uno de esos tíos...

—No —dijo Jan—. Me parece bastante improbable. ¡Imagínate! Sería un crimen, un abuso por parte del profesional. Si te descubren teniendo relaciones sexuales con una paciente ya puedes despedirte de tu carrera profesional, y eso sin contar con la cantidad de delitos en los que incurrirías.

—Venga ya, Jan —dijo Ralf, haciendo un gesto de desprecio con la mano—. Conozco a un montón de colegas que sólo piensan con la polla.

—Ya, pero ¿cuántos de ellos se han acostado con una paciente?

Ralf bajó la vista.

—Ninguno, supongo.

—Pues eso.

Ralf metió las manos en los bolsillos de su pantalón y empezó a pisar la tierra que había salido del saco.

—En cualquier caso, tiene que haber pasado aquí.

—¿Y si la violaron? —preguntó Carla—. Igual alguno de los locos que andan sueltos...

—No lo creo —dijo Jan—. Según me dijisteis, al salir de la clínica se sentía mucho mejor, ¿no? Imaginaros lo que supondría una violación en alguien con un trauma como el suyo. Le habría sido imposible guardar el secreto, y más aún actuar como si no hubiese pasado nada.

—Pero *estaba* embarazada —dijo Ralf, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Bueno, si queréis conocer mi opinión profesional... —dijo Jan—, creo que Nathalie había crecido con el trauma de que sexo y violencia eran inseparables, pero que la terapia la ayudó a superar sus miedos. Empezó a sentirse bien, y un día conoció a alguien y tuvo ganas de tener relaciones sexuales con él, por decirlo de un modo formal.

—Pero uno no se suicida al enterarse de que está esperando un hijo —le interrumpió Ralf—. ¿Y cómo te explicas lo del demonio, eh? «El demonio es real». ¡Estas fueron sus palabras!

—El demonio... —dijo Jan, haciendo un gesto con las manos—, el demonio debió de ser una metáfora de sus miedos, pero también de su sentimiento de culpa. Algo que deseaba al mismo tiempo que temía. Estoy convencido de que en este caso el demonio era lo que la hacía sentirse culpable por lo que había hecho. Culpable ante ti, pero sobre todo ante ella misma. Y la noticia de su embarazo debió de dejarla conmocionada. Había hecho algo que hasta hacía muy poco le había parecido el peor de los horrores, y, por supuesto, las consecuencias eran ineludibles. Y no pudo soportarlo. Si lo piensas, el hecho de que sólo quisiera hablarlo con Carla y no contigo viene a confirmar mi teoría. Estaba arrepentida, Ralf. Tenía remordimientos.

La mente de Carla iba a toda velocidad. La evidencia de las palabras de Jan caía por su propio peso, y eso la destrozaba. No se le ocurría nada sensato con lo que rebatir aquellos argumentos...

Ralf se había tapado la cara con las manos y estaba haciendo un esfuerzo por no desmoronarse. Jan se le acercó y le dijo en voz baja:

—No creo que Nathalie quisiera engañarte. Lo más probable es que sólo fuera un arrebato aislado.

—¡Ella nunca se habría acostado con alguien así, sin más! —le gritó el enfermero.

—Estoy seguro —dijo Jan, sin perder la calma—. Pero tienes que aceptar que tuvo relaciones con alguien y que ese alguien la dejó embarazada. Es lo que hay, Ralf. Es lo que hay.

—¡Maldita sea, Jan! ¡Se ha suicidado!

Ralf dio otra patada al saco de tierra.

—Cierto. Y no podemos hacer nada por evitarlo. Nathalie se arrepintió de sus actos y no se vio capaz de afrontar las consecuencias de lo que hizo.

Carla se frotaba las sienes, pensativa.

—Se me ocurre otra posibilidad.

Ralf y Jan se dieron la vuelta para mirarla, sorprendidos.

—Supongamos que se acostó con un paciente —dijo—. Para ella fue cosa de una vez, pero él quiso que fuera más, de modo que insiste y la agobia. Quizá se volviera un pesado, y entonces ella descubre que está embarazada. En tal caso el demonio sería alguien real. —Miró a los hombres con los ojos muy abiertos—. Quizá él no

dejara de llamarla por teléfono o de presentarse ante su puerta y por eso no quiso abrir a Ralf.

—Quizá la aterrorizara hasta el punto de querer quitarse la vida —añadió Ralf, tomando el hilo del razonamiento.

—Os aferráis a un clavo ardiendo —dijo Jan, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿no nos ayudarás a dar con ese tío?

—Para serte sincero, no me convence demasiado la idea de que alguien pudiera estar acosándola para volver a acostarse con ella.

—No te convence, vale, pero es posible, ¿no? Y si así fuera... Nathalie no sería la única responsable de su muerte.

—¿Y si te equivocas? —le replicó Jan—. Entiendo lo que estáis haciendo: buscáis a alguien a quien culpar por la muerte de Nathalie. Es lógico, sin duda, pero eso no la devolverá a la vida. Creo que lo mejor que podéis hacer es dar el asunto por zanjado. Dejad que vuestra tristeza siga su curso, pero no os alejéis de los hechos...

—¡Mira quién fue a hablar! —dijo Carla, irónica.

La expresión de Jan se oscureció.

—Creo que ya va siendo hora de que me vaya —dijo, en voz baja—. Tengo pacientes que atender.

Y dicho aquello salió del invernadero sin volver la vista atrás.

El cuerpo humano funciona como una pieza de relojería. Hieronymus Liebwerk había llegado a esa conclusión hacía unos cuantos años, y desde entonces no había cambiado de opinión. Cada mañana se levantaba a las cinco en punto sin necesidad de ponerse el despertador, justo a las doce del mediodía le entraban ganas de comer e inmediatamente después del telediario de la noche se iba a la cama y se quedaba dormido antes de contar hasta diez.

Y lo mismo sucedía con su vejiga, que reclamaba su atención tres veces al día exactamente: justo antes de entrar a trabajar, durante el descanso del mediodía y pocos minutos antes de cerrar el archivo para volver a casa. Por eso no tuvo que mirar el reloj para saber que faltaba poco para las cuatro y media cuando metió la última historia en su caja correspondiente.

Llevó la caja a la sala grande, aquella en la que los informes esperaban pacientemente a ser destruidos para siempre, y la colocó en el lugar que le correspondía. Después subió la escalera para ir al lavabo, que se encontraba en el pasillo del edificio de la administración.

Cuando regresó al archivo, apenas unos minutos después, se quedó estupefacto: la pesada puerta blindada de la sala exterior estaba abierta.

Liebwerk se rascó la cabeza, atónito. La vieja puerta pesaba una barbaridad y había que hacer mucha fuerza para cerrarla. Teniendo en cuenta su edad y su paupérrima corpulencia, llevaba años concentrándose mucho en aquel gesto, para no quedarse a medias.

Entró en la sala y miró en todas direcciones, pero no vio a nadie.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta.

Liebwerk sacudió la cabeza. Vaya, pues debió de cerrarla mal, al fin y al cabo. Qué desastre, envejecer...

De todos modos, aquello era muy extraño. Y después del asunto de la caja desaparecida y el informe mal archivado, ya no se sentía muy a gusto entre aquellas paredes. Además, de pronto tenía la sensación de que no estaba solo...

«Aquí hay alguien escondido —le dijo una voz interior—. Entre las estanterías, o quizá en la sala grande del archivo.

»O quizá empiezo a tener demencia senil —se dijo entonces, humedeciéndose los

labios reseco—. Creo que he leído demasiadas historias de locos y empiezo a convertirme en uno de ellos».

Necesitaba fumar. Inmediatamente. Cielos, si no daba una calada en ese mismo instante le daría un ataque.

Mirando a su alrededor con desconfianza, Liebwerk se acercó a su mesa, cogió su cajetilla y sacó un cigarro. Con un gesto automático bajó la mano para coger el mechero, pero no estaba en su sitio.

Desconcertado, se frotó la nuca. Habría jurado que dejó el mechero al lado de la cajetilla, como siempre. Pero por mucho que lo buscó, no estaba allí.

Una vez más, Liebwerk recorrió el archivo con la mirada.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó de nuevo, haciendo un esfuerzo por parecer decidido.

Silencio.

«Igual te lo has dejado en el lavabo», le dijo su voz interior. Entonces se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón y encontró un mechero, aunque no era el que había utilizado durante el día.

Encendió el cigarrillo. El sonido del mechero al prenderse sonó sorprendentemente alto. Liebwerk dio una calada muy larga, disfrutó del conocido picor en el cuello y se sintió mejor de inmediato. Soltó el humo por la nariz y escuchó en silencio.

Nada. Sólo se oía el murmullo del ordenador.

«Aquí no hay nadie.

»¿O sí?

»¿No has oído eso?

»Parece una respiración...

»Pero no.

»Debo de habérmelo imaginado».

Con la esperanza de no convertirse en un anciano decrepito y chiflado destinado a pasar sus últimos días acompañado de un enfermero, Liebwerk dio otra calada a su cigarrillo, lo dejó en el cenicero y se dirigió hacia la puerta de la segunda sala. Iba a apagar la luz y cerrar la puerta cuando algo que había en el suelo le llamó la atención. Era un objeto rojo, a unos cinco metros de él, justo frente a las estanterías.

Liebwerk respiró. ¡No estaba senil! El mechero debió de caérsele cuando dejó la última caja en la estantería.

—Viejo estúpido —se dijo a sí mismo—. Maldito viejo estúpido.

Se dirigió hacia el mechero de plástico rojo, lo cogió del suelo y lo miró a contraluz. Aún estaba medio lleno. Fantástico.

Justo en aquel momento se apagaron las luces, y antes de que Liebwerk pudiera darse cuenta de lo que sucedía, la puerta se cerró de golpe.

¡Pam!

Oscuridad. La oscuridad más absoluta.

—¡Eh!

Liebwerk se dirigió a la puerta, asustado, y la palpó en busca del pomo. Aquella sala sólo tenía un interruptor para la luz y se encontraba junto a la puerta, pero por fuera (el que diseñó el archivo debió de tener un mal día o ser directamente un inútil), de modo que en ese sentido no pudo hacer nada.

Al fin dio con el pomo, pero cuando intentó girarlo se quedó con él en la mano. Durante una milésima de segundo se quedó perplejo, pero luego le entró un ataque de rabia.

—¡Maldito pomo! —maldijo en voz alta, mientras comenzaba a aporrear la puerta—. ¡Eh! ¡Socorro! ¡Estoy aquí!

En la sala de al lado pudo oír pasos que se alejaban y de repente se detuvieron.

—¡Hola! ¿Paul, eres tú?

Se quedó en silencio. Seguro que el bedel había pensado que se había olvidado de cerrar. Pero ¿por qué ahora no le contestaba? ¿Acaso quería gastarle una broma? No sería la primera vez, pensó Liebwerk, recordando aquel cigarrillo de chocolate que Paul le coló en una ocasión en una cajetilla de los suyos.

—Muy gracioso, de verdad que me parto de risa. Ja, ja.

Indignado, Liebwerk tanteó la puerta e intentó volver a colocar el pomo en su sitio, pero a oscuras todo era mucho más difícil, y enseguida oyó que el del otro lado de la puerta también caía al suelo.

—¡Paul, déjate de gilipollecas y ven a ayudarme, por el amor de Dios! ¡El maldito pomo se ha roto!

Volvió a oír los pasos. No, ese no era Paul Wisniewski. A esas alturas ya le habría contestado, aunque sólo fuera con una carcajada.

—¿Quién anda ahí?

Los pasos se alejaron un poco más antes de detenerse de nuevo para... ¿arrugar papeles?

—¡Abran la puerta!

Al otro lado reinaba el silencio.

—¡Déjenme salir! —suplicó—. ¡No soporto la oscuridad!

Justo entonces oyó abrirse la puerta blindada y sintió pavor. Empezó a aporrear la puerta con todas sus fuerzas, fuera de sí, mientras gritaba:

—¡Vamos! ¡Ya está bien! ¡Esto ya no tiene gracia!

La puerta se cerró de golpe y Liebwerk oyó la llave al girar. Quien quiera que fuera, no tenía la menor intención de volver.

Desesperado, el anciano continuó golpeando la puerta e intentó abrirla con el pomo, que por supuesto, roto como estaba, no servía para nada. Gritó hasta desgañitarse, pero nadie lo oyó. Agotado, tanteó el suelo en busca de una caja y se dejó caer sobre ella.

Aquí abajo no lo oiría nadie. Y menos aún a aquellas horas. El edificio de la administración cerraba a las cinco, y a partir de aquel momento no quedaba ni un

alma. Estaba solo en la oscuridad, y ni siquiera podía fumar.

Eran poco más de las cinco. Jan estaba en el despacho de las enfermeras, tomándose el café que le había ofrecido una de ellas, y esperaba la llegada del doctor Rauh.

En el pasillo de la unidad número doce las enfermeras se afanaban a repartir la cena. Empujaban dos pesados carritos de metal en los que se transportaba la comida por los pasillos de la clínica, y al cabo de unos minutos Jan empezó a oír el sonido de los cubiertos repartiéndose sobre las bandejas de plástico.

Algo más allá distinguió la voz de una paciente que se quejaba de que volvieran a darle queso y jamón.

—Los animales mueren por esto —la oyó decir—, os lo he dicho cientos de veces. Pero atentos, dice el Señor, pues llegará el día en que los animales se libren de su yugo y caigan sobre nosotros. Entonces serán ellos los que nos coman, saboreando nuestras carnes...

—Está bien, Sibylle —la interrumpió una enfermera—. Prefieres crema de verduras, ¿no? ¿Es eso?

—Sí, mejor la crema.

Jan iba de un lado a otro de la sala, con la taza de café en la mano. ¿Y si aprovechaba el retraso de Rauh, se preguntó, y lo utilizaba como excusa para aplazar su cita? No, mejor que no. Debía quedarse.

La observación de Carla en el invernadero le afectó más de lo que habría deseado, entre otras cosas porque sabía que en el fondo tenía razón. Él les había echado en cara que no fueran capaces de olvidarse del tema, pero eso era precisamente lo que le pasaba a él. Necesitaba respuestas para poder descansar. Era lo único que pedía.

¿O había algo más?

«No lo sé».

A esas alturas lo único que sabía era que el mejor modo de entenderse a sí mismo era someterse a la terapia de Rauh, por mucho que le costara admitirlo.

Observó el enorme corcho que ocupaba una de las paredes de la sala. Estaba tan lleno de notitas, horarios, postales y fotos que apenas tenía un milímetro libre de información.

La mayor parte de las fotos eran instantáneas tomadas en fiestas y demás. En una de ellas se veía a las enfermeras junto a sus pacientes, haciendo una barbacoa en el atrio de la unidad, o bien en la sala de espera durante una fiesta de carnaval. En otra

se veía a una mujer, probablemente una paciente, sonriendo y mostrando un gato a la cámara.

Algo más abajo, a Jan le llamó la atención una foto de grupo. En ella se veía a un sonriente Norbert Rauh sosteniendo un ramo de flores frente a la puerta de cristal de la cantina. A su alrededor podían verse varias mujeres, que señalaban con el dedo, divertidas, al visiblemente orgulloso doctor.

Entre aquellas mujeres, Jan reconoció a dos de las enfermeras de la unidad número doce. Y vio también a una mujer que le llamó poderosamente la atención, no sólo por su belleza, sino porque era la única que no llevaba bata blanca. Estaba justo al lado de Rauh, y aunque quedaba medio tapada por una enfermera mayor y muy corpulenta, le pareció que tenía al doctor cogido por la cintura.

Era indudablemente más joven que él, de modo que supuso que aquella preciosidad de melena negra y larga debía de ser su hija. En ningún caso una simple colega. El modo en que miraba a Rauh era excesivamente descarado para eso.

—Se la hicieron cuando empezó a trabajar en la clínica —dijo alguien detrás de él.

Jan se dio la vuelta, asustado. Era precisamente la robusta enfermera de la foto.

—¡Vaya! ¡No la he oído llegar! —balbuceó.

—¿Otro café?

—No, gracias.

Se apartó el pelo canoso de la cara y se lo sujetó con una horquilla. Llevaba un moño de lo más anticuado.

—Siento que tenga usted que esperar, doctor Forstner. No tengo ni idea de dónde está el doctor Rauh. Me dijo que volvía en unos minutos, pero de eso hace ya más de media hora.

—No importa, no tengo prisa —dijo Jan, y señaló la foto—. ¿Es su hija?

—¿Quién, esa? No —dijo la enfermera, sonriendo maliciosamente—. Su mujer. Mejor dicho, su exmujer. Lo dejó poco después de que el doctor se incorporara a la Clínica del Bosque. Pero será mejor que no le hable del tema.

—Lo tendré en cuenta.

La enfermera metió las manos en los bolsillos de su bata y dejó escapar un sonoro suspiro.

—Era guapísima, y estaba muy enamorada de él.

—Entonces, ¿por qué lo dejó?

—No tengo ni idea. No es asunto mío. Supongo que llegó un momento en que la diferencia de edad se hizo demasiado evidente. Yo sólo coincidí con ella en una ocasión, la de la fiesta en la que se tomó esa foto, pero me pareció muy apasionada. No sé si me entiende...

La enfermera le guiñó el ojo en señal de complicidad, y Jan le devolvió el guiño.

—El doctor sigue siendo un hombre muy atractivo —dijo, en un tono en el que parecía esconderse un deje de admiración—, y, según dicen, siente debilidad por las

jovencitas.

—No me diga.

—¡Pues sí, le digo! Y por lo que parece, el tipo triunfa. No estará hecho para mantener relaciones largas, seguramente, y ella debió de cansarse.

—¿Llegaron a casarse?

La enfermera se encogió de hombros.

—Eso ya no lo sé. Como ya le he dicho, el doctor nunca habla del tema, y está en su derecho, al fin y al cabo.

—Por supuesto, por supuesto.

Jan asintió con la cabeza para reafirmar sus palabras.

—He oído lo de Alfred Wagner —dijo la mujer, cambiando de tema—. Una tragedia.

—Sí, muy duro.

—¿Sabe, doctor Forstner? Desde que me he enterado de lo que ha sucedido tengo remordimientos.

Jan dejó su taza vacía junto a la cafetera y la miró con curiosidad.

—¿Remordimientos? ¿Por qué?

—Bueno, ya sé que puede sonar extraño, pero los tengo —dijo mirando al suelo, como avergonzada—. Le pegué una buena bronca cuando entró aquí a robar, e informé al director médico de su unidad, quien en consecuencia lo trasladó a la unidad número nueve.

—Pero usted no tiene ninguna culpa de lo que pasó.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, ya. Estas cosas pasan. No me atrevo ni a pensar en la cantidad de pacientes que han tratado de quitarse la vida desde que empecé a trabajar en este hospital, pero..., no sé, aun así tengo remordimientos, ¿puede entenderlo?

Antes de que Jan pudiera responderle, Norbert Rauh irrumpió en la sala. Tenía la cara enrojecida. Era evidente que había corrido.

—¿Remordimientos? —dijo, jadeando—. ¿Quién tiene remordimientos? El único que puede tenerlos ahora soy yo, que le he hecho esperar demasiado tiempo.

Saludó a Jan con un intenso apretón de manos. Estaba sudoroso, pese a venir de la fría calle.

—Vamos, Jan, bajemos a mi consulta. Prepararé un té caliente.

—Suená bien.

Jan lo siguió por el pasillo que conducía a las escaleras. Antes de llegar pasaron junto a una sala en la que había varias pacientes sentadas, cenando. Jan reconoció a Sibylle, que levantó la vista al verlo pasar y cuyo rostro desfigurado esbozó una horrible sonrisa. Asintió mirando hacia él y se pasó el dedo por el cuello, cruzándolo de un lado a otro.

«Te va a costar el cuello».

Veintitrés años después, Jan había olvidado por completo el calor de aquel viernes, 19 de julio de 1985. Había olvidado que llevaba tejanos, zapatillas de deporte y una camiseta de color mostaza, y había olvidado también lo que pesaba aquella mochila cargada de ropa sucia que cada dos semanas llevaba a casa a lavar. Pero la hipnosis de Rauh le hizo recordar todos aquellos detalles.

Y volvió a verse en la estación de Fahlenberg. El bochorno de la tarde se cernía en el aire y Jan tenía una sed espantosa. La última clase de la mañana se había alargado un poco más de lo normal, de modo que no tuvo tiempo de pasar por el comedor del internado a coger provisiones, como solía hacer.

Y puesto que el transbordo que tenía que hacer en Karlsruhe era muy rápido, tampoco pudo enmendar el fallo y se quedó sin comer ni beber nada en las tres horas de viaje que lo separaban de su casa, por lo que su lengua había ido convirtiéndose poco a poco en un pedazo de papel secante.

Cuando Jan llegó a Fahlenberg el kiosco de la estación estaba cerrado, de modo que no le quedó más que aguantar aún un kilómetro y medio de caminata hacia su casa, soñando, eso sí, con el enorme vaso de limonada fría que se prepararía al llegar.

«No, un vaso no. Una jarra. O mejor dos», pensaba, mientras caminaba.

Las calles estaban casi desiertas, y en las casas, las persianas estaban bajadas y las cortinas bien corridas. Todo Fahlenberg parecía avanzar lentamente hacia el atardecer, preso de un bochorno abrasador y opresivo. Sudando, Jan se afanó en subir la cuesta de la calle de la estación, dobló una esquina, pasó junto al cine, donde echó un vistazo al cartel en el que aparecían Roger Moore y Grace Jones anunciando la nueva entrega de James Bond, y por fin llegó al parque por una calle muy estrecha.

Como siempre, tomó el camino más largo, el que bordeaba el parque por fuera, para no pasar junto al banco que había a orillas del lago. Aunque en aquel momento nada hacía recordar aquella gélida noche de hacía seis meses y las risas y chillidos de los niños se oían desde lejos, Jan era sencillamente incapaz de volver a ver el lugar en el que desapareció Sven.

Por fin pasó junto a la casa de Marenburg, lo vio regando su huerto y le saludó con la mano, justo antes de darse la vuelta hacia la cerca del jardín de su casa, donde se detuvo y suspiró.

Hacía menos de un año el jardín de la entrada había sido un espacio magnífico:

bien cuidado, fértil, frondoso. Sobre la hierba siempre bien cortada, los macizos de flores parecían islas de colores en un océano verde. En la cara este de la casa tenían un pequeño estanque de peces rojos rodeado por juncos sibilantes, y algo más allá su madre había plantado un pequeño huerto de lechugas, verduras y bayas.

Su madre disfrutaba cuidando el jardín y no había rincón que no hubiese plantado y abonado amorosamente. En una ocasión, incluso, ganó el primer premio en la edición anual de «El jardín más bonito de Fahlenberg».

Pero ahora... ya nada recordaba aquella abundancia. Apenado, Jan echó un vistazo a la celosía rota, con sus rosas trepadoras ya secas y muertas de sed, y el césped, tan alto que a duras penas podían distinguirse los antiguos macizos de flores, ahora en barbecho.

«Desde que sólo quedamos mamá y yo han cambiado muchas cosas... No, no es cierto —pensó Jan—. Ha cambiado todo». La tristeza, una tristeza infinita y desconsolada, los había convertido en personas distintas. Su madre ya no tenía nada que ver con la mujer que le dio la vida y le acompañó amorosamente en sus primeros doce años, cuidándolo y enseñándole todo lo que sabía. Ahora ya no se reía ni salía ni se arreglaba, y había descuidado por completo el cuidado de la casa y el jardín.

Según le dijo el doctor Raimund Fleischer, estaba profundamente deprimida. Su padre y él habían sido más que colegas; habían sido amigos, y después de la tragedia Fleischer se había ocupado de su madre, había hablado con ella, le había recetado pastillas.

Al principio Jan se había sentido capaz de afrontar la depresión de su madre: se hizo cargo de las labores de la casa e incluso cocinó alguna vez para los dos al volver del colegio. Se quedaba con ella en el comedor hasta muy tarde, algo que nunca había hecho, porque prefería irse a su habitación a leer y desconectar del mundo, y la acompañaba mientras veía su serie preferida: *La clínica de la Selva Negra*. Pero ni siquiera el próspero mundo del doctor Brinkmann logró liberarla de sus oscuras y tristes cavilaciones.

Por mucho que se esforzó, por mucho que lo intentó, no pudo hacer nada por ayudar a su madre. Le fue imposible animarla, y sufría ataques de ira incontrolada por cualquier nimiedad.

El peor momento tuvo lugar el día en que Jan entró en la habitación de Sven para recuperar una cinta que le había prestado el día anterior a su desaparición. Su madre lo vio cogiéndola y enloqueció. Le pegó, le gritó y le ordenó que «nunca nunca nunca» volviera a entrar en aquella habitación.

Jan se asustó tanto que salió corriendo de la casa y no volvió hasta bien entrada la noche.

En marzo las notas de Jan habían empeorado tanto que su tutor, el profesor Kaiser, fue a visitar a su madre. Habló largo y tendido con ella, y al final logró convencerla de que lo mejor sería matricularlo en un internado. Él mismo se encargó de todos los trámites, pues se encontraban a mitad de curso, y la única plaza libre que

encontró se hallaba en la lejana Karlsruhe.

Al principio Jan no se había sentido nada atraído por la idea, pero el señor Kaiser logró convencerlo diciéndole que el cambio no era para siempre, sino sólo hasta que su madre se encontrara mejor. Le aseguró que encontraría nuevos amigos y le hizo ver que la distancia con Fahlenberg le sentaría bien.

—¿Sabes, Jan? —le dijo, mirándolo con preocupación—. De hecho creo que necesitas con urgencia esta distancia. Cuidas de tu madre con abnegación, lo cual me parece admirable, pero creo que en parte lo haces para no enfrentarte a ti mismo, a tus propios sentimientos, y te aseguro que eso no es bueno. Algún día tus sentimientos te explotarán en la cara, y cuanto antes lo hagan menos daño provocarán.

Fue así como Jan se fue a estudiar al internado, del que volvía cada quince días para ver a su madre. Es cierto que hizo amigos en Karlsruhe, y también le sentó bien no tener que preocuparse de su madre y de la casa los siete días de la semana, de modo que sus notas volvieron a mejorar. Estaba de nuevo entre los primeros de la clase. Todo sucedió como el señor Kaiser había previsto.

Todo, excepto la mejoría de su madre, que seguía deprimida e instalada en el autoabandono. Por eso no le sorprendió encontrar el buzón lleno de cartas al abrir la cerca del jardín. Recogió los papeles y cruzó aquel vergel abandonado.

El interior de la casa estaba agradablemente fresco, gracias a Dios. Distinguió un olor dulzón, y en un primer momento pensó que su madre podría haberle hecho un pastel, lo cual habría sido magnífico, pero cuando entró en la cocina para coger una bebida fría de la nevera su esperanza se diluyó como la sal en el agua.

El olor dulzón que impregnaba la casa no venía de un pastel, sino de una montaña de platos sucios acumulados en el fregadero. Jan vio un plato prácticamente lleno de espaguetis resacos y cubiertos por una capa grisácea de moho, y se estremeció. La última vez que estuvo allí, hacía dos semanas, tomaron espaguetis con carne picada. Él mismo los cocinó. Su madre apenas había probado bocado, como siempre, y su plato quedó prácticamente intacto cuando lo dejó en el mármol de la cocina. Y ahí seguía, entre las cazuelas, que también se habían llenado de moho.

Jan dejó escapar un suspiro. Genial, durante aquellos quince días su madre tampoco había sido capaz de hacer nada. Ni siquiera de lavar los platos, aunque le había prometido que lo haría. Debía de haber comido latas de conservas, o quizá ni siquiera eso. En el último medio año había adelgazado preocupantemente, y eso que el doctor Fleischer no sólo le recetó antidepresivos, sino también unas pastillas para abrir el apetito.

Jan se tomó dos vasos de agua del grifo —no había limonada— y llevó su mochila al sótano, donde estaba la lavadora.

En la casa reinaba el más absoluto silencio. Seguro que su madre estaba echada en su cuarto con la manta hasta la cabeza, como siempre. La cama era su mayor refugio, y ay del insensato que la molestara.

Jan fue a su habitación. Sacó los libros de su mochila, les lanzó una mirada

malhumorada y pensó en el examen de inglés que tenía el lunes. Entonces cogió una camiseta y unos pantalones cortos del armario y se dirigió al baño, pasando junto a la habitación de su madre con el mayor sigilo de que fue capaz. Después del trayecto en tren y la caminata, necesitaba urgentemente una ducha.

Abrió con cuidado la puerta y...

—¡No! ¡No! ¡No quiero!

—Sí, Jan, sí que quieres. Quieres contarlo. Necesitas soltarlo de una vez. Sólo así podrás liberarte.

—Pero es que no puedo.

—Vamos, sí que puedes. No olvides que todo pasó hace tiempo. Estás en el pasado, Jan, ya no puedes cambiar nada.

—Pero es que... es que duele... tanto...

—¿Qué viste en el baño, Jan? Dímelo. Yo estoy contigo. No te pasará nada. Yo estoy contigo.

—¿De verdad?

—Sí, mira, cógeme la mano. No tienes por qué hacerlo solo. Vamos, dime lo que ves.

—Yo... veo...

El baño lleno de velas. La mayoría completamente derretidas. Parecía una cueva llena de estalagmitas y estalactitas. La cera resbalaba por el lateral del lavabo, la tapa del retrete, el taburete que quedaba junto a la bañera y el borde de la bañera misma.

Algunas de las velas habían dejado marcas de tizne oscuro sobre las baldosas del baño, y otras parecían haberse apagado antes de tiempo, seguramente porque la ventana se había quedado entreabierta y había corriente.

Angelika Forstner estaba metida en la bañera y miraba a su hijo con los ojos vacíos. Parecía un monstruo. Uno de los que aparecían en sus cómics. La cabeza, el cuello y los hombros sobresalían del agua y habían adquirido una extraña tonalidad amarillenta; la piel estaba extrañamente arrugada, como la de un globo al que hubiesen quitado todo el aire, y sobre las pupilas se había formado una capa de velo lechoso, como si llevara lentillas blancas.

La cara de su madre estaba llena de moscas. Entraban y salían de los orificios de su nariz, sus orejas y su boca, abierta de par en par, y revoloteaban por su pelo enmarañado. Parecía paja de color gris y nada en él recordaba el brillo de los recogidos que solía hacerse.

El agua de la bañera parecía un cristal púrpura tras el que se veía el cuerpo hinchado de Angelika Forstner, con las muñecas cortadas. Cada dos por tres emergía a la superficie una burbuja de aire maloliente y a Jan le pareció oír un gorgoteo

prácticamente imperceptible.

Se quedó ahí quieto, mirando a su madre muerta. No podía creer lo que estaba viendo. Tenía la mente en blanco, se sentía incapaz de pensar en nada.

Sin sentimientos.

Sólo el vacío.

Y el silencio.

Un silencio insoportable.

Miró el taburete que quedaba junto a la bañera. Sobre él solía haber dos toallas y un libro, además de una taza de té (a su madre, le encantaba bebérselo mientras se relajaba), pero ahora estaba lleno de velas consumidas y el cuchillo de cocina con el que se quitó la vida. La sangre de la cuchilla estaba muy reseca.

Fue esta imagen, al fin, la que le hizo reaccionar. Con ese cuchillo cortó los pepinos para la ensalada y las cebollas para el plato de espaguetis que preparó la última vez.

«¡Seguro que ni siquiera lo lavaste antes de cortarte las venas!», dijo una voz que sonó en su interior aunque no se parecía nada a la suya. Sonaba tan... tan enfadada...

—¿Qué es lo que te indigna, Jan? ¿Es el cuchillo? ¿Te molesta que haya utilizado precisamente este cuchillo?

—No, no es el cuchillo.

—¿Qué es, entonces?

Silencio.

—¿Estás enfadado porque se ha suicidado? ¿Porque te ha dejado solo?

—Sí, eso también. Pero no es este el motivo.

—¿Cuál es, entonces?

—Las fotos.

—¿Qué fotos?

Sobre la mesita, junto al cuchillo, había dos fotos enmarcadas. Su madre las había colocado de modo que pudiera verlas bien desde su posición.

Jan dio un par de pasos hacia delante para verlas mejor, aunque por los marcos las había reconocido de inmediato. Sabía de qué fotos se trataba. En su última visita, dos semanas atrás, habían estado aún en la estantería del comedor, junto a otra que ahora faltaba.

Las lágrimas le corrían por la cara cuando cogió ambas instantáneas. La grande mostraba una escena de la boda de sus padres. Bernhard y Angelika Forstner aparecían juntos y enamorados en un parque, con los colores del otoño, y el vestido blanco de su madre brillaba como si se hubiese propuesto cegar a quien lo mirara.

La pequeña era una imagen de Sven. Se la hicieron el día de su quinto

cumpleaños, justo después de soplar las velas de su pastel. La expresión del niño era tan viva que Jan sintió que le costaba respirar. Aquello le afectó más que el cuerpo muerto de su madre en la bañera. Era como si Sven estuviera riéndose de él. Como si su hermano pequeño, el desaparecido, hubiera vuelto para gritarle algo que le provocó un dolor inenarrable.

«¡Falta una foto, falta una foto! —parecía gritar el niño—. ¡Falta la foto de mi hermano mayor!».

—Me culpó a mí —dijo Jan, al recuperarse de los efectos de la hipnosis.

Él y Rauh estaban sentados uno frente al otro y bebían té de frutas. Rauh se había quedado en silencio, dándole tiempo para regresar al presente. Y al oírlo sacudió la cabeza y dirigió a Jan una mirada en la que se mezclaban la pena, la rabia y la comprensión.

—Nadie tuvo la culpa, Jan. Ni tu madre ni tú. Fue una concatenación de acontecimientos trágicos e inevitables. Es posible que tu madre te echara la culpa porque necesitaba un culpable. Intentó vivir con su dolor, pero no fue capaz. —Dio unos golpecitos a su taza y continuó—: Tú dejaste que te considerara culpable. Lo sabes, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, nunca te defendiste en ese sentido. Nunca le hiciste ver lo contrario.

—No —dijo Jan—. Es cierto, no lo hice.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Ayer —dijo Rauh, carraspeando—, cuando se produjo el incidente con Alfred Wagner, hiciste cuanto estuvo en tus manos para impedir que se suicidara. ¿Qué te pasó por la cabeza?

—Nada en concreto. Cumplí con mi deber profesional, eso es todo —dijo Jan, tras pensárselo unos segundos.

Rauh le dedicó una ligera sonrisa.

—¿Estás seguro?

—¿Adónde pretende llegar?

—¿Seguro que no estableciste ningún paralelismo con el suicidio de tu madre? Es decir, una vez más, alguien cerca de ti tenía intención de quitarse la vida, pero en esta ocasión tuviste la posibilidad de evitarlo. Llegaste demasiado tarde para ayudar a tu madre, pero no para ayudar a Wagner.

Jan se quedó pensativo unos instantes, y por fin asintió.

—Bueno, mirándolo así... Es posible, sí.

—¿Y qué sentiste por Wagner? ¿Podrías explicármelo con una sola palabra?

Jan dejó su taza sobre la mesa.

—Responsabilidad.

Rauh se apoyó en el respaldo de su silla, satisfecho.

—Pues aquí viene la pregunta definitiva, Jan: ¿es posible que confundas la reacción de tu madre, esto es, el hecho de que te considerara culpable, con tu propio sentimiento de responsabilidad?

—¿Quiere decir que me siento culpable de todo lo que sucedió en mi familia?

Rauh asintió con la cabeza.

—Puede ser.

—A mí me parece que no sólo *puede ser*, sino que *es*. Permitiste que Sven se quedara contigo en el bosque, y por eso te consideras responsable de todas las tragedias que se sucedieron tras su desaparición. Y tu madre, al quitarse la vida y asegurarse de que fueras el primero en encontrar su cuerpo, no hizo más que reforzar ese pensamiento. Al fin y al cabo, ella escogió las fotos para señalar a quien, en su opinión, cargaba con la culpa de su dolor.

Rauh dejó que sus palabras hicieran mella en Jan. Este se quedó mirando su taza de té y de pronto se le ocurrió pensar que el líquido rojo en el vaso blanco se parecía excesivamente a una bañera de agua ensangrentada, de modo que lo apartó, asqueado.

—Sí, me siento culpable. Si no hubiese salido aquella noche, Sven no me habría seguido y no habría pasado nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Rauh lo miraba arqueando una ceja—. Quizá Sven no hubiese desaparecido aquella noche, pero sí al día siguiente, o al otro. ¿Cómo puedes saberlo? Pero, sobre todo, no olvides que Sven te siguió porque quiso, y no porque tú le obligases. —Se inclinó hacia delante y añadió—: No se puede echar la culpa de tanta desgracia a un niño de doce años, Jan. Tu madre no debió hacerlo, pero tú tampoco. Ella estaba enferma y lo sabes perfectamente. Al fin y al cabo, por eso escogiste la carrera de psiquiatría, ¿no? Querías salvar algún alma, ya que no pudiste hacer nada por la de tu madre, y de paso, comprender a otras personas puesto que eras incapaz de entender al delincuente que sembró el horror y la desesperación en tu familia. —Rauh hizo una breve pausa, puso la mano en el hombro de Jan y añadió—: Tienes que admitir tu rabia, Jan. Tienes que aprender a hacerlo de una vez por todas. Estás enfadado con tu madre, eso ya lo hemos visto, pero como era el único familiar que te quedaba, y al final también murió, no llegaste a manifestarlo nunca, y en su lugar dirigiste hacia ti mismo toda la ira que ella avivó. No entendiste que tu madre actuó destrozada por el dolor y la desesperación. Eras demasiado pequeño y estabas demasiado consternado como para poder enfrentarte a esa pérdida, lo peor que podía pasarte, de modo que aceptaste su acusación y la interiorizaste, dándola por buena.

Jan empezó a temblar sin poder evitarlo. Rauh había echado un vistazo a lo que sucedía tras la cortina de su subconsciente, y la valoración que le ofrecía ahora era la expresión de algo que nunca se había atrevido a admitir. Y tenía razón, por supuesto, aunque en su fuero interno Jan siguiera negándose a aceptarlo.

—Pero yo...

—¡No, Jan, no hay pero que valga! Reconoce de una vez por todas con quién estás enfadado desde hace más de veinte años. No es contigo mismo, ni con el destino. ¡Es con tu madre!

Hieronymus Lieberwerk se desgañitó pidiendo ayuda y golpeó la puerta hasta no poder más, pero fue todo en vano, y en algún momento, agotado ya, comprendió que debía resignarse a pasar la noche en la oscura sala del archivo. A la mañana siguiente, a más tardar, el mensajero lo sacaría de aquella absurda situación. La buena noticia era que al día siguiente era sábado y el mensajero pasaba a primera hora para poder irse pronto de fin de semana.

«Y entonces —pensó el anciano—, que Dios se apiade del desgraciado que me ha metido aquí».

El caso es que el pobre hombre se las había arreglado para sentarse sobre unas cajas que arrastró hasta la pared, y, tras entregarse un rato a la idea de que en cuanto saliera de ahí podría fumar, se quedó traspuesto.

Soñó con el supermercado que se encontraba a pocos metros de su casa, y con la rubia regordeta de la caja entregándole un cartón enorme de tabaco. Soñó que salía de allí y se encendía inmediatamente un cigarrillo.

Fue un sueño extraordinario. Tan real, que a Lieberwerk le pareció incluso que podía inhalar el humo. Pero entonces...

Con una mueca de disgusto, el hombre tiró el tabaco. ¡Estaba rancio! Tenía un sabor horrible y apestaba como una basura en llamas.

Se despertó tosiendo, percibiendo aún el humo en la nariz. Y entonces se dio cuenta de que aquello era real. De que el hedor a basura estaba efectivamente ahí. Y maldijo como nunca lo había hecho. Soltó todas las palabrotas que conocía y se puso en pie de un salto mientras miraba, horrorizado, una luz rojiza que danzaba tras la rendija de la puerta.

—¡Fuego!

Los bomberos no pudieron apagar el fuego hasta primeras horas de la mañana. Los servicios de seguridad llegaron al archivo muy pocos minutos después de que sonase la alarma de incendios, y poco después se les sumaron algunos bomberos voluntarios del cuerpo de Fahlenberg.

El fuego fue muy difícil de controlar porque, aunque las paredes del archivo eran de piedra maciza, todas las estanterías estaban hechas de madera, y la infinidad de cajas y papeles que contenían se habían encargado de alimentarlo bien.

El sábado por la mañana, al fin, cuando el fuego quedó completamente apagado, comprobaron que lo único afectado había sido el archivo. El resto del edificio de la administración estaba intacto y su actividad no tenía por qué verse interrumpida.

No fue hasta las cinco de la tarde cuando el bedel salió a apartar la nieve del camino de entrada e hizo un descubrimiento: Paul Wisniewski vio el conocido y viejo mercedes en el aparcamiento del personal. Tenía restos de ceniza y fragmentos de papeles carbonizados en todo el capó (buena parte del recinto hospitalario había quedado cubierto de ese testimonio del horror, dispersado junto con el humo), de modo que no cabía la menor duda: había pasado la noche allí.

Más o menos al mismo tiempo se encontró el cadáver carbonizado de un hombre en el interior del archivo. El sujeto, con toda probabilidad Hieronymus Liebwert, debió de intentar protegerse tras una montaña de cajas y cartones, y, según dijeron los forenses, cuando el fuego se coló en la segunda sala del archivo ya estaba muerto. El humo lo ahogó mucho antes de que las llamas devoraran su cuerpo.

El foco del incendio se localizó en el escritorio de Liebwert. Se supuso que una colilla mal apagada debió de entrar en contacto con el papel de alguna de las montañas ahí apiladas y que así empezó todo. El camino hacia la puerta de salida debió de quedar bloqueado por las llamas, de modo que el pobre hombre se encerró en la segunda sala a la espera de que lo rescataran, cerrando la puerta con tal fuerza que el viejo pomo se soltó y cayó al suelo.

Esa fue su sentencia de muerte.

Aquella mañana los trabajadores de la Clínica del Bosque se reunieron frente a la entrada del archivo. La fachada del edificio estaba cubierta de hollín hasta el último piso.

—Una desgracia terrible —dijo el doctor Raimund Fleischer, dirigiéndose a Jan en mitad de aquel tumulto.

Este asintió, y ambos miraron hacia el marco de la puerta, del que pendían aún grandes carámbanos, restos del agua que tiraron los bomberos, afilados como cuchillos y amenazadores como la boca de un enorme animal prehistórico dispuesto a engullir a todo aquel que osara acercarse a él.

En su último encuentro en el archivo, Liebwerk le pidió encarecidamente que no saliera por esa puerta. Temía que el misterioso ladrón de historias clínicas descubriese que le seguían la pista.

Y ahora estaba muerto. La policía y los bomberos hablaban de un accidente provocado por una negligencia del archivero. De nuevo, de aquellas casualidades en las que tanto le costaba creer... De todos modos, pese al miedo del anciano a que los descubrieran, no tenía nada con lo que rebatir la teoría del accidente.

—No te imaginas la de veces que le recomendé que saliera a la calle a fumar —dijo Fleischer, hablando más consigo mismo que con Jan—, pero es evidente que hablar con esa vieja chimenea era como hacerlo con una pared...

Dejó escapar un suspiro, y de su boca salió una densa nube de vapor. Entonces se dio la vuelta hacia Jan, que lo miraba sin decir nada, con lo que Fleischer interpretó como un silencio de aquiescencia.

—Esta tragedia me va a dar un trabajazo terrible —añadió, moviendo la cabeza—. Pero ahora que lo veo, Jan, dime, ¿tienes algún plan para mañana por la noche? Me gustaría que vinieras a casa a cenar. Si te va bien, claro.

—¿A cenar? —Jan apenas le prestaba atención—. Sí, claro, encantado.

Tuvo que hacer un esfuerzo por fingir que se alegraba. La muerte de Liebwerk lo había impresionado demasiado.

—Perfecto. ¿Qué tal a las siete?

—A las siete me va bien.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Fleischer le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—Por cierto, que tengo novedades para ti. Se trata de tu contrato. Creo que voy a poder darte una plaza por tiempo indefinido.

Jan abrió la boca, sorprendido.

—¿Una plaza...? Pero yo pensaba... El tiempo de prueba...

—Sí, sí, ya —dijo Fleischer, haciendo un gesto con la mano—. Todavía no es seguro al cien por cien. Necesito el consentimiento por escrito del director de Recursos Humanos, pero no creo que surja ningún inconveniente. Es más que nada un formalismo, ¿sabes? La cosa tiene muy buena pinta. En la Clínica del Bosque necesitamos a médicos jóvenes y ambiciosos como tú, y no es fácil encontrarlos. Además... así, entre nosotros, el director de Recursos Humanos es muy amigo mío.

—Yo... no sé qué decir —balbuceó Jan.

—Pues por el momento no digas nada —le dijo el profesor, guiñándole el ojo—. Ven mañana a cenar y ya lo hablaremos con calma.

Jan le aseguró que sería muy puntual. Fleischer volvió a darle unos golpecitos en el hombro, sonriendo, y luego se dio la vuelta y se dirigió al edificio de la administración.

—Creo que venir no ha sido buena idea —dijo Ralf, cerrando una cajita llena de fotos que encontró en el escritorio de Nathalie—. Me siento mal husmeando entre sus cosas justo el día de su entierro.

Carla, que estaba arrodillada a su lado rebuscando entre los cajones del armario del salón, levantó la mirada y le dijo:

—Pues hace un rato sí querías, te lo recuerdo.

—Ya, como tú —contestó Ralf, toqueteando nervioso el respaldo de la silla de plástico que quedaba frente al escritorio.

—Evidentemente. Por eso estoy aquí. —Carla cerró el último cajón y se levantó. Sus rodillas crujieron levemente—. Piensa que lo hacemos por ella.

Ralf dejó escapar un intenso suspiro y sacudió la cabeza.

—Ya no estoy tan seguro de querer descubrir la verdad.

—¿Crees que se había liado con otro?

—No —dijo Ralf, negando con la cabeza—. Ella nunca me habría engañado así.

Sus grandes ojos azules brillaban, temblorosos.

—Admítelo, Ralf, estas cosas pasan. Y si de verdad la amabas, tendrás que respetárselo.

Él se limitó a asentir en silencio.

—Venga —dijo Carla—, sigamos.

Entró en el dormitorio y lo repasó con la mirada. ¿Qué más esperaba encontrar? Ya lo había puesto todo patas arriba y no había hallado ni rastro de un amante. Si Nathalie había tenido una aventura al margen de Ralf, había sido de lo más discreta.

Ralf se unió a ella, y respiró hondo.

—¿Y si de verdad la violaron?

—No —dijo Carla con dulzura, pero con firmeza a la vez—. Jan descartó la posibilidad, y lo que dijo tenía mucho sentido. Nathalie se habría comportado de un modo muy distinto. Lo habríamos notado. ¿Recuerdas lo relajada y feliz que estaba el día que salió de la clínica, cuando fuimos a tomarnos una *pizza*?

Él asintió y bajó la cabeza.

—¿Lo ves? Yo nunca la había visto tan despreocupada, tan animada. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo? Que se sentía como si todo hubiese sido una pesadilla de la que acabara de despertarse.

—Sí, me acuerdo. —La voz de Ralf era apenas un susurro.

Durante unos segundos, aquel recuerdo se quedó con ellos en la habitación, como un viejo amigo. Ambos pensaron en Nathalie, sentada en la esquina, junto al acuario, y brindando con vino espumoso en la pizzería de Sergio.

«Por los sueños bonitos», había dicho, y había dejado escapar una risita, como hacía siempre que bebía un poco.

«Y por las pesadillas —pensó ahora Carla—, que ya no tendrás que soportar».

—¿Y no podría ser... —volvió Ralf a la carga, titubeante—, no podría ser que no se hubiese enterado?

—¿Que no se hubiese enterado?

Carla lo miró estupefacta.

—Sí. Que la violaran sin que se diera cuenta.

—¿Cómo dices?

—No sé. Estaba en la clínica, ¿no? ¿Y si le dieron algo? ¿Pastillas para dormir o algo así?

—A mí nunca me dijo que le recetaran tranquilizantes ni nada por el estilo, ¿y a ti?

—No, tampoco. —Ralf volvió a bajar la cabeza—. De hecho, sé que no. Comprobé la lista en la clínica, y no vi nada de eso. Oficialmente, al menos. De todos modos, tendría que haber tomado una buena cantidad de pastillas para no enterarse de nada, y nos habríamos dado cuenta. Habría tenido efectos secundarios. Dolor de cabeza, por ejemplo.

Se sentó en la cama junto a Carla y se frotó las sienes.

—Tienes que aceptarlo —dijo Carla, pasándole un brazo por los hombros—. Sé que la verdad duele, pero esto es lo que hay.

—Sí duele. —Ralf suspiró, abatido, y al cabo de unos segundos dio una patada al aire, empujando de paso la alfombrilla redonda que tenía bajo los pies, que salió disparada como una pelota de *hockey* sobre hielo—. ¡Duele una barbaridad, joder!

Sorprendida, Carla miró al suelo y vio aparecer una caja sobre la alfombrilla, justo al final, en la zona que hasta hace un instante quedaba debajo de la cama.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—¿El qué?

—¡Pues esto!

Carla se levantó y se arrodilló junto a la caja, en la que se veía el logo dorado de una firma de zapatos italiana.

—Una caja de zapatos. ¿Y?

—¡Por Dios, sólo un hombre puede responder así! —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. A ver, ¿qué es lo primero que se ve al entrar en este piso?

—¿Cómo? A ver..., el colgador del pasillo.

—Vale, ¿y qué queda justo debajo? Dos pisos, alargado, lo suficientemente grande para no poder pasar inadvertido.

—El zapatero.

—¡Exacto! Las mujeres no dejamos los zapatos en sus cajas. Queremos verlos, y más si son caros como los de esta firma. Por eso nuestra amiga no las llamaba cajas de zapatos, sino cofres del tesoro.

Carla levantó la tapa con enorme curiosidad. La caja estaba llena de cartas y postales.

Las postales le eran perfectamente conocidas. La inmensa mayoría se las había enviado ella desde los países a los que viajaba buscando información para sus artículos, o bien desde alguno de los congresos de periodismo a los que acudía regularmente. Las más antiguas eran de la época en que salió con Jörg. A ambos les encantaba viajar, y de no haber sido porque Jörg siempre quería estar a solas con ella, disfrutando de la vida en pareja, Carla le habría dicho a Nathalie que los acompañara en más de una ocasión. Estaba convencida de que a su amiga le habría sentado bien todo aquello: unos días de relax en la playa, bonitos hoteles con vistas al mar, magníficos cócteles y exóticas fiestas nocturnas..., y no sólo las patéticas postales con palmeras y surfistas desmelenados.

Ojalá hubiese viajado con Nathalie y no con el idiota de Jörg. Quizá en aquel ambiente hubiese conocido a alguien capaz de liberarla de sus miedos...

Quizá, quizá, quizá. Ya no podía hacer nada por cambiar las cosas, así que no tenía sentido seguir haciéndose reproches.

«Piensa en la más antigua de las reglas del periodismo y cíñete a los hechos», se dijo. Estaba allí para encontrar al hombre que había dejado embarazada a su amiga. Al culpable de su muerte, ya fuera voluntaria o involuntariamente.

Cogió las cartas y les echó un vistazo.

—Eh, la mayoría son tuyas.

Ralf carraspeó.

—Sí, le gustaba que le escribiese poemas.

—Qué romántico.

—Déjalo. —Le quitó las cartas de la mano con un movimiento rápido—. No son cosa tuya.

—No iba a leerlas. Sólo quiero saber quién se las ha enviado.

Carla cogió entonces un sobre. También estaba lleno de postales, todas con el mismo motivo: una rosa amarilla sobre una tela de seda plisada y con un estampado de hojas verdes. Una imagen espantosamente cursi, pensó Carla, excesivo incluso para Nathalie. Algunas de las postales parecían más viejas y descoloridas que las otras.

Ralf las miró con escepticismo.

—No le pegan nada.

—Cierto. Igual las compró por error.

—Entonces, ¿por qué las guarda? Podría comprarse otras, tiradas de precio, en cualquier tienda o supermercado.

Carla se sobresaltó.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué pasa?

—¡El caballero de la rosa!

—¿Quién?

—El caballero de la rosa —dijo, dándose un manotazo en la frente—. Así lo llamaba. Me había olvidado por completo.

—¿Y quién es?

—Ni idea. Ni siquiera ella lo sabía. Un chiflado. El tipo le enviaba una de estas postales cada año, siempre a principios de enero, si mal no recuerdo. Sin nada escrito.

Ralf la miró como si acabara de pegarle un puñetazo en la cara.

—¿Y me lo dices ahora?

—Se me había ido de la cabeza, Ralf, perdona. Nathalie y yo nunca le dimos ninguna importancia.

Pero ahora lo recordaba todo. Nathalie y ella a la entrada de su edificio. Nathalie abriendo el buzón y quejándose de la cantidad de correo comercial que tenía siempre. La postal cayéndose al suelo. Nathalie inclinándose a cogerla y sacudiendo la cabeza.

—*Otra vez* —la oyó decir.

—*¿Un admirador secreto? ¡No me digas, déjame ver!*

Nathalie, sonriendo pícaramente.

—*No pone nada. Nunca pone nada. Pero me manda una cada año desde que vivo aquí. Siempre la misma postal con la rosa amarilla. ¡Ya llevo cinco!*

—*¿Y no sabes quién las manda?*

—*Ni idea. Sólo sé que a mi caballero de la rosa le gustan las cifras repetidas.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Pues que la postal me llega siempre el 11 de enero.*

Carla se quedó mirando la postal que tenía en la mano. Ya eran seis.

—No sé..., me cuesta creer que nuestro hombre pueda ser el caballero de la rosa —dijo—. Estos tipos suelen ser extraordinariamente tímidos y reservados... Recuerdo una época en la que un chico me dejaba cada día un tulipán en el limpiaparabrisas del coche. Un día lo descubrí con las manos en la masa y el pobre salió corriendo de allí y no volví a verlo ni a saber de él.

Se tocó el lóbulo de la oreja, pensativa.

—Aunque, por otra parte...

—¿Qué?

—Ahora que lo pienso, me pregunto por qué no le enviaba rosas *de verdad*. ¿Por qué sólo una imagen? ¿Y por qué amarillas?

El viejo sol del mediodía se enfrentaba sin fuerzas a un ejército de nubes grises que habían decidido tomar el cielo de Fahlenberg, justo encima del cementerio. Aunque llevaba un jersey muy grueso bajo el abrigo negro, Jan estaba helado. En la iglesia se había sentido como si lo hubiesen metido en una nevera, y el sacerdote, un hombre canoso y de piel oscura que probablemente venía de la India y tenía un acento ininteligible, se tomó el sermón con toda la calma del mundo.

Y cuando, por fin, la pequeña comitiva se dirigió al cementerio para dar sepultura a Nathalie, todos iban con los brazos cruzados bien cerca del pecho para protegerse en la medida de lo posible de aquel frío glacial.

Rudolf Marenburg estaba a su lado. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío y de la nariz le colgaba una gota de moquillo que no parecía molestarle lo más mínimo. Al principio Jan se sorprendió de que quisiera acompañarlo al entierro —al fin y al cabo no conocía a Nathalie de nada—, pero entonces recordó su reacción ante la esquila del periódico y pensó que quizá quisiera hacerlo en honor a Alexandra...

O quizá fuera sólo porque ambos trabajaron en el ayuntamiento de Fahlenberg.

Rudi no abrió la boca en todo el camino hasta el cementerio, y se limitó a mirar al féretro, que recorrió el pedregoso camino desde la iglesia sobre una especie de camilla de metal.

Jan, en cambio, no pudo evitar mirar al edificio que se elevaba justo detrás del cementerio. En sus exageradas luces de neón, ahora apagadas, ponía Love Palace. Que el mayor burdel de la ciudad estuviese precisamente al lado del cementerio le parecía un chiste macabro, la verdad, pero en aquel caso le fue de maravilla para no pensar en el entierro. Jan odiaba aquel ritual, tan terrenal y al mismo tiempo tan intangible...

La primera vez que reflexionó sobre la inmaterialidad de los entierros fue en la despedida de su padre. Luego vino la de su madre, y desde entonces, cada vez que asistía al cementerio la impresión era mayor. Y por supuesto ahora, de pie junto a Marenburg en un discreto segundo plano, sintió el mismo desasosiego de siempre al ver a Carla y a Ralf despedirse de Nathalie.

Lo que más le impresionaba siempre era el féretro. No importaba cuántos grabados, flores o coronas llevara: en el fondo, un féretro no era más que una primitiva caja de madera. Y daba igual lo intensa o vital que hubiese sido la persona

que iba en su interior, porque su última imagen, la que quedaría inevitablemente marcada en la retina de sus seres queridos, sería la de esa caja primitiva. Y la verían sujeta con cuerdas y arrastrada hasta un agujero, e imaginarían el cuerpo de aquella persona moviéndose en su interior acolchado con seda, y la verían hundirse al fin, a trompicones, en el suelo. Y ese sería el verdadero fin.

Aunque en el caso de Nathalie Köppler, quizá, el féretro fuera menos desesperante: al fin y al cabo, la imagen de la caja inerte y primitiva le resultaba infinitamente más amable que la de la chica antes de fallecer.

Miró a su alrededor. No debía de haber más de veinticinco personas. Conocidos, vecinos, quizá algún compañero de trabajo. Nadie joven. Exceptuando a Carla y Ralf, Nathalie no parecía tener ningún amigo de su edad.

Mientras miraba a su alrededor, se descubrió a sí mismo preguntándose si alguno de aquellos hombres podría haber sido el padre del posible hijo de Nathalie. Pero en su opinión, ninguno de ellos encajaba en el perfil, a no ser que Nathalie sintiera debilidad por los calvos de barriga cervecera y avanzada edad.

Algo apartado del resto del grupo, Jan descubrió a la última persona que habría esperado encontrar en aquel lugar. De hecho, durante unos instantes creyó que se equivocaba, pero no: no había duda de que aquel era Hubert Amstner. A la turbia luz de aquel día de invierno parecía más bien un fantasma, vestido de gris, y con la cabeza, como siempre, cubierta con lo que más bien parecía una tela de araña.

Amstner lo saludó con una inclinación de la cabeza y él le correspondió.

A Carla sólo la veía de espaldas, pero le pareció que estaba muy entera. Es decir, por el temblor de sus hombros intuía que lloraba, pero se mantenía erguida y serena. A Ralf, en cambio, parecía que le habían desaparecido todos los músculos del cuerpo. El enfermero apenas podía sostenerse en pie y se habría caído varias veces por el camino de no ser porque Carla lo sostenía del brazo y él se apoyaba en su amiga, sollozando. Era la viva imagen del desconsuelo.

Cuando todos estuvieron en torno a la tumba abierta, el sacerdote indio inició el responso. Un rato después, Jan le oyó recitar un canto monótono en el que le pareció reconocer el padrenuestro, aunque no podía estar seguro porque, desde donde se encontraba, el ruido del tráfico de la autovía que colindaba con el cementerio le impedía oír nada. Ahí fuera la vida seguía su curso, como siempre, con o sin nosotros.

Acompañado por el sonido de las campanas, el féretro fue bajado a su fosa, el sacerdote dio la bendición y el monaguillo encendió un radiocasete portátil en el que estaba preparada la canción de Ozzy Osbourne «Dreamer».

«Seguro que era la canción preferida de Nathalie —pensó Jan—. Diría que ha sido idea de Ralf».

El enfermero fue el primero en acercarse a la tumba para echar un puñado de tierra en su interior. Cuando se dio la vuelta se detuvo, como si acabara de darse cuenta de que no era el único que estaba allí. Nadie osaba acercarse a la tumba, y Ralf

los miró a todos con expresión airada.

—¿Qué estáis mirando?

Carla hizo un esfuerzo por sobreponerse, y se acercó hasta él. Intentó tranquilizarlo y lo cogió del brazo, pero él se zafó de ella con brusquedad.

—¡Déjame! —gritó, sin poder controlar su tono de voz—. ¡No eres mejor que los demás! ¡Malditos hipócritas!

Justo en el momento en que Ozzy Osbourne empezó a decir que le daba igual si Dios o Jesucristo eran poderes superiores, el monaguillo apagó la música.

—Y tú... —Ralf dio un paso hacia Jan y le señaló con el dedo—. ¡Tú eres el más hipócrita de todos! Para ti Nathalie no era más que una puta que se dejaba preñar por el primero que pasara a su lado. ¡No la conocíais! ¡Os importaba un comino!

Marenburg miró a Jan, angustiado, pero este no dijo nada. Ralf estaba desesperado, enloquecido por la pena, y no sabía lo que decía. De modo que, si volcar su impotencia y su ira sobre él le hacía sentirse mejor, a Jan le parecía bien.

—¡A todos os daba igual cómo se sentía! —siguió gritando, con los puños cerrados. Su cara estaba roja como un pimiento—. Ninguno estuvo a su lado. ¡Ninguno! Sólo yo. Y ahora... Ahora está muerta. Mi Nathalie. ¡Muerta! ¿Lo entendéis?

Carla intentó calmarlo de nuevo, pero la empujó a un lado, de tal modo que ella perdió el equilibrio y tropezó con un montón de tierra cubierto por césped artificial. El trozo de plástico verde se arrugó y resbaló hacia un lado y Carla habría caído en la tumba de no ser porque Jan y Marenburg reaccionaron a tiempo y la cogieron por el abrigo.

—Estoy bien, estoy bien, gracias —dijo la chica, limpiándose la suciedad y la nieve de la ropa—. Pero ya es hora de irnos, Ralf, tenemos... ¿Ralf?

Pero Ralf ya se había marchado. Debió de aprovechar el momento en el que todos estuvieron pendientes de Carla. Jan miró a su alrededor y se dio cuenta de que Hubert Amstner también se había evaporado.

En aquel momento se oyó el chirrido de unos frenos. Todos los allí presentes se dieron la vuelta para mirar hacia la autovía, al otro lado del muro del cementerio. La puerta de entrada al camposanto era muy ancha y por ella pudieron ver, como en una representación teatral, un camión de carga cuyo conductor había pisado el freno a fondo. La suspensión del vehículo sobre la cabina se notaba a simple vista, de modo que parecía un toro a punto de embestir a su presa. Durante unos breves segundos, los coches que venían en dirección opuesta, y por supuesto también los que le seguían, hicieron sonar sus bocinas, presa del espanto mientras que, en el interior del camión, la figurita de un perro sobre el salpicadero saludaba a unos y a otros moviendo alegremente la cola.

Ralf estaba en mitad de la autovía. Tenía los brazos abiertos como un Cristo crucificado y, pese a la distancia, Jan pudo ver que tenía los ojos cerrados. Sus labios se movían a toda velocidad y dejaban escapar nubes de vapor blanco frente a él.

Jan emitió un sonido ronco de impotencia e incredulidad. Una mujer gritó detrás de él, y justo en aquel momento tuvo lugar el choque, breve e intenso. Sonó como si alguien hubiese golpeado un tonel de metal con la palma de la mano. Y el cuerpo de Ralf, como el de un muñeco, salió disparado por los aires hacia su derecha, donde dos coches que venían en dirección contraria no tuvieron tiempo de reaccionar y lo atropellaron justo antes de chocar entre sí. Y un tercer automóvil pasó esquivándolo como pudo pero fue a empotrarse en la parte trasera del camión, que había quedado atravesado en la autovía. Y el conductor de un microbús tampoco fue capaz de frenar a tiempo y rompió la valla protectora y se detuvo en el margen de la calzada con el capó abollado y las ruedas humeantes. En cuestión de segundos reinó el caos más absoluto.

Carla salió corriendo del cementerio con los ojos abiertos como platos, y poco antes de llegar a la autovía se detuvo y miró el lugar en el que yacía el cuerpo de Ralf, destrozado bajo uno de los coches.

Gritó el nombre de su amigo. Un grito que pareció cortar el hielo de aquel día invernal.

Durante sus estudios, uno de sus profesores citó a Jean-Jacques Rousseau. «El filósofo —les dijo—, opinaba que la vida era un campo de batalla al que llegamos cuando nacemos y del que nos vamos cuando morimos».

Y ahora, sentado en su banco del parque y mirando la superficie helada del lago de Fahlenberg, Jan no pudo evitar pensar en aquella frase.

La clase en la que por primera vez oyó aquella cita de Rousseau estaba dedicada al suicidio. «Un tema por el que el joven médico francés sintió siempre un interés extraordinario, y al que tuvo que enfrentarse en muchas más ocasiones de las que habría querido —añadió su profesor—, pues no todos sus pacientes tuvieron el coraje, la fuerza o la voluntad de luchar en su batalla hasta el final».

«Aunque las grandes religiones hayan dicho siempre lo contrario, nosotros no debemos juzgar a quienes escogen voluntariamente el abandono de su batalla antes de tiempo —les dijo el docente—, pero sí que debemos, en la medida de lo posible, convencerlos de que siempre hay algo por lo que merece la pena luchar. Porque sólo tenemos una batalla en la que lidiar. Científicamente, al menos, no tendremos una segunda oportunidad».

Ralf no había visto otra salida. En la tumba de Nathalie debió de darse cuenta, definitivamente, de que ella no iba a volver, y decidió abandonar la lucha.

Era la tercera persona que se quitaba la vida desde que había vuelto a Fahlenberg. Las tres ante sus narices. Era como si atrajera la desgracia...

¡Y eso que lo que él quería era llevar una vida normal! En aquel momento se dio cuenta de que aquello no era más que una ilusión.

La vida es un campo de batalla y no nos es posible controlarla. Lo único que podemos hacer con dignidad es escoger el modo en que queremos afrontarla.

Rauh definió su postura como una *obsesión*, y probablemente tuviera razón. La paciente con la cabeza deforme le dijo que estaba preso, y también eso era cierto. Pero ¿qué demonios podía hacer para evitarlo?

Se dirigió hacia el abeto tras el que hace años se escondió para orinar. Si no lo hubiese hecho, su hermano no habría desaparecido para siempre.

Dio una patada al tronco. Y otra. Y luego otra. Y otra más.

Las ramas se vaciaron de nieve, pero él apenas lo notó. Con cada patada que daba se liberaba un poco más de su tensión y encontraba al fin el camino hacia el exterior

en forma de discurso inarticulado.

Jan gritó, pataleó y gritó de nuevo. ¡Y qué bien le sentó gritar!

Continuó así un buen rato, hasta que escuchó un gruñido a sus espaldas que le hizo darse la vuelta y volver en sí. Frente a él tenía un golden retriever desgredado, sin collar y con el pelaje revuelto. Sus ojos escondían una mirada amenazadora, y cuando le enseñó los dientes Jan sintió verdadero miedo.

El pelo del animal, que en su día debió de ser de color rojizo, estaba ahora mugriento y embarrado, de modo que parecía casi negro. Por un instante, Jan creyó reconocerlo.

—¿*Rufus*?

El perro dejó de gruñir.

—¿Eres tú, viejo amigo?

Era imposible que fuera *Rufus*. Ningún perro vive tantos años. Además, se lo regaló al primo de un amigo que vivía a más de treinta kilómetros de Fahlenberg poco antes de entrar en el internado. Fuera como fuera, no obstante, al pronunciar el nombre había logrado que el animal dejara de gruñir.

Durante uno o dos minutos Jan y el perro estuvieron quietos uno frente al otro, mirándose. A su alrededor, el silencio del parque. Al fin, el animal torció la cabeza, dio la espalda a Jan y trotó hacia unos arbustos cubiertos de nieve tras los que desapareció.

Cuando regresó a casa, empezaba a anochecer. No tenía ni idea del tiempo que había pasado en el banco del parque.

Ya de lejos vio a Marenburg aparcar su coche a la entrada de la casa y salir de él lenta y pesadamente.

—¿Cómo está Carla? —le preguntó Jan al llegar hasta él.

—Ha llorado hasta quedarse dormida.

—¿Te ha dicho algo más?

—No —dijo el hombre, lacónico, mientras daba la vuelta al coche para buscar algo en el maletero.

—¿Por qué no me ha dejado subir con vosotros?

Marenburg lo miró brevemente, se encogió de hombros y abrió el maletero.

—Cree que es culpa mía, ¿no? —dijo Jan—. Cree que si les hubiese prometido que buscaría al padre de la criatura Ralf habría tenido algo por lo que seguir viviendo.

Marenburg sacó del coche una caja de cervezas y cerró la tapa del maletero.

—¿Tú también lo piensas, Rudi? ¿Crees que es culpa mía que el chico se plantara en mitad de la autopista?

—Yo ya no creo nada, Jan —dijo Marenburg en voz baja—. Y para seguir así, voy a emborracharme hasta perder el conocimiento.

—Mi promesa no habría cambiado nada, Rudi. ¡Nada! ¿Lo entiendes?

Pero Marenburg se alejó de él sin decir nada y se metió en casa con su caja de cervezas bajo el brazo.

Rudolf Marenburg se marchó en algún momento, de eso aún se dio cuenta. Lo oyó salir de la habitación de puntillas, cerrar la puerta con todo cuidado y alejarse por el rellano de la escalera, y pensó en lo amable que era y en lo mucho que le recordaba a su padre cuando la cuidaba... Después volvió a quedarse dormida.

Pero no fue un descanso reparador, sino más bien una especie de rendida duermevela. Y cuando al fin volvió en sí, sola en la oscuridad de su piso, tapada con una manta de lana azul en el sofá de su comedor, tardó un buen rato en apartar de sí la imagen que la asedió en su sueño.

Ralf, arrastrando su tronco por el suelo del comedor, como si su mitad inferior estuviera sumergida en el agua. Su rostro excoriado, deforme por el accidente, y en su maltrecho tronco, las huellas del coche que le atropelló.

Ralf, estirando un brazo hacia ella y apuntándola con un dedo índice fracturado.

«Todos le disteis la espalda —le oyó decir en sueños, con el tono de un juez en el tribunal—. ¡Todos! ¡Principalmente tú, Carla!».

Se despertó bruscamente, dando un salto en el sofá. Al principio no sabía dónde se encontraba y buscó aterrorizada un interruptor para encender la luz. Le pareció que la mitad de Ralf aún seguía en el suelo, señalándola, pero cuando iluminó el comedor vio que no era así. Allí lo único que quedaba eran las palabras de Ralf, tercas y aparentemente dispuestas a no abandonarla jamás.

Era aún de noche, llevaba despierta ya varias horas, y estaba de pie en el baño con las manos apoyadas en el borde del lavabo. Bajó los ojos y vio sus mechones de pelo negro y ondulado en el suelo. Luego levantó su recién estrenada cabeza rapada y se miró al espejo.

—Hola, Sinéad —dijo, torpemente.

Después cogió la botella de vino que tenía delante y le dio otro largo trago. Miró la foto que había cogido del piso de Nathalie y enganchado por un lado en el marco del espejo.

Nathalie y ella.

Cogidas del brazo.

Riendo.

Vestidas igual.

«Como hermanas».

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, y cuando quiso secárselas con la mano se le escurrió la botella y cayó al suelo. La alfombrilla impidió que se rompiera en mil pedazos.

Sin reaccionar siquiera, Carla vio cómo el vino se extendía hasta las baldosas y reptaba por sus juntas.

«Merlot —pensó—. Como en los viejos tiempos».

Miró de nuevo al espejo, observó una vez más la imagen que le devolvía la mirada y abrió el armarito que quedaba a su derecha.

Tras las barras de labios, las cajas de aspirinas y una botellita de enjuague bucal encontró lo que buscaba. Jörg siempre se afeitaba con navaja, —decía que era mucho más efectiva que la maquinilla— y cuando ella le pidió que se marchara, la navaja fue una de las tres cosas que se dejó en el piso.

La segunda fue un álbum lleno de fotos de sus viajes.

La tercera una enorme cicatriz en el alma de Carla, provocada por una estúpida rubia operada llamada Linda. ¿O era Lisa? ¿O Lidia?

—Qué más da —balbució a su imagen en el espejo, que le secundó de inmediato.

Lo único que ahora importaba era que Jörg le dejara algo útil: la navaja de afeitar.

La abrió y se la quedó mirando un rato, como si nunca hubiese visto nada parecido. El fino metal brilló, azulado, a la luz de la lámpara del baño. Carla leyó las instrucciones de uso del fabricante y se preguntó si lo que iba a hacer era correcto o un error.

—Tengo miedo, cielo —dijo, dirigiéndose a la foto.

Le costó pronunciar la frase, en parte porque estaba borracha pero en parte también porque al decirla en voz alta se hacía real. Dejaba de ser un simple pensamiento y se convertía en algo más denso. Las palabras siempre tienen algo de definitivo. Lo dicho, dicho queda, aunque sólo pueda escucharlo uno mismo.

Nathalie continuaba sonriéndole desde la foto, disfrazada de Morticia Addams. Nunca más volvería a hacerse la raya en medio en su preciosa melena negra, ni volvería a ponerse aquel ajustado disfraz. Nunca más, porque había escogido marcharse antes de seguir viviendo con el temor a algo a lo que se refería como «el demonio». «O a alguien».

«¡Es real!».

Carla cogió la navaja con los dedos.

—Tengo miedo, sí, pero seguro que no tanto como tuviste tú, ¿verdad?

Miró la botella de vino y el charco rojizo en el suelo y lamentó no haberla cogido enseguida. Un último trago le habría sentado fenomenal.

Aunque, por otra parte, no habría sido más que un nuevo retraso. Sabía lo que tenía que hacer, y necesitaba hacer acopio de todo su valor.

Pero la idea que le rondaba por su nueva cabeza pelada era tan importante que debía llevarla hasta el final.

Rudolf Marenburg se despertó justo después de que Jan saliese de casa hacia el trabajo. Se levantó de la cama con dificultad, se arrastró hasta la ventana y recorrió las cortinas como pudo. La luz fría y grisácea de las primeras horas de la mañana le hizo cerrar los ojos, y la cabeza empezó a latirle con fuerza. Tenía una resaca de caballo.

Si no recordaba mal, ayer debió de meterse al menos media caja de cervezas entre pecho y espalda. De joven lo había hecho varias veces, y sin problemas, pero ya no tenía edad...

Sea como fuere, ni la mayor de las resacas conseguiría evitar que alterara su ritual dominical. Con paso tembloroso bajó las escaleras hasta la cocina y se encontró con un termo de café recién hecho.

—Buen chico —murmuró, y sonrió.

Se sirvió una taza, celebró con los ojos cerrados el magnífico olor que impregnó la estancia y se tomó dos aspirinas con el primer trago, mientras abría de nuevo los párpados y descubría la notita que le había dejado Jan junto al termo.

Cuando salga del trabajo iré a mirar pisos de alquiler. No me esperes para la cena.

«Sí —pensó—, quizá aquello fuera lo mejor para los dos».

Marenburg se metió la notita en el bolsillo de la bata y se dirigió hacia el baño, donde se dio una ducha de agua fría. Después de aquello empezó a encontrarse mejor. Lo suficiente, al menos, para ir al cementerio. La media hora de paseo lo pondría de nuevo a tono y le ayudaría a levantar los ánimos. Llevaba una vida muy sedentaria, últimamente. Además, la caminata era parte de su ritual; su modo de prepararse interiormente para ver la tumba de Alexandra.

En efecto, el paseo y el frío redujeron considerablemente su dolor de cabeza, y poco después, cuando entró en la gasolinera para comprar su diario dominical, no le quedaba más que un leve palpitar en las sienes. «Nada que no pueda soportar», pensó, poniéndose bajo el brazo la rosa amarilla envuelta en papel de celofán que acababa de comprar.

Cuando llegó al cementerio decidió entrar por la calle lateral, aunque eso significara tener que dar un rodeo por las parcelas que quedaban al este. Por nada del

mundo quería volver a pasar junto a la tumba de Nathalie Köppler. El horror del día anterior estaba aún demasiado fresco en su memoria.

Pasó junto a las filas en las que se hallaban las tumbas de los niños, después junto a las que concurrían las placas conmemorativas por los caídos y las víctimas de las dos guerras mundiales y, por fin, junto a aquellas en las que se encontraba la tumba que buscaba.

Cuarenta y un años atrás, Marenburg descubrió un lugar ideal en el cementerio, y lo escogió para que su querida Flora descansara en paz. A su mujer siempre le habían encantado los árboles, y en cuanto vio que la tumba bajo el sauce llorón estaba libre no lo dudó ni un segundo: a ella le habría encantado que la enterrasen allí.

Recordaba con todo detalle aquel soleado día de octubre, en pleno veranillo de San Martín. Él se había puesto el mismo traje negro que llevó en su boda, aquel que Flora le quitó luego cuidadosamente y dobló con todo esmero en la silla que quedaba junto a su cama, justo antes de hacer lo que hacen todas las parejas de recién casados cuando al fin se quedan solos.

En el funeral de Flora no lloró. No quería que su hijita, de apenas un año, notara la pena que le oprimía la garganta y le partía el corazón. Deseaba que su niña tuviese una vida larga y hermosa: una infancia despreocupada y feliz, una juventud sin preocupaciones... Y se juró a sí mismo que haría cuanto estuviese en sus manos para que Alexandra no echara de menos a la madre que no llegó a conocer.

—Yo siempre estaré contigo —le había susurrado a su hija, quien le devolvió la mirada con sus enormes ojos de bebé y le sonrió con una boca aún sin dientes mientras el cortejo fúnebre empezaba a disolverse.

Dieciocho años después, Alexandra se reunió con su madre en la tumba, donde ahora yacían juntas, cubiertas de flores y plantitas variadas que Rudolf Marenburg plantaba y cuidaba con esmero.

Sacó la rosa del papel de celofán, que se metió arrugado en el bolsillo del abrigo, y puso la flor en un pequeño y estrecho florero que había junto a la tumba.

Así como a su madre siempre le encantaron los árboles, a Alexandra le sucedió lo propio con las rosas. Especialmente con las amarillas. «Parecen soles caídos del cielo», dijo una vez, a los cuatro años. Desde entonces, Marenburg le regaló cada domingo una rosa amarilla, y aquel día se convirtió, para ambos, en el día del sol caído del cielo. Durante catorce años, Alexandra tuvo una rosa cada domingo sobre la mesa del desayuno, y durante veintitrés años más la tuvo sobre su tumba en el cementerio.

Con mucho cuidado, Marenburg apartó la nieve de la cajita que quedaba al pie de la tumba, la abrió, se humedeció los dedos con el agua bendita que había en su interior y salpicó con ella aquellos dos nombres a los que un día se uniría el suyo. Entonces se quedó un rato en silencio, mirando la pulida superficie de la lápida y reflexionando sobre los acontecimientos de aquella semana. Y, como siempre, tuvo la sensación de que Flora y Alexandra estaban con él.

—Os echo de menos —dijo en voz baja.

Aquella era siempre su despedida.

Después se arrodilló de nuevo, enderezó la rosa en el florero y murmuró:

—No me he rendido, cariño. Descubriré de qué huías aquella noche. Te lo juro.

Cuando salió del cementerio no tomó el camino de vuelta habitual, sino que anduvo en la dirección opuesta. Junto al Love Palace había una parada de autobús. Allí se detuvo a mirar el plano de la ciudad y recorriéndolo con el dedo encontró la calle que buscaba y el número de autobús que lo llevaría hasta allí, de modo que fue a sentarse bajo el tejado de plástico, a esperar.

La calle estaba en silencio y sólo se oía de vez en cuando el sonido de un coche al pasar. Entonces oyó el sonido de unos tacones que se acercaban y al levantar la cabeza vio a Dunja frente a él.

—Hola —le dijo ella, sonriendo. Llevaba un perfume muy intenso—. ¿En marcha tan pronto? —La chica sacó su abono mensual del monedero—. Por fin puedo irme a casa. Necesito una cama a toda costa... ¡pero para dormir! —añadió, dejando escapar una risita.

Marenburg cerró los ojos sin abrir la boca.

—Hoy no tienes ganas de hablar, ¿eh? —siguió la chica, cuyo acento ucraniano le pareció de pronto más marcado que nunca—. Está bien, como quieras. No te preocupes por que nos vean juntos. Cuando llegue el autobús me sentaré en la fila de atrás, ¿vale?

Él asintió sin mirarla.

—Por favor, déjame tranquilo.

—Ay, pobrecito. Vuelves a parecer tan triste... Ven a verme alguna vez. Yo te animaré, ya lo sabes.

Marenburg estaba a punto de gritarle que le dejara en paz de una vez por todas cuando apareció el autobús.

Tal como le prometió, Dunja se sentó en la última fila, y Marenburg se quedó en uno de los asientos delanteros. Seguía con los puños cerrados.

La foto mostraba a Ralf Steffens. Estaba de pie ante una heladería de la plaza de Fahlenberg, tenía los ojos entornados por el sol y sonreía a la cámara con un batido de frutas en la mano. La foto parecía bastante reciente; probablemente del último verano.

Konrad Fuhrmann y Lutz Bissinger habían puesto la foto de su colega en un marco de madera clara junto a una mesita auxiliar a la entrada de la unidad de cuidados intensivos. En la esquina derecha del marco habían puesto un lazo negro, y junto a él, en el lugar en el que normalmente se encontraba la cafetera, ardía una vela en un vasito de cristal.

El cambio de turno de la mañana se hizo en una atmósfera silenciosa y afligida. Con voz monótona y ronca, Konni informó a los que entraban sobre lo que había sucedido aquella noche.

Nada que resaltar. Dos pacientes habían necesitado pastillas para dormir, aparte de su medicación, pero el resto de las horas pasaron en calma y sin sobresaltos.

Mientras escuchaba a su compañero, Lutz tenía la mirada perdida y mascaba chicle, para variar. Y cuando este acabó su informe y se levantó dispuesto a irse a casa, Lutz tomó la palabra.

—Ah, se nos olvidaba —dijo, mientras entregaba a Jan una carpeta—. Un nuevo ingreso. Esta mañana, hacia las cuatro. Creo que debería echarle un vistazo, doctor. No ha hablado con nadie hasta ahora.

Y dicho aquello se levantó y siguió a Konni por el pasillo para marcar su hora de salida mientras sus colegas de la mañana se disponían a preparar los desayunos de los pacientes.

Jan también se levantó, lanzó una mirada furtiva a la foto de Ralf y se puso en marcha hacia su despacho.

Le costaba un verdadero esfuerzo no dejarse vencer por el abatimiento. En su fuero interno lo único que deseaba era salir al parque, al abeto junto al que ayer se le apareció el perro, y volver a darle patadas mientras gritaba a todo pulmón, solo para relajarse. Pero si hacía eso cada vez que le apetecía, tarde o temprano acabaría en la Clínica del Bosque... pero sin bata blanca.

Jan apartó aquella idea de su mente y, mientras caminaba, abrió la carpeta para echar una ojeada al informe que acababa de entregarle Lutz. Echó una ojeada a los

datos personales de la nueva admisión y, pocos pasos antes de llegar a la puerta de su despacho, se detuvo de golpe. Se dio la vuelta para mirar al enfermero, que estaba a punto de salir de la sala y le gritó:

—¡Espera! ¡Un momento!

Su esquelético ayudante se detuvo.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿En qué habitación está la chica?

—Número ocho —dijo Lutz.

—¡Gracias!

Jan miró una vez más el nombre que aparecía escrito con la ilegible letra de Konni y movió la cabeza hacia los lados.

La habitación número ocho era doble, pero en aquel momento sólo la ocupaba una paciente. Sea como fuere, dentro de cuatro semanas como mucho seguro que estaría ocupada: en Navidad la clínica siempre se llenaba.

Jan llamó a la puerta y esperó a oír un tímido «sí» para atreverse a entrar.

—Hola, Carla —dijo, pero al ver a la mujer de pelo largo y oscuro que estaba sentada sobre la cama vacía y miraba por la ventana dándole la espalda, se detuvo.

—Oh, disculpe —dijo—. La he confundido...

Una vez más volvió a quedarse a media frase, porque en aquel momento la mujer se dio la vuelta y lo miró. ¡Era en verdad Carla Weller! Sólo que no la había reconocido porque llevaba una peluca y su rostro estaba... cambiado.

Lo único que seguía igual eran sus ojos.

—Qué demonios... —tartamudeó Jan, mirando las vendas de sus muñecas.

—Hola Jan —dijo ella, inclinando la cabeza.

Jan cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué significa todo esto?

—¿Qué crees tú que significa? —le preguntó ella a su vez, desafiante.

—Carla, esa peluca y... ¿qué has hecho?

—Me he cortado las venas en el baño —dijo, como si estuviera explicándole que se había ido a comprar patatas.

—Ya lo he visto —dijo Jan, moviendo la carpeta que tenía en la mano—. En diagonal.

—¿Y?

Carla cerró los ojos y Jan frunció el ceño.

—No querías suicidarte. El corte no es lo suficientemente profundo. ¿Qué te propones? ¿Y a qué viene esta peluca?

Ella pasó los dedos sobre la sábana y alzó la vista para mirar a Jan.

—Sabes de sobras por qué lo he hecho.

Jan se quedó en silencio, confundido.

—¿Te recuerdo a alguien? —añadió ella, inclinando la cabeza a un lado y pasándose la mano por la peluca.

«Sí —quiso decirle él—, estás igualita a Alexandra. Te pareces tanto a ella que cualquiera podría confundiros, de no ser porque hace ya veintitrés años que la chica se metió en un lago helado y murió ahogada en él».

Sin embargo, reprimió aquel comentario y en su lugar cogió una silla y se sentó.

—Carla, Carla... Vamos, dime a qué viene todo esto. No creo que quisieras quitarte la vida: en ese caso no habrías llamado a la policía.

Ella volvió a atravesarlo con su mirada.

—Estoy aquí para descubrir lo que le hicieron a Nathalie.

—¿Lo que *le hicieron*?

—Sí. —Carla se levantó de la cama, fue a coger una silla y se sentó al lado de Jan—. Hasta ayer me negaba a creerlo, pero ahora... —hizo un gesto de desesperación con las manos—, es decir, después de lo de Ralf... ¡Estaba tan seguro de lo que decía! Sabía que Nathalie habría sido incapaz de saltar desde un puente, y aunque yo intenté convencerlo de que aquella era la única explicación posible, él se negó a aceptarla. Pues bien: he decidido admitir que yo tampoco me la creo.

—Pero es cierta. Eso fue lo que pasó.

—No —le interrumpió ella—. Ralf tenía razón. Nathalie nunca habría encontrado el coraje suficiente para saltar. Y ahora lamento tanto no haber escuchado sus razones...

Jan suspiró.

—¿Y por eso te has cortado las venas?

—Era el único modo que tenía de que me ingresaran, en lugar de recetarme unas pastillitas.

Él sacudió la cabeza repetidamente.

—Jan, ¿no lo entiendes? Si a Nathalie le hicieron algo en esta clínica... Si la obligaron a hacer algo que en circunstancias normales jamás habría hecho..., si la manipularon incluso sin ser ella consciente..., este es el único modo que tengo de averiguarlo. Tengo que convertirme en el anzuelo.

Habló deprisa, como si temiera que Jan fuera a interrumpirla en cualquier momento para decirle que aquello era una soberana tontería.

Pero no dijo nada. La dejó hablar aunque sus palabras hicieron que se le pusiera la piel de gallina. «Comportamiento obsesivo como consecuencia de un trauma aún no procesado —pensó—. Un diagnóstico que te resulta familiar, ¿no?».

—Por favor, Jan —dijo Carla, cogiéndole una mano con las suyas—, tengo que encontrar la verdad, ¡necesito intentarlo! Es posible que me equivoque; es posible que Ralf también se equivocara; pero sólo podré descubrirlo si me dejas seguir el mismo camino que ella siguió.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? —le preguntó él, mirando las manos que lo sujetaban como si tuvieran miedo de que se marchara inmediatamente si lo soltaban.

—Digamos que es mi instinto periodístico. Que me he propuesto hacer una

investigación *in situ*. Con el micro apagado. Si hay alguien en esta clínica que le hizo daño, seguro que le sorprende ver aparecer por aquí a la doble de Nathalie, ¿no crees?

Lo miró directamente a los ojos, y Jan vio en ellos la resolución más absoluta. Pero también vio algo más: Carla no estaba diciéndole toda la verdad.

Y de pronto lo entendió.

—¿Qué pinta Rudi en todo esto?

Ella le soltó la mano y se echó hacia atrás.

—¿Rudi? ¿Qué Rudi?

—Venga ya, Carla, sabes perfectamente de quién estoy hablando.

—¿Marenburg? ¿Cómo se te ocurre pensar que...?

—Ayer estuvo varias horas en tu casa —dijo, dándose unos golpecitos en las sienes—. Poco a poco voy entendiendo... Claro, por eso tenía tanto interés en llevarte a casa, ¿no? Seguro que te habló de Alexandra y de su idea de que le hicieron algo en la clínica. Algo que la enloqueció y finalmente la mató.

—Me habló de su muerte, sí. Y de que él pensaba que había una explicación más plausible que la que le dieron. Igual que me sucede a mí con Nathalie.

—Y apuesto lo que sea a que te habló también del extraordinario parecido entre ambas. De ahí la peluca.

Carla se limitó a apoyarse en el respaldo de su silla, apretando los labios.

Jan la miró con el reproche escrito en la cara.

—Me estáis utilizando.

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No, Jan, no te *utilizamos*. ¡Te *necesitamos*! —Volvió a cogerle la mano—. Creía que me entenderías. Tú sabes mejor que nadie lo que tortura desconocer la verdad.

Él apartó su mano.

—Pero esto es completamente distinto.

—¿Ah, sí? Nathalie era mi única amiga, la única persona del mundo que estaba a mi lado. ¿Qué la diferencia tanto de tu hermano?

Jan esquivó su mirada. Por supuesto, tenía razón. La única diferencia, probablemente, era que ella sabía a ciencia cierta que Nathalie estaba muerta, mientras que él se había pasado la vida intentando desoír sus ganas de creer que Sven seguía con vida. Que aún estaba allí, en alguna parte. Quizá los calzoncillos rasgados no fueran más que una pista falsa dejada a propósito para que todos pensaran que el niño había sido víctima de un fatídico abuso sexual y dejaran de buscarlo.

Jan miró hacia la mesa y vio el informe médico de Carla. La chica quería conocer los motivos del suicidio de su amiga, del mismo modo que él quería saber lo que le pasó a Sven, y Marenburg lo que fue de Alexandra. Estaban los tres obsesionados.

Jan miró a Carla.

—¿Cómo os conocisteis Nathalie y tú?

Carla bajó la cabeza y se miró las muñecas.

—Fue en una época en la que yo no tenía a nadie.

—Cuéntamelo.

Se mordió los labios como si estuviese a punto de llorar, pero no lo hizo.

—Fue hace cinco años —dijo en voz queda y apagada—. Hacía justo medio año que me había ido de casa. Me encantaba vivir con mi familia, no te creas, siempre tuve una relación magnífica con mis padres y mi hermano pequeño, pero tenía ganas de vivir mi propia vida. De ser independiente. Bueno, y entonces... —Tragó saliva, respiró hondo y siguió hablando—. De vez en cuando quedábamos para ir a dar una vuelta por el centro, los cuatro juntos. Fue una idea de mi padre, que siempre decía que era importante hacer cosas en familia. Íbamos a comer y a pasear, o nos entreteníamos yendo de compras. La mayoría de las veces Philipp iba con mi padre y yo con mi madre, y cuando a los chicos les daba por comprarse ropa lo pasábamos genial, porque siempre se llevaban una talla demasiado grande o demasiado pequeña.

Sonrió con tristeza.

—Y entonces llegó aquel martes. El 3 de junio. Mi madre me llamó para preguntarme si me apetecía quedar con ellos el sábado, pero tuve que decirle que no porque estaba hasta el cuello de trabajo. Acababa de empezar a colaborar con el *Fahlenberger Boten* y hacía todas las horas extras del mundo para asegurarme el puesto. «No pasa nada», cielo, me dijo mi madre, y todavía hoy la oigo decir aquello. «No pasa nada. La próxima vez será». Y yo le dije: «Claro, mamá. La próxima no me la pierdo». Pero no hubo próxima vez.

Apretó los labios con fuerza para reprimir el llanto, pero fue demasiado tarde: las lágrimas le corrían ya por las mejillas dejando un caminito de rímel a su paso.

Jan se quedó en silencio, dejándole tiempo para continuar.

—Se llamaba Peschke. Eduard Peschke. Tenía setenta y dos años. Iba en su mercedes por la calle en la que solía aparcar mi padre siempre que íbamos al centro. Esa callecita en la que está la Delegación de Hacienda, ¿sabes? Ahí no hay zona azul.

Jan asintió.

—Conozco la calle, pero no sabía que se podía aparcar sin pagar.

—Sí, se puede. Siempre que llegues de los primeros, se entiende. Papá siempre decía que prefería salir un poco antes y gastarse el dinero del aparcamiento en un café con nosotros. Y desde allí hasta el centro no hay más que un par de calles. Si hubiese sabido que... —Tuvo que detenerse de nuevo a tragar saliva—. Ese hombre, Peschke, tuvo un infarto. Justo en el momento en que mis padres y Philipp salían del coche. Se supone que el tipo tuvo un calambre o algo parecido, y apretó el acelerador a fondo. Mis padres murieron al instante. Philipp fue ingresado en cuidados intensivos, donde estuvo en coma dos semanas. Después también murió. —Se secó las lágrimas con las vendas de las manos—. Me quedé sola, Jan. Mi familia desapareció de golpe, sólo porque un anciano tuvo un infarto justo en ese preciso instante. Y entonces apareció Nathalie. Se preocupó por mí. Me cuidó. Ya nos conocíamos de antes, ligeramente, pero aquello lo cambió todo. Éramos como hermanas. ¿Entiendes ahora por qué hago

esto?

Jan respiró hondo y se recostó en su silla.

—Sí, lo entiendo.

Carla lo miró con curiosidad.

—¿Y bien? ¿Me ayudarás?

—Escúchame atentamente, Carla. Te enviaré a la unidad número doce. Allí está el doctor Rauh, que fue quien trató a Nathalie.

—¿Tú también crees que allí pasa algo extraño?

—No, no lo creo. Creo que sufres mucho por la pérdida de Nathalie. Tanto que harás cuanto esté a tu alcance para comprender por qué se suicidó. Y estoy seguro de que Rauh podrá ayudarte.

—¿De modo que no crees que la muerte de Nathalie tenga algo que ver con la clínica? —la decepción en la voz de Carla fue más que evidente.

—Yo ya no sé qué decirte. Sólo te pido una cosa: si quieres jugar a los detectives, hazlo, pero deja a Rudi al margen, ¿me oyes?

—¿Y por qué?

—Porque él está absolutamente convencido de que la Clínica del Bosque tiene la culpa de todo, y todo lo que le digas sólo servirá para hacerle daño. Si necesitas hablar con alguien, hazlo conmigo, por favor —le dijo, sonriéndole—. Pero no me vengas con historias, sino con hechos reales. Y ya que hablamos de hechos... ¿qué está haciendo Rudi ahora? Tú estás aquí ingresada. ¿En qué consiste su parte del plan?

La mayoría de las casas unifamiliares de la calle Schlesisch se construyeron inmediatamente después de la guerra, cuando los desterrados de la región de los Sudetes tuvieron que volver a Alemania y llegaron a Fahlenberg, como a tantas otras ciudades. Pese a las prisas con las que fueron construidas, «las colonias de refugiados», como se las conoció durante muchos años, estaban hechas de materiales de primera calidad.

La hilera de casas por la que Marenburg avanzaba tenía un aspecto muy coqueto y ordenado. En función de las capacidades económicas de sus dueños, las ventanas de madera estaban más o menos aisladas, las puertas más o menos blindadas y las paredes mejor o peor pintadas.

Una de aquellas casitas seguía manteniendo el color rojizo original, y llamaba mucho la atención entre las otras, casi todas blancas o de colores claros.

La casa de Hieronymus Liebwerk quedaba justo al lado de la casa roja, separada apenas por el correspondiente pasillito de jardín, en el que vio dos cubos de basura. «Muy práctico, pero sólo en invierno», pensó Marenburg, mientras se dirigía a la puerta.

La casa de Liebwerk no parecía tan cuidada como la de sus vecinos. La madera de la puerta del jardín estaba visiblemente envejecida, la fachada pedía a gritos una mano de pintura, y en los escalones que conducían a la entrada se veían algunas grietas que alguien había intentado reparar con pegotes de hormigón.

Marenburg vio una pala apoyada junto a la entrada, sonrió y fue entonces a casa de los vecinos.

Tras el segundo timbrado le abrió una mujer con la cabeza llena de rulos.

—¿Sí? ¿Qué desea? —dijo, mirándolo con recelo. Estaba claro que no tenía el menor interés en abonarse a un periódico, comprar una aspiradora ni hablar del día del Juicio Final.

—Buenos días —dijo Marenburg—. Vengo a por el gato. Mi mujer les ha llamado hace un rato.

—¿El gato?

—Sí, el gato del señor Liebwerk, su vecino.

—Oh —dijo la mujer—. No tenía ni idea. Mi marido se habrá olvidado de decírmelo, como siempre. Pero no sabe cómo me alegro de que venga alguien. Yo

misma me habría ocupado de *Luzi*, si no fuera porque me da alergia, ¿sabe? ¿Es usted familiar del señor Liebwerk?

—Éramos primos —mintió Marenburg, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—. Oiga, ¿podría prestarme la llave de Hieronymus? Hoy hace un frío de mil diablos.

—Es que... no sé qué decirle —dijo la anciana, desconcertada—. No le conozco de nada... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Oh, disculpe mi impertinencia. Me llamo Marenburg. Rudolf Marenburg.

Ella inclinó un poco la cabeza y lo miró de arriba abajo.

—El señor Liebwerk nunca me habló de usted.

—Bueno, no teníamos una relación muy estrecha, que digamos —dijo Marenburg—, pero creo que le alegraría saber que su *Luzi* está conmigo, ahora que él nos ha dejado.

—Qué historia más trágica —dijo la vecina—. Aún me cuesta creerlo.

—Sí, sí, todos estamos igual —dijo Marenburg, fingiendo el mismo desespero—. En fin, ¿me permite que vaya a buscar al gato?

La mujer se lo pensó unos segundos más, y por fin desapareció en la casa y volvió con la copia de la llave.

—Si por lo que fuera no lo encontrara...

—... volveré dentro de un rato —le interrumpió Marenburg, impaciente, cogiéndole la llave y dándose la vuelta.

—¡A veces se esconde! —le gritó la mujer a sus espaldas.

Marenburg le prometió buscar en todos los rincones, y enseguida entró en casa de Hieronymus Liebwerk.

Sólo abrir la puerta le asaltó el olor a tabaco. Tendrían que airear la casa a conciencia antes de poder ponerla a la venta.

Si por fuera parecía pequeña, por dentro daba la sensación de que era minúscula. En el piso de abajo había un comedor y la cocina, y en el de arriba, una habitación y el baño.

La casa estaba minuciosamente ordenada, aunque si se miraba con atención podía verse una pequeña capa de polvo que lo cubría todo. Parecía que a Liebwerk no le gustaba demasiado limpiar.

La cestita para el gato, colocada junto a la minúscula mesa del comedor, estaba vacía, y Marenburg dio gracias a Dios: qué más le daba dónde estuviera el minino; el caso era tener un motivo para buscar por toda la casa.

La noche que fue al Spinnrad bebió bastante más de lo que habría sido de esperar y sólo recordaba parte de lo que Liebwerk le había dicho sobre el informe. En realidad, de lo único de lo que estaba seguro era de haberle oído decir que se había llevado los papeles a casa. Pero ¿dónde los habría guardado?

Marenburg miró a su alrededor y fue hasta el escritorio. Lo más probable era que el archivador lo hubiese comprado en un mercadillo. O que lo hubiese heredado. Se

dispuso a abrirlo. Aunque estaba cerrado con llave, no le costó forzar la tapa apretándola por los lados. En el interior, como no podía ser de otro modo, reinaba también un orden impecable. No tardó demasiado tiempo en encontrar lo que andaba buscando.

«Su amigo tenía la sensación de que el informe escondía algún error, algo que no estuviera bien —le pareció oír decir a Liebwerk—, pero yo me lo he mirado infinidad de veces, incluso me he hecho una copia y me la he llevado a casa para poder estudiarlo con calma, y no he descubierto nada insólito. ¡Nada! De modo que olvídenlo todo de una vez».

Marenburg se metió el informe en la chaqueta, se subió la cremallera y se dio la vuelta para irse. Entonces se llevó un susto de muerte al ver a la vecina en el marco de la puerta, observándolo.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

—Oh, estaba mirando si estaba aquí la información sobre las vacunas para el gatito.

—¿La información sobre las vacunas?

—Sí, pero no la he encontrado.

—Pues seguro que está —aseguró la mujer, entrando en la casa—. Incluso puso un chip a *Luzi* en la oreja por si se perdía.

Marenburg fingió echar un vistazo despreocupado a su reloj y dijo:

—Vaya, ahora debo irme. Mi mujer me espera para comer. No he encontrado al gato, pero luego volveré a intentarlo, a ver si tengo más suerte, ¿de acuerdo?

—¿Sabe usted? Esto es muy extraño —dijo entonces la vecina.

—¿El qué?

—Pues que acaba de llamarme otro hombre preguntando por *Luzi*.

Marenburg la miró sin dar crédito.

—¿Por el gato?

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad ha preguntado por el señor Liebwerk, pero yo le he dicho que si llamaba por el gato ya no hacía falta que se preocupara, porque ya habían venido a buscarlo. Y entonces me ha dicho que sí, que efectivamente llamaba por el gato.

—¿Le ha dicho su nombre?

—No. —La mujer movió la cabeza hacia los lados—. Sólo hemos hablado dos segundos. Pero me ha dicho que venía inmediatamente a hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Le ha dicho cómo me llamo?

—Sí —dijo la vecina—, y él me ha dicho que ya se conocen.

Marenburg empezó a sentir un cosquilleo en el estómago.

—Mmm... Debe de ser mi cuñado —dijo al fin—. Mi sobrina lleva meses pidiendo un gatito.

La vecina empezó entonces un discurso sobre la importancia de los animales en la

educación de los niños, pero Marenburg pasó a su lado y salió de la casa.

—Pero ¿qué pasa con su cuñado? —le preguntó la mujer, a sus espaldas—. ¿No va a esperarlo?

Marenburg le respondió que se le había hecho muy tarde y, sin añadir una palabra, desapareció. Había encontrado lo que buscaba y algo en su interior le decía que lo mejor que podía hacer era evitar al desconocido del teléfono. Al menos, hasta que supiese lo que ponía en el informe. Pero mientras volvía a la parada del autobús no pudo librarse de la desagradable sensación de que lo estaban siguiendo.

Una enfermera joven y de tez pálida, en cuyo bolsillo ponía que se llamaba Sabine, la precedió por las escaleras hasta el piso de abajo, en el que se hallaba la unidad número doce.

Una vez allí invitó a Carla a entrar en una habitación que la dejó sin palabras. Las paredes estaban pintadas de rojo, y en el suelo, del mismo color, los pasos quedaban amortiguados, como si estuviese andando sobre terciopelo.

—El doctor Rauh vendrá enseguida —le dijo la enfermera, y añadió—: Por favor, tome asiento.

Y dicho aquello le señaló las tres opciones que le ofrecía aquel despacho: el diván, el sillón de brazos y la silla de madera.

Carla se sentó en la silla.

Sabine le sonrió, dejó el informe escrito por Jan sobre la mesa de madera y se marchó sin decir una palabra más.

Aunque la consulta era considerablemente grande y su decoración de lo más espartana, Carla empezó a sentir cierta claustrofobia. Como si le costara respirar.

Quizá fuera por aquel color rojo, que le recordaba a algo orgánico. A una garganta a punto de tragársela.

¿Se habría sentido Nathalie igual que ella? A su amiga le gustaban las paredes de colores intensos —las de su piso, sin ir más lejos, eran de un subido tono melocotón —, así que quién sabe. Pero ¿en qué estaría pensando ese tal doctor Rauh al pintar así su consulta?

«Así debe de ser la habitación de un burdel —pensó, dejando escapar una risita nerviosa—. Sólo falta bajar la luz y poner ambientador de almizcle».

De hecho, la consulta tenía un olor especial, algo que le hizo pensar en una cesta de frutas, pero era muy leve; apenas perceptible. Todo lo que había en aquella sala parecía estar pensado para acceder a la conciencia de un modo francamente subliminal.

Quizá por eso le resultara tan perturbadora. Aquella consulta era..., bueno, en cierto modo era *irreal*. Y parecía capaz de acceder de un modo misterioso al subconsciente de quienes se hallaran en ella.

¿Habría desvelado Nathalie sus secretos en el interior de aquellas paredes? Nunca le dijo nada al respecto. De hecho, apenas le habló del tiempo que pasó en la clínica.

Se le hacía prácticamente imposible imaginar a Nathalie en aquella sala de atmósfera tan extraña, a solas con un hombre, y hablándole de todo lo que a ella tardó tanto tiempo en contarle (y sólo consiguió exteriorizar en el marco de una conversación de amigas, a solas en su piso y tapadas con una manta). Aunque quizá se equivocara por completo. Entrar en aquella sala implicaba la voluntad de favorecer una conversación íntima y sincera, no susceptible de ser compartida fuera porque el juramento hipocrático y la densidad de aquellas paredes rojas lo impedían. Entrar en aquella sala implicaba la voluntad de mantener un encuentro íntimo a nivel espiritual.

¿Sería aquel el demonio al que se refería Nathalie? ¿Habría tenido en aquella consulta una conversación realmente íntima y personal? ¿Algo a lo que las vecinas del burdel se habrían referido como sexo espiritual?

«Pero el espíritu no te deja embarazada».

En aquel momento llamaron a la puerta y un hombre entró en la habitación. Debía de tener cincuenta y pocos años y era muy atractivo. Cuerpo de deportista, aspecto bien cuidado y ropa cara e impecable.

Seguro que volvía loca a las mujeres, porque, aunque se le intuía un puntito de arrogancia, no parecía el típico vacilón que aparca en mitad de la calle su descapotable rojo.

Cuando el hombre la vio, se detuvo unos segundos, visiblemente impresionado. Carla juraría que hasta había palidecido un poco. Pero enseguida se recompuso y cogió la carpeta con su informe médico.

—¿Señorita Weller? Mi nombre es Rauh —la saludó.

Tenía una voz muy agradable, casi embriagadora. Un timbre suave y cálido.

Carla se levantó y le dio la mano. Él se la apretó con firmeza, aunque tenía las palmas un poco húmedas.

—Pero siéntese, por favor —dijo, pensativo.

Ambos tomaron asiento. Rauh, en el sillón de brazos. Carla, en la silla. Por algún motivo, le pareció que él habría preferido la silla. Lo vio leer atentamente su historia. Y cuando hubo acabado, puso la carpeta sobre la mesa y le sonrió.

—Por lo que veo, viene usted de parte del doctor Forstner.

—Me dijo que usted era el mejor. Que podría ayudarme.

—Me siento halagado.

Rauh continuaba sonriendo, pero Carla pudo notar que la estaba evaluando.

—¿Por qué no ha querido tratarla él?

—Pues no lo sé. Eso pregúnteselo a él.

—Lo haré, sin duda. Pero primero cuénteme por qué está aquí.

—Mi mejor amiga ha muerto —dijo Carla, observando fijamente a Rauh para no perderse ninguna de sus reacciones.

Rauh asintió y la miró compasivamente.

—¿Y le cuesta hacerse a la idea?

—Sí.

—¿Por eso ha intentado seguir su camino?

Carla se miró las muñecas y asintió.

—Sí.

—No —dijo Rauh, moviendo la cabeza para señalarle las muñecas—. No me refiero a su intento de suicidio. Me refiero a su aspecto, y al hecho de que esté aquí.

Carla notó que la sangre se le acumulaba en la cara.

—Quería ver cómo reaccionaba yo ante su extraordinario parecido físico —continuó diciendo Rauh, con voz suave—, porque cree que sé qué impulsó a su amiga a quitarse la vida tan repentinamente, ¿no es cierto?

«Bingo —pensó Carla—. Lo has cogido por sorpresa, y ahora él intenta hacer lo mismo contigo».

—¿Lo sabe?

Rauh siguió sonriendo, pero en esta ocasión parecía algo menos sincero.

—Lo importante en estas sesiones es trabajar lo que *usted* cree saber.

—De acuerdo. Yo creo que usted sabe por qué mi amiga se quitó la vida —dijo Carla, imitando el tono pausado de Rauh.

—Ajá —dijo Rauh.

Su sonrisa había desaparecido.

—Y también creo que, fuera cual fuera el motivo que provocó su reacción, está estrechamente relacionado con la clínica.

El doctor se quedó en silencio unos segundos, pensando. Parecía algo inseguro, aunque quizá estuviera más bien enfadado por su acusación...

—¿Está buscando culpables?

Carla se encogió de hombros.

—Si quiere llamarlo así... Sí.

—¿Y yo soy su principal sospechoso?

—Quién sabe —contestó ella, descubriendo un breve destello de enojo en su mirada.

—¿Adónde pretende llegar usted con esta conversación, señorita Weller?

—¿A la verdad? —respondió Carla, mirándolo directamente a los ojos.

—¿No será más bien a la verdad que le gustaría oír? —dijo Rauh, subiendo ligeramente el tono de voz—. Porque algo me dice que no se conformará con una distinta a la que espera.

—Sea como sea, vale la pena intentarlo.

—Está bien —dijo Rauh, suspirando—. La verdad es que una de mis pacientes, a la que traté por un trastorno de pánico irracional provocado por un hecho del pasado, se quitó la vida hace unos días. La verdad es también que una de sus amigas me cree culpable de su muerte y está tan convencida de ello que ha sido capaz de cortarse las venas y caracterizarse como mi paciente para ser internada en la misma clínica que ella, convencer a uno de mis colegas de que la envíe a mi consulta y esperar a que yo *le haga lo mismo que le hice* a su amiga, sea lo que sea lo que tenga usted en la

cabeza. *Esta*, querida señorita Weller, esta podría ser la verdad que querría oír.

—Bien. Entonces dígame por favor qué *le hizo* a Nathalie —preguntó Carla.

Rauh estiró el cuello, respiró hondo y la miró de nuevo.

—Hablé con ella igual que estoy hablando con usted ahora. La oí hablar de sus miedos.

—Ella jamás le habría hablado de lo que sentía.

Rauh sonrió.

—¿Advierto algo de celos, señorita Weller? ¿Cómo está tan segura de que no habría querido contármelo?

—Porque conocía muy bien a Nathalie —dijo, con algo más de dureza de lo que habría querido—. Mejor que nadie.

—¿Ah, sí? —Rauh arqueó una ceja. Parecía divertido—. Entonces tendría que haber sabido que en su primera visita su amiga no escogió la silla.

—¿La silla? ¿Y qué importa eso?

—Más de lo que imagina, señorita Weller. —Con un movimiento ágil, Rauh se incorporó y fue hasta la puerta. Una vez allí la abrió y dijo, con el mismo tono suave de siempre—: Y ahora... será mejor que se vaya.

—¿Me echa?

—Considero que nuestra charla de hoy ya ha terminado. Vuelva a verme cuando de verdad quiera someterse a una terapia. Algo que, por cierto, le recomiendo encarecidamente. En caso contrario, plantéese seriamente por qué se queda en la clínica.

Carla se levantó.

—Aún no me ha dado una respuesta.

—No le diré nada más sobre la señorita Köppler —dijo Rauh, malhumorado—. Me lo impide mi juramento hipocrático, que va más allá de la muerte de mi paciente. ¡Ah, señorita Weller! Y tengo otra pregunta.

—¿Sí?

—¿Conoce al señor Rudolf Marenburg?

La pregunta le pilló tan por sorpresa que se quedó con la boca abierta, incapaz de contestarle de inmediato.

Rauh asintió brevemente con la cabeza, y luego cerró la puerta.

La casa de Fleischer se encontraba en el interior del recinto hospitalario, en la cara sur de la Clínica del Bosque, y como la mayoría de los edificios del recinto fue construida durante los primeros años, aquellos en los que los directores de ese tipo de instituciones eran tratados como príncipes, y por supuesto también vivían como tales.

Cuando Jan entró en el recibidor de la casa, con su techo alto, los enormes ventanales y el parqué del suelo perfectamente pulido, tuvo la sensación de que lo habían convocado a una recepción palaciega, y no a una cena con la familia del jefe.

—Que no salga de aquí, Jan, pero nunca nos hemos sentido del todo a gusto en esta casa tan grande —le confesó Fleischer algo después, durante la cena, cuando él le dijo que estaba impresionado ante tanta suntuosidad—. No te imaginas la de veces que he pensado en convertirla en una unidad de psiquiatría infantil y de mudarme con Hannah a un lugar más pequeño y acogedor, y más ahora que las niñas nos visitan tan poco...

—Venga, papá, eres injusto —le interrumpió Annabel.

La hija pequeña de Fleischer era una preciosidad rubia, igualita que su madre.

—Estamos aquí cada dos por tres —dijo, acariciándose su redondeada barriga—. Ya verás como en tres meses me vas a pedir que venga menos... ¡El enano ya está dando patadas otra vez, y me temo que va a ser un terremoto!

—Nunca será demasiado, cielo, nunca —le dijo la señora Fleischer—. Aunque viviéramos en una chabola querríamos veros siempre.

—En mi época de estudiante tenía un piso más pequeño que el lavabo del piso de arriba —dijo Fleischer, ofreciendo a Jan una bandeja con patatas que este rechazó cortésmente.

—Y la primera casa que compartimos no es que fuera muy grande, la verdad —dijo Hannah, guiñándole el ojo a su marido—, pero era muy acogedora, ¿verdad, Raimund?

Este sonrió a su mujer.

—Es que todavía no podíamos permitirnos una mujer de la limpieza.

—¡Por Dios, qué hombre! —dijo la señora Fleischer, sonriendo, mientras servía más vino a Jan.

—Lo sé, querida, lo sé. Ibas a decir irresistible, ¿no es cierto?

—Recuerdo que cuando nos trasladamos a vivir aquí me sentí como la

protagonista de la película *Princesa por sorpresa* —dijo Annabel—. ¿La has visto, Jan?

—Creo que no.

—Es la historia de una chica que de pronto descubre que es una princesa y tiene que irse a vivir a un castillo —añadió la joven, limpiándose con la servilleta unas gotas de vino que se le habían caído en el jersey—. La diferencia es que por el jardín de su castillo no paseaban continuamente chiflados, trastornados y todo tipo de perturbados mentales.

—¡Annabel, por favor! —dijo Hannah, con exasperación pero sin perder la compostura—. No le hagas caso, Jan. Annabel nunca ha sentido el menor interés por el trabajo de su padre.

—Por eso me he casado con un biólogo —dijo la chica, levantándose para dar la vuelta a la mesa e ir a abrazar a su padre—. Aunque eso no signifique que mi padre no sea el mejor del mundo, se entiende.

Plantó a Fleischer un beso en la mejilla y acto seguido se fue a la cocina.

—Ya ves, Jan —dijo el director de la clínica, siguiendo a su hija con una mirada cargada de orgullo—, ¡aún las tengo en el bote!

Y dicho aquello se colocó bien las gafas, con un gesto que a Jan le hizo pensar de nuevo en su parecido con Gregory Peck.

—¿Tú te has casado, Jan? —preguntó Hannah Fleischer.

—Sí —dijo él, tosiendo ligeramente—, y me he separado.

—Oh, vaya, lo siento. ¿Tienes hijos?

—No.

Hannah Fleischer asintió, como si le entendiera. Entonces señaló la bandeja con la carne y le preguntó:

—¿Quieres más?

—No, gracias, estoy a punto de explotar.

Jan notó que se había sonrojado. No le gustaban nada aquellas charlas en las que se hablaba de matrimonios y de niños. Le parecía que todo el mundo podía leer en su cara que su miedo a perder a los seres queridos le había impedido decidirse a tener hijos...

—Feliciten de mi parte a la cocinera —dijo, sonriendo a Hannah—. Estaba delicioso.

—Me alegro. Raimund tiene una buena relación con un cazador de la zona que siempre le consigue carne de la mejor calidad. El señor... ¿cómo se llama, querido?

—Hesse —dijo Fleischer—. Hermann Hesse, como el escritor. Su hijo es un colega de profesión. Médico de cabecera. Muy buen profesional, según me han dicho.

—Lo conozco —dijo Jan—. Hablé con él hace unos días.

Fleischer parecía muy sorprendido.

—¿Ah, sí? ¡Qué pequeño es el mundo! En fin, volviendo a la carne..., en esta ocasión tenemos que agradecerse a Norbert Rauh. Él es quien me presentó a Hesse

y quien tiene verdadero contacto con él. Se conocen desde que Rauh era niño, y desde que entró en la clínica no nos ha faltado un buen trozo de carne de Kössingen en la nevera.

—Kössingen —repitió Jan.

La palabra le provocó un pinchazo en el estómago. Vio la carretera solitaria frente a sí. El bosque más allá de las curvas. La nieve. El volkswagen passat amarillo empotrado en un árbol...

Notó la mirada preocupada de su anfitrión y sonrió, avergonzado.

—Bueno —dijo Hanna levantándose y recogiendo los platos—, voy a ayudar a Annabel a recoger la cocina. ¿Queréis un café? ¿O algo dulce?

—Un café me sentaría de maravilla —dijo Jan, y Fleischer añadió:

—Lo tomaremos en mi despacho, querida. Tienes que verlo, Jan. A su lado, el despacho de la clínica no es más que una cabina de teléfonos.

—Impresionante —dijo Jan, cuando entraron en el despacho de Raimund Fleischer.

No era una habitación, sino una sala lo suficientemente grande como para montar un baile en ella.

—Ya, directamente proporcional a los gastos de calefacción —dijo Fleischer, sonriendo—. Si un día me decido realmente a convertirlo en una unidad infantil tendremos que hacer una buena inversión en recubrimientos y cierres.

Después de que Hanna les dejara el café, ambos hombres se sentaron en los sillones que quedaban en una de las esquinas, frente a una enorme biblioteca.

—Cuando hemos hablado de Kössingen has recordado a tu padre, ¿no es cierto? Fleischer echó dos cucharadas de azúcar en su taza, la levantó y empezó a revolver su contenido.

Jan asintió con la cabeza.

—¿A dónde crees que debía de ir?

—No tengo ni la más remota idea —respondió el doctor, dando un trago a su café y dejando la taza sobre la mesita auxiliar. Después se recostó en el respaldo de su sillón, cuyo cuero crujió levemente bajo su peso—. Escucha, Jan, debo serte sincero. Estoy preocupado por ti.

—¿Preocupado? —dijo Jan, sorprendido—. ¿Por mí?

—Sí. Ayer hablé con Norbert Rauh. No te preocupes, no me reveló ningún secreto profesional. Sólo quería saber en líneas generales cómo iba tu terapia.

Jan también dejó su taza. Notó que se le humedecían las palmas de las manos.

—¿Y qué te dijo?

—Que habías hecho grandes progresos, pero que aún reprimías algo. Algún recuerdo que no querías dejar salir.

—Rauh sólo me ha visto en dos ocasiones. ¿Cómo puede haberse formado este juicio?

Fleischer cruzó las piernas y juntó los dedos de tal modo que quedaron formando un triángulo sobre su pecho.

—Esta clínica tiene muchos ojos y orejas, Jan. He oído que estás investigando cosas. Que ocupas tu tiempo con asuntos del pasado. Me han dicho que fuiste a ver a Lieberwerk varias veces. ¿Es eso cierto?

Jan se encogió de hombros.

—Sí.

—Me alegra que podamos hablar sinceramente —dijo Fleischer, asintiendo con satisfacción—. No esperaba otra cosa de ti.

—No he molestado a nadie con mis preguntas —dijo Jan, defendiéndose.

—Sí, amigo mío. A ti mismo —dijo Fleischer, con calma—. Te ofrecí una oportunidad laboral porque quería ayudarte a olvidar el pasado, pero para eso tienes que mirar hacia delante. Tienes que ser tú quien lo haga. Ya sé que no es nada fácil porque aquí empezó todo, pero no debes olvidar que esta es la última oportunidad profesional que vas a tener en tu vida y sería una pena, además de una irresponsabilidad, echarlo todo a perder. Sobre todo ahora que Laszinski ha muerto.

Jan se irguió como un palo.

—¿Laszinski ha muerto?

—Sí. Dos compañeros de celda lo violaron y lo mataron a palos.

Jan se derrumbó.

—Si eso sale a la luz todos volverán a importunarme con las viejas historias...

—Seguramente, sí —dijo Fleischer—. Por ahora el asunto no es oficial y, por lo que me han dicho, van a intentar llevarlo todo con la máxima discreción, pero como la prensa se entere de algo... Se va a armar un buen revuelo.

A Jan le pareció ver los titulares frente a él. «Psicópata de bata blanca» o «Cuando los asesinos se convierten en víctimas» eran lo más inofensivo que se le ocurrió.

Si bien era cierto que el caso Laszinski sólo ocupó los medios durante unos días, estaba claro que su muerte en prisión levantaría mucho revuelo, además de todo un debate sobre el valor de este grupo de psicópatas y sus privilegios normativos, y el caso del doctor Forstner, aquel psiquiatra que agredió brutalmente a su paciente mientras los vigilantes se tomaban su tiempo para reaccionar, volvería a ocupar, sin duda, las primeras páginas de todos los diarios.

—Por eso —continuó Fleischer— es importante que aproveches la oportunidad que te doy. Como ya te dije, tu contrato indefinido avanza viento en popa, de modo que un paso en falso sería una soberana tontería. Ha llegado el momento de demostrar a todo el mundo lo buen médico que eres.

Ausente, Jan se quedó mirando por la ventana. A la débil luz de las estrellas, los árboles del parque apenas se reconocían.

«Una jaula dorada —pensó Jan—. Fleischer me ofrece su protección en una jaula dorada. Pero entonces seguiré siendo un preso...».

—¿Quieres aprovechar la oportunidad o no? —le preguntó el director.

—Sí, sí, claro.

—Bien —dijo Fleischer—. Sólo una cosa más. Me consta que también preguntaste a Norbert por Alexandra Marenburg.

—Efectivamente —dijo Jan en tono de disculpa—. Pero ya sé: tengo que dejar atrás el pasado...

—Escucha, Jan —le interrumpió Fleischer—. La chica era esquizofrénica. No es sólo que estuviera deprimida, como quería creer su pobre padre. Sufría alucinaciones, y en tales casos era impredecible. Tu padre, Jan, se preocupó mucho por ella e hizo cuanto pudo por ayudarla, pero los medicamentos no eran lo suficientemente efectivos y tenía que ser ingresada de vez en cuando. No se podía hacer de otro modo. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—. La noche en que se suicidó había empeorado. Aquellos días tuvimos problemas con el personal y por la noche dispusimos de un solo enfermero para dos unidades. Todo sucedió cuando el pobre hombre empezó su turno: la chica salió corriendo por el pasillo... —suspiró—, atravesó una ventana y salió al jardín, donde no dejó de correr. El enfermero llamó a la policía inmediatamente pero..., bueno, ya conoces el resto.

—Sí, perfectamente —dijo Jan, pensando en el radiocasete que llevaba en su chaqueta.

Su idea de grabar en ella la voz de una muerta le pareció de pronto tan ingenua, tan infantil, y sobre todo tan absurda, que le habría gustado poder reírse de ello.

—No quisiera meterme en tu vida privada —dijo Fleischer, inclinándose hacia Jan—, pero te daré un consejo: ten cuidado con Rudolf Marenburg. Está obsesionado con la idea de que le hicimos algo a su hija. Yo diría que en ese sentido está enfermo. Si supieras la cantidad de veces que nos ha llamado, a Rauh y a mí... En mitad de la noche. Borracho como una cuba. Dice que la culpa es nuestra, y eso que el pobre Norbert ni siquiera la conoció: la hipnosis no tiene sentido en los esquizofrénicos.

A Jan le molestó que Fleischer hablara mal de su amigo, pero entendió que tenía parte de razón: Rudi era un mal consejero en esa tesitura. De hecho, eso fue justo lo que él le dijo a Carla.

Sea como fuere, había otra cosa que le interesaba más en aquel momento, y decidió comentársela a Fleischer:

—Hace unos días el señor Lieberwerk buscó en el archivo el informe de Alexandra Marenburg y no pudo encontrarlo. ¿Cómo se lo explica? ¿Cree que fue casualidad?

Fleischer cogió su café, le dio un trago, y al hacerlo miró a Jan por encima de la taza.

—No, Jan, supongo que no es casualidad. Pero si lo piensas con calma, entenderás dónde está el informe, en realidad.

Jan miró a su jefe, consternado.

—¿Yo? ¿Cómo voy a saberlo?

—Tu padre tenía el informe —le dijo Fleischer—. Alexandra era su paciente, y

Bernhard solía llevarse sus historias clínicas a casa para estudiarlas durante los fines de semana. Si, como dices, el informe de Alexandra no estaba en el archivo, lo más probable es que tu padre lo tuviera en casa, o quizá en su despacho, y que con la cadena de desgracias que se sucedió aquellos días acabara perdiéndose. Como imaginarás, todo aquello supuso también un terrible descalabro en la clínica.

Jan se aferró a los brazos de su sillón. Fleischer tenía razón. Tenía que haberlo supuesto. Quizá hasta lo había imaginado pero había preferido reprimirlo.

«¿Habré estado todo este tiempo buscando respuestas en el lugar equivocado?».

—¿Otro café? —le preguntó Fleischer, señalando las tazas vacías.

—No, gracias —murmuró Jan.

Por hoy ya había tenido bastante.

Media hora antes, mientras dormía, Dunja no se habría atrevido a soñar siquiera que aquel iba a ser el mejor día de su vida. Pero ahora estaba ahí sentada, en el asiento del copiloto de una lujosa limusina, bebiendo champán francés y sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Al principio pensó que había entrado en un coche normal y corriente y que lo que tenía en las manos era un sencillo vino espumoso comprado en alguna gasolinera de la zona, pero ahora tenía claro que se había equivocado.

—Todos nos confundimos a veces —le había dicho él, al ver la expresión de sorpresa en su rostro.

Y tenía toda la razón. Al fin y al cabo, ella también se había confundido con él. Pese a la cantidad de veces que le había pedido que se cubriera la cara con una máscara y le leyera textos mientras se la tiraba, Dunja jamás había pensado que aquello fuera una prueba para valorar su talento artístico. No se había parado a pensar en la verdadera identidad del desconocido.

Pero ahora que sabía quién era... No se lo podía creer. Aquello era un sueño hecho realidad. ¡Estaba sentada junto a Robert De Niro!

En el fondo siempre lo había sabido, aunque al mismo tiempo le daba miedo admitir que quizá no fuera más que el fruto de su imaginación, pero ella sabía que un día la rescataría y la sacaría de la ciénaga en la que vivía, eternamente ahogada, para alejarla definitivamente de los hombres oscuros, extravagantes, y a menudo feos y grasientos que pagaban para follársela un rato. Que la liberaría de todos esos despojos humanos.

Y ahora, por fin, había llegado el momento. Ahora estaba a su lado, en el coche, en plena noche, y cada vez que lo miraba su corazón daba un salto de alegría.

Tenía exactamente el mismo aspecto que en el cine. Aquel magnífico ejemplar de hombre no necesitaba maquillaje ni retoques. Vestido con esmoquin, De Niro tenía la misma planta extraordinaria que cuando representó a Don Vito Corleone, y eso que por aquel entonces no debía de tener más de treinta años. Pero la edad nada podía hacer contra un dios de la pantalla, por mucho que este hubiera cumplido ya los sesenta. De Niro era único.

—Eres tan guapo... —se atrevió a decir, por fin, y De Niro le dedicó una de sus increíbles sonrisas, como la de Louis Cyphre en *El corazón del ángel* o la del padre

Bobby en *Sleepers*.

¡Cómo amaba aquella peca de su mejilla derecha! Habría dado todos sus ahorros por poder tocarla, o incluso besarla.

Ya ni siquiera recordaba lo cansada que había estado hacía un rato, cuando volvía del Love Palace y lo único que quería era meterse en la cama. De hecho estaba tan cansada que estuvo a punto de no subirse al coche con él, pero al final no pudo evitarlo y sucumbió a la curiosidad: aquel hombre parecía estar de tan buen humor, tenía tantas ganas de compartir un poco de vino espumoso con ella (quería decir, champán) y le había prometido con tanta firmeza que iba a enseñarle algo maravilloso... Vamos, que subió al coche. Y ahora que sabía quién era..., definitivamente, todo lo que le enseñaba era maravilloso.

—¿Voy bien vestida para la ocasión? —le preguntó, insegura.

—Pues claro que sí, *baby* —le dijo De Niro, con su sonrisa divina—. Sólo tienes que mirarte. En tu cuerpo cualquier vestido es un arma cargada, *darling*.

Bajó la mirada. ¿De verdad llevaba aquel vestido de color burdeos con un escote espectacular? No recordaba habérselo puesto. Seguro que era cosa del champán. ¡Ay, tenía que vigilar para no emborracharse! ¡Aquello sería terrible, no sólo porque se perdería aquella noche maravillosa, sino porque podría echar a perder su carrera como actriz!

—Bobadas, *baby* —dijo De Niro, poniéndole una mano sobre la pierna—, bebe un poco más. Relájate para el espectáculo. Todos lo hacemos.

¡Oh, Dios, el simple contacto de su mano hacía que casi se corriera! Tenía que tranquilizarse, de modo que apuró el contenido de su copa. El champán le hizo cosquillas en el estómago y tuvo que contener un eructo.

«Espero que no lo haya notado. Parezco una campesina».

Pero De Niro no hacía más que sonreír, y ella lo imitó. Justo entonces el coche se detuvo.

—Oh, Bob —dijo ella.

Había sido él quien le pidió que lo llamara así. Todos sus amigos, los buenos amigos, se entiende, lo llamaban Bob. Y Dunja deseó en secreto poder susurrarle muchas veces «Oh, Bob» al oído aquella noche.

—¿Por qué está tan oscuro?

—Estamos entre bambalinas, *baby* —dijo Bob, guiñándole el ojo—. En unos minutos alzarán el telón y habrá mucha luz. Ahora ve con cuidado.

Ella lo siguió por la escalera hasta pisar el suelo encerado y brillante. No podía ver bien el escenario —estaba todo demasiado oscuro—, pero Bob la cogía de la mano y le explicaba dónde estaba cada cosa. Se notaba que estaba en su salsa.

Sus preciosos zapatos taconeaban coquetos mientras lo seguían hasta el centro del escenario. El telón continuaba bajado pero le pareció oír un murmullo al otro lado. Susurros y bisbiseos de un público que la esperaba. ¡A ella!

—¿Estás lista, cielo?

Sólo pudo asentir. Habría querido salir corriendo, huir a toda velocidad. Jamás imaginó que el pánico escénico pudiera ser algo tan aterrador.

«¡Es tu momento! ¡Sé valiente! ¡Disfrútalo!».

Quiso preguntar a Bob si se le había corrido el maquillaje o si llevaba demasiado carmín o si su escote era demasiado exagerado. ¡Por Dios, si le llegaba casi hasta el pirsin del ombligo! Las estrellas de cine no llevan pírsines. ¿Por qué no había pensado en quitárselo?

—Shhh —le dijo Bob, acariciándole el hombro desnudo, mientras ella volvía a sentir una oleada de placer—. Tranquila, *baby*. Todos lo pasamos mal al principio. Sólo debes intentar que los demás no lo noten. —Volvió a guiñarle el ojo y la peca de su mejilla dio un saltito—. Eso es lo que distingue al verdadero profesional. ¿Qué me dices, empezamos?

Dunja respiró hondo, asintió y pronunció un «sí» que sonó sorprendentemente fuerte y convincente.

«Perfecto —se dijo—, ya eres una profesional».

Robert De Niro —Bob— le sonrió amablemente y desapareció tras el telón.

El público estalló en aplausos y Dunja lo oyó hablar:

—¡Gracias, damas y caballeros, muchas gracias! Pero el aplauso de hoy no debe ser para mí. Demos la bienvenida a la estrella revelación del año. La indiscutible merecedora del Oscar a la mejor actriz, la bella joven que hará su entrada en el escenario...

De Niro hizo una magnífica pausa dramática y el murmullo se interrumpió unos segundos para reanudarse enseguida con mayor intensidad.

—Damas y caballeros, un aplauso para la bellísima, extraordinaria y fascinante... ¡Duuuuunja Koslowski!

Alargó las sílabas de su nombre y lo dejó bailando en el aire mientras se abría el telón. El terciopelo denso y rojo se hizo a un lado y le permitió ver al público del teatro, que estaba lleno a rebosar. No había ni un solo asiento libre, y tanto en el pasillo del centro como en los laterales la gente se apretaba, de pie. Hombres con chaqué o esmoquin y mujeres con trajes de noche. Algunos clásicos y elegantes, y otros más atrevidos, como el suyo. Algunos con colores chillones y otros más regios o con lentejuelas. Y, con la fanfarria de la 20th Century Fox de fondo, el público prorrumpió en un aplauso sin precedentes.

—Te aplauden a ti, *baby* —oyó decir a De Niro, aunque las luces de los focos no le permitieron verlo.

A quienes sí pudo ver, en cambio, fue a los que estaban sentados en primera fila, y al reconocerlos sintió que se le paraba el corazón.

Ahí estaban todos, los grandes entre los grandes, los verdaderos dioses de la interpretación. Dunja vio a Bette Davis, Jane Russell, Liz Taylor, Marilyn Monroe... y, por Dios, ¿aquella era Ingrid Bergman? ¡Sí lo era, sí! Estaba junto a James Dean, Clark Gable y Cary Grant, y tenía al lado a su hija, Isabella Rossellini. En aquel

preciso instante las dos divas se levantaron de sus asientos y le dedicaron una cálida ovación. Inmediatamente, todos las imitaron.

«¡Estoy en el cielo, oh, Dios mío, estoy en el cielo!».

Dunja sabía que había llegado el momento de decir o hacer algo, pero el aplauso era tan cerrado que nada de lo que dijera habría podido escucharse. De modo que se limitó a abrir los brazos, alzar bien la cabeza en un gesto que le pareció muy propio de una estrella y se acercó a los focos, cuya luz era cada vez más intensa.

—Son tus cinco minutos de gloria —oyó decir a De Niro, y sabía que tenía razón.

¡Aquel era su momento! Aquel era...

El tren rápido la arrolló a una velocidad de 270 kilómetros por hora. El choque fue tan abrupto, tan brutal, que Dunja Koslowski ni siquiera notó cómo el aire la aspiraba hacia las vías del tren y la trituraba en cuestión de segundos.

Norbert Rauh llegó a la gasolinera hacia las dos de la madrugada. Bajó del coche, se desperezó, y aspiró el aire fresco de la noche.

El cielo invernal estaba plagado de estrellas y prometía otro día helado. Rauh se frotó los ojos. Hacía rato que debería estar en la cama, pero se sentía demasiado inquieto para dormir.

Fue hasta la caja nocturna. Una chica con el pelo teñido de verde mascaba chicle tras la ventanilla blindada y hojeaba, aburrida, una revista. Cuando vio acercarse a Rauh se inclinó hacia el micro.

—¿Sí? —graznó, más que habló.

—Buenas noches —dijo Rau, echando una ojeada a la estantería en la que se hallaban los paquetes de tabaco.

Se frotó la barbilla, pensativo. Se sentía como si estuviera a punto de cometer un crimen.

—¿Qué le pongo? —preguntó la chica, aburrida—. Lo que quiera menos alcohol, ¿vale?

La chica pareció aliviada cuando Rauh se decidió por un paquete de Marlboro. Debía de estar acostumbrada a clientes tan intempestivos como las horas a las que se le acercaban. Rauh dejó el dinero en la ranura del mostrador, le dio las gracias y volvió a su coche.

Reinaba un silencio sepulcral. Sólo de vez en cuando se oía el sonido de un coche en la autovía, y luego, de nuevo, el silencio.

Fahlenberg dormía.

Rauh se sentó al volante, cerró los ojos y abrió el paquete. Entonces sacó un encendedor de plata de la guantera. Lo observó atentamente, pasó los dedos por la «C» que tenía grabada en el lomo y se encendió el cigarrillo. Llevaba más de siete años sin dar una sola calada. Antes solía fumar como una chimenea —empezó a hacerlo a los quince—, y cuando logró dejarlo se juró que nunca volvería a fumar. Pero ahora le daba igual.

Tosió, se le llenaron los ojos de lágrimas y se mareó levemente, pero volvió a dar otra calada y volvió a toser. Entonces bajó la ventana, tiró el cigarrillo y después todo el paquete.

Puso el coche en marcha y se fue a casa. Tenía que dormir, o al menos intentarlo,

aunque sólo fuera un rato. Por la mañana tenía que estar lo suficientemente en forma para hacer algo que llevaba mucho tiempo posponiendo. Había esperado demasiado. Era el momento de actuar.

Carla levantó la tapa de su bandeja del desayuno. Dos panecillos minúsculos, un paquetito de mantequilla, uno de margarina *light*, uno de mermelada de fresa y dos lonchas de embutido. Cualquier cosa menos apetitoso.

Apartó la bandeja y probó el café, tan aguado que en el primer momento le pareció que era té.

Había escogido una mesita que quedaba en la esquina del comedor, desde donde podía observar toda la sala. La mayoría de las mujeres iban vestidas con chándal o con *leggings* y jerséis. Algunas charlaban entre sí y otras se limitaban a masticar sus panecillos en silencio.

Una gorda con brazos de luchadora de sumo se le acercó y señaló su bandeja.

—¿No vas a comértelo?

—No —dijo Carla, sonriendo—. Hoy no tengo hambre.

—Pues puedes dármelo, ¿no? —dijo la otra, sin apartar la vista del desayuno.

—Claro.

Carla le acercó la bandeja y la mujer se marchó de allí sin darle las gracias.

¿Cómo se habría sentido Nathalie ahí dentro? En la mayoría de los casos era evidente que las mujeres sufrían problemas psíquicos. Era como si llevaran sus enfermedades escritas en la cara. Algunas parecían asustadas, otras ensimismadas, unas cuantas se ponían a reír de repente, sin motivo alguno, y otras se quedaban escuchando en silencio, como si un ser invisible estuviera confiándoles un mensaje misterioso e importantísimo.

Aquel era un mundo aparte, completamente distinto al que reinaba en el exterior. Nathalie debió de sentirse tan extraña como ella ahora. De pronto entendía por qué nunca quiso quedar con ella ahí dentro. Las veces que fue a visitarla se habían visto en la cafetería de la entrada o en los jardines de la clínica, para dar un paseo, pero nunca dentro de la unidad número doce. Debía de darle vergüenza. Pero aun así se quedó todo el tiempo que le dijeron, con la esperanza de salvarse; con la ilusión de superar sus miedos.

Carla sintió de pronto una profunda admiración por su amiga, que había sido capaz de enfrentarse a todo aquello sólo por llevar una vida normal. Una vida feliz y tranquila junto a Ralf, a quien tanto amaba.

Una mujer entró en el comedor. Llevaba su bandeja como si fuera un tesoro y

echó un vistazo por la sala en busca de una silla libre. Carla se asustó al ver su rostro, desfigurado por algún terrible tumor, pero más se asustó la mujer al verla a ella: dio un respingo, dejó la bandeja sobre una mesa sin apartar los ojos de Carla y se acercó hasta su mesa.

—Has vuelto —dijo en voz baja, una vez allí—. Sabía que volverías...

Carla no fue capaz de decir una palabra. El tumor temblaba con cada movimiento de la desconocida, como si estuviera hecho de gelatina lila.

—Oh, no eres ella —añadió entonces la mujer, mirándola más de cerca—. Pero te pareces una barbaridad.

—Me llamo Carla.

Le ofreció la mano, pero ella no le prestó atención. En su lugar cogió una silla y se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa.

—Te pareces muchísimo a una chica que pasó aquí un tiempo. Se llamaba Nathalie.

—Sí, lo sé. Era muy amiga mía. ¿Y tú eres?

—Me llaman Sibylle. ¿Sabes lo que significa?

—No.

—La vidente —dijo, con un tono que esperaba infundir respeto.

Sentada ahí delante, tensa y recta delante de ella, parecía una muñeca de cera que se hubiese acercado demasiado a una vela enorme.

—A veces veo cosas que los demás no ven. Pero ahí fuera casi nadie me cree —dijo, señalando la ventana que quedaba a su lado—. Tu amiga sí me creyó. Tenía que estar aquí, pero no era una de las nuestras. En tu caso es al revés: no tienes que estar aquí, pero te pareces mucho a nosotras.

La mujer estaba loca, de eso no había la menor duda, pero su instinto le dijo que Sibylle iba a ser la primera pista de sus investigaciones. No en vano conoció a Nathalie, y, por lo que se podía derivar de sus palabras, tuvieron una relación algo más estrecha que la de simples compañeras de comedor.

—¿Te habló Nathalie de sus... problemas?

Sibylle sonrió y su rostro deformado se torció en una nueva mueca.

—¿Te refieres al demonio?

Carla no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Habló contigo del demonio?

—Desde luego que sí —dijo Sibylle, asintiendo con la cabeza.

—¿Y qué te contó?

Sibylle miró a todas partes, y luego se dirigió a Carla y bajó la voz y dijo:

—La visitaba en sueños. Sueños en los que no estaba dormida. Varias veces.

—¿Qué... qué significa esto?

—¿Tú también tienes un demonio? —le preguntó Sibylle, casi asustada—. ¿Hay algún espíritu maligno que te visite en sueños?

—No —dijo Carla—. Creo que no.

Sibylle asintió, enérgica.

—¡Oh, sí, sí lo tienes! Todos tenemos uno. Yo tengo el mío, tú el tuyo y tu amiga el suyo. Incluso hay por aquí un doctor joven que tiene varios. Y tendríamos que andarnos con ojo. Tendríamos que evitar estar cansados.

«Evitar estar cansados...». ¿Tendría eso algo que ver con los ataques de sueño de Nathalie?

—Pero el demonio de Nathalie es real, ¿no?

—Todos lo son. —Con un suspiro, Sibylle apartó la silla y se levantó. Una vez más miró a Carla atentamente, y añadió—: Ten mucho cuidado con el médico de la habitación roja.

—¿El doctor Rauh?

—Así se llama, sí —dijo Sibylle, asintiendo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

La loca miró a su alrededor, como si tuviera miedo de que la oyeran, y le susurró:

—Él es quien rescata a los demonios del mundo de las sombras.

Hay heridas que nunca se curan. A veces creemos que se ha formado una capa de piel bajo la costra, pero en cuanto nos la rascamos empieza a sangrar de nuevo.

Pues lo mismo sucede con las heridas del alma, pensó Rudolf Marenburg. Aunque habían pasado ya muchos años y creía haberse acostumbrado al dolor que le producía el recuerdo de Alexandra, de nuevo se sentía como si se le hubiese abierto una vieja cicatriz.

Tenía el informe de Nathalie Köppler delante, y cuanto más leía, más recordaba a su querida hija. Al final resultó que las dos chicas tenían muchas más cosas en común aparte de su aspecto físico. Ambas habían tenido miedos irracionales, y a ambas les costaba abrirse a los demás. La diferencia era que los miedos de Nathalie eran de origen real y los de Alexandra surgían de su fantasía.

Pero ambas eran pacientes de la Clínica del Bosque y ambas habían acabado lanzándose a los brazos de la muerte, huyendo de algo que las aterrorizaba y sin que nadie hubiese detectado el menor síntoma de que aquello fuera a suceder.

Marenburg estudió el informe de arriba abajo buscando alguna pista, alguna pieza que no encajara, quizá. Analizó cada palabra de cada línea, pero fue en vano.

Resignado, dejó el informe sobre la mesa del comedor, y entonces se levantó y se dirigió al teléfono del pasillo, en el que tenía la notita con el número del móvil de Carla. Le habría gustado llamarla, pero habían decidido que sería ella quien lo llamara en cuanto descubriera alguna cosa. Tendría que esperar, pues, por difícil que le resultara.

Se frotó las sienes, suspirando. Volvió al comedor y tomó el último trago de café que quedaba en su taza. «La taza de Alexandra», pensó, mirando melancólicamente el retrato de David Bowie que tenía impreso. Por un segundo se le ocurrió preguntarse si el chico que algún día le habría presentado su hija habría sido uno seco y larguirucho como ese cantante. Otra de las miles de preguntas para las que no tendría respuesta.

Marenburg llevó su taza vacía a la cocina, donde se sirvió todo lo que quedaba en la cafetera, y se tomó de paso una aspirina, porque tenía un dolor de cabeza insoportable.

Cuando llamaron a la puerta miró el reloj, sorprendido. Eran las ocho y media de la mañana. Demasiado pronto para el cartero. ¿Quién podría ser a aquellas horas?

Marenburg disimuló un bostezo y se arrastró hacia el pasillo. Quizá debería dormir una o dos horitas más antes de volver a leerse el informe. A veces era necesaria cierta distancia para ver las cosas desde otra perspectiva. Quizá así descubriría algo que hasta ahora se le había pasado por alto.

Cuando abrió la puerta no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Por todos los diablos!

—Hola, Rudi —dijo Norbert Rauh.

—¿Qué quieres?

Rauh miró hacia los lados antes de contestarle:

—¿Puedo pasar?

Jan estaba sentado en una de las tres sillas de la sala de espera y hojeaba uno de los folletos en los que aparecía la información sobre las terapias de la Clínica del Bosque. Llevaba más de media hora esperando. Dejó el folleto en la mesa con un suspiro y volvió a echar un vistazo al reloj de la pared.

Carolin Neuhaus, la secretaria del doctor Fleischer, estaba sentada a su mesa, transcribiendo a toda velocidad el dictado de una grabadora en un documento del ordenador. Cuando vio la cara de Jan detuvo el aparato y lo miró amablemente.

—Lo siento mucho —le dijo—. No tengo ni la menor idea de dónde puede estar. Me dijo que volvía en unos minutos.

Un cuarto de hora antes había hecho exactamente el mismo comentario, sólo que en aquella ocasión también le había ofrecido un café.

Jan tenía que atender a sus pacientes. Quizá sería mejor volver en otra ocasión. Estaba a punto de levantarse cuando oyó pasos acercándose por el pasillo. En cuestión de segundos el director apareció por la puerta con expresión angustiada. Iba quitándose el abrigo sin dejar de caminar.

—Jan —dijo, fuera de sí—, perdona el retraso. He estado a punto de matar al empleado de la compañía de seguros. El incendio que provocó nuestro amigo Liebwert se ha convertido en un quebradero de cabeza, y sólo faltaba lo del maldito pomo que se rompió...

—No pasa nada —dijo Jan, siguiendo a Fleischer hasta su despacho—. Puedo volver más tarde.

—No, no —dijo Fleischer, ofreciéndole asiento—. Te lo había prometido.

Buscó una carpeta en la montaña de papeles de su enorme escritorio y cuando la encontró se la entregó a Jan con un gesto triunfal.

—*Voilà*, doctor Forstner. Un contrato laboral indefinido. Sólo tiene que firmarlo.

Jan abrió la carpeta y echó un vistazo a su interior mientras el doctor Fleischer se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de papel.

—¿Y? ¿Satisfecho? —preguntó el hombre.

—Claro —respondió Jan.

—¿Pero?

—No, sin peros. Sólo espero que no tengas ningún problema por mi culpa.

—Qué va —dijo Fleischer, sin darle importancia al asunto—. No hay motivos

para preocuparse. Es cierto que no nos hemos ceñido a los trámites oficiales, pero el comité de personal ha aceptado que me planteara la concesión del puesto como una decisión personal. La plaza había quedado libre, de eso no cabe duda, y de algo tiene que servir ser el jefe, ¿no? Sin duda, puedo decidir a quién se le brinda una oportunidad y a quién no. Además, para serte sincero, tengo la sensación de que le debía una a tu padre. Pero no se lo diremos a nadie —dijo, y le guiñó el ojo.

Se metió la mano en el bolsillo de la americana y ofreció a Jan una pluma.

—De acuerdo —dijo él, estampando su firma en el contrato—. Te agradezco que me des esta oportunidad.

—Te la has ganado, querido Jan —le dijo Fleischer, recuperando la carpeta y la pluma—, te la has ganado. Ahora mira hacia delante y cierra de una vez por todas la puerta de tus recuerdos.

Jan tuvo un mal presentimiento. Algo incómodo, señaló la carpeta que Fleischer tenía ya en las manos y preguntó:

—¿Es esta la condición que me impones?

Fleischer lo miró unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Lo decía sólo por tu bien... y quizá también por el mío. Haz caso de la voz de la experiencia, chico. Confía en el viejo amigo de tu padre.

Jan asintió con la cabeza.

—Lo haré.

Con la expresión de un niño a punto de hacer una travesura, Fleischer apartó la carpeta con el contrato y abrió uno de los cajones de su escritorio.

—Sé que aún es pronto y que está prohibido beber en horas de servicio, pero creo que la ocasión bien merece...

No pudo decir nada más.

Carolina Neuhaus entró en el despacho sin llamar a la puerta.

—¡Doctor Forstner! —jadeó—. ¡Tiene que ir a su casa enseguida!

Jan se levantó de un salto.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Un accidente.

La mirada de la secretaria le puso la piel de gallina.

—¿Dónde está Rauh?

La mujer con los brazos de luchadora de sumo se plantó, indignada, en la sala de las enfermeras. Tenía los brazos en jarras, de modo que parecía que llevara un flotador sobre sus poderosas caderas.

—Lo siento, señora Lippert, pero ya le he dicho que no lo sabemos —dijo la enfermera Sabine, intentando en vano pasar a su lado por el pasillo.

Carla, que las miraba desde la sala de espera, no pudo evitar pensar en una anguila interceptada por una ballena.

—¿Cómo que no lo saben? ¿Y eso qué quiere decir? —vociferó la mujerona—. ¡Llevo más de media hora esperando a que me atiendan!

—Pues quiere decir lo que quiere decir, que no lo sabemos —le respondió la enfermera, irritada, abriéndose al fin el paso y largándose de allí.

—¡Esto es un escándalo! ¡Una atrocidad! —gritó la gorda dándose media vuelta y dirigiéndose a su habitación—. Nos tratan como si estuviéramos locos.

Cuando las dos mujeres se hubieron marchado, Carla se acercó hasta la puerta que conducía a la escalera, miró hacia los lados para asegurarse de que nadie la observaba, y se escabulló hacia en el piso de abajo.

El interruptor de la sala del doctor Rauh se encontraba detrás de una planta, junto a la puerta. Carla lo encendió, entró en la habitación y después cerró la puerta tras de sí con todo el cuidado del mundo.

Inmediatamente volvió a tener aquella sensación de estrechez que le impedía respirar con normalidad. Era como si el aire de aquella habitación fuera más denso de lo normal.

Carla respiró hondo y poco a poco fue controlando su ataque de claustrofobia. Como periodista que era, aquella no era la primera vez que entraba en un lugar en el que sabía que no podía estar. Algunos de sus colegas de profesión decían que aquello era lo mejor de su trabajo, la sal de la vida, la adrenalina que necesitaban liberar, pero para ella no tenía ninguna gracia, y por mucho que lo hiciera continuaba costándole hacer algo prohibido, inmiscuirse en la intimidad de los otros o romper cualquier tipo de tabú.

Lo que la movía en todos los casos era la seguridad de que su trabajo contribuiría a sacar a la luz una verdad que de otro modo permanecería en el olvido.

No le costó nada revisar la sala. Los cajones de la cómoda estaban prácticamente vacíos. El de encima de todo tenía un extenso surtido de té guardados en bonitas cajas de hojalata y dos paquetitos con terrones de azúcar, en el del medio había varios platillos de bronce de diferentes tamaños y en el de abajo del todo una pequeña colección de muñecas y peluches de distintos tamaños. Algo extraño, pero no sospechoso.

La mesa pequeña, aquella en la que estuvo con Rauh el día anterior. También tenía un cajón. Le echó un vistazo y no vio más que una libretita en la que había escritos un montón de mantras y dichos populares.

Carla vio entonces una segunda puerta. Seguro que aquel era el verdadero despacho de Rauh. Se quedó un instante en silencio, expectante. Nada, ni un ruido. Entonces abrió la puerta y entró en la habitación.

Esta también estaba débilmente iluminada, pero las paredes ya no eran rojas, sino de un suave tono verdoso que la hizo pensar en la hierba de un prado en primavera. El aire le pareció de nuevo más fácil de respirar.

El despacho, cuadrado, era igual de grande que la sala anterior, pero como tenía estanterías y cuadros en las paredes parecía sorprendentemente más pequeño.

Se dirigió hacia el escritorio, en el que había todo tipo de carpetas e informes, además de un ordenador portátil. Lo encendió. Evidentemente, requería una contraseña para poder ser utilizado, así que lo apagó de nuevo.

Entonces le llamó la atención una agenda de piel rojiza. La abrió por la página que estaba marcada y leyó su propio nombre.

Rauh había apuntado en la agenda su cita de ayer y a su lado había escrito las letras «PS». Carla se preguntó qué debían significar, y entonces recordó lo que la enfermera Sabine le hacía dicho mientras la precedía por las escaleras: «El doctor Rauh la espera para su primera sesión».

Carla pasó las páginas hacia atrás, hasta dar con el nombre de Nathalie. Su corazón empezó a latir con fuerza. Según aquella agenda, Nathalie asistió a nueve sesiones de terapia antes de que le dieran el alta. Nueve incluida la primera sesión. La mayoría de sus encuentros tuvieron lugar por la tarde, y en cuatro de esas sesiones el nombre de Nathalie fue el último de la lista.

Esas cuatro sesiones le llamaron especialmente la atención, porque a su lado tenían escrita la letra «R». ¿Qué querría decir?

«PS significa primera sesión, y R...».

Carla se llevó un susto de muerte al oír voces en el pasillo. La más fuerte pertenecía a la luchadora de sumo. La otra, al doctor Norbert Rauh.

Dejó la agenda en su sitio a toda velocidad, cerró la puerta del despacho y apagó la luz justo en el momento en que el pomo de la sala roja se abría desde fuera.

La luz azul e intermitente podía verse desde lejos. Jan tenía el corazón en un puño. La policía había cortado el paso unos cincuenta metros antes de llegar a casa de Marenburg. Buscó un sitio para aparcar pero le resultó imposible, de modo que dejó el coche en una zona prohibida, a la entrada del parque, y salió corriendo hacia la casa. Un montón de mirones se habían agolpado tras la cinta de la policía. Por lo visto, les resultaba interesante ver a hombres vestidos con monos blancos recorriendo el jardín en busca de pruebas o entrando en la casa de su vecino. Mientras se abría paso entre la multitud, Jan buscó con la mirada una ambulancia, pero no vio ninguna.

—Una pasada —oyó decir a un chico cerca de él—, estaba todo lleno de sangre.

Jan sintió cierto mareo mientras seguía avanzando entre la gente.

—¡Detrás de la cinta! —le gritó un policía—. ¡Quédese ahí!

—¡Yo vivo aquí! —le gritó Jan a su vez.

El policía se quedó mudo, se dio la vuelta y anduvo hasta la entrada de la casa. Al cabo de unos segundos apareció en la puerta el inspector Kröger, quien le hizo un gesto con la mano.

—¡Acérquese!

Junto a él había un hombre muy delgado y con cara angulosa que llevaba una chaqueta muy abrigada. Cuando Jan les alcanzó el inspector lo miró con aflicción:

—Doctor Forstner, no sabe cuánto lamento que siempre nos encontremos por motivos tan desagradables. ¿Usted vive aquí?

—Sí —dijo Jan, casi sin aliento—. Temporalmente. ¿Qué ha pasado?

—Lo lamento, doctor Forstner —repitió Kröger con expresión seria—. Han intentado matar al señor Marenburg.

—¿Cómo? ¿Y lo han...?

—No, está vivo —dijo Kröger—, pero la cosa pinta mal.

—¿Es usted pariente de la víctima? —preguntó el tipo de la cara alargada.

—Soy amigo —le respondió Jan.

—Yo soy el inspector Eberts, de la policía criminalística.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jan.

—Por lo que parece, su amigo recibió una visita inesperada. La puerta no está forzada, así que suponemos que él mismo la abrió —dijo Eberts, en tono monótono—. La persona a la que abrió no pasó de la entrada. Le propinó una soberana paliza

con un objeto contundente y luego desapareció. Una mujer que paseaba a su perro se fijó en que la puerta estaba abierta, de modo que se acercó a mirar. Fue ella quien nos avisó.

Jan se fijó en un agente de la policía científica que salía de la casa en ese momento. En su mano enguantada llevaba una bolsa de plástico que contenía la figurita del sereno de madera que aquella mañana había visto, como cada día, en el recibidor. Estaba cubierta de sangre.

Eberts dijo algo más, pero Jan no logró entenderlo. Sacudió la cabeza y dijo:

—¿Perdone? No le he oído.

Eberts no movió ni un músculo de su cara.

—¿Dónde estaba hoy entre las ocho y las diez y media?

—En la clínica —respondió él, sin pensar.

—¿Tiene testigos?

—Por supuesto. —Jan se dirigió a Kröger—. ¿Dónde está Marenburg ahora?

—En el Hospital Central. —Kröger se echó el aliento en las manos—. ¡Joder, qué frío hace hoy!

—Por favor, esté localizable por si tenemos más preguntas —dijo Eberts—. ¿Me acompaña, Kröger?

Kröger sacudió la cabeza y miró a Jan.

—No sé qué pasa en esta ciudad. Dos casos en un mismo día. Esto antes no pasaba...

—¿Otro caso? —preguntó Jan.

El policía gordo se frotó las manos y asintió.

—Llevamos desde anoche buscando la cabeza de una mujer que se ha tirado a la vía del tren. Horrible. Realmente horrible. Ya lo ve, doctor Forstner. Desde que aquella joven saltó desde el puente, todo Fahlenberg parece haber perdido la razón.

Carla pasó casi una hora en silencio, en la oscuridad, escuchando la conversación de la sala de al lado. Fue así como se enteró de que la luchadora de sumo se llamaba Claudia Lippert y sufría un agudo trastorno alimenticio: se atiborraba de chucherías, no podía relacionarse con nadie y venía de una familia en la que el éxito laboral, las apariencias y los ingresos eran lo más importante. Los últimos diez minutos de la sesión, la mujer no hizo más que llorar.

Rauh pasó varias veces junto a la puerta de su despacho, ya fuera para preparar un té, ya para coger unos pañuelos de papel y ofrecérselos a la paciente. Y cada vez que lo oyó acercarse, Carla creyó que se le paraba el corazón.

Cuando Rauh, por fin, se despidió de la luchadora de sumo y se ofreció a acompañarla a su unidad, Carla sintió que le quitaba un enorme peso de encima. Respiró hondo, aliviada, y esperó a que la puerta de al lado se cerrara. Las voces en el pasillo se alejaron. Carla avanzó a tientas por la sala oscura, se dio un golpe en la espinilla contra una silla, maldijo en voz baja y por fin llegó a la puerta. ¡Lo había logrado!

Abrió la puerta con cuidado. Acababa de salir al pasillo cuando Rauh apareció por el otro lado. El médico se detuvo, paralizado.

—Señorita Weller... ¿Puede saberse qué está buscando?

—Oh, aquí... aquí está —balbuceó Carla—. Lo estaba buscando. Quería pedirle hora, como me propuso.

—¿Me toma por un estúpido? —Rauh tuvo que hacer un esfuerzo por no perder la compostura—. Ha entrado usted ilícitamente en mi despacho.

—No estaba cerrado.

En las sienas de Rauh aparecieron sendas venas azuladas, y su tez morena de solarium adquirió una tonalidad rojiza.

—Hasta ahora no me había hecho falta; no había tenido por aquí a ningún periodista sin principios ni moral.

—¿Y qué va a hacer ahora? —preguntó Carla, sonriendo maliciosamente—. ¿Echar a una paciente que acaba de cortarse las venas? ¿Negarse a tratarla? Sería un excelente... titular.

Rauh se acercó hasta ella, se detuvo a pocos centímetros y la miró directamente a los ojos. El pasillo estaba en el más absoluto silencio. Sólo se oía su respiración y el

zumbido de las halógenas del techo.

—Necesita ayuda, pero de verdad —le dijo Rauh, en un tono suave pero francamente amenazador.

—¿Qué significa la «R»?

—¿La «R»?

—La «R» que escribió junto al nombre de Nathalie.

Sentía la respiración de Rauh en su piel. Sus pupilas, dilatadas por la ira, habían quitado prácticamente todo el espacio a sus iris azules como el mar, aunque Carla pudo reconocer en ellos las fibras ópticas que se asemejaban a destellos eléctricos en una bola de plasma.

—Se equivoca usted. Se equivoca completamente.

Una vez más, su voz sonó floja pero tensa, como Rauh si estuviera haciendo un esfuerzo enorme para no gritar a Carla a la cara. Entonces pasó junto a ella, entró en su consulta y cerró la puerta de un portazo.

Plantado al fondo del pasillo de la unidad de cuidados intensivos, Jan miraba por la ventana, paralizado. Junto a él se oía el zumbido de una máquina de refrescos, y, algo más allá, la música que sonaba en la sala de operaciones: un concierto para piano; el de Edvard Grieg, si no andaba equivocado.

Fuera, la noche caía sobre la clínica.

Habían pasado ya varias horas desde que empezaron la operación. Cuatro o cinco, quizá. Jan había perdido la noción del tiempo. No podía dejar de pensar en la figurita de madera del sereno metida en una bolsa llena de sangre.

¿Quién es capaz de hacer algo así?

¿Quién está lo suficientemente enfermo para golpear de ese modo a un pobre anciano y dejarlo ahí tirado, moribundo, sobre su propia sangre?

Pero sobre todo ¿por qué?

—¿Doctor?

Jan se sobresaltó y se dio la vuelta. Un hombre bajo y gordo, de aspecto asiático, lo miraba preocupado por encima de sus gafas de pasta. Tenía las manos en los bolsillos de su bata blanca y parecía agotado.

—Me llamo Sikandar Mehra. Soy el cirujano que ha atendido al señor Marenburg.

—¿Cómo se encuentra?

Jan no reconoció su propia voz: le sonó rasgada, torpe, floja.

—Hemos tenido que inducirle el coma —dijo el doctor Mehra—. Tiene una grave fractura craneal y todavía no podemos decir cómo evolucionará. Tendremos que hacerle varias pruebas neurológicas, pero aún es demasiado pronto. Ahora tiene que recuperar fuerzas.

—¿Quiere eso decir que se salvará?

El hombrecito frunció los labios.

—Dependerá de esta noche. Ha perdido mucha sangre. Parece que antes del incidente tomó una gran cantidad de medicamentos con una base de ácido acetilsalicílico —probablemente aspirinas—, que, como usted bien sabe, contribuyen a licuar la sangre. Le hemos hecho una transfusión y creemos que se ha estabilizado, pero ahora hay que esperar a que su organismo no se colapse.

Jan tenía un nudo en la garganta. Ahí estaba de nuevo el miedo que le

acompañaba desde su infancia: el miedo a perder a un ser querido.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Mire usted —dijo el doctor Mehra, sonriéndole y dejando entrever una fila de dientes blancos y bien alineados—, yo creo en el poder del positivismo. Si llevamos una vida armónica, el destino nos recompensa. Por eso creo que el buen estado físico de su amigo podrá vencer esta batalla. Aunque no puedo prometerle nada, evidentemente, si supera esta noche tendrá posibilidades.

A Jan le habría gustado devolver la sonrisa al doctor, pero no se vio capaz. La fe, y más aún la fe en algo positivo, resulta terriblemente complicada cuando tu vida no es más que una sucesión de tragedias. Pese a todo, las palabras del médico hicieron que se sintiera reconfortado, y eso era de agradecer.

—Piense que, dentro de la desgracia, su amigo ha tenido suerte, si me permite llamarla así —continuó el doctor Mehra—. El objeto con el que le golpearon debía de tener una punta...

—Sí, el brazo de una estatuilla.

—Lo suponía —dijo el cirujano—. Pues bien, el caso es que ese brazo erró su trayectoria por unos milímetros. Podría haberle partido el cráneo en dos, pero se movió hacia un lado y sólo se lo fracturó. Es cierto que le ha rasgado el cuero cabelludo y casi le arranca una oreja, pero hemos podido recomponerlo. Sólo le quedarán unas cicatrices.

Jan sintió un escalofrío, como si le hubiesen tirado una jarra de agua helada por la espalda.

—¿Puedo verlo?

—Su amigo necesita descansar —le dijo el doctor Mehra cogiéndole de las muñecas y apretándoselas amistosamente—, y, según parece, usted también. Vuelva mañana. Hasta entonces, confíe en el pensamiento positivo. Tiene más fuerza de la que creemos.

Le soltó las manos y se marchó. Ya había llegado al ascensor cuando se dio la vuelta y le preguntó:

—Dígame, doctor Forstner, ¿al señor Marenburg le gusta la música clásica?

—No lo sé —respondió Jan, sorprendido—. Supongo que sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Le pondré algo de Mozart durante la noche. ¿Sabe que la música de este compositor tiene efectos positivos en los enfermos?

—Algo he oído, sí.

—Hay estudios que lo demuestran. Quizá podría usarla también con sus pacientes.

Jan se encogió de hombros.

—Sí. Quizá.

El doctor Mehra volvió a dedicarle una de sus magníficas sonrisas, y en las comisuras de sus labios aparecieron dos hoyuelos.

—Bien. Hay que intentarlo todo.

Y dicho aquello, desapareció en el ascensor.

Jan prefirió ir por las escaleras. Tenía que encontrar la salida, de modo que siguió las señales y avanzó por un pasillo acristalado en forma de «T».

Cuando pasó junto a la unidad de cuidados intensivos de neurología, se detuvo, sorprendido, y miró una vez más a través del cristal para asegurarse de que no se había equivocado.

Efectivamente, era Hubert Amstner. Acababa de salir de una de las habitaciones, cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia la salida del hospital.

Jan no daba crédito a lo que estaba viendo. Con el miedo que tenía Amstner a la gente..., ¿a quién podría querer hacer una visita? Jan llegó al final del pasillo acristalado, fue hasta la puerta de la que había salido Amstner y leyó el nombre que ponía en el cartelito de la entrada: «WAGNER, ALFRED».

¿Qué relación tenía Amstner con Wagner?

Se dio la vuelta a toda prisa y corrió hacia la salida del hospital. Una vez allá descubrió a Amstner en el kiosco de la entrada. Acababa de comprarse dos petacas que escondió rápidamente en su abrigo, justo antes de ver aparecer a Jan.

—Vaya, el joven Forstner —dijo—. Pensaba que eras loquero.

—Y yo pensaba que evitaba los lugares abiertos y concurridos.

—La mayoría de las veces, sí.

—¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto —dijo Amstner, indiferente—. Pero salgamos al jardín. No aguanto más aquí dentro.

Jan lo siguió afuera. Amstner se dirigió hacia la marquesina en la que se dejaban las bicicletas. Las paredes y el techo de plástico les protegieron ligeramente del viento helado que soplaba sin parar, acentuando inevitablemente el olor corporal que emanaba del anciano.

—¿Quieres?

Amstner le ofreció una de las petacas con aguardiente.

Jan movió la cabeza en señal de negación.

—¿De qué conoce a Alfred Wagner?

—Pues de lo mismo que tú, chico —dijo el hombre, vaciando de un trago la mitad de la botella—. De toda la vida. —Enroscó el tapón y añadió—: Es una infamia que no lo dejen morir de una vez por todas. Lo suyo ya no es vida. —Alzó la cabeza y miró a Jan. Tenía los ojos rojos—. Alfred era un buen chico. No era culpa suya que estuviera loco. Su padre era igual. El viejo Hartmut había estado siempre como una cabra. Se dijo que había defendido a ultranza el nacionalsocialismo y que al acabar la guerra los rusos se habían ensañado con él. Por lo visto pasó varios años en un campo de concentración y cuando volvió a Alemania estaba ya como una chota. Nunca perdió el miedo a que los rusos volvieran y se lo llevaran. Aún me parece verlo en el supermercado, predicando ante los niños. Lo ingresaron varias veces en el

manicomio, y el pobre Alfred no tuvo más modelo que él.

—¿Por eso ha venido a visitarlo? ¿Se encarga de cuidarlo?

Amstner se encogió de hombros.

—No ha venido nadie más. Cuando Hartmut gastó todos sus ahorros en las latas de conserva, todo el pueblo se llenó la boca con cotilleos sobre él. Y se rieron sin escrúpulos. Pero nadie pensó en su hijo. Nadie se compadeció de él. —Amstner volvió a abrir la petaca y la vació del todo—. Y cuando Hartmut se quitó la vida se limitaron a enviar al chico al orfanato. Aquello acabó definitivamente con él.

—¿Mantuvo usted el contacto con él?

Amstner asintió y metió la botella vacía en el bolsillo de su abrigo.

—Un día se plantó frente a mi puerta. Sin un euro ni un ahorro ni un trabajo. Empezó a ayudarme con los conejos. A veces me traía patatas que robaba de los campos o recogía piñas y leña del bosque para calentarnos. El bosque era su verdadero hogar. A veces pasaba días enteros en él. Incluso semanas. Y luego volvía a llamar a mi puerta. Ha sido así todos estos años. Pero ahora...

Amstner sacó la segunda botella de su abrigo, la miró un segundo en silencio y volvió a guardársela en el bolsillo.

—Alfred me habló de Sven —dijo entonces Jan—. Me dijo que era un... Uno de los que viven bajo tierra. ¿Qué cree que quiso decir con eso?

Amstner movió la cabeza hacia los lados, sonriendo.

—Por mucho que me gustara el chico, tenía la cabeza fatal. En una ocasión se fue a cagar afuera, junto a los conejos, porque estaba convencido de que Hitler se había escondido en mi lavabo. Y eso al menos fue inofensivo, ¿sabes? El pobre Alfred siempre estaba diciendo barbaridades.

—¿De modo que nunca le habló de los que vivían bajo tierra?

Amstner dejó escapar una carcajada. Su aliento se escapó en densas nubes frente a su boca.

—Pues claro que sí. Me habló de los que viven bajo tierra, de los que viven fuera de la Tierra, del santo padre Pío y de la Virgen con manos como garras. A todos los había visto u oído en alguna ocasión. Por algo estaba cada dos por tres en vuestra Clínica del Bosque, ¿no?

Sacó un manojo de llaves de su raído pantalón y abrió el candado de su bicicleta.

—He aquí la herencia del Todopoderoso —dijo Amstner irónicamente, mientras sacaba su bicicleta—: unos se vuelven curanderos de almas, y otros las pierden por el camino.

—No todo lo que dice un loco son locuras —dijo Jan—. A veces ellos son los primeros en dar en el clavo.

—Si tú lo dices. —Amstner subió a la bicicleta con dificultad—. Pero ándate con ojo y no pierdas de vista el clavo, o acabarás dándole martillazos en el interior de una celda para chalados.

Y dicho aquello, empezó a pedalear. Jan lo vio alejarse de allí haciendo eses y con

el abrigo ondeando al viento.

Llegó la noche, y con ella los sueños. Al principio no eran más que una acumulación de escenas inconexas, pero poco a poco empezaron a trenzarse con más claridad. Tras un trayecto en la montaña rusa, a toda velocidad, por unos escenarios espeluznantes que parecían sacados del infierno de Dante, Carla se encontró de pronto frente al lavabo de su cuarto, arrodillada en el suelo.

Junto a ella, la botella de vino que se le escurrió de las manos el otro día. Sólo que en esta ocasión no cayó sobre la alfombra, sino directamente sobre las baldosas, rompiéndose en mil pedazos. De modo que estaba rodeada de cristales de todos los tamaños. Y el vino, que se esparció sobre las baldosas y recorrió con avidez sus juntas, adquirió una consistencia más densa, como de jarabe o...

«Sangre».

—Hola, Carla.

Una voz desconocida pero al mismo tiempo muy familiar. Aún mareada por el trayecto en la montaña rusa, Carla se dio la vuelta para ver de dónde venía aquella voz, y su corazón dio un salto de alegría.

—¡Nathalie!

Efectivamente, Nathalie estaba en la puerta del baño, sonriéndole y con los brazos abiertos hacia ella.

—¡Vamos, ven aquí!

Tan rápido como sus temblorosas piernas se lo permitieron, Carla se levantó del suelo y corrió a sus brazos.

—¡Oh, Nathalie, te he echado tanto de menos! —dijo Carla, llorando, con la cara escondida en el hombro de su amiga.

Su larga melena negra olía a humedad y a madera, como imaginaba que olería la niebla que se había formado fuera, tras la ventana del lavabo, o como la nieve que llevaba en el vestido y ahora empezaba a deshacerse.

Notó el abrazo de Nathalie, intenso y profundo, salido directamente de su corazón, aunque su voz sonara algo más grave de lo normal y su altura fuera algo superior a la acostumbrada. Aunque quizá se estuviera equivocando. Qué rápido olvidamos las voces o la sensación de estar entre los brazos de alguien por última vez...

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Carla, con la mejilla aún en el

hombro de su amiga—. Estás muerta, ¿no?

—Bueno, sigo viva en tu corazón —dijo Nathalie con su voz grave—, y eso es lo que cuenta.

—Quédate conmigo —le susurró, cogiéndola aún con más fuerza—. No te marches, por favor.

—No puedo quedarme —le dijo Nathalie, separándose de ella. Dio un paso atrás y la miró, sonriendo. Carla adoraba los hoyuelos que se le formaban en las mejillas—. Pero puedes venir conmigo si quieres. ¿Quieres?

Claro que quería.

—Tú eres lo único que me quedaba. La única persona que aún seguía en mi vida —susurró—. Si te marchas, volveré a estar sola.

Nathalie la cogió de la mano.

—Te han mentido —le dijo, y empezó a soltar las vendas de las muñecas de Carla—. Te han dicho que estaba desesperada y loca. —Dejó caer las vendas al suelo y la miró directamente a los ojos—. Pues bien: no es cierto. Sólo me he ido a un lugar mejor. Allí donde me esperaban todos mis seres queridos.

Carla notó los pulgares de Nathalie en sus muñecas.

—Ven conmigo, Carla, y todos volveremos a estar juntos.

—Sí —dijo ella, y su voz sonó como si viniera de un lugar muy lejano—. ¿Qué tengo que hacer?

Notó que Nathalie le ponía algo en la mano. Era liso y frío. Bajó la cabeza y vio que se trataba de un trozo de cristal.

—Esta vez lo haremos bien —le susurró Nathalie, y condujo su mano con el cristal hacia la vena de su muñeca izquierda, que bajo la presión del pulgar se había hinchado un poco.

—Tengo miedo —dijo Carla.

—No hay nada que temer.

La punta del cristal se hundió levemente en la cicatriz de su muñeca, en busca de la vena. No le dolió. Sólo sintió un leve cosquilleo. Nathalie guio su mano y Carla la dejó hacer; dejó que arrastrara el cristal hacia arriba, por su brazo, hasta la cara interior del codo.

La sangre empezó a salir a borbotones. Carla notó su calor y alzó la cara hacia Nathalie.

—Quieres ser como yo —le susurró Nathalie—, pero no lo eres. Ni tampoco eres como Alexandra ni mucho menos como Carmen.

—¿De quién estás hablando?

—¡Shhh! —le dijo Nathalie.

Carla la miró a los ojos, que refulgían como dos piedras preciosas.

«¿Qué me está pasando? —le dijo una voz queda en su interior—. ¿Qué estoy haciendo? Este no es mi baño. Estoy en una habitación y la conozco de algo. Yo conozco de algo esta habitación...».

—No..., ya no quiero —logró decir.

Algo iba mal, lo notaba. No estaba siendo ella misma. Lo que decía, lo que hacía... no estaba bien, y no sabía por qué no dejaba de hacerlo. Le costaba horrores pensar. Todo era denso a su alrededor, como si estuviera rodeada de gelatina.

—Ninguna de vosotras fue como Carmen —dijo Nathalie, cogiéndola por la cabeza y arrancándole la peluca.

—Déjame... —Le costó una barbaridad pronunciar aquella palabra, pero al final sonó mucho más clara que cualquier otra que hubiese dicho en el sueño. Era como si hasta entonces no hubiese hablado.

«¡Esto no es un sueño! —le gritó su voz interior—. ¡Esta no es Nathalie!».

—Vamos, no temas —le dijo la supuesta voz de su amiga, y cuando Carla alzó la vista vio el rostro de aquella Nathalie que no era Nathalie.

«¡Resístete! ¡Por Dios, resístete!».

Desesperada, Carla intentó llegar a la puerta, pero Nathalie se lo impidió.

A su alrededor, todo empezó a dar vueltas. Carla se tambaleó, intentó sujetarse a algo, no encontró ningún apoyo, y por fin cayó.

Después perdió el conocimiento.

Jan apenas pudo pegar ojo. La casa de Marenburg se había convertido en el escenario de un crimen y la policía no dejaba pasar a nadie, de modo que tuvo que buscarse una habitación en el hotel Jordan, donde pasó horas enteras yendo de un lado a otro, cuatro pasos hasta la puerta, desde allí seis hasta el lavabo y de nuevo cinco hasta la cama, con la radio encendida para evitar aquel silencio insoportable.

Al la mañana siguiente lo primero que hizo fue llamar al Hospital Central. Rudi seguía con vida, pero la enfermera de turno no pudo, o no quiso, darle más información al respecto. Jan dijo que volvería a llamar al cabo de un rato.

Poco después, cuando llegó a la Clínica del Bosque, le pareció que reinaba un silencio especial. Uno que parecía esconder malas noticias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al primero que vio.

—La paciente nueva de la unidad número doce —dijo Lutz Bissinger, con gesto apenado.

Jan sintió un escalofrío.

—¿La señorita Weller? ¿Qué le ha pasado?

—Ha vuelto a intentarlo. Ha vuelto a cortarse las venas.

—¿Está muerta? —alcanzó a decir Jan, casi sin aliento.

—No. Por lo que he oído, la enfermera del turno de noche la encontró en el último momento. Se la han llevado al Hospital Central. Hay allí un tal doctor Mehra que dicen que es muy bueno y...

Jan no esperó a que Lutz acabara su frase. Corrió a su despacho y marcó por segunda vez aquel día el número del hospital.

—¡Con el doctor Mehra, por favor! —pidió a la enfermera que le cogió el teléfono.

Unos minutos después oyó la amable voz del cirujano.

—Doctor Forstner, buenos días. ¿Llama para ver cómo ha pasado la noche el señor Marenburg?

—Bueno, sí y no.

—¿Cómo dice?

—Por supuesto, quiero saber cómo está. Ya me han dicho que ha pasado bien la noche, ¿no?

—Pues sí, es cierto —dijo Mehra—. Continúa estable.

Jan cerró los ojos y tragó saliva. Nunca había sido demasiado religioso, pero si era cierto que existía un Dios o algún tipo de ser superior... le daba las gracias de todo corazón.

—¿Ha recuperado el conocimiento?

—No, no. Vamos a dejarlo unas horas más en el coma inducido. El dolor sería excesivo, si no. Por eso no puedo decirle aún hasta qué punto se ha visto afectado su cerebro.

—Entiendo —dijo Jan, quien tuvo que tragar varias veces más antes de poder continuar—. Esto... yo... llamo también por otro motivo. Quisiera saber cómo se encuentra Carla... Es decir, la señorita Weller.

El doctor dudó unos segundos, y entonces le preguntó:

—¿La conoce?

—Nosotros..., sí, somos amigos de la infancia —dijo Jan, algo inseguro.

—Ya veo. —El doctor Mehra volvió a dudar antes de decirle—: Dadas las circunstancias, su amiga se encuentra relativamente bien.

—¿Qué ha sucedido?

—Bueno —suspiró el hombre—, lamento decirle que su amiga ha intentado cortarse las venas con el cristal de un vaso roto. Por suerte la encontraron a tiempo, pero ha perdido mucha sangre y al caer al suelo se golpeó la cabeza con la pila del lavabo.

—¿Ha dicho por qué lo hizo?

—Mire —dijo el doctor Mehra, suspirando al otro lado del teléfono—, me han dicho que la señorita Weller sufría una depresión, pero yo creo que su verdadero problema es su percepción de la realidad.

—No le entiendo. ¿A qué se refiere?

—Niega haber sido ella quien se cortó las venas. Hace un rato, cuando he pasado a verla, me ha dicho que habían intentado asesinarla. Una tal Nathalie, si no recuerdo mal.

—¿Nathalie? —Jan pensó que había oído mal.

—¿La conoce?

—Es una amiga suya, pero está muerta.

—¿Lo ve? —dijo Mehra—. Lo que yo decía. Pero hay algo más, doctor; algo que me tiene muy preocupado.

—¿De qué se trata?

—Según el informe de la clínica, la señorita Weller no estaba siendo tratada con ningún medicamento, ¿no es así?

—Así es, efectivamente. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hemos encontrado rastros de un fuerte narcótico en su sangre —dijo Mehra—, y por su bien espero que los pacientes de su unidad no tengan acceso a estos medicamentos...

Carla estaba tumbada en una habitación individual, sin ventanas. Junto a su cama, rodeada de una barandilla de metal, los aparatos de control emitían todo tipo de pitidos. Tras el gotero con las transfusiones de sangre podía verse el póster de un campo en primavera enmarcado en la pared. La voluntad de aportar algo de paz y armonía a la estancia era evidente, pero fracasaba absorbida por el ambiente sobrio de la clínica y el sempiterno olor a desinfectante.

Jan se acercó a su cama. Parecía más muerta que dormida. En la cabeza rapada llevaba varias ventosas, y sus brazos estaban vendados desde las muñecas hasta los codos.

Jan le acarició una mejilla con dulzura. En ese preciso instante, Carla abrió los ojos de golpe, como si acabara de despertar de una pesadilla. Durante unos segundos pareció no entender dónde estaba y miró aterrorizada a su alrededor. Entonces reconoció a Jan y su rostro se relajó.

—Jan —murmuró.

—Tranquila —le dijo él en voz baja—, estoy aquí.

—Yo... —dijo ella, haciendo una mueca de dolor.

—Shhh. No hables —le dijo Jan, pero ella parecía necesitar decirle algo.

—Yo no... no lo hice. No fui yo. Fue... el... demonio.

Las lágrimas le corrían por la cara.

A Jan se le puso la piel de gallina.

«El demonio».

«¡Doio!».

Carla tosió y se mordió los labios de dolor. Entonces volvió a susurrar algo. Jan tuvo que acercarse para entender lo que decía.

—Rauh.

Jan arqueó una ceja.

—¿Rauh? ¿Es él el demonio?

—Su agenda —susurró—. Las citas con Nathalie. Algunas tienen una «R» al final.

—Una «R» —repitió Jan—. ¿Y sabes lo que significa?

La cabeza de la chica se movió de un lado a otro como a cámara lenta.

—Se puso muy nervioso cuando le pregunté al respecto.

—¿Crees que ha sido Rauh quien te ha movido a cortarte las venas?

Asintió débilmente.

—Peligro —jadeó.

El monitor mostró una aceleración en su frecuencia cardíaca. Los ojos de Carla estaban presos de terror.

Cuando Jan regresó a la Clínica del Bosque oyó que alguien lo llamaba desde uno de los pasillos. Era Norbert Rauh, que se acercó a paso ligero hacia él.

—¡Jan! Aquí estás. Te estaba buscando. Tengo que hablar contigo.

—¿Ah, sí? Pues mira qué bien, qué casualidad.

—Ya me han dicho lo del intento de suicidio de tu amiga —dijo el hombre, bajando la voz—. ¿Qué tal está? ¿Cómo se encuentra?

Jan cerró los puños inconscientemente.

—Mira, Norbert, si crees que vas a salirte con la tuya estás muy equivocado —le dijo, cogiéndole del brazo con fuerza.

—¡Eh! ¿A qué viene esto?

—¿Que a qué viene, me preguntas? —le dijo Jan—. ¿Me lo preguntas tú a mí?

Una enfermera pasó a su lado y dedicó a Jan una mirada reprobadora. Él la saludó con la cabeza y continuó en voz baja:

—No sé cómo lograste que Carla hiciera lo que hizo, pero debes saber que te ha reconocido.

—¿Cómo dices? —Rauh lo miraba con sorpresa y se liberó del brazo de Jan—. ¿Se puede saber de qué diablos me hablas? No estarás suponiendo que yo...

—¡Oh, no! ¡No lo supongo, lo afirmo! Nathalie Köppler era paciente tuya, y después de lo que ha pasado con Carla... Bueno, digamos que el tema de los suicidios está adquiriendo una nueva perspectiva, ¿no te parece? ¿Qué haces con tus pacientes, Norbert? ¿Eh? ¿Las hipnotizas?

El rostro de Rauh se deformó en una sonrisa irónica.

—Tu imaginación no tiene límites, por lo que veo. ¿De verdad crees que puedo hacer que alguien se suicide mediante la hipnosis? Perdona que te lo diga, Jan, pero es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—No sé cómo lo hace, eso es cierto —dijo Jan, impertérrito—. Es posible que te sirvas de alguna que otra droga. Pero eso ahora da igual. Tenías un motivo para hacerlo y en eso basaré mi acusación.

—¿Perdona?

—Nathalie Köppler se quedó embarazada durante su estancia en la clínica.

—¿Embarazada?

Rauh parecía realmente perplejo...

—Quisiste evitar que se supiera y manipulaste su subconsciente hasta lograr que se tirara del puente. Pero resulta que no fue suficiente, porque después de aquello algunos empezaron a hacerse preguntas...

—Tú, por ejemplo.

—Sí. Pero no sólo yo. Hieronymus Liebwerk encontró irregularidades en el archivo, y Rudolf Marenburg estaba convencido de que tenías algo que ver con la muerte de su hija, de modo que intentaste librarte de ambos.

—Se trata de acusaciones muy duras, Jan, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Y entonces apareció Carla —dijo Jan, haciendo caso omiso de sus palabras—, y la descubriste rebuscando entre tus papeles. Fue su sentencia de muerte. El problema es que no lograste rematar el trabajo, literalmente, como en el caso de Marenburg. Ambos son fuertes y saldrán adelante.

Rauh lo miró con expresión seria y le dijo:

—¿Puedo decir algo?

—¡Por supuesto!

Rauh respiró hondo.

—Llevas tiempo sufriendo un indudable estrés emocional, Jan, y por eso no tendré en cuenta la impertinencia y brutalidad de tus acusaciones. Entiendo que los acontecimientos de los últimos días te han provocado una angustia excesiva.

—No cambies de tema.

Rauh sonrió, cansado.

—Te equivocas, Jan. No tengo nada que ver con todo este asunto. Nada. Cuando atacaron a tu amigo yo estaba en la otra punta de la ciudad; el tipo de la oficina topográfica de Fahlenberg confirmará mi coartada. Y respecto a anoche... Bueno, hay una señorita que puede demostrar que ni siquiera me acerqué a la clínica. Puedo darte su número, si quieres. Sólo te pido que seas discreto, ¿de acuerdo?

—¿Y esperas que te crea?

—¡Te estoy diciendo la verdad! —dijo Rauh con firmeza, y Jan tuvo que admitir que parecía convencido de lo que decía.

¿Y si se había equivocado de hombre, igual que Carla?

—Y ahora, a lo que iba —continuó Rauh—. Mi visita a la oficina topográfica tenía que ver contigo. Mejor dicho, con la desaparición de tu hermano.

—¡Venga ya, hombre! —dijo Jan—. ¿Te limitas a presentarme tus coartadas y crees que con eso tienes suficiente para pasar a otra cosa?

Rauh se encogió de hombros.

—Mira, Jan, si de verdad crees que soy culpable de algo, llama a la policía y solucionemos el tema de una vez. —Levantó las manos, como si se entregara—. Me quedaré aquí hasta que vengan.

Parecía que hablaba en serio.

Jan tardó unos segundos en reaccionar. Al final hizo un esfuerzo y le preguntó.

—Está bien. ¿Qué tiene que ver la topografía con mi hermano?

Rauh bajó las manos.

—La verdad es que no estoy muy seguro, pero creo que sé adónde se dirigía tu padre la noche en que murió.

—¿Lo crees?

—El otro día, de pronto, recordé algo que un cazador me dijo hacía mucho tiempo: ¿sabías que una buena parte del bosque, la que queda cerca del aparcamiento de la clínica, había pertenecido a los Wagner?

—¿Te refieres a Hartmut y Alfred Wagner?

Rauh asintió con la cabeza.

—El tipo compró los terrenos a precio irrisorio después de la guerra.

—Los que están bajo tierra —murmuró Jan.

—¿Cómo dices?

—Pensaba en algo que dijo Alfred en una ocasión. Me habló de los que vivían bajo tierra...

El rostro de Rauh se iluminó. Parecía entender lo que significaba aquello. Le dio unos golpecitos en el hombro a Jan y le dijo:

—Ven, sígueme. Quiero enseñarte algo. Tendremos una de nuestras sesiones en el lugar de los hechos, por así decirlo, e investigaremos un poco. ¿Qué me dices, te apuntas?

Jan dio un paso atrás. Su subconsciente le recordó la advertencia de Carla.

«Peligro».

—No confías en mí, ¿verdad?

—Podría tratarse de una trampa —respondió Jan sin ocultar su desconfianza.

—Sí, claro. Podría llevarte hasta el bosque y matarte allí.

—¿Quién sabe?

—Te lo repito, Jan. Llama a la policía, confirma mis coartadas, y después ven conmigo, porque lo que quiero enseñarte tiene que ver con tu hermano y seguro que te interesa.

La voz de Rauh le pareció irónica y condescendiente, como si hablara con un niño pequeño o con un enfermo mental.

—Vamos, ¿qué decides?

—Quizás esté cometiendo un error —dijo Jan, justo antes de sacar su móvil del bolsillo y marcar un número.

Al segundo timbrado se oyó la voz de Konni. Jan le explicó adónde se dirigía exactamente, le dijo que iba en compañía de Rauh y le pidió que llamara a la policía si al cabo de una hora no había regresado.

—Muy hábil —dijo Rauh, asintiendo—. Si te parece bien, iremos en mi coche. Vamos, no hay tiempo que perder, o no estaremos de vuelta en una hora.

Durante sus años como residente Jan trató a un chico joven que sufría ataques de pánico cada vez que subía a un coche.

«Cuando pienso en conducir con el tráfico que hay ahí fuera me entran ganas de vomitar —solía decirle, con las manos y las sienes sudorosas—, pero lo peor de todo es imaginarme en el asiento del copiloto, abandonado a la destreza o torpeza del conductor».

En aquel momento, sentado junto a Rauh en el interior del coche y avanzando a toda velocidad por las calles de Fahlenberg, Jan comprendió perfectamente cómo debía de haberse sentido aquel paciente.

—Tengo que contarte algo —empezó a decirle Rauh, mientras ponía en marcha el limpiaparabrisas para apartar el agua que lanzaban las ruedas del coche de delante—. Cuando llegué a la Clínica del Bosque acababa de salir de la universidad. Sólo conocía la casuística de los libros y Hartmut Wagner fue, por así decirlo, mi primer caso real. Un paciente muy interesante con diversos antecedentes clínicos. Cuando me explicó su historia tiré toda la teoría que conocía a la basura. La realidad supera siempre a la ficción, y los teóricos jamás tendrán la imaginación suficiente para igualarla. Ni siquiera los mejores escritores serán capaces de crear una novela con tanta tensión dramática como la vida misma.

«¿Qué le pasa? —se preguntó Jan—. Está nervioso, pero no quiere que se le note».

—Hartmut Wagner tendría que haber sido un joven sencillo y estructurado —dijo Rauh, sin apartar la vista de la carretera—. En mi opinión, su coeficiente intelectual era más bien bajo. Hasta la segunda guerra mundial su padre había sido guardabosques, pero fue reclutado por el ejército y cayó en la toma de Varsovia. Hartmut vivió con su madre y durante unos años malvivieron como pudieron. Entonces Hitler tuvo la terrible idea de enviar una última expedición a la guerra: los ancianos y los niños. Hartmut estaba a punto de cumplir diecisiete años y se apuntó voluntariamente al ejército, por mucho que su madre intentó impedirselo. El joven era un acérrimo panegirista de la idea nazi de la victoria final y estaba obsesionado con la idea de vengar la muerte de su madre. En fin, como te decía, nunca tuvo demasiadas luces...

Llegaron a un semáforo. Rauh giró a la izquierda en una callecita que bordeaba

los alrededores de la ciudad y conducía al bosque.

—Cuando ingresó en la clínica habían pasado más de veinte años desde que luchó contra los rusos, pero el trauma hizo que se volviera esquizofrénico. Sufría continuas paranoias en las que se veía perseguido por «soldados de color púrpura». Mientras estuvo preso vio cómo los vigilantes de su gulag castraban a uno de los presos sólo para divertirse y lo dejaban morir desangrado. Desde aquel momento vivió con el temor de que los comunistas rusos lo encontraran y le hicieran lo mismo a él. Estábamos a principios de los setenta, Jan, y por entonces había un montón de fuegos que podían encender la mecha de su locura.

Llegaron a una urbanización y pasaron junto a un cartel que ponía «Fahlenberg». Cuando el coche traqueteó sobre el paso a nivel de la vía férrea, Jan miró hacia la cabaña de Hubert Amstner. A la luz del día parecía aún más desvencijada que en la oscuridad del atardecer. Aquí ni siquiera cabía pensar en la posibilidad de trabajar en su renovación. La antediluviana construcción, posiblemente la primera en divisar el vapor del primer tren que acercó Fahlenberg a Ulm, hacía años que tendría que haber sido derruida.

Rauh avanzó por la carretera que el padre de Jan debió de recorrer veintitrés años atrás. Tomó una curva a toda velocidad, sin apartar el pie del acelerador. El suelo no estaba nevado, pero aun así Jan notó que empezaba a sudar.

«... pero lo peor de todo es imaginarte en el asiento del copiloto, abandonado a la destreza o torpeza del conductor».

—Antes de quitarse realmente la vida —siguió diciendo Rauh—, Wagner lo intentó en vano una vez más. Otro de mis pacientes vio un reguero de sangre saliendo de uno de los lavabos, y cuando los enfermeros forzaron la puerta se encontraron a Wagner intentando cortarse el miembro. No llegó a matarse, pero perdió la capacidad de procrear.

—¿Intentó castrarse a sí mismo? —dijo Jan, sin dar crédito—. ¿No habías dicho que esa era su peor pesadilla?

—Y lo era, sin duda —asintió Rauh—. Cuando le pregunté por qué lo había hecho, me dijo que quería hacerle una ofrenda a la Virgen para que ella lo protegiera de sus perseguidores y no les revelara nunca su escondite.

—¿A qué escondite se refería? —preguntó Jan, sujetándose con fuerza a la puerta del coche.

Rauh lo miró de soslayo.

—¿Voy demasiado rápido?

—Ah, no, está bien.

Rauh sonrió maliciosamente, antes de continuar:

—Bueno, al principio pensé que se refería al lugar en el que vivía por aquel entonces, es decir, a la clínica, pero entonces me enteré de lo de su deuda.

—Las latas de conservas —dijo Jan.

—Exacto. Por lo visto, nadie se paró a pensar qué había hecho con ellas. No

podía haberlas revendido, aunque fuera a un precio más bajo, porque entonces habría podido saldar parte de su deuda. De modo que debió de esconderlas.

Llegaron al lugar en el que Bernhard Forstner perdió la vida. Jan vio el descampado en el que hacía unos años había abetos altos y fuertes. Ahora no había más que unos troncos apilados junto a un cartel en el que se recordaba a los turistas la cantidad y variedad de paseos que podían encontrar en los bosques de Fahlenberg. Nada recordaba ya aquel trágico accidente de una noche de invierno.

—¿Cómo estás? —le preguntó Rauh, que debió de haber notado hacia dónde miraba.

Jan no le contestó. Ya le había confiado demasiados secretos. En lugar de eso le preguntó:

—¿Y bien? ¿Descubriste su escondite?

—No. En algún momento debí de olvidar todo este asunto. Me marché de la ciudad, viajé al extranjero, conseguí una beca de investigación. Seguí con mi vida, por así decirlo, y luego regresé a Fahlenberg. Pero entonces apareciste tú y el pasado cobró vida. Volvieron los recuerdos. Y aunque no me creas, Jan, después de las dos sesiones de hipnosis contigo, a mí también me entraron ganas de saber qué demonios había pasado.

Habían avanzado aproximadamente un kilómetro más cuando Rauh redujo la velocidad y entró en el aparcamiento del bosque. Apagó el motor y se desabrochó el cinturón.

—Y empecé a darle vueltas a una pregunta que tú formulaste: ¿adónde iba tu padre? Pues bien, creo que venía aquí. Creo que se había citado con el secuestrador de tu hermano.

Jan también se desabrochó el cinturón. Se dio la vuelta hacia Rauh y lo miró con escepticismo.

—¿Por qué me cuenta esto precisamente ahora?

—Porque hasta ayer no estaba seguro —le respondió Rauh—. Hace unos días me encontré con un viejo conocido. Vive en Kössingen pero tiene la licencia de cazador y viene mucho al bosque, a cazar. Muchas veces me ofrece carne. Bueno, quien me la ofrece en realidad es su hijo, pero la caza él. El caso es que empezamos a hablar y el tipo mencionó, como quien no quiere la cosa, que el trozo de bosque que tenía arrendado para cazar se había puesto a la venta porque su dueño había sufrido un accidente. Parecía que no iba a recuperarse nunca, pero necesitaban el dinero para pagar su tratamiento.

—Alfred Wagner —dijo Jan, pensando en lo que le había dicho antes Rauh.

Rauh asintió.

—Tras la muerte de Hartmut, su hijo heredó aquel trozo de bosque. Tuvo que vender más de la mitad para cubrir las deudas de su padre, pero aún le quedó una parte. Tenía que haberla deseado mucho, porque el banco le ofreció una buena suma de dinero a cambio.

—Dicho de otro modo: debía de tener algo lo suficientemente interesante para parecerle más valioso que el dinero —concluyó Jan.

—Evidentemente, el chico no habló de sus tierras con nadie, porque su padre le había metido en la cabeza que, si lo hacía, los comunistas irían a por él. —Rauh se inclinó un poco hacia Jan y lo miró directamente a los ojos—. En el momento en que alguien atacaba a su amigo Marenburg, yo estaba en la oficina topográfica, hablando con el jefe, que casualmente iba conmigo a clase. Le pedí que me enseñara mapas y fotografías aéreas de los bosques de Fahlenberg, principalmente del trozo que pertenecía a Wagner. Haz el favor de abrir la guantera, Jan.

Este obedeció y sacó un cilindro transparente en el que se veían varios papeles enrollados. Los sacó y vio las líneas que demarcaban el fragmento de bosque en el que se hallaban en ese preciso momento.

—Mira la segunda hoja —dijo Rauh—. Sigue el camino.

Jan cogió la hoja a la que se refería Rauh, y reconoció el sendero que vio ahí marcado: el que salía del aparcamiento y se adentraba en el bosque, donde se bifurcaba.

Con sus uñas perfectamente cuidadas, Rauh señaló el papel.

—Mi antiguo compañero de escuela me contó algo muy interesante sobre este lugar. Algo que muy pocos ciudadanos de Fahlenberg saben: este aparcamiento existe desde hace muchos años; al principio no era más que un terreno agreste en el que apilar los troncos del bosque, pero a finales de la segunda guerra mundial lo asfaltaron y lo consideraron zona militar. Se dijo que la carretera que conducía a Kössingen iba a utilizarse como pista de despegue para los aviones militares. Algo parecido montaron a unos veinte kilómetros de aquí, cerca de la autopista. Y esta gran superficie de asfalto se convirtió en una especie de hangar, del que una parte debía de estar cubierta, probablemente con madera.

Jan miró por la ventana. De pronto, aquel enorme aparcamiento en mitad del bosque adquiría una nueva luz, un nuevo sentido. Siempre había creído que se había montado allí para los guardas forestales y los turistas, tan numerosos en la zona, y que por eso se había hecho tan grande. Pero en aquel momento le pareció ver el contorno de los aviones y los hombres que trabajaron allí durante la guerra. Pilotos, soldados, controladores aéreos, radiotelegrafistas...

—La última posesión de Wagner queda justo aquí —dijo Rauh, señalando una vez más el papel—, y este es el trozo del que Alfred no quiso desprenderse. Mucho más pequeño que el original, pero, aun así, lo bastante para...

—Creo que ya sé adónde quieres ir a parar —le interrumpió Jan, mirando hacia el bosque—. Si este aparcamiento fue en su día una base militar y un refugio para los aviones, está claro que cerca tenía que haber un cuartel para los soldados. Un... búnker.

Con la mirada aún fija en los árboles, Jan susurró su última palabra.

—Exacto —dijo Rauh, asintiendo—. Y si está bien camuflado, es lógico que los

perros policía no olieran nada cuando rastrearon la zona en busca de tu hermano.

—Los que están bajo tierra —dijo Jan—. Se refería a esto. Sven debió de estar bajo tierra, en este búnker.

—Qué —dijo Rauh, sacando una linterna de la guantera—, ¿me ayudas a buscarlo?

Jan y Rauh siguieron a pie las indicaciones del mapa, adentrándose cada vez más en el bosque. El coche tuvieron que dejarlo en el aparcamiento, porque ya no podía avanzar más.

Ambos se mantuvieron en la parte central del camino, donde era más transitable. A su alrededor sólo se oían los típicos ruidos de un bosque invernal. A lo lejos graznó un cuervo, montoncitos de nieve iban cayendo de las ramas aquí y allá y de vez en cuando se oía un crujido entre los arbustos.

—No será en absoluto fácil encontrarlo —dijo Rauh al tiempo que se detenía.

Metió las manos en los bolsillos y miró hacia los lados.

Jan no perdía las manos de Rauh de vista, y ahora que las tenía ocultas todas sus alertas se dispararon. El hombre debió de notarlo porque lanzó un suspiro con el que formó una nube de vapor que parecía el humo de un cigarrillo.

—¿Aún dudas de mí?

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Está bien, regístrame, a ver si así te quedas más tranquilo. —Rauh sacó las manos de los bolsillos y las levantó—. Aparte del mapa, la linterna, un paquetito de caramelos de menta y las llaves del coche no llevo absolutamente nada.

Jan hizo un gesto de rechazo.

—Mejor dime cuánto hemos avanzado.

Rauh sonrió y sacó el mapa doblado de su bolsillo. Al hacerlo se le cayó un objeto plateado al suelo. Era un mechero, que se quedó clavado en la nieve a sus pies.

—Vaya, pues sí que llevaba algo más.

Rauh se inclinó a toda prisa y cogió el mechero.

—Lo había olvidado —dijo, y lo limpió con los dedos.

—Es muy bonito —dijo Jan.

—Sí. —Rauh volvió a metérselo en el bolsillo—. Me lo regaló mi exmujer. Carmen. Anteayer habríamos celebrado nuestro décimo aniversario.

—Lo siento.

—Ya hace tiempo de eso. —Sin mirar a Jan a los ojos, Rauh desdobló el mapa y señaló uno de los puntos que estaban marcados—. Debemos de estar por aquí.

—Pues vayamos hacia allá —dijo Jan—. Según esto, a unos cien metros hay una pequeña colina. Quizá desde ahí arriba podamos ver todo mejor.

—Me parece bien —dijo Rauh, volviendo a doblar el mapa—. En marcha. Movámonos o moriremos congelados.

Poco después llegaron a una bifurcación. El camino de la izquierda conducía a la parte del bosque que Alfred había vendido, y el de la derecha estaba bloqueado por un armario de metal viejo y oxidado. En su día debió de estar pintado de rojo y blanco, pero ahora apenas podía distinguirse su color. Sólo al cartel de plástico amarillo que colgaba de él parecía de un tiempo algo posterior:

TERRENO PRIVADO
PROHIBIDA LA ENTRADA

—Debió de escribirlo Alfred —dijo Rauh.

—Seguro —asintió Jan—. Bueno, pues hasta aquí hemos llegado.

—¡Mira, ahí!

Rauh señaló entonces una serie de colinas sobre las que crecían gruesos abetos.

Jan las miró atentamente. Eran tan regulares, estaban tan perfectamente alineadas... que parecían artificiales. Entonces se acordó de uno de sus profesores del instituto, el señor Hass, que le enseñó geografía e historia, y le vinieron a la mente las anécdotas que les contaba sobre el pasado de Fahlenberg.

—Son tumbas celtas.

—Me has leído el pensamiento —dijo Rauh—. Una más o menos no llamaría la atención.

—Vamos.

Durante más de media hora estuvieron mirando en todas las colinas para ver si encontraban una entrada secreta, pero fue en vano. Por lo visto, todas aquellas elevaciones eran en realidad tumbas de hacía más de tres mil años.

—Qué rabia —dijo Rauh—. Estaba seguro de que encontraríamos el búnker.

Se frotó las manos. Su cara, por lo general tan perfectamente bronceada, estaba pálida por el frío, mientras que sus mejillas y la punta de su nariz, rojas como las de un payaso.

Jan también estaba entumecido y apenas se sentía las manos y los pies.

—Pues no nos quedan muchas opciones, ¿no? Si no me equivoco, el mapa indica que unos doscientos metros más allá vamos a parar a una urbanización.

—Quizá no exista el búnker, Jan —dijo Rauh, en voz baja.

—Quizá —repitió Jan, tan decepcionado como Norbert—. Aunque... ¡espera! ¡Creo que sí!

Anduvo hasta un haya que quedaba a unos cincuenta metros de las colinas. Tenía que ser un árbol muy viejo. Parecía un gigante entre los abetos. A ambos lados del tronco se habían formado unas protuberancias gruesas y nudosas, cubiertas por años y años de moho y musgo. Dos de esas protuberancias resultaban especialmente llamativas: parecían sendas manos. Unas manos de dedos tullidos y amenazadores. Como garras.

—Manos como garras.

—¿Cómo dices? —Rauh lo miró, sorprendido.

Jan se acercó al árbol, lo miró de cerca y asintió.

—Un amigo mío, Hubert Amstner, me habló hace poco de las alucinaciones de Alfred —dijo, dirigiéndose a Rauh que en aquel momento ponía cara de dolor porque al acercarse al haya se había pinchado las piernas con un arbusto—. Me dijo que Alfred le había hablado de los que vivían bajo tierra, y de la Virgen con manos como garras. Pues bien, aquí está.

Jan señaló una imagen de la Virgen colgada de la corteza del árbol. Tras décadas y décadas de exposición a los elementos, la ilustración estaba descolorida y amarillenta, pero aún podía reconocerse la imagen de la Madre de Dios.

—De modo que ahora estamos en el sitio correcto —dijo Rauh, librándose del ataque de una rama—. Sin duda esto parece obra de Wagner.

Jan palpó el tronco del árbol.

—Sí, y hay que estar en este lado del haya para ver la imagen.

—Supongo que nadie subirá hasta aquí voluntariamente —dijo Rauh, estirando de una rama llena de pinchos que se había enganchado en sus pantalones.

—Seguramente está hecho a propósito: deben de haber dejado crecer tanta maleza para asegurarse de que a nadie se le ocurra subir hasta aquí.

—Diría que no llevo la ropa adecuada para la ocasión —suspiró Rauh.

—La verdad tiene su precio —dijo Jan, abriéndose camino por los arbustos.

En el suelo apenas se veía nieve. La mayor parte había sido absorbida por los arbustos, y lo que aún quedaba parecía más bien una fina capa de azúcar. Jan cogió una rama que había en el suelo y la utilizó para apartar raíces, ramas, hojas y pinchos. A cada paso que daban se le enganchaba algo en la ropa. Él miraba hacia la izquierda mientras Rauh controlaba la derecha. Al cabo de unos pasos, Rauh se detuvo de golpe.

—¡Aquí!

Jan se abrió camino hasta él. La oxidada tapa del suelo apenas podía verse entre la maleza.

—Me apuesto lo que quieras a que no es un sumidero —dijo Rauh, triunfal.

—Seguro —dijo Jan.

Sintió que se le revolvía el estómago, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse y se arrodilló junto a Rauh, que había empezado a apartar la maleza para abrir la compuerta, cosa, sorprendentemente, pudieron hacer sin dificultad.

—¡Está engrasada! —dijo Jan, pasando un dedo por las bisagras—. Alguien tiene que haber estado aquí hace poco.

—Lo cual significa que el búnker aún se usa —añadió Rauh—, aunque no sabría decirte para qué.

Jan miró hacia el agujero, por el que descendía una escalera de metal.

—Amstner me dijo que Alfred solía desaparecer días enteros, e incluso semanas,

en el bosque. Igual venía a esconderse aquí.

Rauh frunció el ceño y miró a Jan.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Jan le devolvió la mirada y sintió que el estómago se le revolvía de nuevo. Tenía ganas de vomitar.

—Si mi padre vino hasta el aparcamiento del bosque y el secuestrador de Sven lo escondió aquí dentro y Alfred Wagner era el único que sabía de la existencia de este búnker...

—Entonces Alfred tuvo que ser el secuestrador —concluyó Rauh, al ver que Jan no lograba acabar la frase.

—Pero ¿por qué iba él, a sus doce años, a raptar a un niño de seis? —Jan se pasó la mano por el pelo, molesto—. ¿Qué sentido tendría?

—Por desgracia ya no podrá respondernos —dijo Rauh, mirando a su vez hacia el agujero—. Pero, en cualquier caso, no olvides que esto no es más que una hipótesis, ¿eh? Puede ser que tu hermano nunca estuviera aquí dentro, por mucho que Alfred dijera que sí. Ya sabemos cómo es esto de las alucinaciones... Aunque, en justicia, debemos admitir que el pobre chico dijo más verdades de las que estuvimos dispuestos a creerle.

Seguían mirando hacia el agujero. Jan pensó que iba a vomitar de verdad. Siempre había creído que lo que más temía era la incertidumbre, lo desconocido, pero... Ahora que quizá se encontraba ante las respuestas, ahora que quizá podía dar fin a las preguntas que lo habían atormentado durante más de veinte años... Su miedo era mayor que nunca.

Porque la respuesta sería definitiva.

En cuanto la conociera, no habría espacio para la esperanza.

Si hallaba ahí abajo los restos mortales de Sven ya nunca podría repetirse que su hermano seguía vivo en algún lugar.

«Pero al menos estarás seguro —le dijo su yo más racional—, y podrás mirar hacia delante. Vivir tu vida. Volver a empezar. Sin pesadillas».

—¿Qué te parece? —le preguntó Rauh—. ¿Bajamos?

Jan volvió a la realidad y le dijo:

—Detrás de ti.

Rauh se encogió de hombros y sacó la linterna de su bolsillo.

—Como quieras.

Vacilante, el hombre iluminó el agujero. La escalera de metal bajaba unos tres metros y daba a un suelo de hormigón.

—El mundo es de los audaces —dijo Rauh, pasándose la mano por el pelo, y bajando los peldaños con cuidado. Una vez abajo, gritó—: ¡Está bien, puedes bajar!

Jan respiró hondo y empezó a bajar él también. Con cada peldaño que pisaba, el olor a hormigón frío y a metal oxidado aumentaba un poco más.

Una vez abajo, de pie junto a Rauh en aquel pasillo estrecho y oscuro, alzó la

vista al cielo y tuvo la sensación de que el mundo se había vuelto inalcanzable. Los árboles y las nubes parecían haber pasado a formar parte de un mundo que ya no existía. Era como si se hallara en su tumba, mirando hacia arriba, justo antes de que el sepulturero echara mano a la pala y le llenara la tumba de tierra.

—Caray, qué estrecho es esto —dijo Rauh, que parecía sentir la misma zozobra que él—. ¿Te imaginas cómo debían de sentirse los soldados? Es decir, nosotros podemos dar la vuelta en cualquier momento y salir cuando queramos, pero ellos... Ahí fuera había disparos y bombas...

Se detuvo un segundo y carraspeó, nervioso.

—¿Tienes claustrofobia?

—Que yo sepa, no —dijo Rauh, haciendo un gesto de disculpa con la mano—. Pero ya ves, uno nunca deja de sorprenderse a sí mismo.

—¿Quieres que volvamos?

—No, no, ya se me pasará. Además, siento demasiada curiosidad.

Se puso en marcha de nuevo y fue iluminando las paredes de hormigón con su linterna. En el pasillo cabían justo los dos hombres de lado. Jan no pudo evitar pensar en la época que pasó en el servicio militar. Aquel pasillo era lo que se conocía como un «protector de metralla», y su función era proteger la entrada del búnker. Aunque se hiciera explotar la escotilla, la verdadera puerta del búnker se hallaba unos seis metros más allá, justo detrás de una curva, y la honda expansiva de la explosión no podría llegar hasta ella.

—Bienvenidos al pasado —murmuró Rauh, iluminando la gruesa puerta blindada. En la pared de al lado, con grandes letras góticas, podía leerse la leyenda:

¡CUIDADO!
¡PROHIBIDO FUMAR O ENCENDER FUEGO!

Y justo debajo podía verse el águila del imperio y la cruz gamada.

La puerta no tenía pomo ni mecanismo alguno de abertura. No era más que una plancha lisa de metal sobre la que el paso del tiempo había dejado caer una pátina de óxido regular. Abajo, a la derecha, Jan descubrió el nudo deshilachado de una soga que impedía que la puerta se cerrara del todo.

—Así era como Alfred cerraba desde fuera —dijo, empujando la puerta.

Esta se abrió con un crujido. Dentro reinaba la oscuridad.

—Aquí se le acabó el lubricante —dijo Rauh, acercándose a Jan.

A la luz de la linterna, llegaron a otro pasillo algo más ancho. Justo a la derecha de la puerta quedaba un corto pasillo que iba a parar a una sala pequeña en la que apenas cabía un generador de electricidad. El suelo estaba lleno de excrementos de rata, hojas secas y trozos de papeles viejos y arrugados. En una esquina, dos latas de cerveza con el cierre oxidado.

—Cerveza de Fahlenberg —leyó Rauh—. Son antiquísimas. Podríamos vendérselas a algún coleccionista.

Jan miró las latas. Volvió a sentirse mal. Cerró los ojos y tuvo que recostarse en la pared.

Rauh lo miró, preocupado.

—¿Todo en orden?

—Acabo de acordarme de Rudi Marenburg. Espero que esté bien.

Rauh movió la linterna de las cervezas a Jan, y de nuevo a las cervezas. Entonces carraspeó y dijo:

—Escucha, Jan, tengo que decirte algo.

—Adelante.

—Es cierto que ayer fui a ver a Marenburg, poco antes de que lo atacaran.

Jan entornó los ojos.

—¿Cómo dices? ¿Por qué?

—Marenburg llevaba años intentando poner a la gente en contra de la Clínica del Bosque, porque estaba convencido de que los médicos teníamos la culpa de la muerte de su hija. Decía que se suicidó por nuestra culpa —dijo Rauh, con aparente tristeza—. Sé que vosotros erais amigos, pero igual no llegó a comentarte que abrió dos procesos jurídicos contra la clínica, los dos sin éxito para él. Pero eso era lo de menos. Se había propuesto arruinar nuestra reputación, y tarde o temprano lo habría conseguido, sin duda.

—¿Y por eso fuiste a verlo?

—Bueno. Básicamente lo hice por tu amiga, la señorita Weller —le contestó Rauh—. El dolor de Carla por la muerte de su amiga es muy intenso y me temo que Marenburg quiso aprovecharse de ella para intentar demostrar su teoría de la conspiración. Yo estaba muy enfadado y quise hablar con él. Quería hacerle entender lo que había logrado. ¡La pobre chica se cortó las venas para ser atendida en la clínica! Eso es una barbaridad, Jan, y estoy seguro de que piensas como yo. De todos modos, Marenburg no tenía ningunas ganas de hablar conmigo y enseguida me invitó a irme de su casa. —Rauh se pasó la mano por la cara—. Quería que lo supieras.

Durante unos segundos reinó el más absoluto silencio. Sólo se oía el silbido del viento entre las rendijas de las piedras.

—Está bien —dijo Jan—. No estaría aquí si no te creyera. Sigamos adelante.

Rauh sonrió débilmente y volvió a iluminar la salita. Frente al generador había tres bidones, y olía a gasolina.

—¿Crees que aún funciona?

Jan inclinó la cabeza.

—Ni idea. Es posible. Por su aspecto parece que vaya a explotarnos en las narices en cualquier momento, pero no se me ocurre otra explicación que justifique los bidones... Además, estos son mucho más modernos que el generador.

Rauh miró el aparato atentamente y se puso manos a la obra. A Jan le sorprendió su habilidad. Jamás habría pensado que un *dandy* como Rauh pudiera ser tan manitas.

Al poco tiempo la máquina se puso en funcionamiento entre traqueteos, y las

bombillas, cuyo cableado pendía del techo, se encendieron obedientemente.

—Mira, quién lo iba a decir —dijo Rauh, encantado, mientras se limpiaba las manos en los pantalones—. De algo tuvieron que servirme los años de estudiante sin blanca, ¿no? Pero no sé cuánto tiempo durará la luz, así que démonos prisa. Echemos un vistazo y salgamos de nuevo.

Salieron de aquella sala y Rauh cerró la puerta para amortiguar el ruido y el olor del generador.

Era agradable tener luz. Jan sintió que la claustrofobia desaparecía levemente. Ya no sentía la angustia de estar enterrado en vida, o al menos no de un modo tan intenso como antes.

El búnker era bastante más grande de lo que habían creído. En torno al ancho pasillo central había cinco salas: dos a cada lado y una enfrente. Las dos primeras puertas, a derecha e izquierda, daban a sendas habitaciones cuadradas, y en cada una de ellas había dos literas oxidadas. Los colchones estaban raídos y rotos. Los ratones y las ratas debían de haber instalado sus madrigueras en su interior.

Sobre uno de los colchones había una caja vieja y sucia de Bob Esponja y una manta con indios dibujados. El techo estaba cubierto con recortes de periódicos y revistas porno en los que aparecían mujeres desnudas. Bajo el somier de la cama de arriba podía verse el enorme póster de un reclamo publicitario: una compañía de seguros mostraba una casa preciosa frente a la que una pareja joven y enamorada con dos niños encantadores sonreía a la cámara, como dando a entender que, gracias a su magnífico paquete de seguros, su vida era pura felicidad.

En aquel búnker, el anuncio le parecía la peor y más hiriente de las ironías. ¿Cuántas noches habría pasado Alfred Wagner en aquella habitación, mirando la imagen de la familia ideal e imaginando cómo sería la vida con mujer, hijos y un hogar propios, en lugar de la soledad en un viejo búnker nazi abandonado?

—Muy triste, ¿no?

Jan dio un respingo. No se había dado cuenta de que Rauh estaba a su lado.

—Perdona, no pretendía asustarte. He mirado en la sala de al lado y no hay nada especial: algo así como una sala de reuniones, además de un lavabo. La puerta del fondo está cerrada.

Jan miró al pasillo, sorprendido.

—¿Cerrada?

—Sí, a mí también me ha sorprendido. Tiene un candado enorme, muy pesado y desde luego mucho más moderno que el resto del búnker.

—¿Y qué sentido tiene cerrar con candado una habitación aquí abajo?

—Ni idea —dijo Rauh, encogiéndose de hombros—. En una de las salas hay algunas herramientas, pero me temo que nada con lo que podamos abrir el candado.

Rauh se había convertido en MacGyver. Estaba distinto. Ni siquiera parecía importarle que su carísima ropa de marca estuviera destinada al cubo de la basura después de aquella excursión, ni que sus manos, siempre tan cuidadas, pudieran

confundirse con las del mecánico de un taller de coches. Si hubiese querido engañarlo, seguro que habría hecho todo lo posible por mantener su imagen de dandi con la máxima meticulosidad. Y, sin embargo... La idea de que Rauh estuviese diciéndole la verdad no lo tranquilizaba como habría sido de esperar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó entonces—. Estás muy pálido...

—Voy tirando —dijo Jan—. Debe de ser el aire de aquí abajo.

Rauh asintió.

—Muy seco, sí. Habría jurado que tenía que ser húmedo, pero no. Hasta el lavabo está seco. Por cierto, ya sé por qué Alfred creía que Hitler le hablaba desde el lavabo.

—¿Ah, sí?

—Algún gracioso debió de colgar la foto del *Führer* de la cadena del inodoro.

Jan devolvió la sonrisa a Rauh.

—Un buen sitio, sin duda.

—Pero ese candado ahí... sigue siendo muy raro. Mira, parece que antes había otro, ¿lo ves? Por algún motivo decidieron cambiarlo...

Oyeron un golpe muy fuerte que les puso la piel de gallina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rauh, en voz baja.

—¿Un disparo?

—A mí también me lo ha parecido, sí.

Rauh sacó su linterna del bolsillo, la movió en la mano como si sopesara cuán fuerte podía golpear con ella, se acercó a la puerta y miró por la rendija.

—¿Y bien? —susurró Jan, sintiéndose ridículo porque no había motivo alguno para bajar la voz: si había alguien ahí abajo, ya los habría oído.

—Nada —dijo Rauh, sin apartar la vista del pasillo.

Y dicho aquello empezó a caminar hacia el lugar del que había venido el ruido.

Jan lo siguió. La puerta de la habitación de al lado estaba ligeramente abierta. Jan y Rauh se colocaron a ambos lados e intercambiaron una mirada de preocupación. Si lo que habían oído era en verdad un disparo, lo único con lo que podían protegerse era una linterna.

—¡Salga de ahí! —gritó Jan.

Rauh levantó la linterna y la sostuvo aún con más fuerza.

Silencio.

—Vamos, salga, sabemos que está ahí.

Nada.

Volvieron a mirarse. Rauh señaló el pomo de la puerta, y Jan asintió.

En aquel preciso momento, la luz empezó a parpadear. Jan rezó para que el generador aguantara un poco más. Al menos hasta descubrir quién había ahí abajo.

Por lo visto, sus oraciones fueron escuchadas. La luz dejó de parpadear, y en ese momento Jan cogió el pomo de la puerta y la abrió de par en par.

Ahí no había nada.

La sala estaba vacía.

Rauh encendió la linterna y miró en su interior. Entonces empezó a reír. Jan se le acercó para ver qué era lo que le hacía tanta gracia, y tuvo que admitir que no estaba mal.

Rauh movió la cabeza hacia los lados.

—¡Vaya par de miedicas! ¡Explota una vieja bombilla y casi nos lo hacemos encima!

—Bueno, ¿quién dijo que los psiquiatras tenían que ser valientes?

—Cierto, cierto —dijo Rauh, cambiando la bombilla para iluminar la sala.

—Es increíble, ¿no? —dijo Jan, mirando la cantidad de latas de conserva que llenaban tres de las paredes de la sala—. De modo que aquí guardaba Wagner su arsenal.

—Hay miles de latas —dijo Rauh.

Cogió una e iluminó la tapa, para ver la fecha de caducidad.

—Marzo de 1989. Madre mía, está todo caducado.

Jan volvió al pasillo y observó desde allí a Rauh, que se hallaba en medio de la sala y parecía el encargado del inventario de un supermercado.

—Todo está perfectamente ordenado —estaba diciendo el hombre en ese momento—. Todas las etiquetas miran hacia delante.

Allí había una cantidad ingente de carne enlatada, guisantes, zanahorias, embutidos, raviolis, judías, sopas de todos los tipos y las más diversas frutas en almíbar.

—No me extraña que Alfred pudiera pasar semanas enteras en el bosque. Aunque las fechas de caducidad ya han expirado, las conservas pueden aguantar mucho más.

—Pues ahora que lo dices, tienes razón —le dijo Rauh—. Recuerdo que durante la guerra mi madre...

Rauh se detuvo a media frase. Abrió los ojos como platos y miró a Jan como si acabara de ver a un fantasma. Este estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando oyó un ruido a su espalda. Pero antes de poder darse la vuelta, le propinaron un golpe fortísimo en la cabeza.

Vio estrellas explotando ante sus ojos. Se tambaleó e intentó evitar la caída, pero no podía controlar su cuerpo. Justo antes de desmoronarse en el suelo, vio la figura alargada de un hombre a sus espaldas. Después, todo desapareció a su alrededor.

Lo último que vio fueron latas de conservas.

Cuando su compañera entró en la habitación, Rebecca Steinfurt levantó la vista de los informes y se frotó las sienes.

—¿Y bien? ¿Cómo le va a nuestra principiante?

La enfermera Edwina Sezcinsky era nueva en la unidad de cuidados intensivos. Tenía veintiséis años y lo único que Rebecca sabía de ella era que trabajaba meticulosamente y que al salir del hospital se entrenaba para correr su primera maratón.

—Todo está en orden —dijo la joven, cogiendo una botella de agua del mostrador y asintiendo amablemente—. Sólo la señorita Weller parece algo inquieta. Su frecuencia cardíaca está muy alterada.

—¿Has hablado con ella?

—No. Está dormida. Creo que está soñando.

—Será por los somníferos —dijo Rebecca, mirando cómo la nueva se bebía medio litro de agua de una sola vez—. ¡Por favor! Pero ¿tú cuánta agua bebes al día?

Edwina se encogió de hombros.

—Dos litros y medio..., tres...

—Qué barbaridad.

La señal de alarma hizo que se llevaran un susto de muerte. Las dos miraron al panel y Rebecca salió corriendo hacia el pasillo mientras exclamaba:

—¡Es la señorita Weller!

—Yo llamaré al doctor —dijo Edwina, dejando la botella y cogiendo a toda prisa el teléfono.

Rebecca llegó enseguida a la habitación de Carla. Por lo que decía la alarma, la paciente sufría un fallo en sus funciones vitales, de modo que la enfermera se preparó para una reanimación de urgencia, pero cuando entró en el cuarto vio algo que nunca había visto. Nunca, en todos los años que llevaba trabajando en el hospital.

De vez en cuando se había topado con algún paciente que se tocaba las vendas o incluso se quitaba alguna vía que le conectaba a los aparatos de control, pero jamás había visto a nadie que se librara de todos los cables, bajara la barandilla de la cama y empezara a caminar de un lado a otro de la habitación.

—¡Por el amor de Dios! —alcanzó a decir—. ¿Qué hace, señorita Weller?

Parecía que Carla no la oía. Temblaba como una hoja. Rebecca la cogió por los

hombros y la empujó suavemente hacia la cama.

—Pero ¿en qué estaba pensando, mujer?

Carla murmuró algo incomprensible. Los analgésicos la hacían balbucear como si estuviera borracha. Repetía la misma frase una y otra vez, hasta que, por fin, Rebecca logró entenderla.

—Ya sé quién es.

La enfermera la ayudó a sentarse en la cama.

—Tranquila, señorita Weller, estaba soñando.

—Sí —dijo Carla, como a cámara lenta—. Y en mi sueño lo reconocí.

—¿A quién?

—Al hombre que me hablaba con la voz de Nathalie.

—Qué bien, cómo me alegro. —Rebecca cogió el brazo de Carla e intentó volver a ponerle la aguja en la vía—. Y ahora que ya lo sabe, ya puede volver a tumbar...

—¡No! —gritó Carla.

Hizo un movimiento brusco con el brazo y miró a la enfermera con los ojos abiertos como platos. Estaba bañada en sudor.

—No..., no me entiende... ¡Jan está en peligro!

—¿Qué está pasando? —preguntó una voz desde la puerta.

Acompañado por Edwina, el doctor Mehra había llegado a toda prisa a la habitación y miraba estupefacto a la paciente y la enfermera.

—No sé cómo lo ha logrado, pero el caso es que se ha levantado y...

Rebecca intentó explicar lo que había pasado pero Carla se levantó de un salto y le tapó la boca con la mano.

—¡Llaman a la policía! —gimió—. ¡Peligro!

Se sintió como si saliera de una piscina de agua helada y negra. Cuando volvió en sí, Jan se descubrió a sí mismo tumbado boca abajo en el suelo de hormigón. Le dolía muchísimo la cabeza, y a medida que recuperaba el conocimiento aumentaba también el dolor que sentía.

Tenía ganas de vomitar. Se le había dormido la mejilla derecha, anestesiada por el frío del suelo, pero de algún modo logró levantar la cabeza. Hizo un esfuerzo por parpadear y evitar que los párpados se le cerraran y volviera a desmayarse. Intentó centrarse en un punto fijo, pero no lo logró. Lo veía todo doble, como si estuviera borracho.

Pero más allá de ese trastorno visual, consecuencia indiscutible de la conmoción cerebral, Jan se dio cuenta de que ya no se encontraba en la sala de las conservas. Ahora estaba en una habitación mucho más grande, bien iluminada y con un penetrante olor a aceite y metal.

Un montón de cajas de metal de color verde aceituna se amontonaban junto a las paredes. Estaban cubiertas de polvo y telarañas, y aunque no pudo distinguir con claridad las serigrafías blancas que quedaban en la parte delantera de las cajas, habría jurado que se trataba de la cruz gamada.

«¡Cajas de munición!».

Por fin sabía dónde estaba y a qué venía el enorme candado de aquella puerta.

«Un almacén para la munición. Por eso el búnker está tan bien protegido contra la humedad».

Movió un poco los brazos, en los que parecía tener sendos hormigueros, e intentó incorporarse. Por fin lo consiguió, tras dos intentos fallidos. Se levantó y enseguida se sentó sobre una pila de cajas que quedaban junto a la pared.

Temblaba de arriba abajo y la cabeza le dolía una barbaridad, pero al cabo de un rato el martilleo empezó a disminuir y las imágenes que danzaban ante sus ojos fueron deteniéndose poco a poco.

Ahora sólo le faltaba poder pensar. Entonces recordó que recibió el golpe en la parte de atrás de la cabeza. Se la tocó y lanzó un gemido de dolor. Cuando se miró las manos las tenía llenas de sangre, igual que la parte superior de su chaqueta, empapada como si se hubiese dado un baño de agua roja.

Mientras su corazón latía como un loco, su razón intentó lograr que se calmara.

Era imposible que toda aquella sangre fuera suya. Si lo fuera, haría tiempo que estaría muerto. Movi6 la cabeza hacia un lado y vio a Norbert Rauh a menos de un metro de 6l.

Entonces entendi6 de qui6n era toda esa sangre.

Alguien le haba quitado la chaqueta y el jersey, y su cuerpo medio desnudo estaba cubierto de sangre; una larga huella rojiza indicaba que haba sido arrastrado desde el pasillo.

Rauh tena las manos estiradas y parecia un jinete que acabara de caer de espaldas. Cuando Jan vio la masa deforme que tena entre los hombros... Sintio que se le formaba un nudo horrible en la garganta. En el lugar en el que solia haber un rostro atractivo y siempre moreno, apenas quedaba una mandibula, la inferior, con una fila de dientes teoidos de rojo. Del resto de la cabeza no quedaban m6s que algunos huesos rotos y jirones de piel arrugada de la que pendian mechones de pelo aislados.

Vomit6.

Intent6 levantarse, pero sus piernas no le obedecieron. Se negaron a hacer lo que les peda, temblorosas, de modo que volvi6 a sentarse.

Unos segundos despu6s trat6 de incorporarse de nuevo. Justo en ese momento oy6 pasos en el pasillo. Pasos que avanzaban hacia 6l. Pero como la puerta estaba medio cerrada, no pudo ver a nadie.

Estaba aterrorizado. Mir6 a su alrededor en busca de un lugar por el que huir, pero, evidentemente, no vio ninguno. ¿Qu6 poda hacer? Empez6 a sudar, y el sudor se mezcl6 con su propia sangre y con la de Rauh, que le cubria todo el tronco.

No haba salida.

Haba llegado el momento de mirar a la muerte a la cara.

Los pasos se detuvieron justo antes de llegar a la puerta, y Jan oy6 el profundo suspiro de un hombre. Le parecia que reconocia aquella voz, pero al mismo tiempo rechaz6 la idea por lo absurda.

«No es posible —le decia su voz interior—. ¡No es posible!».

Pero cuando la puerta se abri6 del todo, sus temores se confirmaron: Raimund Fleischer llevaba en una mano uno de los bidones de la sala del generador, y con la otra se apart6 un mech6n de pelo que le caia sobre la frente. Llevaba una pistola metida en su cintur6n.

El director limpi6 la mancha de sangre del suelo, dej6 el bid6n junto al cuerpo de Rauh y se empuj6 las gafas sobre la nariz. Parecia que no se haba dado cuenta de que Jan haba vuelto en s6: se limitaba a mirar al muerto como si estuviera sopesando los desperfectos del chasis de su coche despu6s de un accidente, o como si observara el cristal roto de una ventana contra la que unos ni6os hubiesen tirado una pelota.

—No imaginaba que estas cosas pudieran tener un efecto tan espectacular —murmur6, sacando la pistola de su pantal6n. La sopes6 levemente, se la pas6 de una mano a otra, y entonces se dio la vuelta hacia Jan—. ¿Tú lo sabias?

Jan tenía la sensación de estar preso en una de sus pesadillas. Una parte de él deseaba fervientemente poder despertarse en cualquier momento.

—La encontré aquí abajo hace años —le dijo Fleischer.

Para desesperación de Jan, el director médico parecía tan tranquilo y relajado como siempre. Como si acabaran de encontrarse en uno de los pasillos de la clínica.

—Es una Walther P38. Debí de pertenecer a algún soldado. Estaba cuidadosamente envuelta con papel parafinado. Para ser sincero... creía que no funcionaba. Pero ya ves. —Señaló a Rauh con la pistola—. No era mi intención dejarlo así, al pobre. Con la buena cabeza que tenía... ¿Se dice así, no? ¡Tenía buena cabeza!

Fleischer suspiró varias veces y por fin fue hasta una de las pilas de cajas en las que había dejado la ropa de Rauh.

—¿Quieres sentarte sobre su jersey? Estarás más cómodo. El suelo está helado.

Jan miraba al director de la clínica sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. No fue capaz de responder.

—¿De verdad que no? Pues vas a acabar con dolor de riñones...

—¿Por qué...? ¿Por qué lo has hecho? —La voz de Jan no era más que un susurro—. Era tu amigo.

—Sí, lo era. —Fleischer estiró de la camiseta que quedaba debajo del jersey, limpió con ella una de las cajas y se sentó—. ¿Sabes, Jan? Cuando doy mis conferencias, me gusta abrirlas con una cita. Ahora quedaría fenomenal traer a colación una del viejo Nietzsche: «La historiografía está ligada a la vida en tres sentidos: como aquello que es *activo y pujante*, como aquello que *conserva y venera*, y como aquello que *sufre y busca liberación*».

Jan tragó saliva e intentó controlar el pánico. Ahora tenía que hacer gala de su profesionalidad. No podía mostrar su miedo; tenía que dominarlo. Ya había estado muchas veces frente a psicópatas, hombres y mujeres, que habían matado, torturado y violado a otras personas. Gente que no se arrepentía de lo que había hecho, que no mostraba el menor arrepentimiento, ya porque no distinguían el bien del mal, ya porque se negaban a aceptar la realidad y echaban la culpa a otros. El trato con los psicópatas era parte de su rutina profesional. «De acuerdo, Jan, ahora sólo tienes que comportarte como si estuvieras en la consulta. Estás ante un caso nuevo, nada más». Pero lo cierto es que había una pequeña, pero significativa, diferencia: Fleischer llevaba un arma. Ya la había usado en una ocasión y podía volver a hacerlo en cualquier momento.

Su cabeza no paraba de pensar. Tenía que haber pasado más de una hora desde que Rauh y él salieran del hospital. De ser así, lo más probable fuera que Konni ya hubiese alertado a la policía. Verían el coche de Rauh en el aparcamiento del bosque y peinarían la zona en su búsqueda. Seguramente Fleischer también había aparcado allí. Lo único que podía hacer ahora era entretener al director médico tanto como le fuera posible y rezar para que la policía encontrara su rastro y lo siguiera hasta el

búnker.

—¿No dices nada, Jan? —Fleischer lo miró con frialdad—. ¿Estás maquinando el modo de salir de aquí? Pues me temo que tengo que darte una mala noticia. Aquí se acaba el trayecto. Para los dos.

Jan respiró hondo, hizo un esfuerzo por controlar el miedo y se imaginó que estaba sentado frente a Fleischer en una sala bien protegida. A su espalda tendría una cámara y en la puerta, dos guardias de seguridad dispuestos a intervenir en cuanto este hiciera ademán de querer atacarlo con algo más que palabras. Con cuidado, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Fleischer, moviendo la pistola—. ¡Las manos! ¡Quiero verlas! Fuera de los bolsillos.

—¿Eres consciente de que has matado a un hombre?

—¡He dicho que quiero ver las manos!

Sin apartar la vista de la pistola, Jan obedeció la orden. Sacó las manos de los bolsillos y se las enseñó a Fleischer.

—Bien —dijo el director médico—, y ahora volvamos a Nietzsche. —Su voz recuperó el tono del hombre acostumbrado a hablar en público—. Tú, querido Jan, perteneces al tercer grupo. A los que sufren y buscan liberación.

—¿Ah, sí?

—¡Vamos, chico! —dijo Fleischer, como si lo riñera—. ¡Lo sabes mejor que nadie!

—Lo que tú digas —respondió Jan—. Sufro mucho por mi pasado.

—Pues yo quería ayudarte a superar tu sufrimiento. Si me hubieses hecho caso... ¡Sólo tenías que estrechar la mano que te ofrecía! Con el trabajo en la clínica habrías podido empezar una nueva vida, y así te habrías liberado. Pero no: preferiste seguir preguntando e investigando. Pues mira: esto es lo que has logrado. —Señaló a Rauh—. Le has obligado a seguirme, y me has obligado a mí a asegurarme de que se esté callado.

—Y a Rudolf Marenburg, y a Carla Weller, ¿no? ¿Los has hecho callar a todos?

Fleischer asintió:

—Y también a Nathalie Köppler, Alexandra Marenburg, Hieronymus Liebwerk y una pobre y atontada puta. Los he dejado a todos bien calladitos. —Dejó la pistola sobre sus piernas, cogió la camiseta de Rauh con las manos y la rompió en dos—. Me declaro culpable de todos los cargos que se me imputan, señorita.

—¿Y... Sven? —Su voz se negaba a salir con normalidad. Jan hizo un esfuerzo ímprobo por sobreponerse—. ¿Qué le sucedió a Sven?

Fleischer observó atentamente los dos trozos de tela, y al final dejó caer uno al suelo.

—¿Sabes, Jan? Bernhard Forstner no era mucho mejor investigador que Marenburg o esa periodista listilla que tanto te gusta. Esa gente remueve el pasado de los otros, mete los dedos en heridas ajenas, y luego se queja porque les dan unos

azotes.

—¿Qué le hiciste a Sven?

—¿Qué le hiciste a Sven? —repitió Fleischer, con socarronería—. ¡Por todos los demonios, Jan, pareces un llorón! ¡Eres cansino! ¡Parece que el único tema sea tu hermano! ¿Tan poco te valoras a ti mismo?

Jan hizo caso omiso de la agresividad en el tono. «Compórtate como un jugador de póquer —le dijo en su día un profesor—. Nunca dejes que tu contrincante intuya tus cartas. No se las enseñes». Miró al director con la mayor sobriedad posible e insistió.

—¿Dónde está Sven?

—¡Dios, Jan! —Fleischer le sonrió con indulgencia—. Llevas años haciéndote preguntas, pero no las correctas. ¿Nunca te diste cuenta de que tu padre... de que tu padre siempre era algo más reservado, por llamarlo de algún modo, contigo que con Sven, al que sencillamente adoraba? ¿No notaste su indiferencia ante tu conmoción por la muerte de Alexandra? —Fleischer se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre las rodillas—. ¿De verdad nunca te has preguntado por qué te traje a Fahlenberg? ¿Por qué yo, precisamente yo, fui el que decidió brindarte una segunda oportunidad?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Vamos, hombre, la respuesta está más que clara. ¡Bernhard Forstner no era tu padre!

Jan tragó saliva. Siempre había tenido un buen instinto para reconocer las mentiras, pero en esta ocasión... Deseaba con toda el alma estar equivocado.

—No esperarás que me crea que...

La sonrisa de Fleischer se hizo aún más amplia.

—Cuando te miras en el espejo, ¿a quién ves? ¿Reconoces algo de Bernhard? No, qué va. En cierto modo te pareces mucho a tu madre, tanto en el aspecto físico como en el carácter, pero tus ojos son clavaditos a los míos, ¿no te parece?

—¡Esto es un disparate! —dijo Jan—. ¡Mi madre nunca engañó a mi padre!

—*Engañar*. Qué palabra más fea. —Fleischer arrugó la nariz y señaló a Rauh—. Serviría para referirse a él, o a Marenburg o a Bernhard, e incluso a ti. Pero no a tu madre. Nosotros no engañamos a nadie. —Fleischer sonrió irónicamente antes de añadir—: Si te va a consolar moralmente, piensa que nuestra relación fue muy breve, y muy superficial. Ella amaba de verdad a tu padre, aunque él no se lo merecía. En realidad fue él quien la engañó a ella, durante años, con su trabajo. Bernhard estaba enamorado de su carrera y la anteponía a todo lo demás.

Fleischer hizo un gesto de desprecio con el trozo de tela en la mano.

—Creo que para tu madre yo no fui más que una especie de breve liberación. Un modo de equilibrar la balanza para soportar la injusticia. Se sentía muy sola, igual que yo en aquella época, porque acababa de perder a la persona más importante de mi vida y necesitaba consuelo a toda costa.

Fleischer evitó mirar a Jan a los ojos. Bajó la cabeza y miró al suelo, apesadumbrado. Un pequeño reguero de sangre se acercaba por el suelo hasta su zapato.

—Luego me casé y traje dos hijas al mundo. Pero nadie, ni tu madre ni mi mujer ni tus hermanastras, lograron sacarme del pozo de pena y oscuridad en el que caí cuando la perdí a ella. Nunca llegué a consolarme, y ahora sé, y este ha sido el descubrimiento más trágico de mi vida, que nunca hallaré consuelo. Ni siquiera contigo a mi lado.

El director se quedó callado y el silencio se adueñó de la fría sala. Sólo se oía el sollozo del viento a lo lejos...

Por primera vez en mucho tiempo, Jan percibió el silencio como una liberación. Si desde aquí abajo podía oírse el viento que se colaba por la escotilla de entrada del búnker, eso quería decir que Fleischer la había dejado abierta, lo cual aumentaba la esperanza de que la policía descubriera el escondite. Se agarraría a aquel clavo ardiente, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

«Tengo que seguir hablando con él —se dijo—. Tengo que evitar que se deje llevar por la depresión y quiera acabar con todo».

—No has respondido a mi pregunta —dijo.

—¿Ah, no?

Fleischer alzó la vista. Parecía regresar de otro mundo.

—Te he preguntado donde está Sven. ¿Qué le hiciste?

—De modo que quieres saberlo. —El director sacudió la cabeza y suspiró—. Pues bueno.

Cogió la pistola, se levantó y puso el trozo de camiseta sobre la caja. Entonces pasó junto a Jan, fue hasta la otra punta de la sala y se detuvo junto a una lona que cubría algo distinto a una caja de munición. Algo más grande, sin duda.

—¿Sabes, Jan? —empezó a decir, casi con alegría—. Hay algo de lo que nunca he hablado con nadie, y creo que ha llegado el momento de romper mi silencio. Eres mi hijo y mereces saber la verdad. Hubiera preferido hacerlo en un ambiente más agradable, pero, tal como están las cosas, supongo que este es el ambiente *adecuado*.

Jan no dijo nada. Observó cómo Fleischer levantaba la lona y la apartaba a un lado, tirándola finalmente al suelo, y cuando vio lo que escondía abrió los ojos como platos.

El montaje, formado con cajas de munición, algunas velas y un pañuelo blanco, recordaba a un altar. En el centro podía verse una foto, y la imagen que vio en ella le dejó sin respiración: era el retrato de una joven sonriente, de mirada expresiva y pelo largo y oscuro. Su parecido con Alexandra Marenburg y Nathalie Köppler era extraordinario.

Aquel retrato era parte de la ampliación de una foto que ya había visto antes: la foto de clase que Fleischer tenía colgada en su consulta, y que Jan también había visto en el despacho de su casa.

Debajo del marco de la foto había algo que Jan no reconoció al instante. Una especie de relieve. Y a su lado, un vestido de noche de terciopelo azul perfectamente doblado.

—¿Qué significa todo esto?

—Piensa en mi cita de Nietzsche. —Fleischer pasó los dedos por los contornos del relieve, que ahora vio que se trataba de una máscara—. Según ella, yo soy el que conserva. El que venera el pasado. —Dio un paso atrás y miró a Jan—. Yo tenía quince años cuando llegó una alumna nueva a mi clase. Ella cambiaría mi vida para siempre. Se llamaba Carmen. Esta imagen de aquí... —Señaló el retrato con la pistola—... no hace justicia a su belleza. Los días de sol, su melena al viento brillaba como la seda. Y sus ojos eran de un verde tan intenso que sólo podía compararse al de las más puras esmeraldas. Era una reina, Jan, una verdadera diosa. Cada uno de sus movimientos era la expresión de su personalidad, orgullosa y segura de sí misma, consciente de que bastaba una palabra suya para someter al mundo. —Hizo un gesto con el que parecía querer ocultar la vergüenza, y continuó—: Sí, ya sé que puedo sonar algo soñador, pero te aseguro que no exagero. Si tuviera que definirla con una sola palabra, diría que era perfecta. Y no me refiero sólo al físico, por supuesto. A su lado, yo sentía lo que cualquier gran poeta habría definido como el único amor verdadero, capaz de abarcarlo todo. Lo nuestro era magia, Jan. Me hechizó desde el primer segundo.

Jan dejó escapar una risita amarga y Fleischer lo miró, molesto.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Insinúas que toda esta tragedia ha sido el resultado de una historia de amor?

—No entiendes nada —le dijo Fleischer, indignado—. Ni siquiera parece capaz de imaginar lo que significa amar a una persona tan intensamente, y siempre en la distancia porque sabes que no significas nada para ella. ¿Quién era yo por aquel entonces? Un chico alto y delgado con la cabeza llena de pájaros. Nada más. Pero nunca pude dejar de pensar en ella, por mucho que lo intenté. De verdad, me esforcé mucho en liberarme de su influencia, pero era como si un trocito de metal intentase resistirse a un enorme imán. Sí, amigo mío, me volví adicto a ella. Lo habría dado todo por pasar un rato en su compañía. La vida sin ella había dejado de tener sentido.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un objeto plateado. Jan reconoció el mechero de Rauh. Cuando lo vio encenderlo y acercarse con él a las velas, sintió que se le ponía la carne de gallina. Si bien era cierto que se trataba de velas muy gordas de las que solían prender hacia dentro y derretirse lentamente, le costaba olvidar que aquello era un búnker cargado de munición y que las velas se hallaban sobre cajas cargadas de explosivos.

—Yo no lo haría —le dijo Jan—. ¿O quieres que volemos por los aires?

Fleischer lo miró, sonriendo.

—¿Te da miedo la muerte?

Jan no le contestó y Fleischer volvió a meter el mechero en el bolsillo de su

pantalón.

—Yo habría dado mi vida por Carmen sin dudarlo un instante. Pero ella no me prestaba ninguna atención. Así que empecé a cuidarme. Tenía que ponerme a la altura de cualquier posible competidor y, dado que desde el punto de vista económico lo tenía muy complicado (mis padres no tenían mucho dinero que digamos), empecé a prestar más atención a mi aspecto físico, y también a estudiar como un loco. Devoraba cualquier libro que cayera en mis manos, absorbí todos los conocimientos que fui capaz y convertí la biblioteca en mi segundo hogar.

Fleischer adoptó de nuevo su pose de conferenciante. Con las manos a la espalda, caminaba de una punta a otra del insólito altar mientras daba su charla magistral.

—Esa ambición me dio mucha fuerza. En muy poco tiempo pasé a ser el más listo de la clase en todas las materias, y mis compañeros empezaron a llamarme «enciclopedia viviente». La mayoría me pedía ayuda con los deberes, o me hacía preguntas de mates, física o lengua, y yo los ayudaba a todos.

Mientras le escuchaba, Jan no apartó la vista de la pistola ni un segundo. No debía moverse; no debía hacer nada que detuviera la verborrea de Fleischer. Todo lo que tenía que hacer era permanecer en silencio, conseguir que siguiera hablando y esperar que la ayuda llegase pronto.

—Ninguno de mis compañeros significó nada para mí —continuó Fleischer—, aunque varios de ellos me consideraban su mejor amigo. Yo todo lo hacía por ella. Estaba obsesionado con llamar su atención. Y por fin, un día, mi plan dio sus frutos. Faltaba poco para la selectividad cuando me preguntó si quería ir con ella en un trabajo de grupo. Dos de sus amigas iban muy justas en la asignatura y su aprobado dependía en buen modo de la nota que sacaran en aquel trabajo. Evidentemente, le dije que sí. Hice todo lo posible por ayudarlas, y al final las dos se sacaron la asignatura. Carmen estaba feliz. En una ocasión, incluso, llegó a decirme que admiraba mi sensibilidad, el modo en que ayudaba a los demás y compartía mis conocimientos. También dijo que estaba convencida de que llegaría muy lejos. —Fleischer esbozó una triste sonrisa—. Después de aquello mi corazón latía tan fuerte, Jan, que pensé que iba a perder la razón. Entonces llegó la selectividad, mucho antes de lo que yo hubiese querido, y con ello también el momento de la despedida. Tardé en enterarme de la carrera que había escogido, y la idea de pasar los años siguientes alejado de ella me sumía en la más profunda de las depresiones. Además, estaba el miedo de que conociese a alguien y se enamorase y perdiese el contacto con sus antiguos amigos...

Fleischer se detuvo y miró al vacío. Silencio. Jan se dio cuenta de que tenía que decir algo: la expresión impávida y oscura del director médico no dejaba entrever nada bueno, como tampoco la fuerza con la que sujetaba ahora la pistola.

«Tengo que lograr que siga hablando. Preguntarle algo. ¡Hablar con él!».

—¿Qué tiene esto que ver con mi familia?

Por un instante, Fleischer le miró como si no supiera dónde estaba. Después

sacudió la cabeza y se frotó las sienes.

—Ya va, ya va —dijo, lentamente—. Ahora te lo cuento. Ahora.

»Carmen y yo nunca llegamos a tocarnos de un modo que no fuera casual. —Su voz sonaba a disculpa—. Alguna vez me tocó el hombro para saludarme o nuestras manos coincidieron a la hora de coger un libro, pero nada más. Pero yo la necesitaba cerca para respirar. Y entonces, el último día de clase, en plena fiesta de final de curso, se lo dije.

—¿Y cómo reaccionó? —quiso saber Jan, aunque Fleischer no pareció escucharlo.

—Aún la veo ante mis ojos —siguió diciendo—. Parece que fue ayer. Carmen con su vestido azul de terciopelo, de pie en la terraza de la parte de atrás del colegio. Tiene la mirada perdida en las escaleras que conducen al patio. Parece triste. Cuando le pregunto qué le pasa me dice que en la sala de baile hay demasiado humo, y que apesta, y que ha salido a tomar el aire. Está oscuro; sólo tenemos la luz que nos llega de la sala iluminando su preciosa cara. Veo el fulgor de sus ojos color esmeralda, el brillo del carmín en sus labios carnosos y el pelo que se separó de su melena para enredarse en una ceja. Huelo su perfume, dulce e intenso, con un toque de madera, que parece querer enlazar para siempre mi recuerdo con su olor. En ese ambiente, su voz suena más profunda y cálida. Extraordinariamente seductora.

Fleischer volvió a la caja que quedaba junto al cadáver de Rauh y se sentó, suspirando.

—No me costó nada confesarle mis sentimientos. Al contrario: me alivió poder explicarle al fin todo lo que sentía por ella desde hacía tantos años. Me sentó bien abrirme ante ella, mirarla a los ojos y saber que en aquel momento yo acaparaba toda su atención. Fue como una liberación. Pero entonces... —Fleischer frunció el ceño —, entonces sucedió algo inesperado. Carmen no me interrumpió ni una sola vez y yo tuve la sensación de que me entendía. En algún momento, incluso, llegué a pensar que me correspondía. Pero en cambio...

Fleischer cerró los ojos y se mordió los labios.

—¿Qué hizo? —preguntó Jan.

Se hallaban en un momento crítico, y si el director médico no seguía hablando era posible que se enredara en el recuerdo y las consecuencias fueran fatales.

Fleischer abrió los ojos. Cuando lo miró las lágrimas le corrían por la cara.

—Se rio de mí, Jan.

—¿Se rio?

El director asintió con la cabeza.

—Podrían haberme arrancado todos los dientes sin anestesia, o haberme roto los dedos o cortado las manos. Nada habría sido peor que el dolor que sentí entonces. No fue una sonrisa, Jan. No fue una risa amable, ni siquiera divertida. Fue un gesto de desprecio, de asco incluso. Después de tantos años esforzándome por mirarla a los ojos, por estar a su altura, aquella risa me demostraba que para ella yo era alguien

insignificante y ridículo.

Fleischer se levantó cuan largo era, con los puños cerrados con tanta fuerza que se le veían los nudillos. Jan echó un vistazo a la pistola. Seguía en el suelo.

—Me preguntó si me había vuelto loco —escupió—; si no tenía ojos en la cara. Me dijo que hasta un ciego habría podido ver que no le interesaban los hombres. ¡Era lesbiana, Jan! ¡Aquella criatura divina que habría podido rendir a cualquier hombre con un simple parpadeo, era una jodida lesbiana! Y estaba saliendo precisamente con una de las chicas a las que yo ayudé a aprobar. ¿Cómo era posible? Yo habría podido ofrecerle mucho más: mi amor, mis conocimientos, mi vida. Su pareja era una chica fea y lenta de reflejos. No podía creerlo. De hecho, hoy en día sigo sin poder creerlo. —Se secó las lágrimas de la cara—. Yo... Empecé a balbucear, según me dijo, pero no quiso entenderme. O quizá me entendió perfectamente y por eso se mostró tan distante. Para ponérmelo fácil. No lo sé. He pensado en ello miles de veces, pero no he llegado a ninguna conclusión. Desde entonces, sus palabras se han colado en mis sueños cada noche. «Déjame en paz». Lo dijo sin gritar, sin subir la voz. Más bien como un animalillo acorralado. Creo que tenía miedo de mí. De mi corpulencia. Me había acercado mucho a ella, aunque ni siquiera me había dado cuenta.

En aquel momento, Jan comprendió lo que tuvo que haber pasado.

—La mataste, ¿verdad? Carmen fue tu primera víctima.

—¡Fue un accidente! —gritó Fleischer—. No quería hacerlo, créeme. Fue un arrebato. La llamé puta, le dije que era una zorra... —Se quedó sin aliento y sacudió la cabeza—. La cogí por los hombros y la zarandé. Luego la empujé un poco. Sólo un poco, te lo juro, pero... perdió el equilibrio, chocó contra la barandilla del balcón y cayó rodando por las escaleras. Cuando llegó al último escalón oí el chasquido de su cuello al partirse. Si hubiese sido más ágil, si hubiese reaccionado mejor a mi empujón, probablemente sólo se habría caído al suelo y la cosa habría acabado ahí. Cuando le hicieron la autopsia la policía halló un nivel muy alto de alcohol en las venas. Quizá no me habría hablado con tanta rudeza si hubiese estado serena. Quizá, quizá...

Fleischer se llevó las manos a la cara y lloró desconsoladamente. Jan afinó el oído, tenso, pero no oyó nada. Nadie venía a ayudarlo. Sintió que la desesperación hacía mella en él, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—¿Por qué Sven? ¿Por qué mi padre?

El director continuaba con las manos en la cara, sollozando.

—Creo que no tengo que explicarte lo que son las pesadillas, ¿verdad? —le respondió, con voz queda—. Me refiero a esas que se instalan en tu inconsciente y te persiguen adondequiera que vayas, incluso cuando estás despierto. Yo la veo caer, Jan. Una y otra vez. Se cae ante mis ojos a cada momento. Cada día, cada noche, en mi consulta, en el camino a casa. Su espíritu no me deja vivir. No va a perdonarme. Todos creyeron que tropezó porque estaba borracha. Nadie me culpó. ¡Nadie! Y yo me callé. —Se encogió de hombros—. Soy un cobarde, Jan. Por eso me callé.

Jan miró el retrato de la chica en el altar.

—Y entonces apareció Alexandra Marenburg en la clínica e hizo que recordaras aún más a Carmen.

—No es sólo que me la recordara. Es que su parecido era tan sorprendente... Era increíble; casi inquietante. Incluso tenía su edad. Era como si Carmen hubiese decidido volver para castigarme y hacer que me arrepintiera.

Jan miró a Fleischer y le dijo:

—Como psiquiatra, tienes que saber cómo suena lo que estás diciendo...

—Lo sé, Jan, lo sé. Al principio rechacé la idea porque sabía que era una locura, pero... Un día fui a ver a Bernhard a su consulta: estaba con ella, y me sonrió. ¡Era la sonrisa de Carmen! —Abrió mucho los ojos, como si estuviera viéndola ante sí—. Te lo juro, Jan, era ella. ¡Era ella! Y, de nuevo, caí preso en su hechizo.

—¿Qué le hiciste? ¿Fuiste tú el culpable de que saliera huyendo de la clínica?

Fleischer levantó las manos, en un gesto de desconsuelo.

—Dios, no imaginé que las cosas irían así. Sólo le di un poco de té rojo y un par de dosis de temazepan para liberar su espíritu. Debió de ser culpa del narcótico. Quizá fuera intolerante a... Sí, debió de ser eso.

Fleischer cogió el bidón y se lo acercó. Entonces sonrió a Jan por encima de sus gafas. Fuera lo que fuera lo que le hacía parecerse a Gregory Peck, había desaparecido de su rostro definitivamente.

—Eran tan obedientes, Jan... Las dos. Tenías que haber visto a Nathalie cuando estaba drogada. Bastaba con un poco de hipnosis y algo de GHB para que olvidase por completo su miedo a los hombres. Era una tigresa, como lo habría sido Carmen, de eso estoy seguro.

—¿GHB? —Jan no podía creer lo que oían—. ¿Le suministraste esa droga para que perdiera el conocimiento?

—Como intervención terapéutica, sí.

Fleischer le respondió como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—De ahí la «R» en la agenda de Rauh, ¿verdad? Cuando lo sustituía en sus sesiones, él apuntaba la «R» de «Raimund» junto al nombre de sus pacientes.

—Rauh y sus hipnosis son sólo un modo de desbloquear los miedos de los pacientes —dijo Fleischer—. Al combinarla con GHB el alma se libera por completo y la sensación de libertad es absoluta. Bernhard también lo sabía, pero él nunca se atrevió a probarlo. No era tan astuto como yo.

—De ahí que Nathalie no recordara nada —dijo Jan—, y que Carla creyera que Nathalie había ido a visitarla. Fuiste tú quien se lo sugirió. Te aprovechaste de todas esas mujeres, Fleischer. Abusaste de ellas. ¿De verdad pensaste que al matarlas silenciarías tus pecados?

—¡Al final, resultó que ninguna era como Carmen! —le gritó Fleischer. Y luego, con voz algo más suave, añadió—: Cada vez era lo mismo. Ninguna de ellas logró traerme la paz. Ni Alexandra ni Nathalie, y menos aún la puta. Las tres escogieron

morir. Nadie las obligó a hacerlo. Bueno, en el caso de la zorra tuve que ayudarla un poco más, pero al final también decidió matarse.

Pronunció sus últimas palabras con una expresión de odio en la cara. La expresión de sus ojos adquirió nueva luz, sus rasgos se relajaron y el conferenciante volvió a tomar la palabra.

—¿Sabes? A veces creo que lo hicieron a propósito. Intentaron ocupar el lugar de Carmen, y por eso merecieron morir. No me arrepiento de haberlas castigado por su osadía. No me siento culpable.

—Mi padre intuyó algo, ¿no es cierto? Descubrió lo que le hiciste a Alexandra y entendió por qué salió corriendo de la clínica en ese estado.

—¿Tu *padre*? —Fleischer soltó un bufido de desprecio—. Está bien, si quieres llamarlo así... Sí, Bernhard descubrió la verdad.

—Por eso secuestraste a Sven. Para que cerrara la boca. —Jan lo miró directamente a los ojos—. Está bien. Ahora dime de una vez lo que le hiciste. Lo mataste, ¿no? Sven está muerto.

Fleischer tardó un poco en contestar. Se limitó a quedarse ahí sentado, sosteniéndole la mirada. Entonces sucedió lo que más había temido en los últimos veintitrés años.

Fleischer asintió con la cabeza.

—Sí, Jan —susurró—. Sven está muerto.

Jan sintió que se le helaba la sangre en las venas. El suelo se tambaleó bajo sus pies y creyó que iba a perder el conocimiento.

—Pero no fue un asesinato —siguió diciendo el director de la clínica, aún en voz baja—, sino un accidente. Una concatenación de desgraciados acontecimientos.

Jan tragó saliva e hizo un esfuerzo por reprimir las lágrimas.

—¿Desgraciados acontecimientos?

—Tras la muerte de Alexandra, Bernhard encontró algunas imprecisiones en su historial médico que no le gustaron: descubrió que yo había manipulado el horario de sus terapias para no levantar sospechas, y un enfermero extraordinariamente eficaz descubrió también que la chica tenía lagunas mentales y fallos de memoria. De modo que solicitó una muestra de sangre del cadáver y descubrió lo del temazepan. Esa misma tarde me dijo que al día siguiente lo contaría todo. ¡Quería delatarme! ¿Lo entiendes?

—¡Era su deber! ¡Tenía que hacerlo!

—¡Por Dios, eres tan engreído como él!

—¿Qué pasó entonces?

—Bernhard se llevó el informe de Alexandra a casa. —Fleischer sonrió malévolamente—. Temía que lo hiciera desaparecer. En fin, el caso es que aquella noche decidí ir a haceros una visita y tratar de convencerlo de que no me delatara. Quería hablar con él de hombre a hombre. Mantener una conversación de amigos. Estoy seguro de que al final lo habría conseguido.

—Parece que no conocías bien a mi padre, al fin y al cabo —dijo Jan, ayudándose de las manos para ponerse en pie.

El mareo había remitido y empezaba a recuperar las fuerzas.

—¡Quédate ahí sentado! ¡No te muevas! —le gritó Fleischer, apuntándole con la pistola—. Como te muevas un milímetro, disparo.

—Está bien, está bien —dijo Jan, volviendo a sentarse—. Pero dime, ¿de verdad creías que mi padre ocultaría un asesinato sólo porque tú se lo pidieras?

—¡No era sólo por mí, Jan! —gritó Fleischer, fuera de sí—. ¡Por el amor de Dios, tenía familia! Mi mujer estaba embarazada de nuestra primera hija. Si me delataba, jamás volvería a encontrar trabajo. ¿Y qué habría sido de mí entonces?

Con un movimiento airado, Fleischer abrió la tapa del bidón. El olor a gasolina se mezcló con el del metal.

Jan miró nervioso hacia el pasillo y luego de nuevo a Fleischer. Necesitaba más tiempo. Sólo un poco más.

—¿Qué pasó entonces? No fuiste a vernos.

—Oh, sí, ya lo creo que fui. —Fleischer empezó a meter el trozo de camiseta en el agujero del bidón—. Pero por el camino os vi a ti y a Sven yendo hacia el parque y... bueno, cambié de plan.

Jan se quedó paralizado.

«No habría pasado nada si yo no hubiese tenido la maldita idea de ir al bosque con la grabadora. No habría pasado nada...».

Se había reprochado aquello tantas veces... Y ahora... Ahora que tenía delante al hombre que había sembrado el dolor y la muerte en su familia... El reproche quedaría para siempre esculpido en lo más profundo de su alma.

—Sentí que un ser superior quería darme a entender que el diálogo no serviría de nada. Que jamás lograría convencer a Bernhard. —El director miró el trozo de tela, que empezaba a empaparse de gasolina—. Pero si le ofrecía algo a cambio del informe... Eso lo cambiaría todo. De modo que os seguí hasta aquel banco.

Jan temblaba como una hoja cuando le hizo otra de las preguntas que tantas noches de insomnio le habían provocado.

—¿Por qué Sven? ¿Por qué no yo?

—Es obvio, Jan. —Dijo Fleischer—. Escogí al hijo verdadero. Aquel al que más quería. ¡Y fue tan fácil! Sven apenas opuso resistencia cuando lo metí en el maletero. Después lo traje aquí, al búnker, y lo encerré. En esta misma habitación. Luego salí al bosque y llamé a Bernhard. Como era de esperar, me dijo que venía inmediatamente. —Fleischer suspiró—. Todo habría salido bien, estoy seguro. Bernhard habría hablado conmigo y yo lo habría convencido. Sven no era más que el medio para justificar un fin. Y te juro, Jan, que lo que le sucedió a tu padre no tuvo nada que ver conmigo. Fue el destino. Bernhard iba demasiado rápido. Él solito se buscó la muerte. Cuando lo encontré ya no había nada que hacer. De modo que cogí el historial de Alexandra y me quedé a su lado en sus últimos minutos.

—¿Lo viste morir? ¿Por qué no llamaste pidiendo ayuda?

—Porque ya estaba casi muerto cuando lo encontré. Te lo juro, Jan, es la verdad. Me quedé a su lado para que no se sintiera solo. Al fin y al cabo, era mi amigo.

—¿Tu amigo? —le gritó Jan, fuera de sí—. ¡Maldito hijo de puta! ¿Viste morir a mi padre y mataste a mi hermano pequeño, y te atreves a decir que eras su amigo, cabrón?

—Yo no quería matar a Sven, de verdad. Pero ¿qué querías que hiciera? ¡El niño me conocía! De modo que dejé que el destino volviera a decidir: lo metí en el búnker y no volví a buscarlo. La ciudad entera, y por supuesto también el bosque, estaban llenos de equipos de rescate. Si lo encontraban, me entregaría y lo confesaría todo. Si no, seguiría con mi vida normal. —Levantó un dedo hacia el techo y añadió—: Fue Dios quien decidió que Sven debía morir, Jan, no yo. Alfred Wagner lo oyó gritar. Podrían haber salvado a tu hermano si alguien lo hubiese creído, pero... ¿quién tiene tiempo para prestar atención a un loco esquizofrénico?

—¿Dejaste aquí solo a un niño de seis años?

Fleischer asintió con la cabeza.

—No tenía otra opción.

Jan cerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo?

—Murió congelado, Jan —dijo Fleischer en voz baja—. Aquel invierno hizo mucho frío, como recordarás. Se quedó dormido y no volvió a despertar. Tú eres médico. Ya sabes cuánto...

—¡Quiero que me digas cuánto tiempo!

Fleischer suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Una semana.

—Una semana —repitió Jan, aparentemente sin ninguna emoción.

Fleischer se levantó y metió la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, mientras con la derecha seguía apuntando a la cara de Jan con el arma.

—Habría podido salir bien. Habríamos podido calmarnos todos y encontrar el modo de arreglar aquel entuerto... Y cuando me enteré de tu incidente con aquel cura pensé que sería un buen modo de reconciliarme con el pasado. De volver a empezar. Al fin y al cabo, eres mi hijo, Jan. No quería que siguieras sufriendo. Pero tú te empeñaste en remover el pasado. Tú y tu novia. Ambos os dejasteis manipular por Marenburg, y por eso tuve que darle una lección. Una que le parase los pies de una vez por todas.

Jan lo miró a los ojos. Firme y directamente a los ojos. Ya no tenía miedo. Ahora sólo sentía el peor y más intenso de los sentimientos: odio.

—He tratado con muchos psicópatas en mi vida Fleischer, con muchos. Pero no me cabe duda de que tú eres el peor de todos —dijo, con voz neutra.

—¿Yo, un psicópata? —Fleischer parecía casi divertido—. ¿No te das cuentas de lo que *vosotros* habéis hecho? Marenburg, tú y tu novia. Rauh, Liebwerk y la zorrilla

han muerto por vuestra culpa, no puedes pasarlo por alto. Su muerte es cosa vuestra, Jan, no lo dudes, y tendréis que pagar por eso. Todos tendremos que pagar por nuestros errores. Sí, ha llegado el día del Juicio Final.

Sacó el mechero de Rauh y lo sostuvo en alto para que Jan pudiera verlo. La «C» grabada en su lomo brilló a la luz de la bombilla como si fuera un símbolo extraterrestre.

—He aquí otra ironía de la vida —dijo, tocando el mechero con la pistola—. La mujer de Norbert también se llamaba Carmen, aunque no merecía llevar ese nombre. Y hablando de ironías: ¿No te has preguntado cómo he sabido que estabais aquí?

Jan sintió un escalofrío.

—¡Konni!

—Sí, ese Konni es un tipo muy simpático —asintió Fleischer—. Muy obediente. Cuando le dije que no hacía falta que llamara a la policía me obedeció a la primera, sin rechistar.

Sin apartar nunca la mirada de la pistola, Jan notó que se le tensaban todos los músculos del cuerpo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

—Como acabo de decirte, hoy es el gran día. —Encendió el mechero y en él apareció una débil llama—. Ha llegado el momento de borrar para siempre las huellas del pasado. Rauh ha pagado por su traición y Rudolf Marenburg pronto seguirá su ejemplo. Creo que haré que parezca un infarto. Pero antes ayudaré a tu novia a olvidar la pérdida de su amiga.

—¡Nunca lo conseguirás!

Jan lanzó una mirada rápida a la puerta de entrada. Estaba demasiado lejos. Fleischer la tenía al lado y podría cerrarla antes de que él la alcanzara.

—No te preocupes, chico —dijo Fleischer—. Descansa en paz. Ya no tendrás que vivir con tus obsesiones.

Fleischer se inclinó hacia el bidón con el mechero en la mano. Jan supo que tenía que jugárselo todo a una carta. En aquella partida de póquer tenía más bien mala mano, la verdad: Fleischer tenía la pistola —una P38 que, como evidenciaba el cadáver de Rauh, sabía perfectamente cómo utilizar—, mientras que él sólo tenía la fuerza de la desesperación.

Fleischer acercó la llama a la camiseta. Con un sonido que se asemejó al gruñido de un gato enfadado, la camiseta ardió en llamas. Jan se echó a un lado justo en el momento en que Fleischer se dio la vuelta y lo apuntó con la pistola.

El ruido de su hombro al caer en el charco de sangre fue extraño y desagradable. Mientras chocaba con el suelo logró tirarse hacia atrás, para no caer de bruces contra el cuerpo inerte de Rauh, y al hacerlo provocó una sorprendente reacción en cadena: pisó la pierna derecha de Rauh, que bajo su peso dio un taconazo como si estuviera en el ejército, y empujó sin querer la izquierda, que se movió hasta chocar con el bidón de gasolina. Este se inclinó hacia delante, a su vez, y vació parte de su ardiente

contenido sobre la pantorrilla de Fleischer.

El profesor lanzó un grito agudo y penetrante, mezcla de sorpresa, ira y dolor, y en aquel preciso momento sonó un disparo.

Jan notó una pequeña ráfaga de aire junto a la sien, y el dolor del impacto en la mejilla. Era como si le hubiesen dado un puñetazo. Jan se inclinó hacia delante para protegerse de un segundo disparo, pero entonces vio que Fleischer también estaba inclinado hacia delante, intentando sofocar las llamas de su pierna con la sangre ya semicoagulada del cuerpo de Rauh.

A Jan le llegó el olor a cobre candente. La pistola estaba ahora a unos tres metros de Fleischer. El contenido del bidón había caído también en esa dirección y los separaba a ambos con una pared de llamas.

Se levantó de un salto, hizo un esfuerzo para no volver a caerse inmediatamente (estaba tenso y agarrotado y la mejilla le ardía terriblemente), dio un salto hacia delante, cogió el arma antes de que las llamas cayeran también sobre ella y cojeó a toda prisa hacia la puerta.

Con el rabllo del ojo vio que Fleischer también se había levantado y corría tras él. Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta y vio el rostro del director médico deformado por el dolor y una rabia infinitos. Entonces dio un paso atrás y cerró la puerta tras él. Se había librado.

Fleischer empezó a aporrear el acero de la puerta blindada, y Jan tuvo que hacer un esfuerzo ingente por resistir sus embestidas. Además, el candado estaba en el suelo, junto a sus pies, y cuando se agachó a cogerlo no pudo evitar que Fleischer abriera la puerta unos centímetros y sacara los dedos por la rendija.

Cuando Jan lo vio se separó ligeramente, sólo para coger carrerilla y embestir de nuevo la puerta con toda la fuerza de que fue capaz. Fleischer retiró la mano, chillando y maldiciendo. Parecía provenir de un animal herido, y no de una persona.

Por fin, Jan logró cerrar el candado. Se recostó contra la puerta, jadeando, y miró el pasillo que se abría ante él. Lo más probable era que el generador se apagara en los próximos minutos, aunque eso ya no importaba: el búnker estaba a punto de estallar. En cuanto las llamas alcanzaran las cajas de municiones...

«¡Tengo que salir de aquí!».

Con los gritos desgañitados de Fleischer y su furia incontenible aporreando la puerta, Jan cojeó hacia la salida. Pero al cabo de unos pasos se detuvo.

Fleischer había dejado de gritar, y había empezado a llorar. Sollozaba y suplicaba por su vida. Decía que no quería morir. Respirando con dificultad, Jan se quedó con la vista clavada en la puerta, oyendo los lamentos del profesor.

—¡Por favor, Jan, te lo suplico! —gemía Fleischer al otro lado del acero—. ¡Déjame salir y te diré dónde enterré a Sven!

Jan seguía ahí quieto, incapaz de reaccionar, mirando a la puerta.

Asió la pistola con más fuerza. De pronto dejó de sentir cualquier dolor físico. El golpe en la nuca, el hombro contusionado, el disparo en su mejilla... Se olvidó de todo. Estaba como anestesiado.

Pero en su lugar apareció un dolor muy distinto. Uno que conocía muy bien, que le acompañaba desde hacía años como un fiel compañero sentimental. Era una mano helada que le apretaba el corazón y las entrañas. Norbert Rauh lo llamó *obsesión*.

—¡Jan, por favor! ¡Jan!

El lloriqueo de Fleischer le taladró el cerebro como si todo el búnker resonara en su interior.

—¡Jan! —Toses—. ¿Jan, sigues ahí?

No pudo decir cuánto tiempo pasó ahí quieto. Le pareció verse a sí mismo avanzar hacia la puerta a cámara lenta, mover la llave en la cerradura y quitar el candado.

El profesor se tambaleó hacia él huyendo de un infierno en llamas. Jadeó y escupió. Su pelo y su ropa estaban chamuscadas y su cara cubierta de hollín.

Jan lo cogió del cuello y lo arrastró con él. Estaban a la mitad del pasillo cuando empezaron a explotar las primeras cajas de munición. El terrible *ratatá* de la explosión sonó igual que la alegre traca final de una fiesta mayor, o de la noche de fin de año, quizá.

Cojeando, ambos hombres lograron llegar al final del pasillo, a la escalera de salida. Haciendo un terrible esfuerzo, peldaño a peldaño, Jan empezó a subir hacia la libertad, seguido muy de cerca por Fleischer. Tras ellos, una primera detonación algo mayor. La tierra empezó a temblar, y enseguida se oyó otra, y otra más.

—¡Date prisa! —gritó Fleischer—. ¡Tienes que ir más rápido!

En cuanto salieron del búnker empezaron a correr. Apenas se habían alejado unos metros de la trampilla cuando se produjo una explosión tremenda que los tiró al suelo.

Un trueno ensordecedor se adueñó del bosque. La tierra tembló y salió disparada: ramas, piedras, nieve y hierba volaron a su alrededor, y Jan pensó que había llegado su hora. «Voy a morir. Abatido por la explosión del búnker».

Pocos metros más adelante el suelo se abrió y de la tierra salió una llamarada intensa. Parecía un dragón de hormigón y acero emergiendo del suelo con sus fauces

abiertas, enfurecido, para volver luego a su madriguera, sin más.

Y se acabó.

Jan tosió y miró a su alrededor. El bosque se había quedado como si un batallón de tanques lo hubiese atacado sin compasión. Los árboles habían caído como palillos, y una nube de pólvora flotaba sobre la nieve fundida.

Oyó toser a Fleischer a su espalda. Avanzaba a cuatro patas y cuando llegó al tronco de un haya se puso de pie apoyándose en él. No parecía herido.

Jan comprobó que aún llevaba la pistola, y con la mano libre comprobó si tenía alguna herida nueva. No. Todo seguía como antes de la explosión.

Los dos hombres se quedaron de pie, uno frente al otro, mirándose en silencio. El vapor les salía de las bocas, humeante. El silencio reinaba a su alrededor. Hasta los pájaros habían callado.

Jan levantó el arma y apuntó con ella a Fleischer.

—¿Está en el bosque? ¿Lo enterraste aquí?

Fleischer dejó escapar un ruido gutural y asintió.

—¡Dime dónde!

Fleischer empezó a avanzar, cojeando. Jan le dejó un par de pasos de ventaja y lo siguió. Avanzaron hacia las colinas, y en un momento dado Fleischer se detuvo.

—Aquí —jadeó—. Es aquí.

Consternado, Jan miró el tronco del árbol que Fleischer acababa de señalar. Un haya en cuyo tronco se habían formado dos protuberancias que parecían garras («manos de garras», había dicho Alfred Wagner), y una imagen de la Virgen enmarcada y descolorida por el paso del tiempo.

—Es la foto de la esquila de Carmen —dijo Fleischer con voz ronca. Después señaló unas raíces que emergían del suelo y añadió—: Sven está enterrado justo aquí. Para que nadie lo encontrara lo rocié con... —le sobrevino un nuevo ataque de tos— con sulfumán. No creo... Supongo que no quedará mucho de él.

—¿Y los calzoncillos? —preguntó Jan, sorprendido de la frialdad con la que formuló aquella pregunta.

—Yo... eso lo hice después de su muerte —dijo Fleischer—. Me fui con el coche y los lancé por la ventana.

Ahora que sabía todo lo que llevaba años queriendo saber, Jan sintió... Nada. Ni pena ni liberación, sino más bien un vacío profundo e insondable. La nada más absoluta.

«¿No debería sentir algo? ¿Lo que fuera? —le pasó por la cabeza—. ¿Me he pasado todos estos años buscando en vano?».

«Ya llegarán, Jan, ya aparecerán los sentimientos... —le dijo entonces otra voz en su interior. Sonaba como la voz de Norbert Rauh cuando hablaba con sus pacientes desde la silla de madera de la consulta de paredes rojas—. Estás en estado de *shock*. Dentro de un tiempo empezarás a sentir más cosas. Incluso más de las que quisieras».

El sonido de las sirenas lo devolvió al presente. Por lo visto, en Fahlenberg o en

Kössingen habían oído la explosión y se acercaban guiados por la nube de humo que emergía del bosque.

Con las manos apoyadas en las rodillas, Raimund Fleischer estaba inclinado frente a Jan. En ese momento levantó la cabeza y sonrió.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dijo, con voz ronca, justo antes de volver a toser.

—Dímelo tú —respondió Jan en tono neutro.

Fleischer se pasó las manos sucias por la cara.

—Que ahora que sabes la verdad, no puedes hacer nada con ella. No tienes ningún modo de acusarme ante a policía. Lo negaré todo, por supuesto. Y dime: ¿a quién supones que creerán?, ¿al renombrado director de una clínica psiquiátrica o a un joven impetuoso al que no le cuesta perder la compostura y atacar a sus pacientes?

—Fleischer dejó escapar una risotada ronca, pero se calló de inmediato cuando Jan le puso la pistola en la sien.

—Hay una cosa en la que no has pensado —dijo, con una voz que le sonó extraña y desconocida. ¿O sería quizá su verdadera voz, sólo que había estado oculta todos estos años, esperando que llegara su gran momento?—. Quizá no tenga ni la menor intención de entregarte a la policía. Quizá sólo quiera tenerte para mí. ¡Vamos, al suelo! ¡De rodillas!

—No lo hagas —suspiró Fleischer—. No destruyas tu vida, chico.

—¡De rodillas!

Fleischer cayó de rodillas. De puro miedo clavó las manos en el suelo y apretó con fuerza las agujas de abeto, el musgo y los excrementos de ciervo enmohecido del sotobosque.

Sorprendido, Jan percibió cómo aquel vacío que se había formado en su alma empezaba a llenarse de un sentimiento. De uno que quitaba el aliento. Notó el poder que tenía sobre el asesino. Qué gran momento. Respiró hondo y sintió el peso del arma en su mano.

—No —gimió Fleischer formando una nube de vapor blanca con el miedo que salía de su boca—, por favor, no. Aún estamos a tiempo de...

—¡Calla! —le interrumpió Jan, y el profesor calló de inmediato—. Te has equivocado, Fleischer. Sí tengo un modo de acusarte. Y bastará para poner punto final a tu locura.

Durante unos segundos miró a Fleischer, sollozando frente a él a la espera de que le disparase, y disfrutó del momento. Lo había esperado durante tantos años... Entonces metió la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y sacó su vieja grabadora.

—¿Recuerdas cuando metí las manos en los bolsillos, ahí en el búnker? Tendrías que haber comprobado por qué lo hacía.

Jan apretó la tecla de inicio, y fue como si apretase un gatillo.

Fue el entierro más insólito que Hans Auer había visto en su vida. Llevaba casi cincuenta y cuatro años trabajando de enterrador en el cementerio de Fahlenberg y creía que ya lo había visto todo, incluyendo un cadáver en un estado tan avanzado de descomposición que durante el sermón del sacerdote pareció tirarse un pedo en el interior del féretro y dejó al pobre hombre sin habla, pero el sepelio de Sven Forstner fue tan... distinto, que sabía que nunca se olvidaría de él.

Y no sólo porque en el ataúd infantil no había cuerpo, sino apenas unas paladas de sotobosque, sino porque las cuatro personas que fueron a darle el último adiós formaban un grupo extraordinariamente sorprendente. Ahí estaba, por ejemplo, Hubert Amstner, al que Auer llevaba décadas sin ver a la luz del día, y el comisario Kröger, al que sólo conocía por las fotos del periódico.

Pero sobre todo le impresionó ver al hermano mayor de Sven, Jan, y a la mujer que lo acompañaba. Él iba con muletas y ambos tenían la cabeza vendada, como si acabaran de escaparse del hospital.

El viejo enterrador movió la cabeza hacia los lados. Como siempre, se mantuvo algo alejado de la tumba. Apoyado en su miniexcavadora, se fumó un cigarrillo, oyó a medias las palabras del sacerdote y esperó a ponerse en marcha en cuanto el grupo se hubiese dispersado.

«Sí, la vida es muy extraña», pensó, parpadeando hacia el cielo azul. Cada día te trae algo nuevo. La vida es como este espléndido cielo azul: no podemos prever cuándo volverá a oscurecerse y a traernos lluvias o nieve. De ahí que lo mejor sea aprovechar cada momento: de otro modo, puede ser demasiado tarde. ¿Y quién mejor para decirlo que un enterrador?

Cuando el sacerdote se marchó de allí con el monaguillo, Jan se quedó un rato mirando hacia la tumba de Sven.

«Quizá ahí estén sus cenizas —pensó—, o quizá no. Quizá Fleischer me engañó».

Antes, aquel pensamiento le habría enloquecido. Ahora ya no le importaba. Daba igual si los restos de Sven se hallaban en aquel féretro o no: al fin había acabado todo.

Jan alzó la cabeza y escuchó el silencio del cementerio. Hasta el tráfico de la

autovía que quedaba ahí al lado parecía haber enmudecido. Las copas de los árboles estaban inmóviles y, por primera vez en muchísimos años, no deseó que algo lo rompiera. Se sintió en paz con el silencio.

—¿Quieres que nos quedemos un rato más? —le dijo Carla, acariciándole la mano.

Jan movió la cabeza en señal de negación. Se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la salida, donde Hubert Amstner y el jefe de policía Kröger los esperaban uno al lado del otro, tan distintos como la noche y el día.

—¿Quieren que los acerque a algún lado? —preguntó el comisario.

—No, gracias —dijo Jan—. Prefiero ir caminando.

Kröger echó una mirada rápida a las muletas y luego se encogió de hombros.

—Como quiera. Le llamaré si necesitamos que vuelva a testificar sobre algo.

—Perfecto. Ya tiene mi número.

—¿Y usted? —dijo Kröger, dirigiéndose a Carla—. ¿Volverá al hospital?

—Oh, no —le respondió ella—. Ya he cubierto el cupo de hospitales por una buena temporada.

—Me alegro.

Kröger se despidió de ellos con una inclinación de cabeza y se dirigió lentamente hacia su coche.

Jan se dio la vuelta hacia Hubert Amstner y le dijo:

—Gracias por venir.

—Gracias a ti por haber vuelto a Fahlenberg —le respondió Amstner.

Jan reconoció una expresión de alivio en su mirada. También él había podido cerrar un duro capítulo de su vida...

—Que os vaya bien —dijo Amstner, despidiéndose—. A los dos.

Dicho lo cual tomó el camino que cruzaba el cementerio y desapareció entre las tumbas.

—Qué amable —dijo Carla—. Quién lo iba a decir.

Jan asintió.

—Nos equivocamos tanto al juzgar a la gente...

—Ojalá todo el pueblo se dé cuenta de ello y le dé una oportunidad. Me encantaría.

Avanzaron hacia la parada de autobús y Carla le preguntó:

—¿Y qué será de Fleischer?

—Creo que van a ingresarlo en la unidad psiquiátrica de una prisión para asesinos con enfermedades mentales —respondió Jan—. Que es justo donde merece estar.

—¿Y tú? ¿Te quedarás aquí?

—Aún no lo he decidido —dijo, y le pareció ver una sombra de tristeza en los ojos de ella—. Por ahora iré al hotel y dormiré cien años. Después iré a visitar a Rudi al hospital y después... ya veremos.

—¡Por cierto! —dijo Carla—. ¡Se me olvidaba! Me ha pedido que te dé

recuerdos.

—¿Quién, Rudi? ¿Cómo está?

—Bueno, está muy tocado, pero es un hueso duro de roer. Cuando salí de la clínica me dijo que hicieras el favor de llevarle unas cervezas o moriría de aburrimiento.

Jan sonrió. No había duda de que su amigo estaba en proceso de recuperación.

Cuando llegaron a la parada del autobús, Carla le miró a los ojos y le preguntó:

—Oye, la habitación del hotel...

—¿Sí?

Ella frunció el ceño.

—¿Es individual o doble?

—Doble. Sólo tenían dobles.

—¿Cien años, has dicho?

—Por lo menos.

—Me parece magnífico. ¿Sabes que el autobús tiene una parada justo delante del hotel?

—Lo sé, e iba a pedirte que me acompañaras.

Antes de subir al autobús, Jan miró al cielo una vez más.

Qué tranquilo estaba todo. Qué azul. Y qué reparador le parecía ahora el silencio.

EPÍLOGO

Dos meses después, Jan recibió una visita de Heinz Kröger. Ya había empezado a anochecer cuando el rollizo policía se plantó ante la puerta de su casa y se sacudió la nieve de los zapatos en la alfombrilla.

—Perdón por venir tan tarde —dijo—, pero es que quería darle algo antes de que se me olvidara.

—No hay problema. ¿Quiere pasar? —dijo Jan, echando un vistazo a la bolsita de plástico con el logo de una farmacia que el comisario llevaba en la mano.

—No, gracias —contestó Kröger, señalando las numerosas cajas de mudanza que se acumulaban en el pasillo—. Seguro que tiene mucho que hacer. Además, en casa me está esperando un sabroso asado de buey.

—Me temo que contra eso no puedo competir. Por ahora aquí sólo funciona el microondas.

—Es una casa muy bonita. El señor Marenburg me ha dicho que vuelven a ser vecinos.

—Sí, al final decidí volver a la casa de mis padres. Hasta hace poco me parecía una opción imposible, pero ahora... ¿De verdad que no quiere pasar?

—De verdad, de verdad. —Kröger le entregó la bolsita de plástico—. Pensé que le gustaría recuperarla.

Jan cogió la bolsa y miró en su interior. Asintió con la cabeza y sacó la grabadora.

—Hemos copiado la cinta en versión digital. La de aquí la borramos, por una cuestión de protección de datos, supongo que lo entiende. Pero el aparato es suyo.

Jan se quedó mirando la grabadora en silencio, pensativo. La había llevado consigo durante más de dos décadas. Había sido testigo de sus locuras de juventud, había vivido el secuestro de Sven y le había permitido capturar al culpable. Y ahora volvía a él. Era como un símbolo.

«La vida es circular —pensó—. No importa dónde empiece; seguro que acabará en el mismo lugar».

—En fin —dijo Kröger—. Ahora tengo que irme.

—Gracias. —Jan levantó la grabadora en la mano—. Ha sido todo un detalle.

—Para eso estamos —respondió Kröger, y sonrió.

Cuando el policía se hubo marchado, Jan fue a la cocina y se sentó a la mesa, dejó el aparato frente a él y, por primera vez en muchos años, pudo mirarlo sin sentir pavor.

Apretó la tecla de inicio y por unos instantes creyó que iba a volver a oír el conocido sonido de los últimos años, pero en su lugar escuchó el silencio. Hasta hacía poco le habría provocado una desazón terrible y un sudor frío en las sienes, pero ahora... Ahora le parecía bien.

Se levantó y se dispuso a abrir más cajas cuando el sonido de una voz le puso la piel de gallina.

Era una voz conocida, y pronunció tres palabras. Era la voz de un niño de seis años que desapareció para siempre veintitrés años atrás.

La cinta se acabó con un ruidito y Jan sintió un escalofrío.

Observó el aparato desde la mesa de la cocina, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Empezó a acercarse a la grabadora con cuidado, lentamente, sin perderla de vista, como si se tratara de un animal asustado que en cualquier momento pudiera saltarle a la cara y salir huyendo de ahí. Tembloroso, cogió el aparato y apretó la tecla de rebobinar.

Tragó saliva. Su corazón latía a toda velocidad. Se acercó el altavoz a la oreja y apretó la tecla de inicio.

Silencio. Y entonces un sonido. Parecía el *clic* que indicaba el final de la grabación anterior, la que la policía había borrado.

Lo que oyó a continuación era el resto de lo que él grabó aquella fatídica noche de invierno: un fragmento de la última frase que Sven le dijo antes de que se acabara la primera cara de la grabación.

Pero ahora que oía esas tres palabras aisladas... Parecían un mensaje directo de su hermano. Una información que Sven había querido traerle del más allá.

«... volver a casa».

NOTA FINAL

Los lectores de *La psiquiatra* ya lo saben, pero a todos aquellos que habéis viajado conmigo por primera vez a Fahlenberg quiero informaros de que tanto esta ciudad como su vecina inmediata, Kössingen, no son más que fruto de mi imaginación, como lo es también la Clínica del Bosque en la que transcurre parte de ambas novelas. Así pues, cualquier parecido con la realidad es mera —e involuntaria— coincidencia, a excepción, por supuesto, de Gregory Peck y Robert de Niro, que espero que no se molesten con mi pequeño homenaje particular.

La información sobre Friedrich Jürgenson y el fenómeno de las psicofonías la he extraído del libro *Sprechfunk mit Verstorbenen*. La veracidad de sus descubrimientos está aún por demostrar.

AGRADECIMIENTOS

Para un autor, el camino desde la idea de escribir un libro hasta su versión impresa es lo más parecido a ser padre. Pues bien, a continuación quiero mostrar mi agradecimiento a todas las personas que me han ayudado a dar a luz:

A Markus Naegele, a quien otorgo desde este preciso momento la máxima distinción como «mejor lector de todos los tiempos».

A todo el equipo de la editorial Heyne, por su ambiente familiar y amable, la paciencia de santos que han tenido conmigo, el entusiasmo que han mostrado ante mis proyectos y lo fácil que han hecho la colaboración.

A Heiko Arntz, que ahora sabe que hay gente que pone fotos sobre los féretros de los muertos, y cuyo lápiz rojo sometió a esta novela a un examen severo pero muy satisfactorio.

A mis agentes literarios, Roman Hocke y Uwe Neumahr, que nunca dejan de sorprenderme.

A Ursula Poznanski y Andreas Eschbach por sus valiosos comentarios y consejos.

Al Club der fetten Dichter (el Club de los Poetas Gordos) por la inspiración acompañada de magníficos filetes.

Y a cuantos han respondido a mis preguntas, ya fueran grandes o pequeñas.

De gran ayuda para mis investigaciones fue la información que obtuve en los libros *Deutschen Gesellschaft für Hypnose und Hypnotherapie e. V. e Hypnose-Schlüssel zur Seele* del doctor Reiner Wittek, cuyo trabajo admiro desde hace años y a quien tengo en muy alta estima.

Soy el único responsable de los errores que pudiera haber en el libro.

Vaya al fin mi agradecimiento para mi mujer, Anita. Por su apoyo, su confianza en mí y en mi trabajo, y por su paciencia con las manías y peculiaridades de un escritor. Nada se da por supuesto.

Y, finalmente, mi mayor agradecimiento es para vosotros, queridos lectores. Vosotros sois las personas más importantes para un autor. Para vosotros escribo. Y por eso espero que volvamos a encontrarnos pronto, en otra historia. Hasta entonces os deseo lo mejor. Cuidaos mucho.